

# DESDE ADENTRO



**Antología de Alberto Sarlo**  
**RELATOS DE ESCRITORES DEL PABELLÓN 4**

# **DESDE ADENTRO**

## **RELATOS DE ESCRITORES DEL PABELLÓN 4**

Antología de Alberto Sarlo

EDITORIAL "CUENTEROS, VERSEROS Y POETAS"

PABELLÓN N° 4 UNIDAD DE MÁXIMA SEGURIDAD N° 23 DE FLORENCIO VARELA

[www.cuenterosyverseros.com.ar](http://www.cuenterosyverseros.com.ar)

# Índice

PALABRAS VERSERAS	
<i>Alberto Sarlo</i> .....	5
AGRADECIMIENTOS.....	7
SOY METAL	
<i>Carlos Alberto Miranda Mena</i> .....	8
BAJO LA SOMBRA	
<i>J. A. Torres Décima</i> .....	36
EL DÍA QUE NO ME GUSTARÍA VOLVER A VIVIR	
<i>Guillermo Quiroga Rojas</i> .....	56
MÁS ALLÁ DE TUS OJOS	
<i>Jorge González Jiménez</i> .....	70
ROCA Y ACERO	
<i>Miguel Omar Núñez Gamboa</i> .....	88
DECISIONES	
<i>Fabián Miculán</i> .....	124
EL SOL OLVIDADO	
<i>Maximiliano Dante Palorma</i> .....	146
OTRO MUNDO	
<i>Natalio Damián Aguilar</i> .....	159
UN MUNDO APARTE	
<i>Sergio Omar Preste</i> .....	172

Para Matías, Santiago y Florencio  
Siempre serán cuenteros, verseros y poetas.



## PALABRAS VERSERAS

Esta es la cuarta vez que tengo el honor de prologar el trabajo de los muchachos de “Cuenteros, Verseros y Poetas”. El honor no se debe a que sea una destacada figura de la literatura mundial, sino a que en la Editorial somos pocos y encima soy el único que estoy en libertad. También es cierto que algo habrá ayudado que ningún escritor quisiera prologarnos nunca y ante esta cuarta publicación quedé como última y única posibilidad.

Llevamos casi cinco años publicando libros cartoneros. Llevamos casi cinco años peleándole a la contra. No es fácil leer literatura en una cárcel de máxima seguridad. No es fácil dar clases de filosofía en condiciones inhumanas. No es fácil escribir tolerando torturas físicas y psíquicas. No es fácil haber publicado más de dos mil libros cartoneros y haberlos donado a los comedores de barrios humildes del conurbano. No es fácil haber hecho cuatro concursos nacionales de poesía y literatura para personas privadas de la libertad en donde hemos entregado premios literarios tanto a presos como a empleados del servicio penitenciario. No es fácil emprender esta aventura en donde nosotros mismos pusimos como condición no recibir suma de dinero ni del Estado ni de personas particulares ni de ONG alguna. No es fácil porque hay mucha, pero mucha gente enojada con nuestra labor, mucha gente que no nos quiere ver leyendo, mucha gente que pretende que no escribamos. Les puedo asegurar que no es fácil hacer lo que hacemos, pero también les aseguro que es posible. Somos la prueba de que es posible. Nosotros lo hicimos. Lo hicimos con los muchachos del Pabellón 4. Los muchachos somos todos. Yo soy uno de los muchachos.

Haber hecho “Desde Adentro” nos llevó tiempo y esfuerzo. Son años de trabajo. Años de discusiones, puteadas y debates. Años de lecturas individuales y grupales en espacios reducidos, muy reducidos. Años en celdas ciegas y nauseabundas, en buzones inmundos que en verano superan los cincuenta grados y en invierno descienden varios grados bajo cero. Lecturas que hacemos sentados en latas de plástico dadas vuelta, lecturas en camastros llenos de bichos, lecturas con olor a sangre y a mierda. Lecturas sin aire, sin oxígeno, pero lecturas al fin. Así leemos y así escribimos.

Muchos de los escritores que leerán a continuación ingresaron al Pabellón en condición de analfabetos. Al poco tiempo, con muchas marchas y contramarchas, con mucha constancia y dedicación comenzaron a leer, a releer y a recontrarreleer. Cuentos cortos y cuentos infantiles fueron nuestros primeros pasos. Debutamos con autores como Horacio Qui-

roga, los hermanos Grimm, Julio Verne y Emilio Salgari. Seguimos nuestro periplo con Jack London, Rodolfo Walsh, Jorge Luis Borges, Fiodor Dostoievsky, Haroldo Conti y Washington Cucurto. Para el final dejamos a Fredrick Nietzsche, Carl Marx y Jean Paul Sastre entre otros. Y la lista sigue y seguirá mientras nos dejen vivir. Y sigue porque fuimos el primer y único grupo de presos del país que ha conseguido fundar una editorial cartonera en la cocina de un pabellón. La única biblioteca dentro de un pabellón de máxima seguridad de la república argentina es nuestra y se llama "Biblioteca Rodolfo Walsh". Tenemos cerca de mil libros y si quieren donarnos algunos más, estamos disponibles.

Ahora bien el secreto de la lectura no consiste sólo en leer, sino en saber para que se lee ¿Y porqué leemos en el Pabellón 4?

Leemos principalmente para ser menos vulnerables. Allí radica nuestra esperanza. Nos cultivamos para no ser ni víctima ni víctimario. Eso es ser menos vulnerable. La lectura humaniza y al humanizarnos nos hacemos más fuertes, menos débiles frente a la eterna y latente tentación de la violencia. Tánatos juega al truco todos los días con nosotros en el pabellón y la lectura lo confunde a ese muchacho.

Leemos porque la literatura y la filosofía tratan temas que hacen a la condición humana como el amor, la muerte, las pasiones, los deseos, las esperanzas, las frustraciones, las injusticias y la solidaridad. Y mientras descubrimos esas historias nos permitimos viajar a otras tierras pese a estar físicamente dentro de un repugnante calabozo.

Leemos porque la literatura y la filosofía hacen sentir a pleno nuestras emociones y nuestro intelecto. La lectura nos obliga a pensar en nosotros mismos. Pensar en nuestra función en este mundo. Es decir, queridos lectores, que la literatura y la filosofía son peligrosas. Muy peligrosas.

Leemos porque la lectura genera una visión personal del mundo porque no apela a lo común sino a lo distinto que nos hace humanos. No es el libro el que nos puede transformar, sino la lectura que hacemos de él. Experiencias a veces de empatía o rechazo, de enamoramiento de ciertos personajes, de ciertas ideas y pensamientos son las que enriquecen la construcción de esa subjetividad. Eso creemos y eso escribimos.

O tal vez leemos porque queremos dar amor y dar amor es dar lo que no se tiene a la persona equivocada. Esto lo decía Lacan y lo corroboramos desde el Pabellón N° 4 de la unidad de máxima seguridad N° 23 de Florencio Varela, cuna de la Editorial Cuenteros, Verseros y Poetas. Chupate esa mandarina

Alberto Sarlo

## AGRADECIMIENTOS

Los autores que están a punto de descubrir son algunos de los miembros de la Cooperativa Cartonera “Cuenteros, verseros y poetas” ubicada en el Pabellón N° 4 de la cárcel de máxima seguridad N° 23 de Florencio Varela. Las historias son verídicas y les puedo asegurar que son apenas una pequeña muestra de los padecimientos que vivieron a lo largo de los años que les tocó transitar por los distintos institutos de menores y unidades penitenciarias de la Provincia de Buenos Aires. Aunque cueste creerlo, pese a la crudeza de los relatos, doy fe que las peores experiencias no fueron narradas. Es muy sano que estas historias insanas se den a conocer.

Por orden de aparición los escritores son: Carlos Alberto Miranda Mena, J. A. Torres Décima, Guillermo Quiroga Rojas, Jorge González Jiménez, Miguel Omar Núñez Gamboa, Fabián Miculán, Maximiliano Dante Palorma, Natalio Damián Aguilar y Sergio Omar Preste.

Todos estos autores y muchos más también pueden ser leídos por la web en nuestro blog [www.cuenterosyverseros.com.ar](http://www.cuenterosyverseros.com.ar). Los invito a que nos conozcan y promuevan la visita y lectura de nuestras obras que allí encontrarán.

Aprovecho la oportunidad para agradecer la cíclopea tarea de los correctores, quienes también son miembros de la Editorial y que gracias a Dios al día de la fecha están en libertad, ellos son Esteban Rentera Aguilera y Marcelo “El Chuzzo” Occhiuzzo.

También quisiera destacar la fuerza de voluntad, el coraje y la constancia de nuestro artista plástico, escritor, poeta, dramaturgo, cantautor, boxeador y amigo, Carlos Alberto Miranda Mena, quien ha embellecido esta obra con sus dibujos filosóficos.

Finalmente un enorme agradecimiento a Sebastián Vinagre quien luego de visitarnos y escuchar nuestras historias, desde la Defensoría del Pueblo de Avellaneda impulsó y gestionó la edición de esta antología. Mi enorme abrazo a Seba de parte de todos los muchachos del pabellón.

Alberto Sarlo 10 de Octubre de 2014

## SOY METAL

Por: *Carlos Alberto Miranda Mena*

Siempre comparé a mi vida con un tango lastimero. No lo digo por un mero berretín. Lo digo por haber naufragado cuasi–bastardo y un poco polizonte en los brazos de una familia desencajada y un poco novelesca, sumergida en oscuras traiciones, romances y muerte.

Ya de chiquito se burlaban de mí, haciéndome creer que mi madre me había parido en una sala sin luz, porque el único negrito en la casa era yo. Recuerdo nítidamente las interminables palizas que le proporcionaba mi tía a estos dos pelotudos que tengo por primos, adolescentes que sabían todo sobre mis orígenes. Y ese todo que sabían, era que yo fui adoptado por mi tía Blanca, la hermana mayor de mi madre biológica, llamada Elena.

Cuando Elena falleció en el hospital de Lanús Oeste, yo, apenas tenía siete u ocho meses. Blanca, mi vieja actual de mis amores y fiel amiga, la atendió incondicionalmente hasta el día de su partida. Elena murió una tarde plomiza, pero antes de fallecer, entre hermanas hicieron un juramento: una prometió ayudarnos desde el cielo y la otra entre ardientes lágrimas cargadas de indignación. Le juró que iba a cuidar de mí como si fuera su hijo, apretándoles las manos mortecinas tan fuerte como pudo. Seguramente habrá intentado llevarlas al corazón para no dejarla escapar.

Desde que Elena conoció a mi padre, comenzó el terror. Esto me lo dijo en un barcito arrabalero una tarde cuando el sol, como un disco rojo, se hundía en un mes de primavera. Fue muy duro para un chico de nueve años, enterarse que Sandro, su primo preferido, era su hermano y Miriam –otra supuesta tía lejana–, su hermana mayor.

Nací en el '82 y, muchas veces, me pregunté si nací ese año condenado para completar el desastre de la guerra de Malvinas. Cómo no ser dramático si la muerte de mi madre no fue un hecho casual. Eso lo aprendí gracias a un gran amigo mío, integrante de los Vainillas, que me hizo leer libros; en donde aprendí que existe la causalidad y en el caso de mi finada madre, la causa fue el tener un marido violento y alcohólico. El efecto, claro está, que no se hizo esperar. Al poco tiempo de aquellas descomunales golpizas, mi madre sufrió hundimiento de cráneo, siendo que un coágulo de sangre se le subió por la nariz al cerebro. Desde aquel momento quedó internada, empeorando a pasos agigantados hasta su muerte.

A decir verdad, sólo logré conocerla por fotos y sin embargo al recordarla se me viene la imagen de su rostro sufriente y de su mirada sin luz, agonizante. Más aún, al enterarme que por momentos deliraba como una criatura reclamando ver a sus tres hijos. Así continuó día tras días, por desgracia, hasta apagarse repentinamente esa estrella que justificaba el maravilloso mundo de su ser. A mi padre, la policía lo buscó intensamente por homicidio y el mismo hombre no tardó en hacerse humo.

Con sólo doce años, Sandro, mi hermano, declaró que la pareja de su madre acostumbraba pegarle demasiado. El dolor y la bronca se mezclaron violentamente en los corazones de todos los familiares de parte de mi vieja. Lo buscaron por cielo y tierra para asesinarlo, un poquito cada uno, por ser un cobarde, hijo de mi pobre abuela.

Siempre tuve la duda de que en un descuido, algún chino me maldijo cien veces. Volviendo al tema, Sandro y yo habíamos quedado a disposición de un juez, por ser menores y víctimas de un crimen pasional. Miriam, se había perdido ciegamente en la pampa húmeda, con un supuesto militar.

Gracias a Dios, la vida se apiadó de nosotros y nuestras tías suplieron la ausencia maternal. A mi hermano lo criaron un poco cada una, porque él era mucho más grande, además, tenemos diferentes padres. Solamente que el de él, todavía tiene otra virtud deteriorada, y no casualmente la de alcohólico, ni mucho menos de golpeador, sino la de un tipo frío, desamorado y bastante ausente.

Suelo ponerle un poco de humor a la vida, recordándole a mi vieja que me sacó de agencia, con papeles y cero ocho, digamos, en buenos términos de un taxista, completito y en regla. Ella, me responde: *“Dejate de hablar pelotudeces, hijo. Además, yo te adopté legalmente desde que tenías ocho meses. Y ya te lo dije mil veces, que vos, para mí, no sos adoptado. Date una idea que te di mi apellido con el corazón”*. Yo, siempre dije que hay recuerdos inolvidables, los cuales partirán con uno a la tumba y, éste, de seguro se irá conmigo. Cada tanto, le hago la misma broma a mamá, apodándola “Robocop”, porque es de fierro.

Sandro no es el protagonista principal en esta historia, por lo tanto, con mucha ternura, lo eliminaré definitivamente de escena, a sabiendas que hoy es un honesto y ejemplar padre de familia.

A mi padre, después de que mi familia lo sacara del forro del orto en aquel ranchito de Villa Fiorito, lo habían dado por muerto. Y era lógico, si al desgraciado lo dejaron violeta y apuñalado, atándolo de pies y

manos. Y para finalizar aquella secuencia traumática para los míos, decidieron descartarlo en pelotas en la plaza principal de La Plata.

A lo largo de mi vida escuché muchas leyendas de apariciones, en particular, en el campo o en algún otro lugar. Pero este hombre, consiguió atemorizar a más de uno en el barrio, y en particular, a los míos. En primer lugar, se rumoreaba que lo habían reconocido los de su entorno en una morgue de vaya a saber dónde. Más tarde descubrieron que sólo eran puteríos de una vieja chusma, que seguro estaba al pedo.

La aparición se hizo presencia en la voz de otra vecina que entró a casa, rabiosa y morada –literalmente masticando un pucho - con larguísimas bocanadas que revivían la brasa, alocada y neurótica, del mismo Cuarenta y Tres Setenta de tanto llorar. No se le entendía un carajo lo que decía. Mis dos hermanas mayores, Nancy y Roxana, rápidamente la zamarrearón dos o tres veces hasta que largó unas cuantas palabras arrastradas sin saliva, y entre el mismo barullo, gritó como una cerda del demonio:

–*¡Está vivo! ¡Está vivo! ¡El hijo de mil putas!*

–*¿Quién?* – Preguntaron todas, confundidas

–*¡Carlos!* – Respondió exasperada.

Mamá, con los ojos semejantes a dos monedas, le preguntó con denotado temor en su voz:

–*¿Estás segura? Capaz que te confundiste, querida* –. Susurró apretando los labios.

Mis hermanas, todavía adolescentes, inocentes y asustadas, también le preguntaron algo, pero refiriéndose sino era el fantasma del supuesto finado. Acto seguido, la vecina se tapó la cara de espanto y largó un fino chirrido. Mi vieja se levantó rápidamente y dijo tragando saliva:

–*Abríguense rápido. Que yo voy a buscar la cuchilla* –, y partieron a confirmar la aparición.

Al llegar, con los corazones a mil, pudieron comprobar que en verdad daba la impresión que era un muerto vivo que había salido de entre las tinieblas del infierno. En el rostro desfigurado, tenía las marcas de la mismísima muerte y en sus pupilas marrones, olvidadas por el tiempo, llevaba un oscuro velo cargado de resentimiento y venganza. Pudieron también percatarse, que tenía más vida y ojete, que un gato de baldío.

Estaba muy pancho, empinando un vaso chopero de un vino tinto

y ordinario, con un grupote de borrachines de mala muerte en el almacén Monte Verde. Él no se dio cuenta que lo estaban observando sus enemigos de muerte. Mamá apretó los dientes; mientras que las tres muchachas la sujetaban con los ojos aguados y débiles de impotencia. Estaban seguras que doña Blanca, en el mínimo descuido, le saldría al cruce con la cuchilla en la mano.

Se marcharon directamente a hacer la denuncia.

A los pocos días, la policía consiguió atraparlo en una parrillita miserable, que él frecuentaba. Ahora me doy cuenta qué importante es la literatura en nuestras vidas o, mejor dicho, en estos casos tan particulares de asesinatos. Fue algo tan similar a la obra de Edgard Allan Poe, llamada Corazón Delator. Si bien, para mí, su inconsciente lo traicionó, arrastrándolo a tan sólo ciento cincuenta metros. Lugar, en donde maltrataba a mi madre y vivíamos los cuatro. De una u otra manera, él, necesitaba desesperadamente, hacerse ver para que lo atrapen. De todos modos, sabía muy bien, por sus amigos y parientes, que lo buscaba la ley. Su corazón le pidió a gritos que pague por lo que hizo.

Cinco meses más tarde bastaron para que mi padre salga en libertad. Aquí, en la cárcel, existe una frase bastante filosófica para mi entender, cuando dicen, en modo de protesta o indignación: *“Los giles tienen suerte”* – y esto parecía a propósito –; es decir, en los mejores momentos románticos de mis padres.

Mi vieja, unos cuatro o cinco meses antes de que él la mate a fuerza de golpes injustificados, se tiró el último y equívoco lance, para defender la unión de su añorada familia y esa pareja cavernícola, que terminó siendo una sangrienta película de terror, y decidió retirar, uno por uno, todos los cargos en su contra; es decir, esas tantas denuncias que ella había echo, por violencia de género, dejándolo como nuevo. En esa oportunidad, él la había acompañado hasta la comisaría, y el taquero, tenía en su poder un papel de mierda, firmado por los dos, con todos sus datos personales. ¡Qué cagada!, mamá acusó que las denuncias, las había echo por despecho, nada más que eso, tan sólo a causa de unas que otras traiciones.

Todos estos datos los fui consiguiendo con el transcurso de los años, de lágrima en lágrima, con callos en el alma. Por desgracia, fue ese el motivo por el cual salió libre de culpa y cargo. No sé, pero fue todo muy loco y extraño a su vez.

De tal modo, lo de mamá, quedó todo en la nada y, de alguna manera, legalizaron su atroz muerte con un simple empujón intencional

de él. Y sí, es verdad, todavía sigue libre. Esto es algo de no creer, ¡Qué Argentina generosa! Nunca pensé en demostrarle un poco de lástima, sabiendo que era un viejo enfermo y neurótico. Siendo conciente que el conocerlo no fue un chiste, el tiempo cura todo, no recuerdo quién una vez lo dijo. Sin embargo, con el fluir de las décadas, seguro estoy, que le habré donado con toda la caridad del mundo, ciento cincuenta mil pesados y fríos pistolazos, en esa cabezota enmarañada de rulos negros, de la misma forma que a él, le encantaba pegarle a mi vieja, como un puto cobarde.

Los años te hacen madurar, y yo me considero un hombre. En primer lugar, porque tengo la conciencia tranquila, digamos, nunca golpeé a una mujer, y en segundo lugar, me hago cargo de mis moscas; no como en esa brillante y famosa obra de teatro, llamada *Las Moscas*, de Jean Paul Sartre; donde en una ocasión, un rey mentiroso y malicioso, lo hacía corresponsable al pueblo, por la muerte de su propia víctima. No, de ninguna manera, en este caso, yo fui quien le faltó el respeto a su padre y también lo hizo arrodillarse en más de una ocasión; sin ningún temor o arrepentimiento alguno. Sí, lo digo a pura voz; porque estoy condenado a ser libre. Sin olvidarnos lo que anteriormente había mencionado: los años te hacen madurar.

Recuerdo la última vez que lo tuve ante mi único ojo: el pobre desbordaba súplicas de piedad, mezcladas con humillación. No valía la pena. Ni tan sólo, hacerle morder el culo por mi perro, llamado Pichy.

De tal modo, ya no siento ganas de golpearlo. Sólo dejo que la vida, en sí misma actúe como mejor le parezca. Ya pasó. A todos nos llegará una carta documento haciéndonos saber cuántas veces meamos afuera del tarro. En ocasiones, fueron errores jodidos, y otros, más leves. En mi caso tienen un claro ejemplo. Si les queda alguna duda, averigüen bien en dónde me encuentro y cuántos años llevo escondido en este calvario atmosférico, donde a veces, sólo a veces, merecemos ciertos castigos. Hay señales que dicen sin duda, que soy “moroso”, ¡puff!

No obstante, en el buen sentido, no pierdan cuidado y recuerden a Friedrich Nietzsche, cuando dijo: “lo que no me mata, me fortalece”, repito, no me arrepiento de los tantos pistolazos que le doné al gil de mi viejo, nunca. No. Nunca. A decir verdad, fue algo muy extraño y sin mezquinar expresión, realmente hoy, me siento mucho mejor. Sí, no estuvo nada mal, ¡qué buenos recuerdos! ¡Bueno, mierda! A no ser tan dramático. Si no fue para tanto ¡che!... porque esto, recién empieza. Además, no se preocupen demasiado, si estoy bien lejos de ustedes, es por eso que no los puedo masticar con todo mi ferocidad, ¿A no ser que me quieran

conocer personalmente, en una “cárcel de máxima seguridad”? ¡Já, já! No, mentira, sólo era una broma de buen gusto. Quisiera verlos a ustedes a ver qué harían en mi lugar, siendo un pendejo, bastante maleducado por las leyes de la villa, el delito y este padre malparido, sumado a que yo era bastante atrevido y andaba armado. Qué locura...

Quiero aclarar que no pienso incluir en todas estas situaciones de mierda la crianza y el amor de mis hermanas, Nancy, Roxana y mis padres del corazón, Blanca y Enrique, ellos son lo bueno del Ying---Yang que vive en mí. Pero cómo no tentarme en aquellos momentos, cuando me la daba de mafioso, con semejante pistola cromada que flameaba bajo aquel sol, al rojo infierno de zona sur. Por supuesto, esa misma máquina del mal, doble acción, cargada con diecisiete plomos y uno en recámara; quienes reclamaban justicia a como de lugar. Encima, sumergido entre los ruines pasillos, decorados, con chapa, cumbia y boletas; las mismas que siguen alimentando la hambrienta barriga insatisfecha del cementerio de Lomas de Zamora. Insisto, piénsenlo en un modo existencial y condicionado, por toda esa mierda que, inconscientemente, me justificaba con ese pasado de yeso, opacado y fermentado. Es verdad, está conmigo, pero nunca me va a impedir cambiar lo incorrecto del presente, ni mucho menos, dejar de soñar despierto, proyectando hacia el futuro.

Ténganlo presente: que no fue nada fácil sobrellevar esa desagradable situación de porquería. Esta es mi (gran venganza racional). El poder gritarlo con toda pasión, como me enseñaron, ¡Así! Con pura literatura, ¡así! es como tengo que ser yo. Estoy furiosamente seguro que, si esto, en algún momento, se llegara a publicar, mi madre, recién en ese instante, podrá descansar en paz...

El que no robaba era un gil; principalmente, en el año dos mil. Allá, en el pañuelo de Villa Albertina, sin embolsar a la gente laburante como mi vieja. No tengo pelos en la lengua. Por eso, seré realista. Si bien, la mayoría de los pibes de mi época y, principalmente, mi pandilla, que ya en el año noventa y seis, éramos bastante rastreritos. Por mi parte, cuando me entregaron el boletín de séptimo grado, me apodaban “Plástica”, y no se equivocaban mucho: si en el lugar que me encontrara las cosas, se me pegaban solas. Eso no era todo, me encantaba el cannabis y otras cositas, que me llevaron a la ruina, hasta convertirme en un ratero drogadependiente de poca monta. ¡Bueno! ¡Che! Quien anduvo un poquito en la calle, sabe muy bien, que se arranca siendo una laucha de tirante.

Volviendo al punto, en esta oportunidad les brindaré un pantallazo general y resumido de las tantas amargas aventuras, que tuve que

vivir como ganado tras las rejas. Eso sí, nunca fui inocente. Pienso que es necesario remarcar, antes de cualquier mala interpretación, cuando digo drogadependiente, porque lo digo con orgullo; al recordar que pasaron trece años, desde aquel día que me separé definitivamente de las drogas. Solamente mis vicios en libertad, como en el encierro, a pesar de las pocas posibilidades que me brinda una cárcel, en líneas generales, siempre fueron: el buen comer, una buena pendeja (o tal vez muchas) y una linda motito, para basilar por las noches moviditas los fines de semana, acompañado con algo primordial para un argentino: “El vino”. Sí señor. Y si es posible, un tinto bien puro. ¡¡Así!! Como decía mi tío Andolina, oscuro y desnudito; con unos temas de fondo. ¡Qué rico!

En este novato encuentro con ustedes, los lectores, la misión que debo cumplir es contarles a carne cruda y sin saliva, el desastre de la otra dimensión que ocultan las tinieblas fabricadas por alguien, o por muchos, que se encargan de tapar las tantas verdades aterradoras, y no esas que salen en la tele o en alguna revista penitenciaria, afirmando con seguridad, repararte la vida, en los tantos penales de la provincia de Buenos Aires.

Comencemos. Para empezar, por desgracia, estuve en muchos Institutos de Menores. Con la diferencia que, en el último galpón, pagué una condenita de un año y diez meses. Convengamos que no existen muchas diferencias en la supuesta evolución de un Reformatorio, con la maravillosa reinserción social de un Penal, porque no hay muchas alternativas. Digamos, que nosotros, los Cuenteros, hoy somos privilegiados, al dejarnos ayudar.

Ahora bien, si la memoria no me falla, en los muchos Institutos que estuve, por nosotros (los mocosos), nadie se preocupaba por enseñarnos una mierda. Las escuelas siempre estuvieron para hacer bulto y presupuesto. Sin mezclar la paciencia y la contención de mi maestra, llamada “María del Carmen”, en el colegio de la actual cárcel para mayores, en Máxima Seguridad. Aprovecho la oportunidad, para remarcar que algunos, solo algunos docentes, son como en realidad tendrían que ser el resto; en los penales de una Argentina en democracia. Retomando el cole, en el Instituto donde era todo una gran joda. Con el sólo echo de recordar, que los maestros y los encargados chistosos, apostaban por algún pibe quilombero y cimarrón, quien, seguramente, se la tenía jurada a algún interno de otro pabellón, en las tantas riñas que ellos mismos programaban. Engañándonos, con que el encierro fue inventado para los machos. Nosotros, endemoniados. Ellos felices.

El coliseo se abría, siempre y cuando, cumpliéramos con los pe-

didados de los encargados de mantener el orden. Llamémoslos: la Ley. Recordándonos lo siguiente: ¡si no corre sangre!, ¡Cobran todos! De lo contrario, no nos dejaban solucionar nuestros problemas como perros; porque así nos llamaban ellos. Y en muchas ocasiones, peleábamos con cepillos de dientes con mucha punta, y pequeñas varillas de “metal”. Ahora, yo me pregunto: “¿seré metal?”.

Pude ver a muchos menores morir con facas; enterradas en los tantos pechos, aún lampiños. Mientras ellos, los trabajadores, se despanzurraban de la risa.

No hay forma de negarlo: a las drogas, muchas veces te las vendía el guardia, es decir, el encargado.

Como también, si no tenías un carácter fuerte, se complicaba bastante, y quedabas siendo, como se decía en aquellos tiempos, “muleando”. Y si eras en verdad, más gauchito con tus compañeritos, digamos, débil de mente, pierdan cuidado, que de seguro, un pendejo revoltoso, a punta de cuchillo, y sin falta, te obligaría a que se la chupes; pero con un poco más de suerte, capaz, que te partían el orto de punta a punta. ¡Ah! Un dato importantísimo: cuando un encargado, o el empleado pedófilo, que vendrían a ser la misma mierda, se enteraba de algún chico violado, lo presionaban entre un grupo de adultos, psicológicamente, hasta conseguir victoriosos, como quien dice, pasar por el pelotero. ¡Qué barbaridad! ¡Hijos de mil zorras! Imagínense, el demonio que estaban fabricando. Y con qué resentimiento, ese chico afrontaba su realidad social. Si la redención del Instituto, le partía el alma como un queso.

Tampoco pienso justificar el delito de ningún menor de edad. Ahora, lo tengo perfectamente en claro: que cualquier clase de robo, está mal. Insisto, muy mal. Pero en los últimos años, los menores se mandan cagadas aberrantes, que a uno mismo, lo indignan. Por mi parte, tengo una hermosa familia y amistades incondicionales, no sería nada agradable que les suceda algo malo. Hoy, lo digo con todo el coraje del mundo, acá rodeado por los mismos chorros que salen por la tele. ¡No a la violencia y al delito! Desde aquí, en el corazón de una prisión, flotando en la oscuridad de una celda fantasmagórica. No. Esta vez, me cruzo a la vereda de enfrente. Remarcando, lamentablemente, que muchos menores de edad, al estar drogados, matan a las personas sin razón, y ahí es cuando se van al carajo, porque nadie tiene derecho a quitarle la vida a nadie, mucho menos, en un traumático robo.

Por último, sinceramente, sólo me quedan vagos recuerdos de los Institutos y sus respectivos nombres, los cuales son: San Martín, el Roca,

el Belgrano y el Agote. Estos, son los de Capital Federal. En la provincia de Buenos Aires pasé, sólo una vez, por el Alfaro y, en otra oportunidad, por Movimiento; de ese lugar, fui derivado al famoso Instituto: El Copa. Donde me recibieron con unas amistosas puñaladas. Mala junta hay en todas partes, y mayormente, en esos lugares. Es por eso, que paraba con un grupito de culos sucios y supuestos mafiosos. Este puñado de larvas, tenía bien junado los tiempos, al igual, que los descuidos del establecimiento y sus cambios guardia. Tengamos en cuenta el conocimiento del resto de esa bandita. Dado que fueron todos reincidentes, en el viejo Copa. Entonces, la hicimos corta y nos pintó el berretín de fugitivos. Aquel sexteto, que bauticé “Corramos Pucho”. Y yo, en esa ocasión, fui el promotor de esa fuga.

¡No rompan tanto las pelotas, pidiendo justicia, loco! Si al siguiente año me reventaron a balazos, y me unificaron la causa de menor con la otra, ya teniendo los dieciocho años. Resultado final: me la hicieron pagar, por pelotudo. ¡Hay Dios mío! ¡Qué personaje!

Bueno, hasta ahí llegué; además, ya me empezó a pegar el sueño, y si notan que escribo como realmente hablo, qué mierda me importa. Sino les gusta, están sabiendo dónde carajo me pueden encontrar. Los estoy esperando. ¿Qué más quieren? Chau, nos vemos, y sino se puede, nos escribimos. ¡Basta, basta...!

¡¡¡ Bastaaa!!!

Como les dije, tengo muchas historias sangrientas que contar. Pero hago memoria, y me doy cuenta que hoy es lunes; ya estamos en el dos mil trece. Pienso, pienso y digo para mis adentros: ¡La puta madre!, todavía sigo en cana. ¡Qué mal! y dejo escapar un largo suspiro novelesco. De repente, sobre la mesa veo algo: es un caracol, muchas plumas de nostálgicos chimangos, los pinceles y el jarro, con diversos colores de fibras y lápices. Más caracoles. Pirámides de libros, filosofía, psicología, historias argentinas, tomos de artes plásticas; mi universo, formal y enloquecido. Tarros usados de témperas decoran mi cuarto, tu cuarto, o el de todos, de algún modo; un block de hojas en blanco me grita suplicante, que talle una historia con música en su voz.

El rollo de servilletas, se ríe, haciéndole burlas a las tantas hojas bastardas. Pero, repentinamente, el ácido de una poesía se tatuó en ellas; por eso, descansan satisfechas sobre la mesa rústica o, más bien, dionisíaca.

La fecha indica, que el diario es de hoy. ¡Qué extraño!, chorrea sangre desigual y política rancia, al perder sus manos del progreso; ¡qué

lástima, qué desastre!, pero...qué más da; ¡están todos locos de poder!  
Mi país está dividido como un rompecabezas. ¡La reputa madre que los  
re mil parió!

Sintonizo en la radio, la Dos por Cuatro; ¡qué pedazos de tangos!  
Sí, creo en la reencarnación. Si yo fui y seré muchos más. Largo una ca-  
rajada siniestra; pienso y oigo a Goyeneche; me transporta al presente.  
Cambio el dial; la “Rock and Pop”. Suspiro al oír “Enciende mi fuego”, de  
The Doors. Sacudo la sabiola, me rasco la barba y muevo la pata hechi-  
zada al compás de los instintos levantados. La cama, ¡la cama! parece un  
gran plato de fideos revueltos y largos, de mala calidad.

Las imágenes que tallo en la madera mantecosa, toman vida y  
me quieren volver más ¡loco! Pero como son mis crías, no les doy im-  
portancia; se aburren y no rompen más las pelotas. Quedan inmóviles,  
pero brillan. El químico del barniz, pretende doparme; lo tapo momen-  
táneamente. Dudo ser escultor; debajo de la mesa de trabajo, ¡se mueve  
algo! ¿Qué mierda es? ¡Ah! una Robot adolescente embarazada, hecha  
de yeso. Llora, llora y no para. Dice ser una madre soltera, o que se mandó  
a mudar el amor de su vida. Seco sus lágrimas; me pide fuego, está  
neurótica y quiere fumarse un pucho. Con mucha paciencia le explico lo  
malo que es la nicotina para el crecimiento de su hijo; sonrío y estira el  
brazo. Le rompo el cigarrillo en la cara; me raja una puteada. La mando a  
la concha de su Creador; llora otra vez, llora y aturde demasiado.

¡Cerrá el orto!, le grito, y me hago bien el boludo. Si yo la inventé  
anoche; se calla. Se congela. Mi osa de peluche ya no se hace más la  
poronga. Mis ideas no paran de hacer puteríos, entre los tantos dibujos  
estrabóticos o simbólicos que vomité; se hacen los inocentes, pero sa-  
ben que van por buen camino; son muy ambiciosos. Reclaman su espacio  
vital. Mis pertenencias están arrojadas por todas partes; me doy cuenta  
que ni siquiera me pertenece mi vida ¿siento angustia o me alegre?

La tapa de un libro lleva la foto de Félix Luna; ¡me habla! Los con-  
cejos parecen buenos. Presto mucha atención, y juntos hablamos mara-  
villas de Alfonsina Storni. Romántica estrella de mar, y el viejo, una his-  
toria inmortal en lo celeste, representando el orgullo argentino. El grito  
monótono de un desconocido tren; la madrugada y los mates amargos  
no me dejan morir, aunque no estoy seguro, si estoy muerto. El haberme  
bañado me tranquiliza, porque no despido fermentación descompuesta.  
Eso creo. Un par de guantes de box me hacen recordar la adrenalina del  
día ¡qué buen swing! Bendito sea el boxeo para todos, por la TV Pública.  
Principi: el máximo narrador de la poesía combativa. Otro par de pesas  
de mano no aguantan mi peso mediano.

Cuido el tiempo, como si fuera de oro, día tras día. Otro personaje de yeso, con la guardia de Maravilla Martínez, pide que le enjuague el bucal; está nervioso, no sabe si es un espectáculo o una disputa a muerte ¿Qué hago? ¿Por dónde le meto el bucal? Si tiene por cabeza un foquito eléctrico. “¡Pienso, luego existo!” me grita, riéndose amigablemente ¡Ah! Me doy cuenta que es iluminista; se hizo el boludo y vino a cambiar el aire. Astuto el veterano ¡che! Acomoda las cosas, donde su razón se lo indica. Lo ignoro, y vuelve a su lugar de estatua; es educado y habla bien. Ya terminé mi barrilete que tanto deseaba: estamos todos contentos. Mañana, si vamos a la cancha, lo voy a remontar, si Dios quiere. Y me hará recordar que estoy más vivo que nunca. Y puedo respirar. Lo sé muy bien. Ya soy, el otro yo, digamos, el verdadero, que nació conmigo; no soy una mala persona.

Debe ser hermoso sentirse en el aire como este barrilete; yo lo fabriqué. Es decir, será mí ser quién se elevará en el cálido aliento del sol. Cuando esté allá, en lo alto, voy a aprovechar para investigar a éste sistema, que pretende estrangular mi futuro.

Repito: mañana, si Dios lo permite, seré ese niño, que mi mamá crió con mucho amor durante tantos años. Si, soy parecido y muy diferente al resto, y si les causa gracia lo que digo, ¡no me calienta! Además, no les tengo miedo, ya lo saben, ¡jo, jo jo! Estoy tomando mates y masticando un pan durísimo. Estoy cansado de sentir odio, estoy arto de juntar enemigos; ¿hacemos las paces? ¡Listo! Quedamos así. No te persigas, soy un hombre de honor ¡dame un abrazo, mierda! ¡Quetepanconqueso! Me agarró sueño, estoy tapado hasta la mollera. Mis demonios, respetan los sueños, pero no a los vecinos; son copados.

Cierro mi ojo y me dejo llevar, me voy, me voy. Una mancha violeta se mueve alrededor de mi conciencia; se me viene encima. ¡Me agarro! Soy arrastrado por una fuerza extraña, ¡me gusta! Está bueno; cruzo una selva exótica, muy rápido. También cruzo animales que me cuidan; soy una luz. ¡Somos una gran luz! Llegamos a un océano eterno, y la misma fuerza me lanza como un rayo verde fosforescente, sobre las aguas saladas. Estoy volando como un misil, y me reflejo en las olas, vibrantes y permanentes, parezco feliz; festejo, ¡grito! Aplaudo y me hundo. Me arde, ¡me arde mucho el vientre! Hago fuerza y pego un salto de coyote. Me despierto de golpe, y era, que estaba soñando; mejor dicho, me estaba meando; voy al baño, me echo un cloro y busco, nuevamente, el mambo gratis en el nido; me evaporo, me evaporo; me duermo. Soy un preso. Una celda; una condena, soy metal, Chau, me fui ¡jtuk!! Apagué la luz ¡¡¡Rhrrrrf!!!

Como lo dije anteriormente, muy entredormido, que nos volveríamos a ver; entonces, aquí me tienen. Bien puntual, al pie del cañón. Como, supuestamente se dice, que lo era Immanuel Kant.

La prisión, la cárcel o como prefieran llamarla. A ver: hagamos un esfuerzo entre todos y busquémosle un seudónimo apropiado para este hermoso lugar ¿Qué opinan al respecto?, piensen, piensen; ¡vamos! Qué esperan, cagones. Por lo visto, no se animan a tirarse un lance, en buscarle un nombre. Yo tengo uno, si con probar no perdemos nada. De todas maneras, ya estamos ardiendo en la garganta de un horno olvidado.

No estoy seguro si es el indicado; pero insisto, soy un crítico, bastante conocedor, por motivos de ignorancia y salvajismo. Está bien, tendré en cuenta que, para ustedes, es algo sumamente desconocido. Y no es fácil, bautizar a semejante quilombo. Por lo tanto, les pasaré unos cuantos datos, para ayudarlos a buscar ese maldito nombre.

Cuando los veo correr, tan rabiosos, con esas largas escopetas, que marcaron mi vida para siempre; chocándose entre ellos, distinguidos por sus vestimentas, de guardia armado. Noto, en su mayoría, abstinencia de pólvora en sus miradas y de las tantas explosiones, cargadas de sangre caliente; es decir, parece que les encanta tirar itakazos. A veces, sólo a veces, con balas de goma.

Ahora, es justo aclarar, que su trabajo es evitar que nosotros (los presos violentos) no nos matemos a cuchillazos; y no está mal la idea, en esta carnicería argentina. También, es necesario recordar, los dos minutos que esperan, al llegar alguna reyerta sangrienta, cuando pelean con lanzas de dos metros, o facones. Para mi opinión, les gusta apreciar el espectáculo; además, nunca faltó un salame, de ese mismo grupo de hombres sofisticados, en mantener el orden de la cárcel, en gritar definitivamente: ¡si tienen facas, más vale que las usen! ¡Manga de gatos! Como también suelen decir esto: ¡vamos! Háganla corta, ¡refugiados! Y, lamentablemente, cuando uno de los dos cae desplomado al rojo vivo, es ahí, donde estallan los escopetazos para todo aquel que se encuentre alrededor. Mas aún, estando en la cancha o en el patio del pabellón. Terrible es presenciar cuando los jóvenes, prácticamente sin almas, disputan sus destinos a muerte; y en muchos casos, ya no tienen ganas de seguir viviendo. Sin embargo, los tipos, continúan ensañados, pegándoles tiros en el piso. Primordialmente, en la cara sin razón alguna. Los bolones de goma lastiman demasiado, te arrancan la carne en pedazos.

Yo, lo sé perfectamente; escucho los tiros y me angustio demasiado, al saber que las causas son esas frías peleas de mierda. A menudo,

pienso lo mismo y me pregunto por lo bajo: ¿éste? ¿Debe ser ese mismo paraíso que Karl Marx dijo que construyamos entre todos, en la tierra? Lugar donde el hombre vino a sufrir. ¡Sí señor!, así es como la voy a bautizar a la prisión: “El Paraíso Construido en Sociedad”. Ahora, yo me pregunto si esto no será otro gran relato. Jo, jo, jo.

Era una broma, pero me causa mucha risa, porque esto no da para más, y si en algún momento, todo esto, de tanta presión, estallara; yo tampoco quisiera ser parte de ese loco y temible final en ruinas. Porque, según mis cálculos judiciales, en cualquier momento, voy a recuperar mi libertad física. Mucho, pero mucho antes, del día final, en las sombras.

Veintiocho balazos tenía el auto en el que andábamos robando, y como se decía en esos tiempos, o al menos así acostumbrábamos decir nosotros a fines del año `99. Precisamente, ese veinte de noviembre, la tarasca ya está en casa. No lo digo con orgullo, mejor dicho, me da muchísima vergüenza el recordar que nos recagamos a balazos con la Brigada de Avellaneda. Apenas empezó el coheterío, estábamos muy mal, íbamos perdiendo seis a uno, nos faltaba tan poco para llegar a casa. Matías, mi gran amigo y compañero, de tanta adrenalina y emociones equívocas, me observó por el retrovisor con los ojos bien redondos de nerviosismo y resignación “¡negro, ya son la doce!”, y juntos, por esa misma tensión, cruzamos unas extrañas carcajadas acompañadas con el castigo de un profundo suspiro de pobreza por esa vida de mierda; esas palabras eran redondas y matemáticas para nuestro poco razonamiento. Si bien, era una metáfora que significaba tirar con la mejor artillería para darnos a la fuga de un vehículo civil, que se nos había pegado con dos policías a bordo, dando la voz de alto, de ventanilla a ventanilla, apuntándonos con sus pistolas remontadas. Lo dicho, fueron segundos, porque enseguida empezó la persecución. Como les dije, se nos habían pegado como bicho al radiador. El error fue cruzar Puente La Noria con la patente cargada de captura, para el lado de provincia, digamos, para Lomas de Zamora. Aquel piloto de civil pedía refuerzos, y el otro, lo único que hizo fue vaciar cargadores. No podíamos escapar, eran rápidos. Nos reventaron una cubierta y ambos parabrisas estallaron en nuestros rostros, los plomos azulados cortaban el viento y gritaban nuestros nombres, silbándonos a nuestros oídos que ya éramos boleta. Matías esquivaba los autos como en un video juego, y rápidamente las sirenas de muchos patrulleros se hicieron oír, cada vez, más cerca. “¡Vienen de todos lados!”, grité, y el piloto asintió con la cabeza bañada en sudor. Cómo olvidar ese momento si los tiros agujerearon el techo y reventaron salvajemente los relojes del tablero. Matías tiró el asiento hacia atrás, yo me recosté cómo pude sobre la butaca trasera, intentando hacer puntería. Mucho no me duró

esa valentía, porque tres balazos rozaron mi frente, y hasta ahí llegué. Si bien con semejante peligro, solo atiné a sacar la mano por encima de la butaca, gatillando al bulto.

Nunca supimos cómo pudo darle ese tiro en la pierna derecha a Matías mientras manejaba. Dos cuadras más adelante pude ver con claridad, como se agarraba la mano ensangrentada el cobani que estaba encarnizado con nosotros. Eso significaba que íbamos uno a uno, mi disparo fue certero. Mi amigo tiró el freno de mano y sin querer chocamos a un tipo que voló por los vientos de zona sur, y terminó ileso amortiguado contra el tejido de una casa. Casi chocamos, casi morimos de un infarto. No podíamos salir del auto y era en vano esperar la muerte en un vehículo sin marcha. La lluvia de plomos era sumamente intensa, para desgracia nuestra, bajaron rápidamente del Golf, con la diferencia que en ese momento, los dos dispusieron a apretar el celoso gatillo. Algo quemaba en mi alma, quizás, me estaba despidiendo. Uno hizo una pausa para cambiar el cargador, “¡ahora!”, nos dijimos, solamente, con las miradas frías y salimos tirando con dos o tres balas, cada uno, en diferentes direcciones. Apreté el gatillo...una...dos veces, y la respuesta fue eficaz, porque caí semiabatido, con dos tiros en el abdomen. Mi fiel amigo se volvió a rescatarme con pistola en mano. Tranquilamente, si él quería, con semejante balacera, me dejaba tirado; pero no fue así, me tironé de la camisa a cuadros, que se me había pegado al cuerpo, por la sangre caliente. En ese mismo instante, se desprendió un espeso chorro de sangre de la cabeza de Matías; prácticamente, ya nos tenían. Corrimos, nuevamente, y él, me largó con un envión, lo que significó “sálvese quién pueda”. “¡No tiren más cohetes!”, gritaban los cerdos, yo amagué con el arma caliente y vacía. Uno se tiró cuerpo a tierra, el otro se apostó atrás de un árbol y nos dieron, como quién dice, “con el hacha”. Yo revoleé el arma y pateé una puerta, la gente gritaba en el comedor de la casa. Mi ñeri de emociones equívocas, se trepó de unas rejas bastantes altas; fue ahí cuando le quebraron la tibia y el peroné. Por si no lo sabían, un tiro es como un mazazo, por lo tanto, a él, le dieron uno más en la misma pierna, y ese mismo impacto terminó astillándole el hueso contra el fierro del enrejado; con la pierna desencajada y sin apoyo se arrastró hasta el fondo de una vivienda moderna con forma de iglú. La dueña escuchó lo que pasaba; tal vez, un poco dormida, ya que eran, aproximadamente, las siete de la mañana, un día común de semana. Un camino de sangre la llevó hasta mi gran amigo, quien estaba desmayado y agonizante, desangrándose como a baldazos de agua, con un enorme charco de sangre que rodeaba su cabeza, y otro en su pierna. La señora, por desgracia, era de avanzada edad y sufría de presión alta; seguramente habría pensado que estaba muerto. Los policías entraron corriendo, la mujer dejó escapar un

grito aterrador y cayó desplomada a un costado del casi muerto.

Como afuera había muchos chismosos, no lo pudieron ejecutar como ellos acostumbraban a hacerlo y terminaron llevándolo de urgencia al hospital más cercano. Primero estuvo un mes en estado vegetativo, después, unos cuantos meses mas, en terapia intermedia, recuperando, poco a poco, la razón. A mi, me atraparon unas cuantas cuadras más adelante. Tuve que saltar varios paredones por los fondos de las casas. Ya veía blanco y negro y escuchaba sonidos y voces distorsionadas, tal vez, eran las campanas del infierno. En menos de segundos, se inundó de patrulleros y uniformados corriendo como locas. El último disparo que recibí, fue cuando pateé la primera puerta. Sentí como que algo me cortaba la carne. Daba la sensación que mi pierna iba estallar. Los tiros quemar y perforan, se llevan todo a su paso. Ese fue el sexto impacto que nos jugó en contra, por eso dije en un principio, que cuando todo empezó, ya íbamos seis a uno.

Nuestros códigos, en aquellos lejanos momentos, fueron muchos, pero primordial era el ser legal con la repartija; dense una idea que, fuimos tan compañeros, que nos repartimos tres plomazos para cada uno. ¡Qué locura! Siempre pienso que si ahora me darían un palazo en la espalda, caigo desnucado y marchó con fritas, digamos con san Pedro, tan sólo por el hecho de sentirme civilizado.

No daba más, tenía mucha sed, no paraba de sudar, alucinaba ver paredones y zanjas, pero no, solo estaba agonizando y nada más que eso. Recuerdo claramente el grito de las sirenas, a los perros enloquecidos que toreaban a los policías, los mismos que reventaban casa por casa. Mi respiración se iba consumiendo como la luz de una vela en el corazón del viento. Necesitaba agua para despedirme de éste mundo, intenté tragar saliva, pero fue imposible, me ardían las tripas y con los dedos intentaba tapar los agujeros para cortar la hemorragia. Pero todo era en vano. Entre la confusión dionisiaca de La Muerte y La Vida, logré pensar dificultosamente y decidí no esconderme, si bien tenía tan sólo diecisiete o dieciocho años y no quería morir; sabía perfectamente que me estaba dejando escapar a mí mismo, como un pelotudo cobarde. No sé bien cómo sucedió, pero inexplicablemente aparecí tirado entre unos largos matorrales. De repente, tres puntadas estrangulaban mi pecho y quedé seco, inerte, a merced de la maleza. Por último, no sé por qué me dejé morir jadeando como un perro viejo.

Nunca lo voy a borrar de mi mente, cuando dejé arrastrar entre dientes un arrastrado susurro, remarcando finalmente: “me muero, me muero”. No sé bien cómo explicarlo, pero sentí que una poderosa elec-

tricidad se desprendía dolorosamente de mi joven cuerpo. Junté ambas manos y las apoyé sobre mi pecho. Inconsciente como estaba, luché para atajar el alma fugitiva de un envase de carne y hueso maltratado. Cerré los ojos que lloraban demasiado y pude observar adentro de mi cabeza, cómo giraban alrededor de lo que parecía mi silueta, fotografías de los últimos días cuando estuve haciéndome el romántico en un baile; era algo así como una rueda mecánica y comenzó a girar al revés, de adelante hacia atrás. En cada imagen estaban los mejores momentos de mi vida. Fue increíble verme a los cuatro años. La rueda se movía brutalmente chillando a madera vieja. Esa cosa y yo, estábamos suspendidos en el aire, y alrededor nuestro, sólo había oscuridad. Yo parecía el eje de ese demoníaco artefacto; iba pasando las partes más emotivas de nuestra familia, una por una y, en particular, me hacía ver a los muchos amigos abatidos por la ley, en esos momentos cuando estaban todos vivitos y coleando. Fueron filmaciones, más que fotos; creo que en ese instante dejé de respirar, pero nuevamente la rueda giraba indecisa como un zamba en un parque de diversiones, hasta parar con mi familia festejando un cumpleaños de mi vieja. Estábamos todos felices. Repentinamente, me quemó el calor de una lágrima que rodaba sobre mi mejilla intangible, al caer la misma hacia un vacío infinito que pasaba por debajo de mis pies; sentí, radicalmente, que se desprendía la historia de mi vida. Fue entonces, ahí, donde la máquina empezó a girar salvajemente en retroceso, presentí, sumamente frustrado, que me dirigía al día de mi nacimiento, y si lograba presenciarlo, sería una señal o una orden que debía partir; pues, entonces, llegaría la hora de mi muerte. No quería morir, no era justo. Hacía fuerzas para no irme, justamente, con el corazón.

Un grito profundo y ensordecedor consiguió exaltarme. Primero parecía una mujer, al instante era idéntico a la sirena de un patrullero. “¿Un patrullero?”, me dije a mí mismo.

Lo que les estoy contando fueron cosas, de uno o dos minutos, y me pregunté, nuevamente, muy confundido “¿un patrullero?”. No sé como pasó, pero, de algún rincón de la mente, me avisaron que me estaba corriendo la policía; pegué un salto y largué un suspiro desesperado, abrí los ojos y me percaté que todavía estaba con vida. “No quiero ir preso”, susurré con la boca seca. Me tomé las tripas, que hacían punta en la panza rota y me eché a correr moribundo. No sentía las piernas, pero de todas maneras, me estaba escapando.

Llegué a la puerta de una casa, en busca de ayuda. Golpeé tan sólo tres veces, con el último hálito de existencia que tenía; sangraba demasiado. Los patrulleros, todavía inundaban las calles con sus sirenas. Sabía perfectamente, que si me llevaban a algún hospital cercano, herido de

bala; se harían presentes los polizontes a confirmar si, en verdad, era el mismo “caco” que andaban buscando. Por momentos, pensaba que mis golpes eran fuertes; pero no, todo lo contrario, me evaporaba como el agua de una pava hirviendo. Me iba a ¡¡jimooorrrr!!! Estaba muy angustiado, porque era algo, y pasaría a ser, más bien, nada, en un descuido.

Escuché celebrar un vehículo, acompañado con el chirrido de unas cubiertas al frenar. Pero también, lo estruendos de unos fuertes puertazos lastimaron mis oídos. Solamente, un golpecito seco y débil, sentí en mi espalda; al darme vuelta, tenía encima a un gordo rabioso uniformado a tan solo un metro de distancia, y de la nada, me apoyó la escopeta entre los ojos. La remontó de un seco chasquido; el dolor del estómago, me hacía retorcer como serpiente en celo. El tipo me dio un semejante culatazo, que consiguió desmayarme.

Gracias a Dios me llevaron al hospital “Evita”, de Lanús Oeste, lugar donde trabajaba mi actual madre, Blanca. Primero, me hicieron pasar por varios hospitales; hasta llegar a destino. Nunca supe las causas, o sí. ¡Já! Qué loco es el destino, si bien, yo nací ahí mismo, y mi vieja todo lo contrario; pues, falleció en ese hospital. Me operaron sin anestesia. Según los doctores amigos de mi mamá, los plomos rebotaron en algún lado y, después, me dieron a mí. Claro está, que fue muy extraño, pero ese, ha sido el motivo por el que no me atravesaron el cuerpo. Infortunadamente, se incrustaron en el abdomen y rozaron la columna vertebral. Después continuaron subiendo en círculos cruzados, destruyéndome el baso, el hígado y algo de la vesícula. Los impactos, también lograron desviarme la columna hacia la izquierda; es por eso, que camino un poquitín torcido. Sin olvidarnos de la buena tira de intestino fino. ¡¡ Qué cagazo!! ¡Madre mía...!

Matías, en una sala; y yo, en la de al lado. Mi colega de la infancia, había perdido el conocimiento, es decir: “¿quién soy? ¿A dónde estoy? Y a ustedes, ¿quién los juna?”. Mientras tanto, yo, casi muerto, chupando suero a rolete

Además, eso no fue lo más catastrófico. A quién no le gustaría gritar ¡cartón lleno! Estoy seguro que a vos, te vendría de primera. En nuestro caso todo lo contrario, y por desgracia, teníamos el maldito cartón hasta la manija. Esto no es una joda, porque la pobre anciana se desmayó el mismo día que se había cruzado con el cuerpo casi finado de Matías, en el fondo de su casa. Para más tarde, terminar en la guardia de un hospital; maldita sea la suerte, al saber que fuimos bastantes culpables del trágico destino de aquella inocente mujer; al fallecer de un paro cardiorrespiratorio, la madrugada de ese día. Eso fue lo peor. ¡Sí señor!

Acontecimiento del que estaré arrepentido, hasta el final de mi pasillo. La muerte.

En aquel tiempo, en las comisarías, los códigos eran otros. Con esto que digo, no deseo hacer apología a ningún código barato, sin valores ni sentimientos, pero los que ya habían reincidido, particularmente en cárceles, remarcaban a cada momento, que Matías y yo, éramos chorros y además, nos habíamos recagado a tiros con la policía. De eso no cabían dudas. Si parecíamos momias, que todavía dependían del suero, y un manojo de pastillas. Desde aquel entonces, ya no le decían Matías, sino, el Rengo Matías. Aunque lo merecíamos, refiriéndome al castigo. Yo no se lo deseo a nadie, el estar preso, y mucho menos, alimentarse solamente con suero y más suero. Imagínense cómo me sentía, pasando las fiestas de dos mil uno, en comisaría; y a las doce brindar con suero y, por desgracia, suplantando las garrapiñadas navideñas, por un cóctel recetado, por un médico adicto al Rivotril.

Bueno, lo más traumático se viene ahora. Todas las fiestas lo recuerdo, y también recuerdo al doctor, que me había recomendado, que no haga fuerza, pero no lo pude evitar. Además, cuando un hombre llora, lo hace con toda su fuerza; esa fue la acción, que me llevó a tal desenlace. Es decir, un desenlace de mierda. Porque de tanta fuerza que hice, terminé cagándome encima; pero no en los calzones. Estuve casi un año, cambiándome esas bolsitas desquiciadas, porque tenía que defecar en ellas, hasta que, mi organismo se adapte a los cambios de esa riesgosa operación, que me habían hecho. Insisto, cada vez que voy de cuerpo, recuerdo la misericordia de Dios. ¡Ah!, resumiendo esos momentos en taquería. Los chorros me trataron bien. No existen reclamos. De primera las pintas, che.

Listo, demasiado por hoy, mañana, nos vemos en Olmos. Y ahí, quiero ver, si son tan porongas como dicen. ¡Já, já!

“¡¡El que sigue!! ¡Vamos, que no tengo todo el día para ustedes!”. “Espere, don, que estoy operado. Y no puedo ir más rápido”, le contesté al guardiacárcel haciéndome el loco.

Agosto de dos mil uno. Hacía un frío que te partía el orto. En mi caso, no me lo partió; pero el viento cortaba la piel. Éramos once, los que estábamos por ingresar al Castillo de Grayskull, por primera vez. Los mismos, que teníamos el culo en la mano. Penetramos por el famoso “por-tón verde”, que todavía, desemboca justo en frente de ese inmenso edificio demoníaco. Por un momento, me dio la sensación que las palomas volaban cerca de nosotros, mirándonos de reojo. Como si nos perdona-

ran la vida. De repente, se asomaron muchas siluetas, que aparentaban saber del presidio, por las tantas ventanas de todos los pisos, peleándose para interrogarnos de mala manera. Cuando les dijimos a dos o tres de qué comisaría veníamos, comenzaron a ofrecernos hogar y comida, en sus respectivos pabellones. Hasta que en un momento, no aguantaron más los del segundo piso, y se acordaron de nuestras madres, asegurándonos, que seríamos “gatos”, es decir, sus amas de casas. En menos de un segundo, también, prometieron cogernos. Imagínense, que cortaba clavos con el agujero del orto.

Empezó a sacudirse el penal abruptamente, al ritmo de unas casi difuntas palmas, que todos los del tercer y cuarto piso, acompañaban a una suerte de melodía diabólica. Y como lo dije en una de mis poesías contemporáneas, todo tiene música y sinfonía; por eso, aquella vez, el frío sonido de los metales, que los salvajes golpeaban a modo de amenazas, una y otra vez, a lo largo del enrejado ida y vuelta, acompasado por el viento que lloraba súplicas; al ser degollado por las espadas caseras y cortantes. Fabricación de la pobreza resentida, que amontona todavía, supuestos hombres lobos argentinos, abortados por la naturaleza invisible que, solo a veces, no mata, si no mas bien, ayuda a morir como un veneno lento, que reposa en el sabor estructurado de les rejas amargas. ¡Todo!, todo eso: las puteadas; el rechinar de las cuchillas al chocarlas entre sí; los zumbidos de las moscas, quienes nos salían al cruce, pestilentes y rabiosas, desde aquella quema instalada en la entrada del lugar; los gritos de las ratas al pasar, como cachorros por la casa y, otra vez, la melodía de Satán, la prisión se tambaleaba al ritmo del olvido, las preguntas y los gestos irónicos de los presos laborantes del penal. Sus risas, sus risas podridas y amarillentas por el tabaco pordiosero, que fumaban abstinentes, con un pedazo de papel higiénico. Esas notas ásperas y pesadas, le daban música también a todas esas libraciones negativas, flotantes y húmedas; estrangulando el oxígeno para matarme, mucho antes, que guillotine mis sueños, el juego morboso y capitalista del sistema.

¡Si señor! Ese ambiente, más que sinfonía, eran puntos de macumba, para invocar al Anticristo que se hace el dormido

Nos revisaron rompiendo todo y, también, se quedaron con más de la mitad de nuestras cosas, caminamos en fila pasando por un túnel viejo y despintado; traspasamos con los monos cargados al hombro; así se le dice acá, en la cárcel, cuando uno envuelve lo que tiene como pertenencia, con una manta mayormente de dos plazas, se le hace cuatro nudos, uniendo cada punta contraria de la manta, y desque, si es muy pasado el bulto, lo arrastra o lo carga en la espalda. Caminamos en bajada, hasta llegar al sótano del lugar, nos dejaron en una celda, ré grosa,

que le decían “la meona”, la baranda te quemaba los pelo del nazo, en las parede, había banda de gilada escrita, “la concha tu madre fulano, ortiva y mata chorro” también, en grande y con fibra decía: “segundo piso, manga de antichorros” ¡Mira! Dijo un guacho, y señaló el piso, cuando no dimo vuelta, vimo que, seguramente alguno, que paso por ahí, había escrito con rojo “Dios, ayúdame”, nos acercamos un toque, y todavía la sangre estaba aguachenta y como caliente, cuando me rescaté, ¡me quería ré, matar!; un viejo narigón, con la mita de la cabeza hundida, me dijo: “¡miate, chorrito!”, ní, la cajetié; al toque arranqué, y me eché un cloro en la mano boluda. ¡Tenía más miedo que nunca!, y miren que, era ¡ré, atrevido en la calle!, pero bueno; acá ya no hay pistola, y yo no sé ni como mierda se pelea con FACA, ¿Me pasarán a fierro, hoy? “¡que bajón, no da, ¡ní ahí para “morirse”! Pensaba, haciéndome el boludo, y de golpe hablé en vos alta, y dije: “¡yo!, soy ¡chorro! y me van, a tener que ¡matar!! Si se quieren hacer los pillo, o ¡lastimarme!!” y al ratito, sin que nadie me preguntara nada, me hice el loco y grité: “¡es corta la bocha!! Se dieron vuelta todos, con una cara orto, mezclada con espanto; me hice el logi, y miré para otro lado. Ni yo, me la creía; vino el encargado y nos dijo con cara de boludo, que nos iba atender el jefe de penal, ¡huy! ¡Para qué! empecé a caminar con un frío, que me pasaba en la nuca, no sentía las gamba, apreté sin querer las manos, que aunque hacía un ré tornillo, traspiraban a full, no quería ser un ¡fiambre!, pero no podía quedar como un cagón, ninguno quería estar en la cárcel, mas descontrolada del mundo, pero, yo estaba en OLMOS, y a la vez, pensaba: “en todo lo pasillo de la villa, lo gile, se van a llenar la jeta, hablando que soy un putito, una ¡nena!, que en la calle se hacía el poronga, ¡no! ¡ní en pedo! Si yo, soy de la “MAFIA”, además, voy a seguir robando, y fue. Justo cuando íbamo pasando por el medio de Control, desde donde manejan el penal, unos pibes, empezaron a gritar, como si fuera que los estaban matando; uno que estaba con nosotros, gritó: ¡mirá! ¡Se quedaron pegados! Pero, al toque, vimo que un encargado del Servicio, le abrió la puerta, que era toda de reja, grandota y oxidada, esa misma; te separa de la escalera más grande de la unida, ¡no sabé! La sangre, que chorreaba del mono que estaban arrastrando, parecía que adentro se movía alguien, nosotros, quedamo ¡ré tildado! Con semejante griterío, encima, la sangre dejaba un caminito rojo oscuro, terminando casi al final de un pasillo, que me parece doblaba para la derecha, lo mas triste, fue cuando vimo que un tipo flacucho, con cara de finado, temblaba a full. En ese momento el aire, nos faltó a todos, y más peor, fue al ver como le salpicaba la ropa a los cuatro, ese chorro de sangre hervida, que se le escapaba por una suerte de concha que tenía echa en el la garganta, el casi fiambre. Cuando el aliento de la muerte se estaba yendo para Sanidad, siguiendo a esas pintas, nos abrió

la puerta de color verde cagazo, uno del servicio, que si lo veo ahora, ni me acuerdo; y nos dijo, que lo sigamo, porque nos iba a entrevistar el jefe de penal, ¿para qué? preguntó uno que estaba más cagado que todos. “Para qué va ser, ¡bigotudo!” Retrucó el vigilante. Al toque, nos dimo vuelta, y lo miramo al que preguntó; el guacho, como pidiendo justicia dijo: ¿Qué onda, don? ¡Si me afeité hoy temprano!

En esa secuencia, nadie entendió por qué el encargado le dijo que se afeite, tan a cara de perro, si el pibe no tenía ni siquiera una pelusa. Pero entre tantas condenas aprendí que, ¡bigotudo!, quiere decir lo mismo, que gil, salame, gato, loji, otario, san pa la olla, pescado, y muchas cositas más, ¡ja! ¡Ja!. Nos atendieron de a uno; el tipo me ofreció pabellones del tercero y cuarto piso, ahí donde están todos los evangelistas; yo por tocar de oído, y seguir el concejo de un par de tumberos viejos, le contesté que yo era chorro, y no podía refugiarme, eso fue lo peor que pude decir, en toda mi vieja vida de asaltante de barrio; con cara de odio me preguntó si sabía pelear con faca. No sabía qué decirle, y dije “si, si”, con un movimiento de cabeza medio flaco, como decía mi sobrina, sin ganitas... Miré entre la cortina azul, de una piccita que estaba atrás de él, y justito enganché a uno del servicio, tomándose una raya de merca, y por a dentro mío dije: ¡maldita mojarra! Pero en ese momento, en vivo y en directo cerré la cola, por que la tenía llena de mierda.

“Mirá vos, el cuchillero...Ahora vas a subir al segundo y ¡vamos a ver cuanto bancas con los indios!”, dijo el dueño del castillo, y el que se estaba drogando gritó todo traspirado: “¡otro mas para la boleta!” Los ojos se me abrieron de odio y miedo; “andá nomá”... dijo despacito. Cuando salí, los demás pibes estaban pálidos, mordiéndose las uñas. Tres salieron con la marca de los cinco dedos en la cara, haciendo puchero. Cuando junté mis cosas y me hicieron esperar en frente de la oficina del ortiva del jefe de penal, me rescaté que los que ingresaron conmigo, estaban barriendo todo Control de punta a punta; recién cuando terminaron de limpiar la mugre de los vigilantes, nos dieron el beneficio de averiguar si nos mataban a la hora, hora y media; mal ahí...Muy mal. Los que pegaron trabajo apenas entramo a una cárcel, se fueron al cuarto piso, el viejo de la cabeza deformada, que supuestamente manejaba el facón como Juan Moreira, al toque le pintó el pastor Giménez; cuando estábamos subiendo por la escalera, yo arrastraba el mono, y el miedo cargoso como una mosca, me tironeaba el espíritu, resistiéndose para que no me maten de cachorro; nunca me voy a olvidar que una energía negativa, pesada, amarga y demente, se olfativa en el clima, es loco, es muy difícil que me entienda, pero me empezaba a faltar el aire, se me hincharon las venas del cogote, y los tímpanos se me cerraban de a rato, por la

presión que mi cuerpo no aguantaba más. El oficial golpeó una puerta de chapa podrida, la cara diabólica, y los ojos hundidos me daban más miedo. Al toque hizo un movimiento con la cabeza, como invitándonos a bailar sobre el fuego de los muertos vivos. Al abrir la puerta, fue como si la garganta de un demonio nos estaba tragando. Un zumbido nos empujó indefensos, regalados y aterrados, a la famosa Redonda del segundo piso de Lisandro Olmos. Muchas carotas de zombis, con las cejas depiladas, nos preguntaban no sé qué mierda, a mí y a otros dos; que nunca supe de dónde salieron. Eran guachito como yo, estaban más para el choto, que para la puñalada; porque eran bien rubio, y yo, mas feo que la mierda, pero a caballo regalado no se le miran los dientes “pensaba”, y a la misma vez, decía en voz baja: “a mí, no me van a coger esto gile, porque si me tiran una ¿FACA? la voy a levantar y ¡fuee! La Estrella de la Muerte giraba alrededor de nuestro espanto, y el espanto, más que listo, se adueñó de nosotros, haciéndome más salvaje. Porque algo, me hizo más fuerte; se escuchaban los guitarrazos en las rejas, hasta gritos de dolor, y lo único que escuché clarito fue: ¡ingreso! El encargado sacó un manojo de llaves y dijo que me ponga a tras de él. La mezcla de gritos, eran como cuando rebobinas un tema con mil voces demoníacas. Me acerqué a una ventana con muchas rejas, y una docena de asesinos me aconsejaban que no vaya a el pabellón de al lado, porque me iban a antichorrear, que en el pabellón de ellos, eran legales. Yo no entendía una mierda, en lo único que pensaba era en no ser gato, puto, y pelear con faca, y punto; todos llevaban resentimiento en las miradas, todos algo tramaban.

El vigilante metió la llave hija de mil puta en el candado. En esa secuencia el aliento de los perros me estaba enloqueciendo, pulverizándose la mente. Cuando se abrió la puerta me tragó un humo caliente y mojado, capé que era por el cagazo. Al toque, de las tinieblas, salieron dos caripela con olor a tabaco y grasa para ayudarme a entrar el mono. Yo me dejé llevar por esa dimensión que me anestesiaba, y aparte no pensaba largar mis cosas ni con la orden del juez. Tres pasos me separaron de lo que fue mi vida y de lo que iba a ser. ¡Pum! Se cerró la reja. ¡Pum! Sonó la última puerta de chapa roja. “¡Bueno, ahora vas a pelear con faca! ¿Escuchaste, amigo?, me decía a mi mismo. El odio de ser pobre, con los tiros que me dieron mis enemigos y la policía; la tortura de saber que mi padre mató a mi vieja y el hambre de vivir que tenía me hicieron más rebelde todavía. Tragué saliva y miré para todos lados, para conocer el lugar donde me podían matar. De fondo sonaba “Amar Azul” a todo lo que daba. El clima era igualito al de un puterío abandonado.

Las dos “pintas” se fueron para el fondo, de repente el pabellón, largo y oscuro, quedó vacío, un desierto de rocas. Solamente había tres

guachos de mi edad, bien depilados, con cara de asesinos tomándose un té. Y dos viejos resentidos por haber nacido, hacían tortas fritas y se rascaban el culo, “nadie hablaba”. Se mezcló el humo pesado del porro, la neblina de agosto que te partía el orto, la grasa quemada, el cigarro y el olor a muerto. Todo eso me dejaba en pedo. Al toque se me acercó uno, me agarró el mono y me dijo: “¿De dónde venís, chorro?” “De tal taquería”, le dije. “¡Yo soy limpieza!”, contestó y estiró la mano para saludarme. Nos saludamos, y con fuerza me llevó hacia él y me dijo: “¡Yo soy el Jorgito González de Temperley! ¿Y vos?”, “¡Me dicen Conguito!”, dije por lo bajo. “¡Ah, mirá vos, vamos, seguime!”. Caminé con el cuerpo temblando por no saber mi destino, costeando la celda a lo largo por un pabellón del olvido. Había reja de los dos lados y, a la mitad del galpón, pude olfatear a fierro caliente y vocecitas que decían: “Si no se para de mano, lo cogen o es gato”. Un calor me quemaba las venas. Pensé en toda mi familia y en el orgullo de ser hombre. Llegamos a la ducha, y los que me ayudaron con el mono, sacaron tres lanzas cromadas de casi dos metros de largo, uno la tenía y el otro le ataba una goma en el mango para agarrarla mejor. La tensión me estaba estrangulando el corazón, deseaba morirme antes de que me pase algo. No sé, pero muy raro poder explicar eso, fue muy feo. De repente, Jorgito se puso en cuero y me preguntó: “¿Qué tenés pensado hacer acá guacho, vos? ¿Qué só: perro o gato?”, “No. Yo no soy gato, amigo”, “¿Ah no? ¿Y qué? ¿Vas a pelear con faca?”, “¡Y si! ¡Si tengo que pelear, peleó!”. Me miró fijo, con los ojos de un demonio y me gritó: “¡Ahora te mato en la cárcel, gato de mierda!”. Yo no sé por qué me saqué la campera, y él gritó de nuevo: “¡Denle, ustedes dos, la concha tu madre! ¿Qué están de onda acá, gato de mierda?” “¡Vo, pasale una planchuela a este bigote!” y al otro le dio un bife y un puntinazo en el orto, y al oído le susurro: “Cuando le rompa la panza a este gil, después te la rompo a vos ¡Andá! ¡Andá!”. De la primer celda salió uno todo deformado riéndose, y colgó una manta, como tapando el homicidio desde afuera, para que no se vea desde la Redonda. Un segundo antes, el oficial encargado del segundo piso; estuvo fumándose un pucho detrás de la ventana con mirada irónica justito cuando me ofrecían puñaladas con la cuchilla, pero se sonrió y desapareció como un espejismo del infierno. “¡Mirá! Me siento re zarpado”, la boqueó Jorgito, mirándome de costado, reprochándome que yo era muy gil para usar una faca. Y con la voz mas gruesa, y de ojos achinados, me repitió dos veces: “¡Ahora vamo a ver si sabés manejar la faca!”, mordiéndose los dientes y arrugando la cara de psicópata. Me estaba bajando la presión, pero igual, firme; guerreando inconsciente, inofensivo en lo peor de lo peor. “¡Brrruuummm!” sonó la reja y largó un chispazo. “¡Daleeee! ¡Daleeee!” gritaba el cuchillero. “¡Brrruuummm! ¡Brrrummmmm!” “¡Eeeaaaaaaa!” saltando para todos lados con una can-

cha impresionante. Lo primero que hice fue desprenderme la faja, acomodarme el drenaje y la bolsita de la mierda que tenía enchufada en las tripas de la panza. Todo se rescataron que estaba operado y caminaba despacio y jorobado. “¿Qué te pasó loco, ahí?”, preguntó mi contrincante mientras revoleaba y rebanaba el aire con los dos machetes. “¡Me agarré a tiros con la gorra en esta causa!”, “¡Uy, mal ahí. Y bueh! ¿Qué se le va a hacer, papito? ¡Olmo antichorro!” y largó una carcajada. “¡Andá acostumbándote! ¡Dale, dale! Y dejá de llorar como una nena, que sino acá te van a romper el culo”. “¡Uy! ¿Para qué? ¡El culo no!” me dije a mi mismo, y encaré con la daga en la mano boluda y primaria; desconociendo el tema del facón. Hizo un rombo raspando los metales con la reja, y me dio una puñalada en el brazo izquierdo al toque y otro reverendo machetazo en la frente que me despeino el flequillo. Un pedacito de sangre, quedó colgando en una manta blanca de hospital. Sin saber le tiré, y tiré un par de fierrazos a la mano. Y cuando se agachó; le di en el hombro. ¡¿Para qué?! Me hizo recular hasta acorralarme contra la pared vieja que daba a la entrada del penal. Me moví para un lado, y la punta, como un viento, reventó el revoque. Justo saqué la cara, por que me la clavaba entre los ojos. La otra, me enganchó la remera a la altura del pecho. Sentí de golpe, un calor en la pierna derecha, otro en el brazo derecho, y otro en el pecho. Automáticamente, un ardor me quemaba donde me había golpeado, y se me dormía el cuerpito adolescente. Del mismo terror, le había dado un picotazo bastante hondo en el codo, que le empezó a sangrar enseguida. Eso me puso más al borde de la muerte. Yo no me di cuenta, que dos tipos de veintipico, como aparentaba Jorgito; lo habían agarrado a ese loco de mierda para que no me boletee. Me respiraba en la cara, con olor a sorete, y yo, rebelde, con ganas de matarlo; por hijo de mil puta. Pero no podía, porque por lo visto; el dueño del circo era él. Nos separaron, y mi enemigo me dijo: “¡Bien ahí, negrito!” y me frotó el pelo. Pegó un grito, y cuatro gatos nuevos; me ayudaron a sacarme la ropa. Me dolía todo, tenía un par de picotazos bastante grosos por un par de lados, pero seguía con el culo sano “¡Atenti, suavemente!”. Cuando hice un paso, sentí que me pesaba la zapatilla derecha, al sacármela me rescaté que estaba llenita de sangre y, al darme cuenta, casi me desmayé.

Esas dos primeras semanas vi quince peleas con lanza y capaz que mas. Echaron una banda de guachos, “El que no pelea se va” era la política del pabellón. Solamente quedaron cuatro de los ingresos. Un soldado del limpieza, porque era bien patovica, un armero que estaba engarronado y era un pobre perejil; pero en la calle, el viejo era herrero, imagínense, hacía los mejores machetes de la cárcel.

Al principio de la tercera semana, se acercó a la reja un redonde-

ro, un preso que hacía los pases de la estrella de Olmos, solamente en el segundo piso. Todos le decían “El gordo Chávez”; también estaba “El Foca”, pero el de la movida era El Gordo. Vino con una tabla en la mano, con un par de nombres y, con un gato, lo mandó a llamar a Jorgito, mientras yo paraba la oreja a un costado. “¿Qué onda, wey?”, me dije para mis adentros, “acá hay gato encerrado...” Mientras que el Foca, por atrás, corría con un manojo de varillas con punta; ida y vuelta. Escuché bien claro cuando Chávez, le dijo despacito al cacique, que había cinco ingresos que estaban re fuertes. “¡Guachitas fresquitas!”, gritó Jorgito refregándose las manos, y cuando abrió la boca para reírse; vi que le faltaban todas las muelas. Me miró, me guiñó el ojo y me dijo: “¡Vos te haces el boludo, y te va a encantar la cárcel. Sos una plaguita! Aparte, no te regalás ni ahí; porque no parás con los gile”, y siguió hablando. Por adentro dije: “¡Ya te voy a matar la concha de tu madre!”. “¡Te piden tres conjunto de gimnasia nuevito, o una chanchita. Pero no te descartes, salame!” remarcaba Chávez. “¿Quién es el de la movida?”, “El jefe de turno. El jorobado medio narigón”, “¿Pero cuánto ingreso me tira al pabellón?”, “¡tres!”, “¿Está pillito el cobani para qué los quiero?”, “¡Si! ¡Si! Con lo único que rompe las bola siempre; es que quiere que ustede usen forro. Para que ustede no se coman la causa, por si le revisan el orto al guacho. Y para que su guardia no quede en cana”, “¡Ahh! ¡Sale y vale, rancho!”, “No pasan los veinte años ¡Uno tiene unos faroles que te vuelven loco! Pero el más gordito tiene el culo bien paradito, una guachita. Imagínate...” mientras se pasaba la lengua por los labios gruesos que le brillaban por la baba por que no tenía dientes. El limpieza le pasó las cosas a Chávez, y él mismo, se perdió en la curva de la Redonda. “¡Clin, caja!” dije yo y pensé: “¡Bien ahí que soy bastante feo, y de última, le mordí el tobillo!”. “¡Maclaren!”, al toque gritó, y enseguida aparecieron tres guachitos. Uno solo hablaba, y dijo: “¡Si Jorgito! ¿Qué precisaba?”, “¡Prepárenme lo más rápido que puedan, con la sábana de dos plaza; la cama matrimonial en la cuarta!” mientras se tocaba la pija.

Esos tres pibes tenían que ir a otro pabellón, pero el oficial del Servicio negociaba todos los días ingresos; siempre y cuando sean pen-dejos, solamente para que le rompan el culo en la cárcel o los hagan puto y, peor todavía, que salgan resentidos de la vida, y por todo lo que les pasó por la culpa del Servicio, seguramente, saldrían por la tele como uno más de los tantos casos aberrantes.

Esa noche ingresaron confundido y aterrados. Porque a ellos, le habían dado otro pabellón. No pegué un ojo en toda esa madrugada, por los grito de los guacho al rebelarse, porque no se querían bajar los pantalones. A dos los reventaron a fierrazos, pero solamente quedaron

gateando; digamos “amas de casa”, pero el más chico no salía de la celda. Yo tenía una impotencia; porque lo escuchaba llorar para que no lo cojan, y por último, el silencio se adueñaba de la noche.

Una mañana cayó de sorpresa mi mamá, y como tenía confianza con Jorge; le fui a pedir un termo para visita. Él me dijo que no pida permiso para entrar a su celda, entonces me mandé de una, pero no hice ruido. Mi amigo antichorro estaba de espalda, y el pibito estaba sentado arriba de la pija de él como si fuese una mina; con la cara de un muerto. Hasta gemía como una mina, yo no podía creer lo que estaba viendo. Me agarró tanto miedo, que solamente tragué saliva. El indio lo tenía apretado con la faca en el cogote, y un hilo de sangre como si nada; le dejó una marca hasta el cuello de la remera. Me dio la impresión, que en vez de sangre; era una lágrima de sus ojos, que salían del corazón del guacho. Jorge lo empezó a coger más fuerte, como si fuera que estaba a punto de acabar, y le preguntaba al oído si lo amaba. El pibe decía que si con un movimiento mudo de cabeza. Cuando reaccioné me tomé el palo y no le pedí ni mierda, quedé tildado toda la madrugada hasta el otro día con la faca en la cintura, atento a cualquier movimiento; por que yo era un pibito y me podía pasar lo mismo.

“Al final no pudo venir mi mamá” pensaba yo amanecido; entonces no aguanté más y la llamé, teniendo bien clarito que cualquiera no podía hablar con el teléfono de línea. Cuando me comuniqué con ella, me dijo llorando que la perdone porque no había cobrado, y mis supuestos compañeros, por lo visto, andaban bien de plata; pero nunca le llevaron un peso. Y me repitió: “¡Perdoname hijo, vos sabés que somos pobres, pero nunca te olvidés que te amo con la vida!”, “¡Quedate tranquila mami, que yo estoy bien! Tengo para comer y estoy bien de salud”; mas que nada, para que se quede tranquila. Nos dijimos cosas hermosas y se me terminó la tarjeta.

A fin de mes, ingresó un compañero mío. Jorgito se había ido a juicio, y habían dos que estaban antes que yo y la tenían mas clara, pero yo comía con ellos, porque, supuestamente, éramos pibes buenos, digamos que peleábamos con faca. Matías, mi compañero; ya le llevaba tres años en cana y había peleado por otros penales. Los que estaban conmigo no lo querían mucho, y le desconfiaban todo el tiempo. Y bueno... no lo voy a negar, yo en el poco tiempo que estuve ahí con Jorgito aprendí lo malo. “¡El que la caza la caza!” decía, y yo la cacé al toque. ¡Mati era bastante hijo de puta! Ja, ja, y parábamos en la misma esquina. Al pasar los días ya teníamos nuestra pandilla y como quien dice; le hacíamos la guerra a esos dos giles que se hacían los limpieza. Todo el pabellón los odiaba, porque cuando estaba Jorgito le hicieron maldades a todos, aprovechán-

dose de los indefensos pibes. Yo probé suerte y recibí un par de ingresos, y a los gatos los teníamos bien; para mí era algo nuevo, pero no les voy a mentir; me encantaba la idea. Poco a poco me hice un resentido social, la mitad del pabellón era de ellos y el resto de nosotros. No voy a contar como y de qué manera, pero peleamos una banda de veces con esos dos gile. Matías peleaba como un gaucho, yo trataba de imitar a Jorgito. No sé si me salía bien, pero sobrevivía. El oficial que hacía coger los pibes, hacía negocio con ellos, con nosotros, nada, porque teníamos berretines. Pero como dijo Martín Fierro: “Que puede quedarse a pié, el gaucho mas atrevido” y a nosotros dos, se nos escapó la tortuga. Nuestros enemigos de muerte en aquel momento, se habían encargado de comerle la oreja a todo el gaterío, que le íbamos a coger las hermanas y le íbamos a robar todo. Los guacho, aterrados, ya nos miraban de costado, con desconfianza. Me hago cargo que hicimos bailar un par de gile arriba de la mesa los fines de semana, entangados con la cabeza rota; porque prometió una cosa y no la cumplió. Nosotros seguíamos los códigos de la cárcel, robamos hasta más no poder. La cárcel temblaba porque el diablo festejaba las tantas muertes que había todas las semanas en Lisandro Olmos.

Un fin de semana, nuestros enemigos se fueron a cancha, por que los carnets de limpieza los tenían ellos. Pero nosotros hacíamos lo que queríamos, eso sí, con faca en mano. Cuando subieron de cancha, ya habíamos planeado todo. Matías le rompió la espalda a uno, y yo le di al otro apenas puso un pie en el comedor. El encargado cerró la puerta y salió corriendo gritando, toda la Redonda gritaba de alegría porque había un nuevo bondi en la prisión. Le rompí la gamba de lado a lado y lo maté a barrotazo, casi me gana la faca. El otro se puso a llorar y se tiró al piso solo, mi víctima era rebelde; pero le dimos masa entre los dos. Nos descuidamos y todos los gato estaban enfierrados, y fieles a estos dos ortivas; se nos dieron vuelta. Nos tiraban lanzazos de todos lados, pudimos lastimar a un par; pero eran muchos y nos estaban dando masa. A mi hermano y compañero le rompieron la espalda y en el piso le seguían dando. Yo me metí en el medio con una manta y el barrote, hice lo que pude contra los caños de cama que usaban como lanzas, pero fue al pedo; porque estaba lleno de sangre y tenía una puñalada en el brazo que no me dejaba sostener el fierro, el dolor. Nos querían matar a toda costa, tenía mucho miedo, pero el odio me hizo mucho más rebelde al verlo a Matías en el piso. Estábamos arrinconados, hasta que Dios se acordó de nosotros y llegaron los escopeteros para rescatarnos de esos gatos rabiosos. Tiraron dos tiros por la ventana, riéndose de nosotros y nos decían: “¿Vieron? ¿Les gustaba antichorrear? ¡Ahí tienen!”. Todos los sucios corrieron para el fondo. Yo, que estaba en pie, me lo cargué en el hombro a mi amigo y puteaba para el fondo. La sangre caliente me quemaba la cara, y tenía un

gusto raro. “¡Salgan! ¡Salgan!” decía la gorra, pero yo me resistía porque sabía que eso era quebrar, porque no te podías ir de un pabellón del segundo piso, pero Mati me dijo: “¡Ya fue, negro! No puedo caminar.”, “¡Ya fue, negro, salgan! Están todos lastimados”. Golpeé el fierro en la reja un par de veces y salimo a la Redonda. Yo, resignado, con la cabeza a agachas. Mi amigo no movía las piernas, él fue el más perjudicado hasta ese momento. De todos los pabellones le gritaban giladas a los que lo habían caranchado, y los amenazaban que si no bajaban a cancha, por habernos patoteado, los iban a matar a uno por uno en la escalera, por ser unos cobardes hijos de puta. Cuando lo arrastraba a mi ñery, por la Redonda, hasta llegar a la escalera, miré para atrás y pude ver el manchón de sangre que nos siguió todo el momento, me estaba desvaneciendo, Mati se ahogaba con la saliva, yo no sentía el cuerpo, bien ahí nos decían todos los tumberitos, porque nos habíamos parado de mano.”A Sanidad” decía el oficial, y nos perdimos en la escalera numero tres. En todo el penal se comentó, que terminamos en la morgue...

¿Continuará?

## BAJO LA SOMBRA

Por: J. A. Torres Décima

Era un día nublado, me desperté, miré el reloj: eran las 9 de la mañana. Me levanté, lavé mis dientes mientras preparaba todas mis cosas para darme un buen baño y despejarme. La mañana estaba muy fea. El clima pronunciaba lluvia, en ese momento recibí un llamado de Cristian diciéndome:

–¡Kevin! Tengo para hacer un trabajo. Está bueno. Tenés que venir –, le contesté:

–Me doy un baño y en una hora nos encontramos en el mismo lugar de siempre. Quedamos así. ¿Dale?, encargate de pasar a buscar a Mariano.

–¡Okay! Todo listo –. Salí de mi casa, subí al auto y me dirigí hasta la casa de Mariano, quien me estaba esperando con una sonrisa de oreja a oreja.

–Hola amigo. ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

–Todo bien, ¡vamos! Dale que es tarde.

Emprendimos el viaje hasta la estación de servicio, un lugar que solíamos frecuentar para tomar café con medialunas y, a la vez, piroppear a las chicas lindas que pasaban por ese lugar.

Mientras, Cristian nos contaba todo sobre el trabajo. Todo parecía que era uno más de los tantos. En mi mente rondaba una frase que siempre nos decíamos, “que si no se podía trabajar, nos íbamos y volvíamos otro día”. Necesitaba algo de dinero. Les dije:

–Dale, vamos.

Mientras el Peugeot 405 avanzaba, Cristian se adelantó en su Twister, Mariano aceleró en su Fiat Siena. Todos rumbo a trabajar. Teníamos todo hablado.

Al llegar, todo nos había salido como lo habíamos planeado. Llegamos a la vereda para subir cada uno a su vehículo. Un policía que cuidaba esa cuadra dio la voz de alto; Mariano, sin dudar, se enfrentó a los tiros y recibió uno en su pierna; otro le había rozado su cabeza. Cristian, sin dudar, también logró disparar varias veces; yo estaba lleno de adrenalina, la cual hacía que mis piernas se adormecieran. Era un miedo dentro de todo mi ser. Sentí un disparo muy cerca. Reaccioné, me cubrí con la puer-

ta de mi auto, le tiré varias veces. Sólo pensaba “¡nos tenemos que ir de este lugar!”, y les grité: —¡yo los cubro!!!—, mientras apuntaba fijamente al pecho del policía. Cristian logró hacer subir a Mariano en su moto y emprendieron la fuga. Yo no pude subir al auto; en ese momento llegaron muchos patrulleros y, entre tiros y tiros, logré llegar hasta la puerta del coche. Escuché un impacto que atravesó el parabrisas y pegó en mi pecho, me hizo volar hasta el piso. Intenté levantar mi pistola, no pude, sólo podía escuchar: “¡hijos de puta, hijos de puta! A este negro, matalo, que le pegó dos tiros al sargento; en ese momento me hice el muerto. Tirado en el piso escuchaba por la radio de la policía que los otros ladrones también estaban heridos a varias cuadras del lugar del hecho. Los vecinos gritaban pidiendo: “¡lleven a ese muchacho al hospital que se está muriendo!”. En mi mente sólo pasaban imágenes de mi niñez y mientras crecía, toda la vida que viví con alegría. Una luz blanca como la lana me asustó, por que me di cuenta que me estaba muriendo.

Empezó a llover. Parecía que el cielo se iba a caer, unas nubes negras lo tapaban y lograban hacer que se vuelva de noche. Sólo lograba escuchar las sirenas de los patrulleros que acompañaban las ambulancias que nos trasladaban hasta el hospital. Al llegar me llevaron directo al quirófano, sin entender nada, solo escuchaba muchas voces. Me costaba mucho poder abrir mis ojos. En ese momento se acercaron dos personas mientras me llevaban en la camilla: “Te tenemos que operar”, me puse muy nervioso y cerré mis ojos. Quería despertar, pero la anestesia no me permitía mover ningún músculo de mi cuerpo. En mi mente recibía un silbido muy suave que me daba a entender que estaba saliendo de una sombra, estaba volviendo de la muerte.

Después de varios minutos en el quirófano, me llevaron hasta una sala y me acostaron en una camilla. Mi cuerpo...todo lleno de agujas, todo dolorido por la operación. Miré a mi derecha, estaba Mariano, le metieron un disparo. Un disparo que le había traspasado el brazo derecho; otro había rosado su cabeza. Me miró y sonrió, luego miré a mi izquierda, estaba Cristian: mi amigo. Él había recibido tres disparos mientras trataban de escapar a toda velocidad. Un disparo rozó su espalda, uno en su brazo y otro en su pierna. Sólo podía sonreír. Miré para todos los costados, sólo me había llamado la atención que teníamos unas brillantes esposas en nuestros pies, que me dejaba entender que estábamos presos. El miedo se apoderaba de todo mi cuerpo, solo me dejaba tranquilo que los tres estábamos vivos. En ese momento abrieron la puerta y entraron varios policías, me sacaron las esposas y me ayudaron a levantarme, mientras, que con una voz irónica, me decían: “¡Dale, negro! Parate y caminá, que a vos no te matamos porque la gente no quiso”.

Mientras me llevaban, sólo escuchaba:

*–¡Estos están re en cana!*

*–¡Dale, subí! –. Me dijo otro policía.*

Yo no recordaba nada. Mientras viajábamos miré hacia mi izquierda, llevaban en otro patrullero a Cristian. Mariano le preguntó al policía:

*–Oiga, don: ¿adónde nos llevan? –. Me contestaron:*

*–¿Adónde te pensás que vas? ¡Pelotudo!*

Y con ignorancia lo miré, y no le dije nada, sólo pensaba: “¿cuándo me voy a ir a casa? Encima estoy lastimado. ¡Mal ahí!”

El chofer nos anunció que llegamos, bajé rápido caminando como pude, esposado. Luego llegué a una oficina donde me dijeron:

*–¡Firma esto!*

Vino a mi mente algo que Cristian me había dicho: que jamás firme algo sin antes leerlo. Les dije:

*–¡No voy afirmar nada sin antes leer! –, en ese momento pude oír que Cristian y Mariano, al entrar, me gritaron: “¡no te olvides de leer antes de firmar!”; el comisario, sin mediar palabra, me dio una trompada y me gritó:*

*–¡Firma! Que te voy a cagar a trompadas.*

Sentí un dolor en mi cara, y sólo atiné a escupirle la suya. Cristian y Mariano empezaron a forcejear con varios efectivos, vinieron muchos más, y nos llevaron a las trompadas y palazos hasta meternos en una piecita que tenía una cama de cemento, no había luz y el baño estaba tapado. Había mucha sangre que se distinguía de todas las escupidas. Los tres juntos nos abrazamos y hubo un silencio muy feo que salía de nuestras miradas. Luego se escuchó en el pasillo ruido a llaves.

*–¡Salgan! Vamos al juzgado.*

Después de un largo viaje cansador nos metieron en un calabozo, nos atendieron, tomaron nuestras declaraciones, y volvimos a la comisaría. Yo, en mi ignorancia, pensé que una vez en la comisaría, nos íbamos a ir cada uno a sus casas, pero la mirada de los oficiales me decía todo lo contrario.

Llegamos al destacamento policial. El comisario les ordenó que

me metan en la celda del fondo, y a los otros dos, en las celdas de adelante. Mientras caminábamos por un pasillo, se escuchaba música muy fuerte y aplausos. Abrieron la primer reja, luego una puerta de chapa y, finalmente, otra de rejas. Un silencio cautivó mis sentidos, me dio miedo entrar en ese lugar en el que jamás había estado. El comisario me dijo:

*–¡Dale, pasá! ¿O tenés miedo, negro? –. Lo miré y le dije:*

*–¡Andá a la concha de tu madre, puto! –, y entré. Al cruzar la reja, se me acercó una persona que tenía una cruz tatuada en su mano y en su cara varios puntos. Lo mire fijamente, me miró y me dijo:*

*–¿Qué te pasó, flaco? ¿Ustedes son los del robo de hace dos días?*

*–Sí, soy yo. Mis compañeros están en otro lugar; a mí me metió un tiro la gorra –, le contesté.*

*–Todo piola, flaco. Me llamo Jona. Vení, vamos a tomar unos mates.*

Tenía tanta hambre, que con confianza entré. Estaba todo iluminado, de repente alguien cerró la reja y la puerta de chapa. La música empezó a sonar muy fuerte, me encontraba con personas que no conocía, había pibes que rompían las paredes para sacar varillas de fierro, a las que luego cortaban y afilaban raspándolas en el piso. Jamás había visto hacer eso. Miré para todos lados. Se acercó ese tal Jona y me dijo:

*–¡Flaco!, allá tenés un colchón. Tomá una frazada, acostate que mañana va a ser un día muy tenso.*

Tomé unos mates. Me acosté mientras meditaba: “¿cuándo me voy a ir a mi casa?”

Pensaba en lo que había visto: pibes rompiendo las paredes, otros lavando mucha ropa, pero me di cuenta de que no era de ellos. De lo que no me rescaté, fue que esas varillas eran para lastimarme. No podía dormir, estaba muy cansado. A la madrugada escuché que me llamaban, me levanté como pude, les dije:

*–¿Quién sos?*

*–¡Soy Cristian! Me llevan a la cárcel, Mariano también se va conmigo. Te queremos mucho. Cuídate Kevin.*

No salían palabras de mi boca, sólo sabía que el día se aproximaba. Me quedé despierto hasta que se empezaron a despertar los demás: El Pedro, apodado “Picapiedras” y el Garfield, limpiaban todo. Se levantó

el Jona y mientras desayunaba, otro rompía un calzoncillo; después le sacó el elástico y empezó a empuñar una de las dos varillas que habían sacado de las paredes. No sabía lo qué me podía pasar; pero, a la vez, estaba herido. Eso al Jona no le importaba. Mientras tomaba mates, Pedro le hacía masajes en su espalda y yo le dije: “me tengo que bañar. No tengo nada. El Jona me dijo: “agarrá de mi bolso, que está todo piola, flaco”. Me acerqué, agarré una toalla, un jabón, un par de ojotas. Fui hasta el baño, mientras la tibia agua relajaba mi dolorido cuerpo, miré que en mi espalda se lucía una gran cicatriz, tenía varios puntos de la operación; en ese momento sentí en mi brazo una puñalada y muchos palazos. Atiné a tirar patadas y trompadas. Hice lo que pude, pero ellos eran muchos y me di cuenta que el Jona me había traicionado. Entre ruidos de forcejeos y puteadas, vino la policía y tiró varios tiros. Todos esos que aparentaban ser guapos, cuando la policía agarró el poder se cagaron; yo, todo lleno de sangre, estaba en pie, los demás, estaban tirados en el piso. Lleno de furia les gritaba: “¡anti chorros! ¡Rastreros! ¡A los chorros le hacen la guerra, pero a la policía no!!! Mientras la policía me llevaba por el pasillo hasta el hospital en donde me curaron. Me sacaron los puntos, en ese momento se escuchó que por la radio del policía decían mi apellido, le dije “soy yo, don, ¿qué pasó?”, me contestó: “ya tenés el cupo para que te llevemos a Casa Grande”, lo miré y le dije: “me estás jodiendo”, “yo no jodo, negro. Hoy te vas a la cárcel. ¿Te gusta tirarle tiros a la policía?, ahora te quiero ver”, con una voz como queriéndome asustar.

Puedo asegurar que el miedo se apoderaba de todo mi cuerpo. Una voz en mi mente me decía “estás hasta las pelotas”. Sentía que mi vida no valía nada. Mi alma me había dejado sólo. Mi mente también tenía pensado hacerlo. Saqué fuerzas de donde pude y le dije: “algún día voy a salir y te voy a re cagar a tiros”. Me esposaron y me dijeron: “dale, vamos a la comisaría”. En viaje meditaba qué va a pasar conmigo y mis viejos, mis hermanos...mi mujer. Cuándo los volveré a ver.

Llegando, me dijo el policía: “ahora te meto, armá tu mono”, queriéndome decir “agarrá tus cosas, mételas en una frazada y átalas rápido”, cuando entré a la celda estaban las personas con las cuales yo había tenido problemas. El Jona me dijo: “¿Y vos qué querés?”, “¿qué onda? Vengo a buscar mis cosas, que me voy a la cárcel”; el Jona, con una voz sobrante, me dijo: “vos acá no tenés nada”. Yo, sin dudar, le dije: “¿qué onda?, yo estoy por robo y me voy a la cárcel. Yo por mis cosas voy a pelear”. En ese momento recibí una dura trompada en mi cara. Me trencé a las trompadas con el Jona, también vino Pedro con un palo queriéndome pegar. Logré esquivarlo. Ellos me podían lastimar mal, pero mi orgullo siempre estuvo de mi lado. Entre trompadas, palazos puteadas y se acer-

có una persona con muchos tatuajes: lo llamaban “El Gitano”, llevaba una manta en una mano y en la otra una faca muy filosa. Todo se calmó. En sus ojos se reflejaba el mismo miedo que en los míos. Yo me quedé duro. Pensé que me mataba. De repente, con una voz aguda, les dijo: “no lo carancheen más. Ese pibe está por robo. Ya peleó, ahora van a tener que pelear conmigo. ¡Manga de refugiados!”.

Un silencio aterrador hizo que se me haga un nudo en el estómago, el miedo recorría mi cuerpo. Una voz me dijo: “armá tu mono. Te vas a Casa Grande” y sin dudar empecé a buscar mis cosas: una frazada, sábanas, cosas de higiene, unas cuantas ropas. Me di cuenta que me faltaban cosas. Rescaté lo más necesario. El Jona se me acercó y me dijo: “vayas a dónde vayas, jamás te olvides que ésta vida es un pañuelo: como se envuelve...se desenvuelve”. Sin entender lo que me quería decir, armé mi mono. Se me acercó el Gitano y me dijo: “negro, ¿es la primera vez que vas a una cárcel?”, le dije: “sí, amigo”. “Bueno, tomá, llévate esto”. Me dio una faca de diez centímetros y una sierrita, “Guárdala bien y no te olvides de escuchar más y hablar menos. Mirá que la cárcel no es nada que ver con las comisarías. Vos, acá, te paraste de manos y peleaste con una faca. Si peleás vas a vivir en todos lados. ¿Te dijeron adónde vas?”, le dije: “ni idea”, “bueno, llamá al cobani y preguntale para dónde te llevan”. Empecé a llamar al policía. Se acercó un oficial y me dijo: “¿qué pasa?”, le dije: “oiga, don, ya estoy listo. Me averigua para dónde me llevan”, “ahora te averiguo”. Mientras caminaba, escuché una voz diciendo mi apellido y nombre. “Soy yo”. Me acerqué y me dijo: “vos vas a la unidad 2 de Sierra Chica”. Un nudo en mi garganta no me dejaba hablar. Se me acercó el Gitano y me dijo: “no tengás miedo, que tu vida ahora está en cana”. Saqué fuerzas de donde pude y le dije: “Gracias amigo”. Le pregunté “¿Vos ya estuviste allá?”, me dijo: “sí, pasé un par de veces. Es una mierda. Nadie quiere estar ahí”. Preocupado, le pregunté: “¿De esta comisaría me llevan directo hasta la cárcel?”, me miraron y varios de los que estaban con el Jona sonrieron, como queriendo asustarme, demostrándome que me llevaban a una de las peores cárceles. En ese momento se acercó el comisario con una lista y gritó mi nombre y apellido. “Soy yo, don”, “dale”, contestó. Abrieron las puertas. “Dale, salí”. Lo saludé al Gitano. “Cuidate, amigo. Nos vemos”. Agarré mi mono, lo arrastré hasta afuera de la comisaría. La luz me encandilaba. No podía ver nada. Había mucho ruido. Los autos, las motos, chicos gritando, otros llorando. Logré aclarar mi vista: por el pasillo venían dos pibes, uno era Garfield, el otro el Jona. Lo miré y le dije: “este mundo es un pañuelo: como se envuelve... se desenvuelve”. Me miró, pero no me dijo nada, sólo le dijo al Garfield: “vos, gato de mierda, venís conmigo”. A mí, repentinamente, el miedo se me había ido. Ya éramos tres en la camioneta de la policía.

Emprendimos el viaje hasta llegar a un lugar llamado División de Traslados, en donde había muchos camiones, gritos. Los policías nos dijeron: “bajen rápido. Vengan y firmen estos papeles de que el Servicio Penitenciario se hace cargo de ustedes”. Mientras me llevaban esposado hasta un camión, tratando de llevar mi mono con las pocas fuerzas que tenía. Un personal del Servicio Penitenciario, con un listado en sus manos, llamó a todos los que tenían el destino a la unidad 2 de Sierra Chica.

Éramos cómo diez pibes, entre primarios y reincidentes, que estábamos al costado del camión. Se acercó una persona del Servicio Penitenciario, diciéndonos: “vamos subiendo, muchachos”, desde mi profunda ignorancia le pregunté: “¿y qué van hacer con mis cosas?”, entonces, me contestó: “subí, que tus cosas van con vos”. Desconfiando subí igual. Al entrar por una puertita muy estrecha, miré y había muchas sillas con un fierro doblado en el medio que llegaba hasta el piso. Vino un encargado del Servicio Penitenciario y me dijo: “¿qué, no vas a ir para el fondo?”, lo miré y le contesté: “no. Me quedo acá, en el medio”, “bueno” respondió. “Bueno, dale” y me esposó mis manos por el medio del fierro doblado y mirándome, me dijo: “si te sacás las esposas, te bajo del camión y te recago a trompadas”, lo miré y le pregunté: “¿Para qué me voy a sacar las esposas?”. En ese momento empezaron a subir los pibes que también tenían el mismo destino: un lugar en el que, ya afuera de los camiones, se rumoreaba, habían matado a muchos pibes e hicieron empanadas con sus cuerpos.

Miré hacia la puertita y entraron el Jona y, por atrás, Garfield; luego, varios pibes más. Todos fueron directo a sentarse en el fondo; todos, en sus asientos y emprendimos el viaje hasta el penal de Sierra Chica. Parecía que estaba todo bien. De repente, un pibe al que le llamaban Sombra se levantó y miró para todos lados, en especial, en frente suyo: había un pibe que en su mirada, se notaba, que era un primario igual que yo. En segundos, logró sacarse las esposas. El personaje tenía en su mano un bisturí, se lo puso en el cuello y le dijo: “sácate las zapatillas o te corto el cuello”, el muchacho optó por cambiárselas a este sujeto; luego, se acercó hasta adonde estaba yo y me preguntó: “¿Vos de dónde venís, flaco?”, mirándome a los ojos seriamente, entonces, le contesté: “vengo de la comisaría y voy a la cárcel. Yo estoy por robo”, me respondió: “no me importa por que caíste. ¿Es la primera vez que estás en cana?”, le afirmé: “sí, es la primera vez que estoy en cana” y me miró con una sonrisa en su cara. Yo pensaba —por el rally de robos que sucedían—, que luego me tocaba a mí. Sentía que el miedo se apoderaba de todo mí ser. Tuve miedo hasta de morir, no podía sacarme las esposas, no podía hacer nada. Percibía la misma impotencia, que podían haber tenido las perso-

nas cuando yo les apuntaba con mi pistola, para reducirlos y robarles sus pertenencias.

El Sombra, dirigiéndose hasta donde estaba el Jona, lo miró y le dijo: “yo, a vos te conozco: vos sos el Jona, una rata de comisaría”. El Jona no le contestaba nada; mientras, el Sombra, se acercaba. Tenía en su mano el bisturí; el Jona empezó a gritar: ¡encargado de la Comisión! ¡Encargado de la Comisión!!! Al Jona se le venía la noche. Todos gritando decían: “¡vamos por todo!”. Yo intentaba sacarme las esposas. Sabía que después del Jona, me podía tocar a mí.

Para ese preso, estar en un camión, era como salir de shopping. Zapatillas que le gustan, intimidaba o lastimaba a sus víctimas, para robarlas. Mientras el Jona gritaba, el Sombra le cortó varias partes de su cuerpo. Al instante, el Sombra, rápidamente, logró acomodarse en su silla. Sacaron al lastimado, y nos tiraron con gas pimienta; sólo atiné a agacharme, entraron varios del Servicio con palos y nos empezaron a pegar. Mis ojos ardían, ese gas entraba por mi nariz y boca hasta dejarme asfijado. Vomitando, pedía agua para lavarme la cara, pero en ningún momento nos trajeron nada, sólo abrieron las pequeñas ventanillas que se encontraban casi en el techo de ese loco camión. En cuestión de minutos, todo se calmó, pero, el Jona, además de una rata, era un ortiva. Todos lo escuchaban. Hasta su amigo, el Garfield.

Cansados de viajar, de estar sentados, con hambre y mucha sed... empezamos a gritar: “¡encargado de la Comisión! ¡Encargado de la Comisión!!!” Golpeábamos las esposas. Otros gritaban, yo tenía hambre. Empecé a gritar que nos traigan algo para comer o agua. Se abrió la puertita. El encargado nos dio un bidón de agua. Comencé a vomitar del hambre que tenía. El olor del gasoil...y el olor a meada fermentada, entraba por mi nariz, me revolvieron las tripas. “El hambre es para problema” dicen algunos. Yo no podía dormir, intentaba, pero no podía. Sólo pensaba que yo soy bastante pillo y tengo que volver a mi casa sano y salvo. Miré los rostros demacrados de las personas que dormían y de los que, con una voz cansada de viajar en este sucio camión, susurraban barbaridades, y mi panza...que sólo pedía algo de comer.

Observé por esas ventanillas, que empezaba a amanecer. Mis pies estaban congelados. Las ventanillas abiertas del camión dejaban entrar un frío muy seco que quemaba mis orejas, atiné a cerrar las ventanas; en ese momento empezaron a despertarse. El destino se acercaba, el miedo rondaba en mi mente. El Sombra, conociendo ya las frenadas del camión y las vueltas en unas calles, las cuales se le hacían familiares, nos dijo: “estamos llegando a Serrucho”. Me levanté, miré por la ventanilla y sólo

podía ver una niebla muy densa, que reflejaba el amanecer. Igual pude ver unas paredes: era la entrada. Mis rodillas temblaban. Sólo recordaba esas palabras de aquel personaje que me había advertido, que si no me paraba de manos, me iban a lastimar y muy feo. Ahora tengo que ser yo mismo y jugar con mi camiseta. Me puse las pilas y empecé a razonar, que yo en la calle, andaba robando y nadie me iba a pisar la cabeza. Tomé coraje, miré al Jona y a Garfield y, con una voz malévola, les dije: “Ilegamos a Casa Grande. Ahora vamos a ver qué onda con la cárcel. A vos, la concha de tu madre, te voy a matar. A vos también, Garfield. Vos sos el amigo del Jona y cuando lo escupíamos, vos lo traicionaste. Ahora los quiero ver. Se rompió la banda, ahora te van a romper el culo rastrero”. Mientras el hambre que tenía me revolvió el estómago... ¡sólo vomitaba agua! Que era lo único que tenía en la panza.

Se escuchó que apagaron el motor y el camión frenó. Nadie decía nada. Un silencio estremecedor se adueñaba de nosotros. En ese viaje, de tan sólo una noche, había visto que toda la maldad vuelve, y que no podía confiar ni en mi propia sombra. Después de largos minutos, se abrió la puertita. Un encargado con una lista en su mano nos dijo: “bajen que llegamos. Empiecen a bajar los que vaya nombrando por apellido”. Llegó mi turno. Al bajar, un frío quemaba mi cara. Mis rodillas temblaban. Miré para todos lados, y sólo había paredes y rejas muy gruesas. Se me acercó un oficial, que medía como dos metros, con varios papeles en sus manos y me ordenó: “vos, agarrá tu mono y vení, seguime”. Yo empecé a buscar el mío entre los monos que estaban en el piso, lo agarré y lo arrastré como pude, hasta llegar a un galpón largo con varias puertas de los dos lados; en el medio, un pasillo. Un encargado me dijo: “entrá”, y abrió la puerta: era una piccita. “Sacate toda la ropa y pasamela”. Mientras yo me sacaba la ropa y se las iba pasando, las requisaba. Llegaron dos encargados más, me miraron y me dijeron: “¿traés algo?”, le contesté que no, sabiendo que traía una faca guardada en un lugar del bolso. No pensé que era para tanto, pero recibí una trompada, que fui directamente a parar al piso. Me patearon como un perro, diciéndome: “¿para qué querés esto? Sos una mierda. ¿Qué ibas a hacer, la ibas a usar contra nosotros?”, mostrándome la filosa planchuela: la habían encontrado.

Sin ropa, me levantaron del piso, después de varias trompadas y patadas. No sentía mi cara ni mis piernas. “Bueno”, me dijo el encargado, “ponete la ropa rápido. ¡Dale!”, me dijo. Sólo le dije: “aguanta un poco. Me duele todo el cuerpo”, en ese momento me dieron una trompada en la boca del estómago, que me dejó sin aire. Uno me dijo: “cámbiate rápido”, solamente logré ponerme un pantalón, una remera y mis zapatillas; el encargado apretó muy fuerte mis manos, pegándome trompadas

en mi cabeza, como demostrándome que ellos mandaban en ese lugar; sacándome rápidamente de esa piecita y llevándome por el pasillo...casi en el aire. Mi cara chocaba con mis rodillas. Estaba todo doblado. Llegué hasta una puertita, la abrieron y me tiraron como una bolsa de basura, por el aire hasta el piso. Ni me quise levantar, estaba todo dolorido, pero saqué fuerzas de donde pude y me acosté en una cama de cemento. Escuché que me llamaban de la celda de en frente diciéndome: “¡Eh flaco! ¿De dónde venís?” “Vengo de comisaría, me llamo Kevin ¿y vos?” “Yo vengo de Olmos, me llamo Enzo ¿Todo bien? ¿De qué zona sos?”, le contesté: “De zona norte, Enzo, ¡no tengo nada! ¿Cómo hago para rescatar mis cosas?” “¡Mirá, yo tengo una frazada, nada más! Nuestros monos están en una pieza. Pero de todo lo que teníamos...ni la mitad tenemos; pero bueno, yo te presto una manta. Tengo para fumar un armeti\* y un poco de comida” “¡Uh, bien ahí! Dale, tengo un hambre. Pero... ¿qué onda con esto, cómo hago para abrir esto?” “Fíjate que ahí, la puerta tiene un agujerito, cortá un hilo y con un ganchito, trata de enganchar la traba para abrir el pasa platos” “¡Bueno, dale!”, le contesté.

Miré para todos lados, todo era paredes y una cama de cemento. Pero en el pantalón, tenía un invisible\* (ganchito de pelo), que había encontrado en la comisaría,. Lo busqué, y corté una tirita de mi única remera. Este sujeto me iba a pasar comida y un cigarro. Intenté una hora, casi dos, hasta que logré enganchar esa traba y tironeé muy fuerte hasta lograr abrir ese pasa platos. Era tan grande, que hasta podía salir a caminar por el pasillo. Mi intención, era la comida. Al mismo tiempo, varios de los pibes, también abrieron sus pasa platos y empezaron a salir; pero ellos tenían otro objetivo: el de robar a los pibes como yo, un primario.

Los encargados, no le daban mucha importancia a estos sujetos si los veían caminando por los pasillos. Opté por salir por ese pasa platos, en busca de algo para comer. Mi estómago estaba vacío, me hacía mucho ruido. Salí, y cuando me acerqué hasta la celda del Enzo, me miró, y me dijo: “Te convido un poco de guiso y un tabaco armado. Es lo que hay...” “¡Bien ahí! ¡Gracias amigo!”, me quedé hablando unos minutos, y me hizo una pregunta: “¿Vos tenés una faca o algo?”, rápidamente le contesté: “¡No, no tengo nada!” “Bueno, mejor andá, y metete a tu celda, porque estos que están afuera...”; el me lo decía por dos personas, que se encontraban afuera de sus celdas, en el fondo, fumando marihuana y cigarrillos. Tenían sus ropas muy llamativas y las mejores zapatillas, estaban castigados. Para ellos, era como para no perder la costumbre estar en los buzones. Lo saludé a Enzo, y me dirigí a mi celda. Antes de llegar, un pibe me llamaba desde el fondo gritándome: “¡Eh! ¿Qué onda? ¿De dónde sos, flaco? ¡Vení, acercate!” “¡Soy de zona norte!”, mientras me

acercaba. Al llegar, los saludé. Un pibe me dijo: “me llamo Pablo”, “y yo soy El Negri ¡Tomá, fumate unas secas de cigarro!”. Todas las miradas, apuntaban a mí, como yo hablaba con estos que recién conocía.

El Negri, se acercó hasta una celda y se puso a hablar con un pibe, al mismo le dio una faca para que me roben las zapatillas. Me di cuenta de esa secuencia, pero me encontraba afuera de mi celda; y como dicen en la jerga tumbera “me había regalado”. De repente, El Negri, acercándose hacia mí, sacó de su cintura una oxidada faca, y amenazándome me dijo: “¡Pasame las zapatillas, por que sino, te rompo la panza. Dale, dale!”. Yo, sin dudar, retrocedí casi tres celdas, hasta llegar a la de Enzo diciéndole: “¡Amigo! ¡Pasame algo para defenderme!”, él me gritó desde su cama: “¡Vos no sos mi amigo!” pero a la vez se acercó, y me dio una manta.

Tratando de frenar los picotazos, que enfurecidamente el Negri tiraba a mi cuerpo, recibí una puñalada en mi brazo, que adormeció todo el mismo, y con la otra logré agarrar la manta y revolearla rápidamente para intentar defenderme. El Negri me decía, mientras arrojaba varios picotazos: “guachín, te voy a romper la panza, pásame las zapatillas ¡Dale! ¡Dale!”. El amigo, el Pablo, sacó de su bolsillo un Tramontina y me tiraba puñaladas con intenciones de lastimarme. Yo sabía que esto terminaría con un botín para cambiarlo por drogas, o un regalo para sus familias. De repente, se escuchó una voz aguda que dijo: “¡eh! ¡Negri, ya fue! ¡Dejá al guachín que se paró de manos, y vos Pablo, rescátate!”. Regresé a pasos acelerados, me trepé de la puerta y entre a mi celda. Miré para todos lados; se escuchaba música a todo volumen. Yo, por mi parte decidí acostarme a descansar, y esperar que me lleven a hablar con el jefe de penal. Todo golpeado daba vueltas y vueltas, hasta que logré dormir. De repente me encontré en una plaza cerca de mi barrio, jugando un partido de fútbol; cuando vi que los del equipo contrario, eran del servicio penitenciario. Me desperté, y automáticamente atiné a mirar para un costado; estaba parado en la puerta de mi celda un oficial, diciéndome: “¡Negro vas a salir a ducha!”. Me levanté lentamente y caminé hasta llegar al fondo. Dejé mi toalla al costado de una pared y abrí la canilla. Un chorro de agua congelada cayó sobre mi cuerpo, fue el baño más rápido de mi vida. Salí caminando en dirección a mi celda, y miraba las caras demacradas de los pibes; que hacía un largo tiempo que estaban castigados. Algunos llamando al encargado, otros silbando, aplaudiendo; la mayoría despiertos, esperando para darse un baño. Al llegar a mi celda, mientras el encargado me observaba de la entrada, se acercó y me dijo: “¡Dale! Cambiate rápido, que vas a ir a buscar ropa y te tengo que llevar a sanidad” mientras caminaba, al salir de ese pabellón, mis ojos se cerraron, no podía mi-

rar el sol, me molestaba. Hasta que pude ver los demás pabellones, y me dirigía por un caminito que me llevaba hasta sector control. Éramos seis pibes, el hombre dijo que pase de a uno. Solo logré escuchar que le decía que iría al pabellón tres. Salió, nos miró, y dijo: “¡Que pase el siguiente ¿Vos qué tenés pensado hacer acá?”. Eso nos contó el pibe, según él, iba a un pabellón de trabajadores. “¡Que pase el ultimo!” dijo el hombre, pero el oficial le contestó: “Quedan dos” “¡Bueno bueno! que pasen de a uno” dijo al instante.

Entré, me miró y dijo: “¿Qué tenés pensado hacer?” y le contesté: “me quiero ir de este penal. Está muy lejos de mi familia, no la veo desde que caí preso”, “bueno vas al pabellón cuatro” me contestó “que pase el que sigue”. Cuando salí, Garfield me preguntó: “¿donde vas a subir?” “al cuatro” le contesté. Al instante entró a hablar con el dueño del circo, y el mismo le dijo: “vos vas al pabellón cuatro, ya esta despachado”. El encargado nos dijo: “¡Vamos, síganme!”. Tomamos rumbo a los buzones, al llegar, agarramos nuestros monos, y cada uno se dirigió a su respectivo pabellón. Mientras caminábamos, costeando la redonda de distintos pabellones, nos preguntaban de donde veníamos, yo a algunos les decía: “soy de zona norte” me preguntaban adonde iba, a que pabellón. “¡Voy al cuatro!” algunos decían “¡bien ahí, amigo!”. Otros hacían gestos como que iba a la perdición, tenía varias cositas que a los delincuentes les llamaría la atención. En un momento, antes de llegar, Garfield me dijo: “¡No entrés amigo, yo no voy a entrar!” “¡Yo no soy tu amigo, y voy a entrar igual!”, le contesté. Al llegar al pabellón, empecé a mirar los rostros demacrados, marcados por la maldita cárcel. De sus ojos derramaban dolor, tristeza y maldad. Ya estaba decidido a entrar, cuando el oficial abrió las oxidadas rejas, me dije a mi mismo: “tengo que vivir, no me queda otra”.

Al ingresar, vino un pibe, quiso agarrar mi mono y yo se lo agarré con fuerza, le pregunté: “¿A que celda voy?”, me miró fijamente y me contestó con una voz falsa: “¿Qué onda con vos? ¡Yo soy el limpieza! ¡Yo te estoy recibiendo, flaco!”. Reaccioné mientras caminaba para el fondo, le dije: “¡Ah dale amigo! ¡Todo bien!” pero mi mono lo cargué yo hasta llegar a la celda veintiocho. Estaba solo en ese momento, miré hacia atrás y todo se oscureció. Garfield no quería entrar, pero ya había firmado y ya tenía que entrar si o sí en el pabellón. Había pibes en la puerta de sus celdas tomando mates, parecía un templo Umbanda; todos tenían muchas cadenas, unas de oro, algunas de plata, que colgaban de sus cuellos y algunos anillos y pulseras. Se me acercó hasta la celda un pibe llamado Luis, me preguntó: “¿Flaco, necesitás algo? ¿De dónde sos? “¡De Zona Norte! ¿Y vos?”, le pregunté. No me contestó nada, le pedí un agua caliente mientras desarmaba el mono. Él observaba todas mis pertenencias.

cias, me dijo: “¿Tenés un termo?” “¡Ahora te lo paso!” “¡Bueno dale! Paso en un toque a buscarlo” “¡Tomá acá está!”, “cuando se caliente el agua te lo traigo”.

En ese momento, cuatro personas estaban hablando con el pibe que estaba en la celda con Garfffield. –Cómo es esta vida que venimos viviendo – Al pibe al que, él junto a su bandita lo habían robado y lastimado, después de una discusión entre ellos, se escuchaban insultos que provenían de unas celdas del fondo. Tenía un enemigo también, estaba el hermano de un pibe que lo había atado de pies y manos. Como dicen: “Ésta vida es un pañuelo”.

El pabellón se tensionó, de repente se acercó Luis y me dijo: “¡Acá tenés el agua flaco! ¡Eh! ¡Qué buena que está esa casaca!”, era la última de Argentina, encima estaba nueva. “¿Me la prestas para ver como me queda? ¡Mañana voy a visita!”. Lo miré y le contesté: “¡Ahora me acomodo y tomamos unos mates. ¿Querés?”, le cambié de tema. Ahí pude notar, que los años que le llevaban esos pibes en la cárcel, era mucho más tiempo que lo que yo llevaba; ni un mes. Un rato después, me pidió la casaca, “¿Sabes que yo en un pabellón engomado no le presto nada a nadie?”. Se enojó y me empezó a gritar: “¡Bueno, gato de mierda, mañana en la abierta vas a pelear por tus cosas!” y se fue. Mientras terminaba de acomodar mis cosas, ellos iban y venían por el medio del pabellón. Algunos gritaban: “¡mañana somos nosotros, a estos los hacemos pollo!”. Yo tenía en mente, que al día siguiente tendría que pelear con ese pibe, tenía un presentimiento de que algo malo pasaría. Bueno, en una pelea nada bueno puede pasar. El miedo hacía estremecer mi cuerpo, ellos tenían planchuelas de un metro; es algo común en una cárcel según lo había escuchado en el camión.

Mientras afilaba una bombilla, ellos se asomaban espiando lo que estaba haciendo, y yo traspirando, sabía que tenía que salir a solucionar el problema. No me quedaba otra opción, o podría darme a la fuga; eso lo había visto en comisaría... como algunos se iban cuando la policía hacía el recuento de presos...

Yo estaba con lo mío, le saqué un filo asesino a aquel metal y me acosté a dormir. No podía lograr cerrar mis ojos, miraba por la ventana para el patio, solo había tierra y uno que otro pozo. Nada me sacaba de mi mente que yo tendría que pelear con un sujeto de carne y hueso. Igual no sabía nada del tema, pero debía defenderme como podía, por las veces que tuve la maldita oportunidad de enfrentarme a algún pibe a las puñaladas, tenía muy claro, que yo jamás tendría que subestimar a nadie, mucho menos a uno que tenía un objeto punzante en su mano.

Eso lo había escuchado en el trascurso de esos días que venía viviendo en cautiverio.

En un momento empecé a escuchar muchas voces que decían: “¡Dale, dale, dale! ¡Pasame las cosas, gato de mierda!”. Era que a Garfield le habían echo la falsa, y el pibe que estaba con él en la celda, le estaba dando varias puñaladas. Los limpiezas, con palos largos y unas puntas filosas atadas en la punta, le estaban tirando arponazos a mansalva. Todo eso hizo que los del Servicio entraran y encerraran a los limpieza.

Sacaron a Garfield todo ensangrentado, mi mente daba vueltas y vueltas –*mañana me toca a mí, por ser el otro ingreso*–. Tenía mi poncho y una bombilla. Estuve esperando que vengan, pero nos engomaron hasta el día siguiente. Traté de dormir, pero no pude; caminaba dando vueltas y vueltas hasta que el cansancio me derrotó. Después de un largo rato mi cuerpo se enderezó y desperté muy dolorido por el duro cemento. me levanté a mear y se escuchaba, a unos metros, un ruido a llaves que se acercaba. Se me erizó la piel, y el momento de salir había llegado. Me vestí lo mas rápido que pude con mi casaca y un conjunto del Barcelona, até mi bombilla a mi mano derecha y esperé sentado en la cama. La ansiedad me estaba atormentando, hasta que llegó el momento de la abierta; abrieron mi celda y salí. Me quedé parado al costado de la puerta. Saqué mi equipo de mate mientras los demás caminaban por el pabellón. Algunos me saludaron, otros no, mucho no me importaba. En cuestión de segundos se me acercó el Matías y me dijo: “¡Dale, flaco! Encará para la arena”. Estaba tan nervioso: se le notaba en sus ojos. No me quedaba. Empecé a caminar para el fondo de un pasillo entre la ducha y un piletón. Él tenía dos planchuelas de un metro, me empezó a tirar varias puñaladas a mis piernas, y de un momento a otro, me encimé y le alcancé a romper la campera. Automáticamente con una espada me separó de él y me golpeó duramente en mi cabeza. Se había enojado, ya que un primario le había podido llegar, si era otra persona lo podría haber matado. Los pibes que estaban al lado le dijeron al Matías: “¡Ya fue! El pibito peleó” pero mi contrincante solo quería mi casaca, me persiguió mientras yo lo ignoraba. El Patricio, que estaba de limpieza me dijo: “¡Andá a lavarte la cara y acomódate! Ahora en un toque, te pegamos con la Gotita”, “¡Bueno dale! ¡Gracias amigo!”, “¡Gracias, hacen los monos y después te pegamos con la Gotita ¡y fue!”.

Me di cuenta de que aún, no estaba todo bien. Escuchaba ruidos a fierros que chocaban, pero una frazada no me dejaba ver nada, cubría la mitad de la ducha y la maldad que uno se puede imaginar. Cuando me estaba lavando con jabón blanco la herida, escuché un puertazo, corrí la cortina, y pude ver por el pasillo a Garfield con mucha sangre chorreando

en su espalda y brazos. Lo que más me llamó la atención, fue que de su cola le salía sangre, al parecer lo habían violado y también lo cortaron con bisturís. Solo atiné a agarrar la bombilla y el poncho, afuera en el pasillo se venían peleando desde el fondo mientras Garfield gritaba en las rejas. En segundos ingresaron las autoridades con escopetas y escudos, a los tiros. Las explosiones retumbaban en todo el lugar, nos gritaban: “¡A sus celdas! ¡A sus celdas!”. Yo pensé que nos íbamos a meter a nuestras celdas, pero nada que ver. Desde el fondo empezaron a revolearles fuelles, palos, ollas y todo lo que había al alcance. Me acerqué a una mesa, la di vuelta, la usé de escudo, y les arrojé unas botellas hasta que el Servicio tomó el control.

Nos encerraron a todos y después de varios minutos, nos hicieron requisitoria corporal. Como varios estábamos lastimados nos llevaron esposados a Sanidad donde me curaron y me cosieron. En ese momento, le pregunté: “¿Qué van a hacer conmigo?”, “¡Vos de acá sabés como vas a salir!”, “¡Ojalá me saquen a la mierda de este penal!”, les contesté.

Me llevaron nuevamente al pabellón, otra vez como dicen en la jerga tumbera –en posición motoneta – con mi cuerpo todo doblado, casi ni tocaba el piso. Miré al costado y estaba el Maxi en la reja del pabellón con sus brazos apoyados en los barrotes. “¡Haceme llegar mis cosas!”, le dije, “¡sí! ¡Sí!, guachín! Andá, que en un toque te hago llegar tus cosas con el buzono”. El penitenciario que estaba a cargo de los buzones, me dijo: “¡Otra vez, negro, por acá! ¿Ya estás haciendo problemas?”.

Al ingresar, me metieron en una celda alejada de las habitadas, cuando pasé por la celda del Enzo, el se reía y me decía: “¿Subiste al cuatro amigo? ¡Bien ahí! hoy a la noche te sacan con el viento”. Lo miré y le contesté: “¡Todo mal amigo! ¡Ahora si perdí todo!”, “¡Ahora te tenés que armar si salís de este penal!”. Me recosté y empecé a reflexionar, a pensar en mis viejos, no entendía nada. De repente me di cuenta que no había tenido comunicación con ninguno de ellos.

Logré dormir unos segundos hasta que me despertó uno del Servicio Penitenciario, dándome un palazo en la cabeza. Entraron dos más con escudos y me levantaron de los pelos. Me requisaron, y rápidamente fui llevado hasta un camión, donde ya había pibes que estaban esperando para ser trasladados a la unidad treinta y siete Villa Cacique Barker. Mientras me subían al furgón le pregunté a donde me llevaban y me preguntó mi nombre y apellido. Al darle mi nombre, me dijo: “¡Vos. vas a La Plata por acercamiento familiar!, seguro lo habrá pedido tu abogado o tu familia. ¡Dale subí, negro! ¡No duró nada tu estadía en este penal, no te quiero ver más por este lugar!”. Una vez dentro del camión, tomé

asiento en el medio. Solo escuchaba lo mismo de siempre: “¿De dónde sos?” “¿Tenés para fumar?”; yo no le di cabida a nadie, miré a mí alrededor y no conocía a nadie. Me recosté y dormí hasta el medio día, en unas horas llegaríamos a la unidad treinta y siete. El olor a gasoil y el hambre me hizo un nudo en el estómago hasta que me descompuso. De repente me desperté y vomité tan solo agua y los medicamentos, me sentía débil.

De un momento a otro el camión se detuvo, habíamos llegado a la unidad número nueve de La Plata. Bajamos como ocho pibes, a mí me subieron a una camioneta de la policía del Servicio y en treinta minutos llegué a la unidad cuarenta y cinco, mas conocida como “Melchor Romero”. Pasé una puerta que daba a Control, me preguntaron mis datos, requisaron mi mono –que era lo que me habían regalado en el camión – ya que pedí una manta y algo de ropa. Algunos se coparon y tuvieron compasión. Me llevaron por un pasillo de dos metros, doblamos a la izquierda, pasamos por Sanidad, y al frente había una leonera vacía. En el medio del penal estaba la cancha, la costeamos hasta llegar a una leonera. Abrieron el candado y me dijeron: “¡Entrá, negro, que más tarde te va ha atender el jefe!”, “¡Listo, don, gracias!” le respondí y le pregunté si me podían llevar a Sanidad así me curaban, y un oficial me respondió que más tarde me llevarían. Miré a un costado y había un colchón, me acosté un ratito pensando que me tenía que poner las pilas y llamar a mi casa. Después de varios minutos llamé al encargado, se acercó y le comenté mi situación. Necesitaba una línea, quería llamar a mi casa. El encargado volvió a decirme lo mismo: “¡Negro! ¡Ahora te vamos a subir a algún pabellón!”, “¡Bueno!” le contesté, me armé una hamaca paraguaya por que el piso estaba todo mojado y el colchón estaba empapado. Me acosté, y de repente una rata me despertó, se había metido en la manta. De un salto quedé tirado en el suelo varios minutos, cuando de repente se acercaron dos pibes; uno me preguntó: “¿Cómo te llamás, flaco?”, “¡Kevin! ¿Y vos?”, “¡Yo soy el Kuky!” “¡Y yo el Mosca!”. Eran dos pibes de treinta, y treinta y cinco años, el Kuky, me dijo mientras me ayudaba: “¡Te pegaste un re palo!”, y el Mosca me preguntó: “¿Cuál fue, que estás en cana?”, “¡Por ir a robar!, ¡Me tocó perder. Vengo del campo, quiero acomodarme y hacer las cosas bien. ¿En qué pabellón están?”, “¡Estamos en el cuatro!”, “¡Quiero hablar con mi familia, comer algo, bañarme y cortarme el pelo!”, “¡Nosotros estamos de limpieza en el pabellón!”. El Kuky me dijo que para llegar al pabellón cuatro, tenía que esperar un par de días en un pabellón de población –que estaba a las chapas – y después me pedían. “¡Bueno dale! ¡Voy a subir al pabellón seis y después me rescatan para adonde están ustedes!”, “¡Sí, amigo!”, “¡Mosca, necesito un favor! ¿Me podrás conseguir una faca? No me puedo acomodar, vengo de renegar y me quiero quedar ¿Qué onda acá? ¿Hay un par de talleres en la escuela?

¡Quiero hacer algunos cursos, vengo a ponerle onda para poder irme a mi casa!”, “¡Bueno, nos tenemos que ir! ¡Vos subí al seis, y cuando haya un lugar te vamos a visitar y te traemos para el cuatro amigo! ¿Necesitáás algo para comer y para tomar mates?”, “¡Si, tengo un re hambre!”. Después de varios minutos, se acercó el Mosca y me dijo: “¡No te rescaté nada para comer, pero para mí sos un pibe inteligente, recién te fuimos a pedir. Ahora vas a subir al pabellón cuatro, amiguito!”. Se acercó el Kuky y me dijo que las cosas no estaban del todo bien, pero que para comer no faltaba y algunas cosas más; “¡Si tenés un problema o una discusión, lo solucionas en el pasoducto, en el pabellón no se pelea, nosotros peleamos nadie más, el pabellón es de nosotros!”, “¡Yo voy a ir a ranchar con ustedes!”, “¡Si pero vas a ir a otra celda!”, “Bueno... pero yo voy a comer solo amigo ¿Te molesta?”, “¡Dale cuando podamos te sacamos a trabajar a la carnicería ¿Qué te parece Kevin?” “¡Si, mosca, contá conmigo, yo soy responsable!”.

Mientras acomodaba mis cosas, ellos fueron a avisarle a los pibes del pabellón que yo iba a ingresar. Me quedé escondido en un bañito, afilando una cuchara, y sin darme cuenta; el Kuky me estaba observando. Lo miré y le dije que no sabía con quien me iba a cruzar ahí adentro. Me lo pidió pero no se la di, y le dije: “¡Estoy en una cárcel te pedí una faca, y nunca me consiguieron nada!” “¡Bueno flaco! ¡Mirá! Esto es así... depende de vos, –Hoy estamos acá, mañana no sabemos... – en el pabellón somos un par de pibes, algunos salen a la huerta, hacemos cursos, comemos bien, mucho deporte, hasta lo que banque ¡Si no querés, seguí la flecha!”, “¡Cuando vuelva de hablar con el jefe de penal, antes de subir te la doy a la faca, te doy mi palabra!” “¡Dale amigo!” y se fue al pabellón. Me imaginé que ese pabellón era un mamarracho\*, ya que no me trajeron nada ni para comer, ni para desayunar. En pocos segundos se acercó el encargado y me dijo: “¡Sacá las manos!”, y me puso las esposas. Le pregunté a donde me llevaban, y me dijo que iría a hablar con el jefe.

Al llegar a la oficina me atendió el hombre, me preguntó mis datos, y si tenía algún conocido en el pabellón cuatro. Contesté que si, que conocía al Kuky y al Mosca, “¡Bueno, firma acá! Ellos te pidieron. Andá nomás!”. Salí de la oficina, caminé hasta la leonera, y agarré mi mono. Lo arrastré hasta al pabellón cuatro y al ingresar, me recibió el mono un viejo. “¿Cómo estás, flaco? ¿Cómo te llamás?” “¡Kevin! ¿Y vos?”, “¡Yo soy el viejo Corpus!”, le di la mano y lo saludé. Mientras entraba, miré las puertas de las celdas, estaban todas abiertas, se escuchaba la música muy fuerte, había un sofá en el medio del pabellón contra una pared. Muchos de los pibes estaban en el fondo del pabellón. Y otros tomando unos mates en el patio. “¿A qué celda voy?”, “¡A la siete vas!”, “¿Y vos,

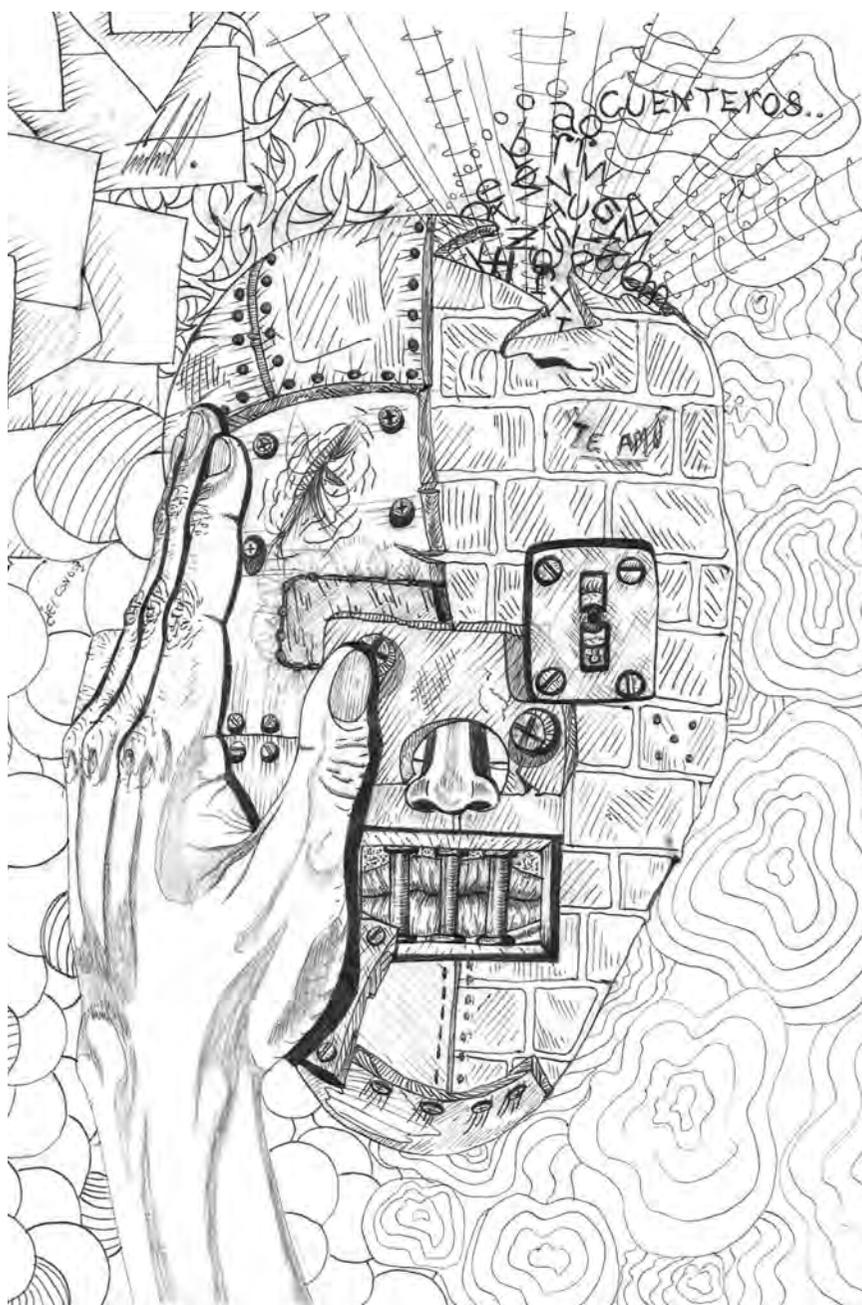
en que celda vivís?” “Yo estoy de limpieza, ¡Andá a pegarte un baño que estoy cocinando!”. Cuando me acerqué a la celda, había tres pibes dentro. “¡Hola buen día muchachos me llamo Kevin, voy a vivir con ustedes ¿Todo bien?”, “¡Todo bien, amigo! yo me llamo Erik”, uno mas alto se llamaba Ezequiel, y otro mas gordito y con bigote, Mauro. “¿De dónde son? ¿De qué parte?” “¿Y vos?”, me preguntó Mauro, con una voz sobrante y maliciosa, “¡De zona norte!”, “¡Nosotros somos de La Plata!”, “¡Voy a comer con los pibes que están afuera!”, “¡Si! ¡Ya hablamos con los pibes! ¡La mejor, amigo!”, “¡Yo voy a acomodar mis cosas!”, “¡Dale, amigo, acomodote tranquilo!”, me respondió el del mostacho mientras salían los tres de la celda y quedé slo. Rápidamente busqué una percha de madera, dos revistas, la jabonera, champú y envolví una hoja de “Tramontina” en la toalla. Encaré hasta la ducha, la que por suerte, tenía agua caliente y agua fría. Me quedé mucho tiempo bajo el agua hasta que salí de la ducha en dirección de mi celda, y antes de llegar, escuché que decían: “¡Ahí viene! ¡Ahí viene!”. Me hice el re pelotudo, entré y tomé asiento en mi cama, me sequé y me vestí, me puse el conjunto de River, una casaca de del Inter y mis zapatillas. Los miré y les pregunté: “¿Todo bien?”, “Si flaco, está todo piola. Ahora tomamos unos mates ¿Querés?”, “¿Te parece a vos que yo puedo tomar unos mates con vos?”, “¿Y por que no?”, “¡Por esto!”. Abrí dos bolsos y los tiré al medio del pabellón y con la revista enrollada la madera de la percha con la hoja de acero en la punta, le pegué a la puerta. Les dije a todos los que estaban en ese momento: “¿Qué onda que me meten a vivir con unos rastreros? ¿Es un pabellón de chorros o de ratas? ¡Me faltó un conjunto y dos casacas, yo vengo del campo y peleo por mis cosas!”. Miré hacia el fondo y venían dos pibes con arpones. Agarré una manta que estaba en un banco, me acerqué a los limpiezas y se armó una batalla campal. Yo por tener un arponcito y un palo, recibí un picotazo en mi brazo y otro en mi pierna. Los del servicio entraron rápidamente y tomaron el control, nos redujeron y nos engomaron a todos, el pabellón quedó castigado. Esa misma noche, me llevaron a los buzones. Después de quince días se acercó un encargado acompañado de un fiche\* y me dijeron que prepare mis cosas que me iba de traslado; “¿A donde voy?”, “¡No se! ¡Dale!”. Me cambié, agarré mis cosas y salí preguntando donde me llevaban, se acercó el oficial y me dijo: “¡Vas a la unidad veintitrés de Florencio Varela!”, “¡Bien, vamos a Varelandia\*!”, –me salió del alma esa palabra –.

Durante el viaje pensé todo el tiempo en mi mamá, mi papá y mis hermanos. Hacía casi dos años que no sabía nada de ellos, me acomodé y empecé a recordar todo lo que había pasado; que tuve que dormir en el piso todo mojado, comer comida con las manos, armar una faca con revistas y muchas otras cosas que la verdad, no se las deseo a nadie, re-

flexionando me di cuenta de que estaba dispuesto a cambiar “Hoy me di cuenta que crecí. Y la cárcel, no es para nadie que tenga voluntad de ser alguien en la vida”.

Después de muchas vueltas se detuvo el camión, y el encargado de la comisión empezó a llamar por apellido. Cuando llegó mi turno, bajé junto a otros cuatro pibes. Con nuestras pertenencias a cuestas y fuimos hasta una leonera. Había que esperar que el jefe de penal nos atienda, estuvimos desde las seis de la mañana hasta que al mediodía, me llevaron a junta de admisión; donde me hicieron varias preguntas. Yo solo les pedí la palabra y les dije: “¡Es la primera vez que estoy privado de mi libertad! ¡Quiero una oportunidad, me gusta leer, estudiar. En la calle trabajé de electricista, hice un curso de maestro pastelero, estudié electricidad del automotor... En las otras unidades no me dieron ninguna oportunidad de ser alguien en mi vida!”. Una psicóloga me dijo que iban a hablar por mí, que me quedara tranquilo y espere en la leonera. Después de una hora, me llevaron con el jefe del penal. Llamó a los coordinadores del pabellón, hable con ellos y me comprometí a estar con ellos en todo lo que sea productivo. Al ingresar, todas las puertas de las celdas estaban abiertas y el patio también. Vi dos computadoras, los pibes me recibieron bien, ese fue el día que conocí el lugar donde hasta este momento estoy viviendo. En este pabellón aprendí a usar una computadora, escribimos cuentos, poesías y hacemos otras actividades. Donamos cuentos infantiles al hospital de niños de La Plata, como también libros a las unidades de mujeres y juzgados de menores; para demostrarle con hechos que todo es posible.

Quiero darle las gracias al padre Cristian, sus visitas son muy agradables e interesantes, a Alberto Sarlo, quien nos enseña filosofía junto a los coordinadores que, con su ayuda yo pude cambiar mi manera de vivir. Hace ocho meses que estoy en el pabellón, somos parte de una editorial, algunos aprenden dibujo artístico, otros música y se busca todo tipo de escapatoria para no caer nuevamente en la rutina tumbera. Estoy esperando un beneficio, Dios quiera que pronto recupere mi libertad, me iré contento por que me superé; “Me siento listo para volver”.



## EL DÍA QUE NO ME GUSTARÍA VOLVER A VIVIR

Por: *Guillermo Quiroga Rojas*

Todo empezó un día domingo, a la 1:00 de la tarde, cuando estábamos atrincherados, en la casa de Acevedo; un hombre calvo, delgado y de ojos marrones. Nos encontrábamos en el comedor, Diego, Andrés y yo, cuando se me dio por acercarme a la ventana. Vi un patrullero que dio marcha atrás, haciendo una mala maniobra, cayéndose a la zanja.

- Es para nosotros – les dije...

– No –. Me dijo Diego.

– Quédate tranquilo –. Yo, empecinado, les contesté:

– Es para nosotros –. Preocupado, comencé a caminar en el comedor, mientras unos neños miraban la tele. Sin saber lo qué estaba pasando, me dirijo hasta un cuarto del fondo de la casa, al darme vuelta, vi a Diego detrás de mí mientras que Andrés seguía en el comedor.

Opté por levantar la persiana: vi un policía con un arma en la mano. Desesperado, la largué la mía. Volví hasta el comedor y el corazón me latía a dos mil... Diego decía:

– Otra vez no...

Volví hasta la pieza, abrí el ropero, levanté unas ropitas de bebé, dejando una pistola y pertenencias que tenía de los hechos que comemos; Diego, al ver lo que estaba haciendo, no dudó ni un segundo y se descartó todo lo que tenía encima. No pasó ni un minuto, que la policía pateó la puerta, sin importarle que había chicos que estaban llorando. Hasta tiraron un tiro con una itaca, dándole al marco de la puerta, pegando de rebote unos cuantos perdigones en el brazo de Andrés, todo fue muy rápido. Los uniformados festejaban que habían capturado a los malvivientes. Nos pegaron patadas en la boca, en las costillas...por todos lados. Me taparon la cabeza con un suéter que traía puesto, tirado en el piso, boca abajo, todo dolorido. No podía ver nada, sólo escuchaba las sirenas de los patrulleros. Nos subieron a un vehículo, y oí unas voces que decían: “Natalia, Natalia”.

Nos llevaron a la comisaría 7º de Lomas y nos tiraron en el piso, arrodillados con las manos hacia atrás. Una luz fuerte nos iluminaba desde atrás: era el noticiero que nos estaba filmando y unas voces que se gritaban: “¡hijos de puta!”. Eran las víctimas de los robos.

Pasaron unos segundos. Todo en silencio. Aparecieron dos gordos con cara de malos, preguntando:

– ¿Quién manejaba? –. Los tres juntos contestamos:

– Todos manejamos

– Encima se hacen los vivos –, nos decían.

Nos tiraron boca abajo y nos pisaron la espalda; cuando de pronto, se escuchó una voz:

– Ya está. No le peguen más. Métanlos en contraventores –. (Eran pequeñas celdas donde sólo uno entraba).

Un par de pibes que estaban en los calabozos grandes, nos pasaron unas mantas para usarlas de colchón. No podía dormir, ya que me dolía todo por la paliza que nos habían dado; encima, el piso que me rompía la espalda.

Pasaron unas horas; ya me estaba por quedar dormido, cuando escuché unos ruidos a llaves: abrieron una puerta de chapa, después una reja. Un policía nos dijo: “prepárense que van para Cuerpo Médico”. Nos sacaron y nos subieron a un patrullero, directo a Lanús, al forense. Nos revisó un médico y me preguntó qué me había pasado –por los moretones que tenía – no me quedó otra que decirle que me había golpeado. Así hicieron con los tres. Hasta que nos subieron de nuevo al patrullero, llevándonos al juzgado de Lomas de Zamora. Al llegar, nos metieron por un túnel, directo a unos calabozos que parecían jaulas para pájaros, el lugar era frío. Yo tenía miedo, pero mi orgullo no lo demostraba. Un escalofrío recorría mi cuerpo...algo nuevo para mí. Nos dejaron a los tres juntos. Adentro había unos pibes que nos preguntaban:

– ¡Eh, vago! ¿de dónde son?

– De acá nomás. Quince cuadras –, les respondió Diego.

– ¿Y ustedes de dónde son? –, preguntó Andrés

– Yo soy de Don Orión. Me llamo Miguel.

De pronto, un uniformado se acercó y nos llamó. Nos esposaron con las manos hacia atrás, trasladándonos por un pasaducto, que nos llevó hasta un ascensor; el mismo que nos dejó en el cuarto piso, donde nos esperaba nuestro abogado, diciéndonos que la mínima de nuestra causa, eran de 8 años; sin preguntarnos si éramos culpables o inocentes. Él, cumpliendo el rol del fiscal, ya nos había condenado. Una mirada triste

se notaba en los ojos de mis compañeros. En ese instante se me cruzaron muchas cosas por mi cabeza: la imagen de mi madre llorando, fue algo horrible para mí, tenía miedo. Al regresar a las leoneras, escuchamos cómo dos pibes, que estaban por homicidio —tras pagar una fianza—, se iban en libertad. Ahí, en ese momento, me di cuenta cómo la balanza de la justicia se inclinaba para el lado del dinero.

Nos tuvieron todo el día a agua. Las tripas me sonaban. El dolor de cabeza era insoportable, por el hambre que tenía. Las distintas conversas de los pibes me estaban enfermando: todos hablando diferentes secuencias; para ellos, era una aventura. De pronto, se acercó un policía, era un gordito que nos había llevado. “Vamos, que vuelven a la comisaría”, nos dijo. Ya, de regreso en el patrullero, traía la cara pegada a la ventanilla, mirando las personas y los distintos coches que transitaban por Camino Negro, me decía a mi mismo: “¿cuándo volveré a caminar por estas calles?”. Al llegar, nos dejaron en un pasillo. Se acercó un policía, ordenándole a otro, que nos estaba sacando las esposas, que a Diego y Andrés, los metan en el calabozo dos y a mí, en el uno.

Al entrar, se me acercaron dos pibes, uno me dijo:

– Hola, ¿cómo te llamás?

– José.

– Un gusto. Me dicen Coco –, me contestó. Era alto, morocho; el otro me miró de arriba abajo.

– Me llamo Diego –, y me estrechó la mano.

– Tomá asiento –, me dijo uno que estaba en un rincón.

Tomé asiento, pero tenía miedo. No sabía qué me iba a pasar. Coco me dijo:

– Mirá, acá está todo bien con los chorros, somos siete los que estamos en este lugar; ellos, los que están ahí, están porque están. (apuntando a un lugar chiquito, al que ellos llamaban gatera\*), había cómo doce pibes. Me presentó a los seis pibes que estaban con él:

– En éste espacio, duermo yo. Te voy a hacer un lugar en mi colchón.

Los demás me miraban como sapo de otro pozo. Tenían una mirada fría y sobrante.

Pasaron dos días. Se me cruzaban una banda de cosas por mi ca-

beza. Qué loco este lugar, me decía a mi mismo, cada uno con su rutina, dos o tres jugaban a las cartas, otros que escuchaban música, cuando de pronto se escuchó la voz de un policía llamando a Coco por su apellido. “Prepará tus cosas que te vas de traslado”, “¿no sabe para dónde voy?” le preguntó, “si, te vas para la unidad veintitrés de Varela”, preparó sus cosas y lo sacaron.

Al día siguiente, todos, a las seis de la mañana, estábamos despiertos. El día más esperado. Era hora de ver a nuestra familia. Yo estaba en un rincón mirando todo. Los seis que habían que dado daban órdenes, pero ellos no hacían nada, el negro Fabián, con una voz mala, me preguntó:

– Vos, ¿por qué no hacés nada? –, lo miré y lo primero que me salió a decirle fue un:

– Y vos... ¿por qué mandás y no hacés nada? Si tu familia también entra.

Sin saber lo qué le estaba diciendo, porque en las cárceles, había códigos que llevaban a peleas y a muertes. Donde el más débil era gato\*, o mejor dicho, hacía las cosas. Me miró a los ojos, parecía que me comía de un sólo bocado. Todos me miraban, yo no entendía por qué; de pronto, Felipe, enojado, saltó diciendo: “¿por qué no se rescatan, que está por entrar la familia?”. Nos quedamos callados por un momento, yo no entendía nada, sólo estaba enojado. Pasaron unos minutos y empezaron a pasar nuestros seres queridos. Me acomodé a un costado de un pasillito que se dividía en tres, las carpas que habían armado para estar con sus mujeres. La vi a mi mamá. Cuando le voy a dar en beso, me dio un cachetazo que me dejó la cara colorada; yo, diciéndole: “perdoname, vieja, otra no me quedaba”. Mi mamá, con lágrimas en los ojos, me miraba, y me decía: “¿por qué hiciste esto hijo, si yo no te hago faltar nada?”. No me salía ninguna palabra, por solo mirarla como le caían lágrimas de sus ojos. Atiné a decirle: “perdoname, mamá. Ya me voy a ir. No quiero que estés mal. Si vos estás mal, yo también voy a estar como vos”, no sé de dónde sacó fuerza, mostrándome una sonrisa, pero yo sé que detrás de esa sonrisa había dolor. Hablamos de todo mientras tomábamos mate con unas ricas facturas, después comimos unos sándwiches de milanesas con una deliciosa Coca Cola. Todo era tan lindo. No parecía que estaba preso.

Llegó la hora que se tenía que retirar la visita, le di un beso y, viendo cómo se perdía tras los fríos barrotes de ese lugar, un escalofrío se apoderó de mi cuerpo, pues sabía que se marchaba muy triste. No

sabía qué pasaría tras la discusión que había tenido antes. Me puse a acomodar las cosas que me había traído mamá, cuando se acercaron los seis a la vez y riéndose, me decían: “así tenés que ser en la cárcel, tenés que pararte de manos”, yo, lo único que hice fue mirarlos y les hice una sonrisa. Con el único que hablaba era con Felipe, que me decía que había tenido un problema con mi compañero Diego. En ese instantes escuché que me llamaban por un ventiluz, que venía del calabozo de al lado, eran Andrés y Diego.

– Hola, compañero, ¿todo bien?

– Sí, todo bien –, les contesté

– ¿Qué estabas haciendo? ¿Qué dice tu mamá? –, me preguntaban.

– Nada, todo bien con mamá. Me dio un cachetazo, que me dejó viendo estrellas. Pero la entiendo. Les mandó saludos.

– ¡Já, já, já! –, se reían –. Pero bueno, es la mama. Tenés que entenderla –, me contestaron.

– Mamá, también te mandó saludos –, me contestó Andrés.

– Bueno, compa, me voy a tomar unos mates –, les dije.

– Bueno, dale cuidate –, me dijeron.

Desaparecieron sus rostros de esa ventana pequeña. Tomé una pava y la puse a calentar, mientras preparaba el mate.

Así pasaron los días, cuando de pronto, entró la gorra diciendo: “¡requisita!”. Nos sacaron a todos, dejándonos en el medio de los calabozos. Nos empezaron a llamar por los apellidos. Yo fui el primero al que llamaron, diciéndome que agarre mis pertenencias para cambiarme de calabozo. Me metieron en el calabozo dos, mis compañeros estaban contentos porque nos habían juntado. Diego me preguntó en qué calabozo lo iban a meter a Felipe, mientras afilaba una bombilla en el piso. No pasó ni un segundo que lo metieron a Felipe. Yo pensé que se iban a pelear, pero no; hablaron y quedó todo bien.

Pasaron los días y nos llamó un oficial, notificándonos que nos llegó la preventiva\*, un maldito papel que nos dejaba a disposición del Servicio Penitenciario. A la semana nos llamaron a los tres, diciéndonos que preparemos nuestras cosas, que nos sacaban para Olmos. Nos empezaron a sacar uno por uno. Cuando me están por subir al camión, que estaba en la puerta, miré para los costados: era otro el aire que sentí en

ese momento; pero después...era todo oscuridad, porque me metieron en un lugar muy pequeño, donde sólo podía ir parado o sentado con las rodillas chocando en la puerta, y el maldito olor a meo que no se aguantaba...y el aire que ya no existía.

Seis horas de viaje, todo acalabrado ¡con un hambre y unas ganas terribles de tomar un poco de agua! ¡Qué no soportaba más! De pronto, el camión no se movió más: habíamos llegado. Nos empezaron a bajar y nos dijeron que agarremos nuestras cosas. Nos hicieron pasar por dos rejas hasta llegar a una puerta verde de chapa; tras pasar esa puerta, levanté la mirada y quedé sorprendido al ver esa maldita cárcel que parecía un infierno. Gritos por todos lados, bolsas colgando de sogas que subían y bajaban. Nos dejaron a un costado de esa puerta verde enorme, mientras que los dos oficiales, se perdían por un túnel. Empezó a llover. Diego, lo único que me decía era: “parate de manos y si te tiran un fierro, agarralo”. Vimos que aparecieron los oficiales: se acercaron y nos dijeron que agarremos nuestras cosas y que los sigamos. Nos hicieron bajar por el túnel, hasta llegar a una puerta verde, donde el oficial tocó un timbre. Esperamos unos segundos y un encargado nos abrió. Pasamos. Nos metieron en una leonera\* pequeña, se acercó un oficial que nos había llevado, diciéndole a Diego que tenía que regresar de nuevo a la comisaría porque faltaban unos papeles. Se acercó otro encargado llamándonos a Andrés y a mí. Fuimos porque nos iba a atender el jefe de penal para subirnos a los pisos. Nos metieron por un pasillo largo en donde había cómo cinco que estaban esperando a que los atiendan, pero todos miraban la pared. Andrés, me dijo:

– No mirés la pared, que te quieren quebrar –. Yo no entendía lo que me quería decir, pero le hice caso. Los dos mirábamos para el frente, cuando se acercaron dos uniformados, y nos preguntaron:

– Ustedes... ¿por qué no miran la pared?

– No. Ustedes nos quieren tumbear –, le respondió Andrés. Se acercó otro y le dijo:

– Godoy, ¿otra vez en cana? Mirá la pared.

– No –, le repitió mi compañero.

Los tres se le tiraron encima, dándole lluvias de patadas y piñas. Yo, al ver eso, no me quedó otra que empezar a las piñas para que le dejen de pegar; pero fue todo peor, porque aparecieron una banda del Servicio Penitenciario y nos cagaron a palos, llevándonos por un pasaducto, todo oscuro directo a los buzones. Me sacaron los cordones de las za-

patillas, y me arrojaron a ese pequeño buzón que tenía un colchón y ni una manta para taparme, con un olor a meo y a mierda impresionante, me dolía todo el cuerpo, el pómulo izquierdo también, por la paliza que me dieron los malditos culorotos del Servicio. Mi compañero me gritaba desde otro calabozo:

– ¿Estás bien, José?

– Sí, estoy bien. Todo dolorido, pero estoy bien, le contesté.

De pronto, se abrió esa tenebrosa celda en donde me encontraba: un encargado, junto un muchacho, habían traído mi acolchado, sábanas, toalla, jabón y pasta de dientes. Me terminaron de pasar las cosas y cerraron esa vieja reja oxidada que se dividía una puerta de madera, que al cerrarla, no te dejaba ver nada; parecía un nicho. Yo me sentí en ese lugar muerto en vida, empecé a hacer un poco de espuma con el jabón, para tirar en el piso y alrededor del baño para que se vaya ese asqueroso olor que no se aguantaba; después, acomodé la cama y me tiré a ver si podía dormir algo; parecía que no había pegado un ojo. Ya eran las seis de la mañana, cuando escuché ruidos: estaban abriendo las puertas hasta llegar a abrir la puerta de madera en donde yo estaba, dejando la reja cerrada en frente mío; le pregunté a un pibe qué pasaba, que nos dejaron la puerta abierta.

– Están sacando a ducha –, me contestó y, a la vez, me preguntó:

– ¿cuánto le llevás en cana?

– Un mes y días –, le contesté.

– Ah, recién venís. Tenés que remarla, que pasa rápido –, me dijo.

– Y vos ¿cuántos le llevás? –, le pregunté.

– Yo le llevo seis años y seis meses. Estoy esperando mi libertad. No sé por qué no me largan, estoy pasado...pero bueno, en cualquier momento me voy. Ah, mi nombre es Sergio, soy de Don Orione.

– Me llamo José y soy de Lomas de Zamora. Un gusto Sergio –, le contesté.

Era mi turno de salir a bañarme. Dos en cargados abrieron la reja y me dirigí hasta la ducha, mientras me sacaba la ropa miraba por dónde salía el agua: era un caño de esos que usan los bomberos para poner las mangueras para apagar los incendios. Empezó a salir el agua con una presión impresionante. Estaba congelada, parecía que te quemaba la espalda, pero era por la presión. Llamé al encargado para que cerrara la

canilla. Al cerrarla me terminé de secar, y de vuelta al calabozo le iba preguntando cuánto tiempo me iban a tener en ese lugar, lo único que me contestó fue: “tenés que esperar que te llegue el parte”.

Con los días me metieron de nuevo en ese lugar horrible, no sabía qué hacer. Tenía hambre, cuando escuché que gritaron:

– ¡¿Quién quiere mate cocido?!

– ¡Yo! – le grité desesperado – ¡acá, el de la celda cinco!

Me pasó un vaso de lata con mate cocido amargo y tres panes. Lo llamé al pibe de enfrente, pidiéndole un poco de azúcar, “mandá a buscar”, me dijo. Empecé a llamarlos a los que me habían traído el mate cocido y me alcanzaron el azúcar. Desesperado lo endulcé y lo tomé con unas ganas impresionantes. Al rato escuché unos gritos de mi compañero, diciéndome que Diego le había echo llegar para comer, que ahí me hacía llegar mi astilla; un encargado abrió la puerta de madera, un pibe me pasó en una botella de plástico, cortada por la mitad, un poco de guiso. Así eran todos los días: ducha, mate cocido amargo, diez minutos de teléfono y a las cinco de la mañana de todos esos malditos días, pasaba un médico siempre acompañado de un encargado, para saber si estabas golpeado o autolesionado con algún feite\*, lo que sería una hoja de Prestobarba. El tiempo no pasaba más en ese lugar, los días se me hacían cada vez más largos. Uno de ellos, abrieron la puerta: un oficial con unos papeles, me dijo:

– ¿Vas a firmar el parte y los días?

– ¿Cuánto más me van atener acá?

– Firmá, que son quince días. Ya les llevás doce, te faltan tres. No más.

No lo dudé y lo firmé. Ya quería salir de ese lugar que me estaba volviendo loco. El sábado a las once de la mañana, cuando un encargado abrió la puerta y me dijo: “tenés visita”, me puse lo que encontré a mano y salí junto al encargado, que me llevó hasta donde me encontré con mi mamá y mi señora. Me miraron la cara, toda morada de la paliza que me habían dado los del Servicio, y se pusieron a llorar; con una sonrisa les dije que estaba bien, que no se pongan tristes. Pero por dentro mío corría un dolor inmenso al verlas así. Compartimos unos mates con unas ricas baturras, después comimos unos sándwiches de milanesas, charlamos un rato; cuando, en un momento, se acercó un oficial diciéndonos que había terminado la visita. Pasó todo muy rápido, tenía que volver de nuevo a esos malditos buzones. Le di un beso a mamá mientras le caían

unas pequeñas lágrimas de sus ojos. “Quédate tranquila que voy a estar bien, mamá”, le dije y la miré a mi señora que también lloraba. Le di un beso y mientras le secaba las lágrimas de sus ojos, le dije: “quédate tranquila, que ya volveremos a estar juntos y con nuestro bebé que llevás en tu panza. Las voy a llamar, váyanse tranquilas”. Al verlas cómo pasaban esas rejas de ese lugar, sus caras se le veían muy tristes; me di vuelta y de nuevo a esos malditos buzones. Le hice llegar comida a mi compañero y a algunos pibes que tenían hambre. Hasta que llegó el lunes: era el día que nos tenía que atender el jefe del penal, para subirnos a los pabellones. Nos sacaron a mi compañero y a mí, llevándonos hasta una leonera que estaba enfrente de Control. En unos segundos, se acercó un encargado, nos abrió la puerta y nos indicó que lo sigamos, que nos iba a atender el jefe; primero entró mi compañero y salió al toque. “Dos doce”, me dijo, entré y me miró el dueño del Bondi\*. Lo único que me dijo fue: “dos siete”, salí, lo miré a mi compañero, “dos siete”, “bueno”, me dijo, “Andrés, párate de manos, ¿sabés?”. Subimos por la escalera tres hasta llegar al segundo piso, abrieron una pequeña puerta verde, y tres encargados nos estaban esperando, más uno que nos había llevado, dos lo llevaron a mi compañero hasta el pabellón, los otros me llevaban a mí y, a la vez, iban murmurando: “a este no le doy ni cinco minutos”, llegamos hasta el pabellón, abrieron una puerta de chapa; la que daba a un pasillo. Después abrieron la reja del pabellón: al pasar, quedé parado en la puerta. Atrás mío escuché un ruido fuerte, era que me habían cerrado la reja, lo único que vi en la entrada fue a uno con un pasamontañas que le tapaba la cara, y al mirar para el fondo, vi banda de cabezas que se asomaron de la última celda. No sabía qué hacer y encaré para encontrarme de frente con esos pibes. Al llegar a la mitad del pabellón, un gordo me estrechó la mano, “¡hola, me llamo Pedro! Pero me dicen Cebolla”, y así saludé a siete más. Me llevaron hasta la última celda, yo miraba a mi alrededor, estaba asustado, no sabía qué me podía pasar, el único que me hablaba era el gordo, “dejá tus cosas a un costado”, me dijo, mientras los demás me miraban como sapo de otro pozo. Entramos a la cuarta celda, “acá vivo yo”, me dijo el gordo, mientras metía la mano debajo del colchón; sacando una planchuela, y a la vez me decía “ahora no tenemos mas pistola, ahora acá adentro estas son nuestras armas”, lo único que hice, fue mover mi cabeza, como diciéndole, –si, tenés razón –, “ahí está el baño, date una ducha”, “bueno, voy a sacar mis cosas para bañarme”, desaté mi mono, saqué las ojotas, toallón, y la ropa para cambiarme. Mientras me bañaba, quería escuchar lo que hablaban, pero no se escuchaba nada. Al salir, estaban todos dentro de la celda; esperando que yo salga, los miré y atiné a agarrar mi ropa para cambiarme. Cuando me estaba atando los cordones, levanté la vista, y vi como todas las miradas venían hacia mí,

eran por la ropa que me había puesto. Uno me dijo, “que buen conjunto que tenés”, “sí, ¿no? ¡Está bueno!”, le dije, luego escuché un grito, “¡José! ¡Vení, mirá!” Salí de la celda y vi al gordo mirando por una ventana que daba para la calle, me acerqué, y ese aire que me dio en la cara era hermoso, quedé tildado por unos segundos; al ver los autos, y las personas que pasaban, cuando me di vuelta, uno de conjunto negro que entró a la última celda con un secador en la mano, llamándolo al gordo. No pasaron ni cinco segundos, que me llamaron. Entré con miedo, estaban los dos sentados, el de conjunto me estrechó la mano, “¡hola, me llamo Omar!”, “¡hola, me llamo José!”. Le dije, lo miró al gordo, y le dijo: “acomodalos vos, es de tu barrio” y se reía, “bueno, agarrá tus cosas y vamos a la tercer celda”, dijo el Cebolla, entramos, y le dijo un pibe, “subí a la cama de arriba, ahí acomodate” me dijo, y se fue. Saqué mis sábanas, y mientras tendía mi cama, entró un pibe con una casaca de Quilmes, “¡Hola! ¿Vos ingresaste recién? ¿Cómo te llamás?”, “José ¿Y vos?”, “yo soy Germán, y esa cama que está allá es mía”, apuntándome a la derecha, “te dejo acomodar tranquilo, después hablamos”, “bueno” le dije, y seguí con mis cosas, miré a mi alrededor, y no me había dado cuenta de las caras de los demás pibes; sus rostros mostraban tristeza, los saludé y salí. Me dirigí hacia la entrada del pabellón, observando todo. No podía creer que estaba en una cárcel. Mientras caminaba se me acercó Germán y me preguntó: “¿De dónde eras, vos?”, “de Lomas”, le contesté, “sos un pibito, ya vas aprender las cosas de acá”, “¿Qué cosas?”, le pregunté, “¡Mirá! los que están en la celda con nosotros, son gatos, ¡no le pases cabida! somos ocho comiendo en la mesa, los demás comen aparte”. En ese instante se nos acercó un pibe, “él come con nosotros”, me dijo Germán, “me dicen Negrito, soy de La Rana de San Martín”, “yo soy de Lomas”, le dije, de pronto se escuchó un grito del fondo, “¡A comer!” y los tres encaramos. La mesa estaba servida, la comida estaba rica, Terminamos de comer, y un pibe empezó a levantar los platos. Después cada uno se fue por su lado, entré a la cuarta celda, donde estaba el Gordo y Omar, y me preguntaron: “¿Tus compañeros están en el dos doce?”, “sí, ellos están en la causa conmigo ¿Por qué?”, “no, te pregunto, porque el Diego, es el Gardelito, él estaba con nosotros acá antes de irse a la calle”, me dijo el cebolla, mientras Omar me miraba; pero sobrándome, yo me di cuenta que no le caía bien.

Así pasaron los días, hasta que llegó el sábado, tenía visita. La vi a mamá y a mi señora. Pasamos un lindo día, despedí a mis seres queridos y tenía que volver al pabellón. Subí por unas escaleras, hasta llegar a la puerta de chapa oxidada. Cuando entré, presentí algo; el panorama ya no era el mismo. Llegué hasta mi celda, saqué las cosas para comer, llevé todo para la mesa, y así llegaron los demás, dejando todo lo que traían,

yo los miraba, porque hasta las tarjetas para hablar con sus familias dejaban.

La comida no faltaba, todos los días, comíamos al mediodía, y a la tarde una picada, “a pesar que afuera había personas que no tenían para comer” decía por dentro mío. Todos los días era la misma rutina, hasta que un miércoles a la tarde, me encontraba hablando con mi familia, al terminar me di vuelta, vi salir a los pibes que vivían en mi celda, caminé hacia ahí, para ver qué pasaba, uno me dijo que no entre, “¿Por qué? ¿Qué pasa?” le dije, él no me respondió y siguió caminando. Entré igual, y vi a Omar con una planchuela en la mano en la puerta del baño, al verme se ríe, “¿Qué pasó?” pregunté, “¡Nada!” me respondió. Al instante, salió el Cebolla del baño, levantándose los pantalones con una mano y, en la otra, tenía una planchuela. Detrás de él, salió un pibe con los ojos llenos de lágrimas. Los seguí a los dos hasta la última celda; ellos, se reían, yo los miraba, por dentro tenía una impotencia, por no poder hacer nada. Pusieron música, y empezaron a entrar los demás, había porro, pastillas, merca; toda la droga, el humo era impresionante.

Estábamos todos sentados a lo largo de la cama, yo estaba a lo último, cuando de pronto, una planchuela chocó en mis pies, la miré y la agarré con mi mano derecha, todos estaban contentos “¡La levantó!” decían, “¡Bueno, vamos al Coliseo!” decía, Omar. Yo no entendía nada, los seguí hasta la ducha, el Negrito de La Rana tenía dos planchuelas, y decía, mientras me apuntaba con una, “¡Éste pelea conmigo!” y a la vez, el gordo me decía como tenía que usar la planchuela, mientras me acomodaba el poncho en la mano izquierda, no sabía nada yo. Empezamos a pelear, cuando de pronto, me dio un planazo en la cabeza, y a la vez se reía. Quedé ciego, empecé a tirarle fierrazos hasta que le di en el brazo derecho, y se metió el Cebolla diciendo: “¡Ya está! Estos se van a matar”, nos corrimos hacia un costado, mientras dos mas seguían peleando; el gordo me decía: “¡Así es! ¡Ya vas a aprender!”, era todo una diversión para él, yo estaba asustado al terminar, los otros nos fuimos todos a dormir. Las horas pasaron.....

Al levantarme, fui a desayunar al comedor, cuando de repente se escuchó un grito, “¡Todos adentro de la celda!”, yo seguí con mi desayuno, mientras tomaba el tercer mate, lo vi al gordo y a Omar, me quedaron mirando, y el Omar se me acercó y me dijo: “¿Vos por qué no te metés adentro?” me quedé mirándolo, y no le dije nada; parece que eso le molestó más, y me dijo: “¡Rescátate un fierro que vamos a pelear!”, “¡Bueno!” le dije. El Cebolla, cuando me vio que me acerqué hasta la ventana que daba a la redonda del pabellón, me llamó y me dijo: “yo te voy a pasar un fierro” sacó su planchuela y me la dio. Fuimos para el fondo,

agarré una manta para usar de poncho, y empezamos la pelea. Él logró lastimarme en la mano izquierda, y después en la derecha, y a la vez me decía: “¡Ahora te vas!”. Yo tenía unas ganas de salir corriendo, pero mi orgullo no me dejó. No sé de dónde saqué fuerzas, pero seguí la lucha hasta que el Cebolla se metió, y le dijo: “¡Ya está! ¿No ves que el guacho es chorro? está lleno de sangre, y no se quiere ir”, el Omar me miró bien y me dio la mano, “¡Bien, guacho, que te parás de mano!”. No entendía nada –Éste está re loco, me lastima, y ahora me dice bien –, eran las reglas de la cárcel, me acompañaron hasta la celda donde vivían ellos, y me curaron, con jabón, blanco y me pegaron con la gotita, todo había cambiado, ya me miraban diferente.

Pasaron los días, hasta que llegó el domingo, estábamos todos en la mesa. Cuando terminamos de comer, el Carucha arrancó unos porros y se levantó. El Cebolla estaba enojado “¡Éste es una rata, se guarda todo el porro!” y lo miró al Omar que se reía. Todos se levantaron de la mesa, el Cebolla corrió el banco, y le dijo al Omar: “¡Ahora lo echo!” el otro le contestó: “¡Hacé lo que quieras!”, lo seguí al gordo hasta la segunda celda. Cuando entré detrás de él, vi cuando le dio una puñalada trapazándole la pierna izquierda, la sangre no le paraba más, gritaba como un loco ese pibe, después lo vendaron con un pedazo de sábana, y como a las cinco de la mañana del lunes, la policía llamó al Carucha para comparecer, él le decía que no quería ir, pero como tenía que firmar un papel que se negaba, lo tenían que sacar si o sí. Lo sacaron, y no lo trajeron más, hasta que a las ocho de la mañana, cayó toda la gorra\*, nos llevaron a todos por una escalera hasta Control y nos dejaron arrodillados todo el día, mirado la pared.

Como a la seis de la tarde nos empezaron llamar uno por uno, para que nos atienda el jefe del penal. Entré y lo único que me dijo fue: “¡Vos vas al dos uno!”. Al subir a buscar mis cosas para cambiarme de pabellón, lo único que había mío era un bolso, y el resto de los demás. Levanté lo que pude, mientras un encargado me apuraba, agarré un par de cosas más, y me llevaron para el pabellón que me habían asignado. Al ingresar, me agarró mis cosas un pibe que estaba en la puerta, y a la vez me decía “yo te conozco”, mientras me llevaba hacia el fondo del lugar. Al llegar, dejó mis cosas a un costado y me dijo: “¿Cómo andás, José?”, quedé sorprendido, porque sabía mi nombre, “¡Todo bien! ¿Y vos? ¿De dónde sos?” le contesté, “yo soy del Faro, yo te conozco a vos, sos de La Loma”, asintiendo la cabeza se lo afirmé, “¡Bueno! ahora te vamos aco-  
modar”. Así saludé aun par de pibes, hasta que llegó un gordito de visita, que me miro con cara de –te perdono la vida –, y me dijo: “me dicen Rottweiler” y a la vez me preguntaba, “¿Vos eras rancho de Omar?” “sí”

le dije. Yo notaba que mi aspecto no le gustaba, “¡Bueno! ahora te vamos acomodar en una celda”, me dijo el gordito. Gaby, le contestó “¡Yo lo voy acomodar, es de mi barrio”. Las caras de los demás no eran las mismas, ya que al pibe no lo querían por rebelde. Agarré mis cosas y lo seguí hasta la primera celda, “esa cama que está ahí, es donde descanso yo” me decía mientras apuntaba con el dedo hacia la derecha, “y esta que está a tu izquierda, es en la que vas a descansar vos”. Empecé a desatar mi mono para sacar las sábanas y tender mi cama, al terminar de acomodar mis cosas, me dí un baño, y al salir hacia fuera, Había una reja que daba a un pasillo que se llamaba pasarela; quedaba al frente de las cuatro celdas del pabellón, ahí se encontraba Gaby esperándome con unos mates, para chamuyar un poco sobre el barrio, y como me conocía, “¿Vos no te acordás de mí?”, no le contesté, “yo iba siempre a los videos de Morrón del Faro, ahí te veía” “pero no me acuerdo de vos”, le contesté, “¿Pero te acordás de los videos que te digo?” “¡Si que me acuerdo! ¿Cómo no voy a saber? ¡Si me cría ahí, que ricos sándwiches de milanesa que vendían”, “y de mi compañero, ¿Tampoco te acordás?”, “¿Sabés que no?”, le dije nuevamente, “¡Bueno, mirá José! este pabellón está tranquilo, nada que ver al que estabas vos, pero a veces se las mandan” “¿Quién se las manda?” le dije, “¡El gordito ese, que te saludó, antes era gato del Omar, y ahora que está de limpieza en este pabellón, se hace el piola con los pibes que recién vienen en cana”.

Al otro día ingresó un pibe, y quienes se creían los dueños del pabellón, lo llevaron hasta la última celda, le sacaron todo lo que tenía en el mono, y solo le dejaron una manta y tres prendas de ropa. Después lo metieron en la ducha para que se bañe con agua fría. Todos lo miraban como ese pobre pibe, se cagaban de frío y se reían. Pasaron unas horas y le dijeron que se vaya a cambiar. Así pasaron los días, pibes que llegaban y se iban, algunos se quedaban, era verdad, el pabellón aparentaba ser tranquilo.

Un día miércoles, como a las seis de la tarde, se acercó un encargado llamándome por mi apellido, me acerqué preguntándole “¿Qué pasó encargado?”, “Te vas de traslado, prepará tus cosas que ahora te sacamos”, me contestó, “¿No sabe dónde me llevan?” “no” me respondió. “¿Qué pasó?” me preguntó Gaby, “¡Nada! me sacan de traslado”, “¡Uh! ¡Mal ahí amigo! Pero bueno, esto es así, hoy estamos acá y mañana no sabemos, vamos que te ayudo, a hacer tu mono”. Tiramos una manta grande en el piso, para poner mis cosas, y al terminar lo arrastramos hasta la puerta de entrada. Me despedí de todos, agarré mis cosas y las cargué al hombro. Salí por la puerta de entrada junto a dos encargados que me habían abierto la reja. Bajamos por una escalera, que daba direc-

to a Control, me metieron a una leonera donde había un par de pibes, en un momento les pregunté: “a ustedes... ¿Dónde los llevan?” Algunos me decían, para Sierra, Junín, Varela, “¿Y a vos dónde te llevan?”, “¡No sé! No me dijeron. Ahora cuando se acerque un encargado le pregunto, porque los que me trajeron de los pisos no sabían nada”. De pronto se acercaron tres encargados, con un montón de esposas y uno de ellos con un par de papeles. Nos empezaron a llamar por nuestros apellidos, al escuchar el mío, cuando salí, le pregunté “¿A qué penal me llevan?” “¡Vos vas para la veintitrés de Florencio Varela!” me contestó. Nos esposaron con las manos hacia adelante, nos hicieron agarrar nuestros monos y abrieron una puerta verde pequeña, haciéndonos salir por la misma, por un túnel inclinado hacia arriba, que cada vez que nos acercábamos hacia la superficie, se veía mas la luz del día, era hermoso. Llegamos hasta la puerta verde de la entrada de Olmos. Nos abrieron el portón y cruzamos el mismo hasta llegar al camión de traslado. Nos hicieron llevar nuestros monos hasta la parte trasera del mismo. Abrieron una puerta, subieron mis cosas, y me subieron esposándome las manos entre las piernas a un fierro que estaba en el asiento. Llenaron el camión, el olor a cigarro te reventaba la cabeza.

Al llegar a la veintitrés, me bajaron y a la vez, bajaron cuatros más. Sacaron nuestras pertenencias, y cada uno tomó sus cosas, cargándolas en su hombro, nos hicieron pasar por un portón grande, pero solo abrieron una puerta del costado, donde pasaba el mono y nada más. Caminamos un largo trecho hasta llegar a Control, donde nos iba a atender el jefe del penal. Nos dejaron un rato en la leonera, pero como el jefe no nos iba a atender, nos llevaron al pabellón dos, que era buzones. Nos iban a dejar ahí hasta que nos atendiera el dueño del circo.

Al otro día se me acercó un pibe con el que nos conocíamos de la calle, “¡Ahora te voy a pedir!” me dijo, “¡Bueno!” le contesté. A las tres horas me llamaron a audiencia, el jefe del penal me dijo, “¡Ahí vino Araujo a pedirte! ¿Lo conocés?”, “¡Si!” le respondí, “bueno, ahora a la tarde te subo”. Me llevaron de nuevo a los buzones, al llegar la tarde me hicieron preparar mis cosas, para llevarme al pabellón cuatro. Ingresé al pabellón, y a medida que pasaban los días, me di cuenta como los mismos internos llevan adelante un taller literario, y hoy me encuentro con ellos haciendo obras de teatro, escribiendo en la editorial, y aprendiendo a dibujar, también escribimos una reflexión para el “Instituto de menores de Lomas de Zamora” para inculcarles a los jóvenes, que la cárcel no es vida, la vida está con nuestras familias.

*“Le doy gracias a la lectura, que me ayudó mucho a pensar en lo que quiero de mi vida; que es ser libre y estar con mis seres queridos”.*

## MÁS ALLÁ DE TUS OJOS

Por *Jorge González Jiménez*

Veo como pasa todo muy lento, me traspiran las manos y el frío es intenso. Me toca la hora de ir para los penales. Ya, el Instituto de Menores me había dado un boleo, por mi edad e insoportable. Los pibes y compañeros me comentaron, más o menos, cómo manejarme ahí adentro y también me explicaron –tocando de oído– que en los penales, no era lo mismo que en los Institutos. Para mí, en ese entonces, era como una andanza más. Pero al llegar al penal, me di cuenta que todo era muy diferente.

Al llegar a la unidad 2 de Sierra Chica, mi forma de pensar cambió por completo. Tan sólo con ver una ambulancia en la entrada –llevando a un tipo con varias puñaladas en su cuerpo y tiros en las piernas–, sentía que se me acababa todo, mi cabeza carburaba a mil y no dejaba de pensar, mientras veía al futuro repetir el pasado; pero volví a la realidad cuando escuché a uno de los policías decir: “¡qué negros de mierda!”. Sorprendido por lo que mis ojos veían, traté de disimular para que mis temores no se demuestren ante los que me rodeaban. Agarré mis pertenencias y las arrastré hasta la entrada del penal. A mí alrededor, sólo veía campo, donde nadie te podría salvar, y no quedaba otra, que pensar que estaba en cana. Se me acercó unos de los del Servicio Penitenciario y me dijo con pocas palabras:

– Acompáñame, pibe. Agarrá tu mono y seguime –, lo miré y le respondí:

– Pitu me llamo –, el encargado me observó y largó una sonrisa de picardía, sin insinuar ninguna palabra.

Llegamos al pabellón, que tenía varias celdas a lo largo de un pasillo central y me pidió que lo aguarde en ese lugar; yo sabía que por contestador, podría a llegar a cobrar...pero bueno, es parte de la cárcel: el respeto. Y si no te cuidas, nadie lo va a hacer por vos. Al instante se me acercó aquel encargado con dos más, y me preguntó:

– Che, pendejo de mierda ¿cómo era tu nombre?–, lo miré y le dije:

– ¡Qué pelotudo!, a mí respetame, que yo no me caso con nadie.

Se me tiró encima y empezamos a forcejear, y cuando ellos veían que me resistía, con las esposas en las manos e indefenso, me dieron una

paliza entre los tres, que cuando dejaron de pegarme, me arrastraron hasta el fondo del pabellón, hacía la ducha. Yo, escupía sus rostros. Me tiraron bajo el agua helada; encima, recuerdo que aquel crudo invierno, el frío te quebraba los huesos. Al terminar de recibirme, en la unidad, me dijeron:

– acá tenés que respetar a los grandes, ¿sabés, pelotudito? Mirá que no estás más en un jardín de infantes.

Al terminar de escuchar esas palabras, me tiraron dentro de un calabozo, a colchón pelado. Cerraron unas rejas y, por último, una puerta ancha de madera, donde, con tan solo gritar, parecía que nadie te escuchaba. Empecé a saltar y a hacer ejercicios, como para calmar el frío que tenía, pero no dio resultado; hasta que rompí el colchón de estopa y me acosté dentro de él. A mi cuerpo no lo sentía de la paliza que me dieron...y bueno, no me quedó otra que esperar, todo me parecía una mierda; hasta el lugar en donde me tenían alojado, los buzones\*, lugar similar a una cueva de dos por tres, y muy parecido a un nicho... estaba muerto en vida y mi mente carburaba a pleno.

En las primeras horas de la mañana siguiente, se me acercó un oficial a pasar el examen Físico–Corporal y en su rostro tenía esa mirada, de que nada podía hacer por mí y se retiró. Yo, al ver que nadie se preocupaba por mí, todo golpeado y sin ropa, me arrojé sobresaltado de mi cama y empecé a golpear la puerta desesperadamente. Al hacer tanto alboroto, se abrió nuevamente, y vi a un tipo con varias estrellas en su pecho, que mandó a su subordinado a buscar mi ropa; luego comenzó a hablarme para que me tranquilice, y que al instante me iba hacer atender para que me den una solución. Lo quedé mirando y se retiró con un suspiro por lo bajo.

Todavía no entendía cómo me podían tratar así, con tan sólo dieciocho años.

Pasaban las horas, y yo sin recibir ninguna respuesta, hasta que vino el desayuno y fue ahí que se me acercó un pibe y me ofreció mate cocido caliente dentro de una botella de plástico, y me advirtió que no tenía azúcar. Yo sabía que en el penal había un par de hombres grandes que conocía del barrio, pero no contaba con ellos...capaz que iba a quedar como un boludo al saludarlos y que me pregunten quién era, así que decidí no molestar a nadie; tomé ese horrible mate cocido amargo y se abrió otra vez la puerta, para sacar los candados de las celdas. Luego me pidieron que los acompañe. Fuimos hasta una oficina y los aguardé ahí, pasaron unos en segundos, me volvieron a llamar, después nos dirigimos

hasta donde atendía el jefe del penal —el dueño del circo—. Al mirarme me preguntó algunos datos: de dónde venía y si conocía a alguien de los internos que se encontraban en los pabellones; le respondí que sí, y me dijo:

— tengo pabellones de población y hermanitos —, (que serían los evangelistas); entonces opté por el de población, por que no daba para orar las veinticuatro horas. Con pocas palabras me advirtió: — Mirá que en los pabellones de tránsito que tengo, están dando puñaladas a cualquiera, ¿Eh...? y si no conocés a nadie, sos pollo.

Lo quedé mirando a los ojos y le dije:

— dame un pabellón, que no quiero saber nada con ese nicho en el que me tenés.

Mi locura, mi miedo estaban aumentando aún más, pero a la vez, estaba enojado por la paliza de bienvenida que me habían dado. El director me dio el ok y volví de nuevo a los buzones. Al encerrarme en la celda, uno de los encargados me pidió que no haga alboroto, que en unas horas, me subían para el pabellón. Se retiró y quedé en espera. En una de esas me subí arriba de la pileta del baño y empecé a escuchar las charlas que venían desde los ventilúz y empecé a llamar:

— Eh, flaco... el que habla, hey — y me responden:

— ¿Vos quién sos? —, era como si estuviera hablando por teléfono, pero en este caso, lo era todo por un ventilúz.

— Yo soy El Chuzzo de Tigre —. Después de presentarse empezamos a preguntarnos un par de cosas y me contestó:

— ¿A dónde te suben, Pitu?

— Para los pabellones de población —. Y le respondí que me subían esa misma tarde.

Me dijo que él estaba de limpieza en el pabellón número 6, que llevaba la política del pabellón y que todos lo respetaban en ese lugar, y hablando me di cuenta que estaba castigado por el incidente ese que vi cuando ingresé, aquel del hombre casi vivo que salía en manta para el hospital de la ciudad. Le comenté que era la primera vez que estaba en un penal y me sugirió:

— Mirá Pitu: vos parate de manos apenas ingresás, y si se equivocan con vos, agarrá un palo de escoba y ponerle una faca en la punta y empezá a darle lanzazos a todos; que la gorra te rescata.

Quedé sorprendido por lo que me decía y me di cuenta, que sí... era cómo lo sabía del principio: que en la cárcel todo vale y no hay nadie que pague por sus muertes. Hasta el jefe del penal me había atendido con mucha tranquilidad después de que ese hombre salió muerto en una manta del penal; me puse en la cabeza lo que me dijo El Chuzzo, y que no me iba a dejar matar porque sí. Agarré fuerzas por tantas injusticias y empecé a molestar para que me suban. Al escuchar mis alborotos, vinieron por mí, diciéndome tantas barbaridades sobre mi próximo destino: “El pabellón”.

Al salir de los buzones sentí todo tan raro; veía los pabellones a mí alrededor, en forma de herradura y con las entradas tal cual como las de un nicho abandonado, con rejas oxidadas y las imperfecciones que te puedas imaginar. Caminaba frente a ellas como si me estuvieran llamando. Mis piernas se debilitaban con el peso de las pertenencias sobre mis hombros, envueltas en una manta de dos plazas. Se me hacía eterno. Hasta que por fin llegué. Sentía como ese aire –el que sentís pesado – le ponía presión al clima dentro.

Sabía que se me podía venir lo peor de movida, pero ahí estaba... como haciéndole frente a La Muerte que rondaba por esos suburbios de tierra ganada. Se me acercó uno a la reja y antes de entrar, me hizo algunas preguntas; le respondí todas mirándolo fijo a los ojos, donde reinaba la maldad y el rencor, con esa mirada de falsedad y traición. Al ingresar, fue cómo que estaba escarbando mi propio pozo con mis pesados pasos, hacia una larga calle con celdas enfrentadas, y rostros que se reflejaban por los espejos que se asomaron por una parte de la puerta, que deja espacio para pasarnos la comida, o hablar con el del frente, apodada “pasa platos”.

No había nadie con quién hablar. La celda estaba vacía, con una mugre impresionante. Se me acercó uno por el pasa platos y le pedí una escoba. Él me miró fijamente y largó una sonrisa pícara, después me dijo: “ahí te la paso, enano”. Me puse a acomodar las cosas, al momento que me di vuelta y vi a otro personaje, mirando lo que hacía. “Me muero, ésta mierda de cárcel me realejó de ustedes, familia. Yo no voy a estar mucho tiempo acá. Me pago la re vuelta”, dije con voz sobresaltada y sabiendo que estaba ese pibe ahí, observándome y escuchando. Me di vuelta y me preguntó:

– ¿De dónde sos, enano?–. Yo, zarpado de escuchar las mismas preguntas, le contesté:

– Pitu, me llamo –, acercándome a la puerta.

En eso, él giró y se levantó cómo que algo me quería decir, pero no le entendía, y sí...era un gato de los pibes que, al sacarme informaciones y cómo se las respondía, me cabía, ¿entendés?, y como volvió aquel tipo al que le pedí la escoba, le di las gracias y se quedó a conversar mientras yo limpiaba; pero era más para ver mis pertenencias que otra cosa, era todo falsedad. Le pregunté si lo conocía al Chuzzo, él, con pocas palabras y mirándome serio, dijo: “es mi compañero, ¿De dónde lo conocés?” Le conté que yo hice una pequeña amistad en los buzones, antes de subir al pabellón. Empezamos a tener otra manera de hablarnos, se levantó y me trajo un ladrillo calado con una resistencia y una pava, para que al terminar de acomodarme, lo usemos para tomar unos mates. Acepté, pero con una propuesta: que yo los hacía, por temor a que le ponga pastillas o algo como para que me llegue a quedar dormido y así sacarme las cosas, pero le tenía que seguir el juego. Por el momento, era como en el Instituto al recibir a un ingreso, así que sus trampas no podían derrotarme, porque yo, también las hacía.

Se presentó con un estrechón de manos diciéndome:

– Mi nombre es Pelotín, y acá está todo para la mierda y vos subís de Menores, así que ya entendés algo de esto. ¿Así que sos amigo de mi compañero?, entonces, todo piola conmigo, ¿Sabés? Ahora en un rato viene el patio, bajamos y chamuyamos mejor. ¿Querés Pitu? Acomodáte tranquilo.

Llegó la hora del patio, mis pulsaciones eran diferentes, cambiaron en segundos, Pelotín me dijo que no me preocupara, que él me acompañaba para poder conversar un poco más, y de cómo era todo en la cárcel.

Llevaba varios años preso. Mi mente me engañaba al pensar tantas cosas, que podrían pasar en ese instante; pero con mi fe, enfrentaba al temor, y también, con la seguridad de mi bombilla afilada en la punta: la que en instantes, hice contra el piso de cemento para cuidarme de todo atentado que quisieran hacerme.

Al bajar al patio de recreación, vi como me rodeaba un mundo de gente, eran pandillas entre grupos de pibes, por varios lados y por otros, algunos haciendo deporte –cómo para cambiar el aire –, que costaba respirar por la tensión que brindaba el pabellón en el que nos encontrábamos. Sus miradas eran como que todos desconfiaban de todos y no muy normales a las que estaba acostumbrado a ver; entonces, me preparé para cualquier cosa, era como que todos querían adueñarse hasta de sus propias almas, habiendo mantas colgadas por inseparables lados y algunos desenterrando varios calibres de metal sobre la tierra. Me sentía

tranquilo al caminar con Pelotín. Todos lo saludaban y algunos lo invitaban a tomar mate, pero él negó todo seriamente y sin demostrarle amabilidad, que le ofrecían como si fueran menores a él. Sobrándolos con su mirada, les sacaba manos por lo bajo, para que yo me diera cuenta de quién era quién.

Al pasar las horas, entre las que nos daban de recreo, vi cómo en el fondo del patio, a un ingreso como yo (nuevo en el pabellón), le estaban sacando sus zapatillas y también trataban de robarle un conjunto de gimnasia, dándole una puñalada en el pecho por querer resistirse; mientras que uno de ellos, tenía una planchuela considerable de un metro veinte, con la que logró cumplir su objetivo, cagándose de risa caminaban con sus fierros en las manos como si nada pasara; porque el Servicio Penitenciario no daba la menor importancia o pelota a lo que dejaban de hacer. Igualmente, ellos, su parte se llevaban, así que se valía todo...; el muchacho, despojado de sus pertenencias, al ver cómo se iban burlándose de su cobardía, corrió hacia la reja de entrada del patio logrando que lo saquen. Lamentablemente descalzo y casi desnudo, “eso es costumbre de los patios de la cárcel”, me dijo Pelotín. En ese instante vi a un encargado haciendo sonar, de punta apunta, los barrotes de la reja de entrada con un candado; y toda la población empezó a las puteadas. “Terminó el patio”, me explicó Pelotín.

Empezaron a nombrar cada una de las celdas y varios de los internos entraban hacia el pabellón.

Estando en mi celda, se me acercó Pelotín a visitarme. Estuvimos hablando unos minutos y me dijo que me fijara cómo es la regla de la cárcel. No entendí lo qué me quiso decir. Se levantó y se fue, y en segundos vi a varios que estaban afuera en el pasillo “como mantenimiento” pasar con lanzas y facas a dos celdas de la mía. Saqué mi espejo por el pasa plato y ahí me di cuenta lo qué me quiso dar a entender, cuando le empezaron a dar lanzazos por el pasa plato al que había cometido el robo en el patio y Pelotín y dos más, rompiendo el candado con los fierros hasta que lo pudieron abrir a golpes y se metieron dentro. Estuvieron dos segundos, hasta que salió uno corriendo para la reja de adelante del pabellón, agarrándose la panza y con sangre por el cuerpo, hasta su cabeza tenía rota, diciéndole: “bigote, te dijimos que acá robamos nosotros a punta de faca. Dale, corré, puto, corré”. Al terminar de escuchar eso, pasaron al instante, a la otra calle, justo en frente de mi celda; fue ahí que logré ver cómo se retorció en el piso el otro interno, con varias puñaladas en su cuerpo. Los fajineros venían con una manta enorme. Lo pusieron encima de ella y se lo llevaron para adelante, uno de ellos limpiaba la sangre que había perdido ese pibe casi muerto, para que no queden evi-

dencias y, otros, pasaban con varios bolsos y electrodomésticos hacia sus celdas, eso me dio un poco de temor; al ver lo que mis ojos veían, me acosté en la cama a pensar en mi familia, rogando que no me llegara a pasar nada en ese entonces, por ser nuevo en el lugar o barrio, cómo lo solemos llamar acá, en la jerga tumbera. Llegaron los encargados tirando tiros hacia el pabellón para que ingresen a sus celdas, reprimiendo a los pibes que estaban afuera. Hicieron un cuerpo médico para ver si estaban lastimados y, como ninguno de ellos, tenía nada, se retiraron y los dejaron libres otra vez, como fieras de la selva buscando su presa para lastimar y adueñarse de cada una de sus vidas, ya que no median las consecuencias de lastimar a gente como uno. Se cagaban de risa y andaban cómo si nada y Pelotín gritando: “¡Acá, en el pabellón, nosotros estamos de limpieza y decidimos quien roba y quien no, yo soy vago con los vagos y los giles son giles acá, así que suave con los nervios que todos buenos no son, no se coman el abuso eh... por que hay puñaladas para todos!” al terminar sus palabras se me acercó uno de ellos y se presentó “mi nombre es Serpiente, si acá no te paras de mano te vas a tener que ir ¿Entendiste?” lo miré fijamente y vi como el mismismo se dejaba poseer por el diablo al notarlo sobresaltado y su rostro lleno de marcas y sin un ojo, salte de la cama y me dirigí hacia la puerta diciéndole “¿Vos que te pensás? ¿Que yo soy un bigote? y si me querés probar, rompe que yo salgo, ¡gato de mierda!, ¡corta mambo!”. No le terminé de decir, que Pelotín llegó a escuchar la discusión. Le dijo un par de cosas zarpadas, que lo dejó sin palabras, y me dijo "Pitu salí que yo estoy con vos; yo tengo una faca para pasarte,” “bueno, dale” le contesté. Pero mis nervios me jugaban en contra, al saber que podía ser el próximo en salir del pabellón, apuñalado por varias partes de mi cuerpo –como lo solían hacer con los demás –. Preparándome para salir, empecé a romper la puerta con un pedazo de ladrillo que me habían pasado para calentar el agua. Hasta que se descubrió una parte de la puerta, mientras Pelotín me esperaba enfrente, con una considerable planchuela y empuñada con trapo en la agarradera; mi bombilla afilada nunca me dejaba a un lado, es que siempre la tenía encima por cualquier cosa. Salí junto con Pelotín, me pidió que lo acompañe y fuimos hasta el fondo del pabellón. Fue ahí cuando el camino se hizo eterno, y cada paso que daba, tal vez me dirigía hacia el fin de mi vida, al ver a esos muchachos, con esos rostros llenos de cicatrices, y esas miradas agudas con sus cejas fruncidas, serios llenos de rencor, los noté tranquilos, como si nada pasara, pero el aire me jugaba en contra, es que cada vez se me hacía pesado, llegamos hasta el fondo del pabellón ahí estaban los demás, Serpiente tenía el mismo calibre que el mío, y frente a frente, nos encontrábamos, me tenía que hacer respetar a un que sea menor que ellos, Pelotín me pasó su poncho pampeano y

susurrando me dijo: “¡Tírale a la cara y el pecho, cara y pecho acordate... vos cubrite la cara levantando la manta , que nada te tiene que pasar, pelea tranquilo que yo estoy con vos, ¿Si Pitu?” mis piernas se debilitaban y mis parpados me pesaban, pero mi mirada nunca la saque de el y fijo a los ojos empezamos a pelear, el movía su charrasca para ambos lados y se movía tal cual, como un escarabajo al ir y venir en segundos hacia el mismo lugar, me arrojaba el peso de su planchuela varias veces sobre mi brazo al cubrirme la cabeza, yo, no sabía como empezar todavía como podía entrarle , fue ahí que empecé a copiarle los pasos y lo seguía con el poncho enroscado en mi brazo derecho ala altura de mi cara, solo se me descubría los ojos, con mi faca apoyada sobre ella, apuntándolo fijamente mi tiro tenía que ser certero, para que sepa que no era ningún salame; y fue así cuando Serpiente me dio una puñalada en mi pierna izquierda al notarla descubierta, pararon la pelea, y Pelotín me pedía que siga y así fue, por segundos empezamos de vuelta, y ahí veía como esa faca venía hacia mí nuevamente, opté por tirar al mismo tiempo que el y logré dársela en su hombro casi pecho en el que faltaba el ojo, perdió su picardía, y le entro en su cuerpo al enterrársela de lado a lado, se paró la pelea nuevamente, al quedar fuera de combate, es ahí en el que largue el suspiro profundo, que dejé de respirar apenas empecé a pelear ya casi mi pierna no la sentía, sentía como la sangre espesa y caliente brotaba de esa herida manchando mi piel . Se me acercó Pelotín y me puso una tira de sabana en la pierna, para cortar la circulación de la sangre, me invitó a tomar asiento fue ahí cuando me pidió el poncho y la faca y lo invitó a pelear a uno de ellos , veía como se enfrentaban dos titanes jugando con sus vidas y tirándose puñaladas con su debido tiempo respetando los fierros que te podían a llegar a quitar la vida en segundos, después de veinte minutos pararon la pelea los pibes. Su contrincante apodado “loquillo” termino con una puñalada en su brazo derecho, al llegar a un crucé , Pelotín solo quedo con rayones en la panza y en su cara, mi pierna se estaba enfriando y perdía su fuerza, hasta que el me ayudo volver a mí celda después de que quede todo con moderación, y nos podemos ir tranquilos, sin que nadie nos llegue hacer un atentado por la espalda, sabía que no era una hazaña, ni tampoco un juego, tenía que defenderme, pero mas tranquilo estaba al saber que tenía un amigo, que si él o yo peleábamos, tenía que estar a la par, como se dice acá en la cárcel “ya era mi ñery”.

Unos días después, subió al pabellón el Chuzzo, lo recibieron todos con abrazos, y falsedad como solían ser ellos. Se me acercó a mi pasa plato “¡Eh Pitu bien ahí que estas bien eh!... y me enteré que hiciste tu presentación ya, bien” nos quedamos charlando y se acercó Serpiente y me dijo: “¡Bien ahí Pitu! así nos conocemos los vagos y de mi parte la

mejor, pero... vos no te tenés que poner nervioso cuando estas frente a un pibe cuando peleas, sabes, como lo hiciste conmigo” largando una sonrisa subestimadora...

“mira serpiente yo en ningún momento me puse nervioso, respetaba mis tiempos y mi tiro tenia que ser certero”, mentí... pero mis palabras tenían que demostrar lo contrario, “¡Bien ahí Pitu! así que sos amigo de los pibes”, de los pibes no, le respondí: “del chuzo y del Pelotín”

“entonces esta todo piola conmigo, cualquier cosa avísame”,... listo... conteste y se retira.

Pasando ese día con ellos, bajamos al patio esa misma tarde y explicándome un par de cosas o travesuras que no me quedaban en claro pero tenia que saberlas, mas por los códigos tumberos, Pelotín y su compañero el chuzo, eran respetados y es mas cuando querían se mandaban sus travesuras, de robar a los pibes, de andar paliando con algunos de los demás internos de la cárcel, y yo ahí a la par de ellos, hasta que era uno mas del montón y esta vez sin piedad ni temor era como si estaba protegido a la vez pero en el sentido que contaba con ellos para lo que sea.

Fue cuando ahí empecé a conocer los rigores de la cárcel en verdad. Para mí era una hazaña pero, a la vez, perdía mis días alejado de mi familia, sin saber nada de ellos rompiendo mi vínculo familiar.

Al día siguiente, un sábado muy frío que te congelaba los huesos, la neblina se ocupaba de cubrir el pasillo del pabellón y la muerte conquistaba cada parte, deslizándose con el azar de cada una de las almas y sedienta de sangre; cuando se presentaba esa sombra espeluznante por los suburbios del barrio, sabía que algo pasaría...y así fue. Después de que los encargados terminaron de cumplir con sus deberes de cada mañana, pasando lista a los internos, la misma que también pasaban tarde y noche, torturándome al tener que levantarme y poner la mano en el pasa platos, en instantes sucedió lo que pensaba: largaron a los dinosaurios. Los apodé de esa manera al darme cuenta que se comían entre ellos. Se me acerca el Chuzo a mi celda, como lo solía hacer seguido, acompañado por Pelotín, su mano derecha. Pasando unas horas después de desayunar juntos, opté por acomodar mi celda. Antes del la hora de patio, se me acercó Serpiente con saludos a los pibes y se atrevió a pedirme las zapatillas para poder bajar a visita después de fingirme una amistad, con falsedad. Lo pensé y reaccioné con una buena actitud y se las presté, sabiendo que cometía un gran error, pero a la vez, confiado por el respeto que simulaba fingir con pocas palabras. Se retiró diciéndome: “hoy somos nosotros amigo”, dándome a entender que me

brindaría comidas y “alegría” (marihuana y pastillas) que era algo normal de consumir en la cárcel.

Maté las horas ordenando y lavando algunas cosas que tenía pendientes, escuchando esa música pordiosera a todo volumen, con sonidos de guitarras desde el fondo del pabellón, esos temas santafecinos que traían recuerdos de esos momentos de felicidad con algunas noviecitas o traidoras; pero... estaban buenas las letras. Entre los sonidos, se escuchan palmas y algunos gritos con doble intención en el idioma tumbero..., provocadores de conflictos y que por lo bajo terminaban insultándose entre ellos. Pelotín se me acercó con un televisor de 14” ofreciéndome lo para poder despabilarme del encierro, que era absolutamente denso. Al prestármela, de inmediato empecé a palanquear esa parte de puerta que había roto para salir afuera de la celda en aquel primer conflicto de bienvenida. Hicimos lo imposible para pasarla de afuera para adentro, hasta que Pelotín tuvo la decisión al desarmarla, y fue ahí cuando obtuve el honor de recibirla. Mientras la acomodaba en la mesa con la antena Pelotín me preguntó por mis zapatillas, porque me vio con otro par que todavía no las había lucido en el pabellón.

– Se las preste a serpiente – contesté.

Noté que su cara cambió por completo y no era la misma. Pero de inmediato Me di cuenta que algo veía venir. Pelotín se retiró de la puerta y yo quedé pensando, logré sintonizar los canales del televisor cuando saqué la antena por la ventana que daba hacia el patio. En eso se me acercó el Chuzzo, diciéndome:

– Vos sabías que te regalaste. No Pitu, cómo puede ser.

– ¿Por qué? – fue mi pregunta haciéndome el desentendido.

– Serpiente es tumbero y no quedó conforme de la puñalada que le diste. Compañero, empuñá los fierros que este gil se va a querer hacer el vivo en pedo de pastillas.

Pelotín se retiró y el Chuzzo me pide que me tranquilice, que estaba todo tomado ya

No me preocupé, pero a la vez me quería matar, sabiendo que sus pensamientos no eran diferentes a los míos; y fue así, en el que Serpiente llegó de visita y no me trajo nada para comer, ni siquiera un pan, como dándome las gracias, es más, la estaba haciendo re larga con su actitud en devolverme las zapatillas. No le interrumpí su gira y esperé que me las devuelva, sin decírselo ni apurarlo.

Terminó unos de los temas del famoso Banana Macheroni (Los del Fuego) y escuché por lo lejos una discusión, y por la voz me di cuenta que era familiar...y sí...ahí estaban Serpiente y el Chuzzo enfrentándose con sus facas en mano, agitándolas para ambos lados, entre insultos y con algunos de los demás pibes a su alrededor, queriéndolos separar para evitar el problema, pero era imposible que entre ellos quede todo en la nada, más, después de presentarse sus facas, ya que Serpiente estaba drogado y hacía que sus nervios sean el doble al creer que era superior a los demás.

Sabía que podía pasar lo peor entre dos grandes titanes, pero nadie conseguía frenar esa pelea, entre tanto alborotos y discusiones. Era algo en contra del mogolico e incompetente de Serpiente; fue ahí que salí nuevamente para el pasillo, hasta llegar hasta el fondo del pabellón; todo estaba en silencio, la tensión era impresionante y más...al ver que era por mi culpa. Sólo se escuchaba la música a todo volumen y los chillidos de esas planchuelas al rasparse el en piso, para darle menos oportunidad al contrincante de seguir viviendo.

Tenía que hacer algo, para impedir que lastimen a Chuzzo, pero él me pedía que no me meta...Esperamos unos segundos hasta que ahí estaban, frente a frente, mientras el Diablo y la Muerte esperaban su turno para llevarse esa alma que tenía que caer, como cae el sudor de uno mismo, al saber que podría llegar su hora... Empezó el gran combate, veía cómo cada puñalada, rozaba partes de sus cuerpos, pero eran inalcanzables al protegerse con sus mantas, las que usaban a modo de escudo y desviaban cada una de ellas, hasta que Serpiente frenó la pelea...; ninguno de nosotros, entendíamos la razón... y fue ahí que arrojaron sus ponchos pampeanos y siguieron la pelea nuevamente, tal cual como dos gauchos, hombres de campo...

Pero, en un mal cruce, cae Chuzzo, por culpa de una puñalada en su hombro...de repente veo que a Pelotín lo abraza un tipo de atrás y otro de los costados hasta meterlo adentro de una celda. Y a mí me dan un fuerte golpe en la cabeza de descuido, y caigo desplomado en el piso, escuchaba como todo aquel desdoro de gritos y tiros diciendo "¡a las celdas a las celdas!" y me desvanecí por completo.

Al despertar, me encontraba entre varios encargados del servicio dándome una fuerte paliza. Luego fui llevado a los buzones donde me encerraron. A lo lejos lo escuchaba al Chuzzo gritar desesperadamente para que paren de pegarle, le habían pegado palazos en la planta de los pies hasta que quedaron completamente morados e hinchados. Pelotín quedó con su brazo derecho fracturado, sin atención médica, hasta que

pudo acomodárselo. Yo rogaba que no vinieran por mí otra vez, es un infierno la cárcel y más ese penal. Era injusto como me trataban, a los inocentes, les daban las mismas palizas como si hubiesen sido los responsables de los problemas. No nos dieron la oportunidad como para poder explicar lo ocurrido.

Al atardecer, trajeron un mate cocido hervido y sin azúcar, era mas para tranquilizar el estomago que una merienda. Al igual que la comida, unas papas mal cocinadas, unas rodajas de zanahorias y un líquido asqueroso, acompañado de un enorme hueso de osobuco con el tres por ciento de carne. Era absolutamente incomible, pero bueno no había que bajar los brazos. Pasé así quince días de castigo, hasta que una tarde, llegó mi traslado para bahía blanca, otra cárcel de máxima seguridad y yo, sin ropas, ni abrigo y encima lastimado. Al recibir esa noticia, perdí toda esperanza de ver a mi familia “cada vez mas lejos” pensaba por lo bajo mientras caminaba hacia el camión.

Durante el viaje, uno de los pibes que estaba en el fondo, logró sacarse las esposas, al instante escuché el grito de un pibe, pidiendo justicia por el robo de sus zapatillas, y el fuerte marrocazo en la cabeza que le había dado el agresor. Sin prestarle atención a los problemas, respiré profundo, y mantuve mis nervios hasta que ingresaron los de la comisión arrojando gas pimienta para todos lados, mientras lo sacaban al alborotador.

Después de tres horas más o menos, llegamos. Esperé en una leonera mientras entregaban mi legajo para revisar mi historia clínica y mis sanciones de disciplina. Hasta que el jefe de penal terminó de revisarlo, un encargado me llamó por mi apellido para ser atendido, y mientras me acompañaba, me decía que en el lugar había pocos de Buenos Aires, que no era buen sitio para mí, al verme tan joven y con tanta mala suerte. Una vez en la oficina, apenas me presenté me invitó a tomar asiento, me ofreció un pabellón de población, en donde se decía que no medían sus consecuencias de lastimar a los de Bs.As No le demostré mi cobardía, pero por dentro me quería morir. Aproveché a contarle sobre de mi vínculo familiar, y le pedí un solo favor... si me dejaba hacer una llamada, ya que hacía varios días que no sabía nada de mis padres. Con una mirada fija quedó en silencio, levantó su ceja derecha, inclinándola hacia arriba; y me ofreció una tarjeta para poder llamar a larga distancia, por solo cinco minutos. Con un gran entusiasmo, agarré el teléfono de su oficina y pude comunicarme con mi madre. Al escucharla me vino el alma al cuerpo nuevamente, mientras que a ella se le quebró en mil pedazos. Lloramos juntos, y me prometió ir al juzgado, para ver que podían hacer por mí y hablando unas palabras de más, mis minutos se me terminaron.

Quedé con un dolor impresionante por dentro, mis impulsos, mis locuras, y mis nervios al escuchar como lloraba mi madre, se elevaron al triple de lo normal, y cuando entró a su oficina el jefe de penal, hicieron que le pegue una fuerte trompada en la cara a ese estúpido hombre petiso, gordo y calvo. Mis intenciones no fueron dársela, pero necesitaba descargar mi impotencia, la que me daba dificultad para respirar, me sentía el peor al estar condicionado al régimen de la cárcel.

Mis padres no podían hacer mucho por mí, por ser viejos, eran mis auténticos abuelos, los cuales se hicieron cargo de mí, cuando mi madre me regalaba en el barrio, por problemas de mi padre.

El juzgado les quedaba a trasmano y como a tres horas de viaje, era imposible que lleguen, ya que los dos sufrían de la presión.

Cuando desperté de la paliza que me dieron los del servicio penitenciario, quise secar mis lágrimas que se derramaban por mi cara, y fue imposible llegar a ellas ya que mi hombro estaba fuera de lugar y por la debilidad de mis reacciones. Esta vez cobré como banco... y yo, acostado en el hospitalito del penal. Me dolía todo el cuerpo y la cabeza, hoy es uno de los problemas que sufro, cada tanto me baja la presión de golpe y me desvanezco hasta caer en el piso por segundos y luego vuelvo a despertar todo sudado y muy mareado. No se de que capas de los golpes, los que recibí por varios años de parte de la policía y puñaladas de los presos. Algunas veces por cuidarme de que no me maten o tal vez... para que no me humillen delante de los demás. Tenía que ser respetado, pero todo cuesta, después empiezan las consecuencias de sufrimientos, de enfermedades, de andar de acá para allá cagado a palos, con dolores de huesos o fracturas en el cuerpo es lo peor. Tengo amigos tuertos, otros con extremidades mutiladas o inmóviles, como también golpeados mentalmente de tantos años que llevan en cana...

Tuve la buena suerte de que me sacaran de traslado a los pocos días de mi recuperación. Empecé a dar vueltas por algunos penales más, hasta que llegué a la unidad nueve de La Plata. Pasaron cuatro años de mi condena, veía las cosas como un preso común, logré ganarle por mala conducta y molestando en el juzgado por teléfono pidiéndoles comparando, haciéndome lastimar de onda, a veces con razón, pero me favorecía; con tal de tener a mi familia cerca, o quizás al verlos antes de que llegue su día, el que tanto le pedía a Dios por las noches... que se demore, y me deje disfrutar un poco más de ellos. Pedía un régimen de visita a una unidad que quedara cerca de mi casa, donde podría disfrutar de mis abuelos más días seguidos, y devolverle una sonrisa a sus rostros al verme toda una semana al mes. Por cada unidad que pasaba, lo llevaba en

el legajo conmigo, el régimen de visita se lo gané con tan solo coserme la boca y cortándome los brazos de punta a punta, era mi única opción de acercamiento a ellos, y para que me den pelota los del juzgado. Estaba totalmente alienado mal... pero hacía lo imposible para ver a mis abuelos seguido.

Pasaron los meses y estaba en el pabellón, cuando una mañana empezaron a los gritos entre bandas, mientras otros peleaban entre ellos; algunos con lanzas en mano, otros rompiendo los plafones de luz y gritando: “ahora todos contra todos”. Hasta que cayó uno, con una faca clavada en su cara mientras los policías tomaban el rol de espectadores en la matera, su lugar de descanso. Miraron el alboroto un momento hasta que decidieron reprimir a los tiros el pabellón. Sacaron a los pibes de la reyerta, y quedamos todos castigados. No entendíamos la razón por la cual fue la muerte, solo que estaban ebrios de pastillas y no bancaron la gira, se desconocieron entre ellos, y salpicó la bronca para todos lados.

Al caer la noche, entraron varios de los encargados con escudos, cascos, y gas pimienta en un enorme tubo. Era impresionante ver como los sacaban a todos para el patio a palazos, torciéndole brazos, y dándole trompadas. Cuando llegaron a mi celda, le trabamos la puerta con una tira de bolso desde la pata de la cama hasta el pasa plato de la puerta, y era imposible abrir la puerta para ellos. Nos juntamos los seis en una esquina de la celda gritándoles: “¡Si entran, no empiecen a los golpes que podemos salir tranquilos nosotros!”. Logramos llegar a un acuerdo, al menos eso pensamos, pero al sacar los tiradores de la puerta, tuvimos que pasar por el puentecito chino. Se podrán imaginar como nos quedó la cabeza y los huesos; nos cagaron a palos por nuestra picardía. Una vez en el patio empezaron a subirnos al camión sin pertenencias. Nuestro viaje fue para la unidad veintinueve de La Plata, una cárcel desocupada que usaban como deposito para todos los internos de la ciudad de Buenos Aires hasta que tuviesen algún destino para cada cual.

Era lo peor ese penal, nos tuvieron meses sin destino, es mas; nos metieron con los de pésima conducta; viejos, violadores, transas y crotos, era tierra de nadie. Ya no quería mas eso para mí, pero –¿Cómo hacía para evitarlo? – encima me faltaban tres años para recuperar mi libertad todavía, y me salve de la muerte mas de una vez.

Ya en la celda, se me cruzaban momentos vividos, alegrías, disgustos y emociones. Me daban ganas de bajar los brazos por la soledad que sentía en ese penal, era extraordinariamente denso, y los recuerdos se inundaban en mi mente. Pasé los días durmiendo con tranquilizantes musculares para sedarme por completo después de cada comida o me-

rienda, mientras el día pasara y no molestara. Llegó el turno de mi compañero de celda después de cinco días, con destino a Junín, Tristemente me dio un fuerte abrazo y se despidió, quedé solo ese mismo día, hasta que llegó la noche. Daba vueltas en mi celda, sin fumar y sin poder bañarme, la preocupación me ponía impaciente. Quería saber de mi familia, pero nada podía hacer, solo se me ocurrió rezar un padre nuestro.

Una mañana gritaron mi apellido, mi destino era Florencio Varela, me dijeron que en media hora pasaban por mí. Estaba impaciente por salir de ese horrendo penal. Mientras esperaba a que vengan, escuche ruidos en la puerta de la celda, me levanté rápidamente, y pensé que venían por mí, pero no; era un ingreso. Entró un pibe mas grande que yo, serio, de perfil bajo, que solo hablaba lo justo y necesario. Intercambiamos un par de palabras, pero noté que algo le incomodó, hasta que reaccionó y me dio una trompada en la cara. Empecé a las piñas y patadas, hasta sacármelo de encima, me tiré sobre él y ambos caímos al piso. Pero esforzándome, logré ponerme de pie, mientras le daba patadas en la cabeza y en la panza comenzó a sangrar. Él me agarraba de las piernas con sus brazos y yo le di trompadas en el piso, preguntándole quien lo mando. Después de un rato a las trompadas, cuando vi que se calmó, lo dejé parar y me contó que Tarántula era el hermano, y tenía miedo que le haga problemas. Ahí me cerró todo, cuando le pregunté de donde era; su cara me pareció conocida. Pensé en seguir pegándole, pero lo salvó la comisión que me sacó de la celda. Mientras me iba, él se limpiaba la cara y me dijo: “¡Suerte ya nos vamos a encontrar!” y a la vez se limpiaba la nariz con la manga del buzo.

No paraba de sorprenderme la cárcel, pero bueno tenía que seguir adelante. Subiendo al camión me crucé con un par de pibes que tenía vistos de otros penales, y también dos amigos de la cárcel. Hablando mientras quemábamos un porro, entre carcajadas y charlas, llegamos a chorearles unas horas arriba del camión hasta que me quedé completamente dormido. Me despertaron al llegar al penal de Varela. Me atendió Chamorro, el jefe de penal, y me dijo que me subirían al pabellón numero siete, que en ese momento era de transito. En los buzones, mientras esperaba, encontré a mi compañero de infancia El Gordo Copete. Estaba a unas celdas más adelante que la mía, lo saqué por la voz, cuando volvía de la oficina del jefe de penal. Estaban a las puteadas con su amigo inseparable de la cárcel El Gordo Roberto. Se cagaban de risa como si nada, pero ellos habían salido del pabellón siete cagados a tiros, justo donde tenía que subir yo. Tenía un quibombito de por medio, ya por solo ser el compañero del gordo. A los pisos me subían a la noche, después del recuento. Así que nos charlamos todo, él le llevaba muchos mas años que

yo en la cárcel, y me dio una emoción bárbara volverlo a ver después de tanto tiempo, mi amigo.

También hice amistad con Roberto, pegamos buena onda y nos matábamos de risa entre los tres, hasta que llegó mi turno de subir al pabellón.

Al salir de mi celda, corrí hasta la celda de Copete y lo saludé con un beso en la boca (Que, no es cosa de trolo. Así se saluda al despedirse de un compañero en la cárcel). Me dio un bisturí que tenía entre sus dientes, quedé sorprendido, pero me hacía falta para protegerme en los pisos. Me despedí del Gordo Roberto y me fui. Copete ya había hablado con sus amigos del pabellón y les dijo que a la noche me subían, para que sepan y me den una faca por las dudas. Sabía lo que podía pasar, en ese pabellón estaban peleando, pero no se mandaban chanchadas, así que subí tranquilo. Ingresé en la celda que estaba Copete con Roberto, en frente lo tenía de vecino al Pío, el amigo del gordo. Estaba de limpieza entre muchos personajes de la cárcel, igual no estaba el solo de limpieza, también había un par de pibes más, muchos murieron en la cárcel peleando como tanto repetían ellos –Eran espartanos hasta la muerte –, alienados mal.

El pío me avisó que en el baño, estaba la faca de mi compañero. Quedé mirándolo, y con una seña me dio a entender, que el que peleó con copete estaba en el pabellón todavía. Levanté mi dedo pulgar y me despedí diciéndole que en la mañana desayunaríamos temprano. Tuve que acomodar la celda, que estaba toda revuelta por la requisa, y lo peor de todo era que tenía que mandar el brazo por el caño de inodoro, hasta mi hombro al tope, pero lo tenía que hacer, así que puse manos a la obra y rescate la faca de ahí. Era impresionante la punta que tenía, era una planchuela, la raspé contra el piso, la empuñe y me acosté a dormir un rato.

En el pabellón se escuchaba música colombiana a todo trapo y algunos santafesinos, un par a los gritos y otros hablando de distintos lugares. Mi vecino de celda me preguntó lo mismo que te preguntan en todos lados apenas ingresas, de donde era, de donde venía, si precisaba un agua para tomar unos mates, y si conocía a alguien. Le contesté un par de preguntas pero desde la cama, no daba para levantarme a contestar.

Al otro día en la abierta, después del recuento de la mañana, me levanté. En el pabellón estábamos todos engomados, menos los limpiezas y los que trabajaban en visita, pero la mayoría salía por los pulmones que están a unos centímetros del techo, y daban al pasillo del pabellón,

o por las cisternas de los caños de agua para salir a pelear. Lo primero que vi al despertar, fue dos pibes encarando para el fondo con sus ponchos para empezar el día, estaban constantemente así el pabellón. Se me acercó el Pío, charlamos un rato e hicimos una buena cabida, al rato se me acercó un hombre de más o menos treinta años, llamado Natalio, y le decían El Tarta. Me preguntó por copete y le conté que estaba en los buzones, fue ahí que me contó que había peleado con él. Yo sabiendo todo, le contesté que la arranquemos de raíz, me miró y me dijo: “¡Te espero en el fondo!”, agarré mi poncho y la faca del gordo, pero el Pío tenía una preparada en su celda. No me confíe, y salí con lo mío, pisé la canilla pegada a la pared, y con mis brazos estirados hacia el pulmón, apoyé mis manos, me trepé tal cual como entraba a las casas, no era nada de otro mundo para mí. Así descolgué para el pasillo del pabellón, fui para el fondo. Me miraban todos; algunos conocidos me saludaban y otros, me miraban sin conocerme. Esperé mi turno con el Pío, mientras El Tarta esperaba en la puerta de su celda hasta que terminaron de pelear esos pibes.

Llegó mi turno, frente a frente miraba como se manejaba con su faca, y las intenciones que tenía de lastimarme, pero con mi escudo paré cada machetazo, hasta que me lastimó la pierna. Me quedó mirando, y le pedí que sigamos, pero me era imposible llegarle. En uno de los cruces logré darle una puñalada en su brazo; fue de pasada, por que me volvió a lastimar en mi brazo izquierdo en el que tenía mi poncho, lo bandeo de lado a lado, pararon la pelea, y con un apretón de mano se fue. Quedó todo bien, y así conocí a más pibes que le llevaban un par de años mas que yo. Pasó el día con buena atención de su parte, llegó nuevamente la noche y descorcharon mi celda. Pensé que sería mi traslado pero no, era que venían a retirar las cosas de mi compañero, y las del gordo Roberto les armé el mono y se fueron.

Con el pasar de los días hubo una muerte, la del paisano Dani. Rompieron el pabellón y nos sacaron a todos, los limpiezas, un par de pibes más y yo, fuimos para el pabellón tres, otro de transito pero un toque mas tranquilo. También se peleaba pero ya nos conocíamos entre todos, me acomodaron en una celda que daba al patio del pabellón cuatro. Al otro día, tuve que pedir para comer o para tomar mates. Se me acercó un pibe conocido, y me brindó su amistad. Todos los días se acercaba a mi ventana a charlar y a tomar unos mates, me alcanzaba lo que precisaba y lo que estaba a su alcance siempre. Me contó que en el pabellón cuatro se practicaba boxeo, y también estudiaban filosofía, me brindó un libro que hasta el día de hoy es mi preferido “El naufrago” escrito por García Márquez.

Hasta que un día se acercó a mi ventana y entre charlas le comenté que estaba interesado en un cambio para mi vida, me miró y sonrió. Me preguntó sobre el libro que me prestó para leer y se lo resumí como lo había entendido. Me preguntó si estaba dispuesto a tener responsabilidad y hoy por hoy, sigo con mi palabra y somos buenos amigos.

Queridos lectores: Esta historia de vida desde la cárcel, se las resumí en tan solo pocas hojas, como para no ser tan aburrido. Es un pasado que tenía colgado dentro de una mochila en la pared, pero decidí volcarlo para que vean; que en la vida si se puede, y más cuando tenés una meta. Hoy por hoy tengo un hijo hermoso llamado Ayrton, y una señora tan divina que me acompaña en todo. También le agradezco al loco del Congo (Carlos Alberto Miranda Mena), que me dio la oportunidad de entrar a la editorial “Cuenteros, verseros y poetas” con la ayuda de Alberto Sarlo que es el que lleva adelante todo esto.

## ROCA Y ACERO

*Por Miguel Omar Núñez Gamboa*

Al cabo de largas noches en vela he decidido a contarles un poco de lo que han sido mis viejos y ya oxidados caminos, digo oxidados por que no pienso volver a caer en tentaciones. Me cuesta regresar a un pasado triste, íntimo y remoto y más contándoles la cruda y verdadera historia de mi corta existencia, lo que en algún momento viví en esta corrupta realidad carcelaria. Si, dije corrupta porque me cansé de ver tanta, pero tanta injusticia. Seguramente también se enterarán lo que fui, y lo que soy, aquí y ahora, en donde me hallo situado, no me creo el mejor, pero sí me siento orgulloso de lo que hoy pude lograr en esta lujosa meta que llevo a cabo.

La cárcel, una creación humana que muchos no conocen desde adentro y, se llevan por el qué se dice en los medios de comunicación, los mismos que muestran lo que a ellos les conviene, o si no por boca de ignorantes.

Acá es en dónde los débiles a menudo se convierten en gatos\*, putos o soldados a los cuales mandan a que lastimen a otros presos a cambio de que no les hagan problema a ellos. Y si les hablo en esta jerga de códigos baratos, es para que no confundan las cosas y sepan la triste realidad de este primitivo e inauténtico lugar, el mismo que por malos e inmorales pensamientos, me adoptó como un número más. En este lugar, es donde día a día vivo mis penas, agito la cabeza... y removiendo poco a poco mi pasado; en donde inocentes presos víctimas de una cultura de pobre con instinto animal, en vez de ayudarme a irme lo más rápido posible con mi familia, diciéndome que haga conducta y fuese a la escuela, me enseñaron a ser una bestia sedienta de sangre, y a la vez me dijeron elegir entre esto o ser un gato, es decir, en esclavo de los presos. Yo por mis berretines\*, he optado por la bestia, la que me condenó a deambular por la mayoría de las cárceles, pero, así y todo, como vino, hoy con esfuerzo y cultura, la he combatido y sin darme cuenta la he derrotado y de mi mente se a marchado para siempre.

Acá entras como cuando te vas en libertad: con una mano atrás y otra adelante. Te cruzas con miles de obstáculos y tentaciones raras, una de ella es la droga y la otra son los berretines de ladrón, esas dos cosas, son la receta principal las mismas que te llevan a levantar una faca, y así, es como te convertís en lo que la estructura pide a gritos, en un número más, en pura materia para los de arriba.

La primera cárcel que pisé fue Olmos. Mis primeros pasos en ese lugar fueron más jodidos que mis primeros pasos de bebé; más densos, se pusieron los penitenciarios que, en vez de parecer obreros que buscan el pan del día para su familia, parecían presos, agitando palos como si fueran a tener en sus manos facas, provocando en todo momento, buscando el punto de que les falte el respeto, y así ellos puedan salirse con la suya, pegar a causa de nada.

Más picante se puso luego de un instante que me sacaron los ganchos\*, esos hierros que sin piedad lastimaban mis jóvenes muñecas. Lo siguiente fue que un gorila de más o menos un metro noventa y cinco, con traje de guerra y boina hacia un costado de apodado Rambo, con breves palabras me exigió que me quitara la ropa; yo, con la poca experiencia que tenía como preso, había aprendido lo básico para sobrevivir en una cárcel de máxima seguridad, que era hacerme conocer como ladrón y jamás callar mi boca ante los que me desafíen, igual hasta un momento, fue bien educado el hombre, y yo tampoco fui tan boludo, y escogí por desvestirme, pero no quise quitarme el bóxer o, mejor dicho, tenía una cierta y paralizadora timidez, la que no me permitía reaccionar ante los ojos desafiantes de ese hombre. Ese fue mí primer cruce de palabras, justo cuando otros penitenciarios revisaban mis pertenencias, y el musculoso desquiciado me clavó la mirada y me preguntó:

– ¿Una de dos, vos sos primario o sordo? ¿o te hacés el pelotudo?  
– fue directo y muy sencillo su vocabulario; yo, con un tono lento y algo canchero, le respondí:

– No soy sordo. Escuché perfectamente lo que me acabás de decir  
–.

Eso lo hizo sentir humillado ante la presencia de sus colegas, más siendo que soy primario y subiendo el tono, algo furioso. Creo que al menos tres veces, me dijo:

– ¡El bóxer también, y dale que no tengo todo el día, negro! –. Eso me intimidó por dentro, igual nunca bajé mi guardia, y haciéndome el nervioso me lo quité, y le conteste:

– No es necesario gritarme así. No soy una criatura –.

Hasta ahí íbamos bien, me pidió que con uno de mis dedos marcara en circulo sobre mis encías, luego que extendiera los brazos hacia adelante y arriba, siguió exigiéndome que levantara los testículos, no me resistí, pero cuando me dijo: “ahora date vuelta y abrí los gajos”, me negué...sí, muy decidido y definitivamente, me negué. Fui un reverendo

pelotudo, tome la peor de todas las decisiones de mi vida.

Como verán todo no era color de rosa, porque de la nada, el grandote sacó una patada karateca que se clavó directamente en mis costillas, que hoy por hoy, me doy cuenta que fue un muy buen golpe, porque a cada segundo de recordar ese momento, mi cuerpo habla por sí mismo. Quedé tendido sobre ese piso frío y pegajoso al instante se arrimaron otros dos hombres y comenzaron a darme palazos en todo mi cuerpo y para que no pueda pararme me daban empujones o patadas en mis piernas. En un determinado momento escuché la voz gruesa del gigante diciendo:

– en la cara no lo toquen, que éste se queda acá, en Casa Grande –. Los endemoniados hombres obedecieron, y el blanco pasó a ser mi estómago para no dejar hematomas externos en mi cuerpo, pero igualmente, gracias a los amables policías, les comento que anduve con diarrea como un mes entero, hasta en un punto, llegué a hacerme encima. No pude denunciarlos en derechos humanos o en juzgado, ya que jamás hubo rastros de maltratos, y si los hubo, con el tiempo que mi juez tardó en llamarme a una audiencia personal, ya se habían extinguido toda clase de marca en mi cuerpo.

Sus palabras explicaron claramente que si golpeaban mi cara, regresaría a comisaría. Escuché: “basta, ya está. Déjenlo. No le peguen más”, esas órdenes que daba el cabecilla en jefe permitieron que pueda arrastre hacia un costado, apartándome de los agresores, la sangre en mis venas ardían al máximo. Estaba completamente enfurecido, tenía demasiada impotencia, soy un preso ¿no?; ya estando en un rincón, poco a poco logré pararme, escupí la sangre que yacía sobre el contorno de mis labios a causa del elegante bofetón a mano abierta que me había metido el más petiso de los agresores, el mismo que al instante se arrimó con un bastón corto ancho y negro pasándolo de mano en mano y revolteándolo al estilo karateca pensando intimidarme. Me arrojó la ropa y me mandó a que me vistiera. Ya, estando vestido, mi cabeza estaba a mil por hora, mis deseos eran que no se salgan con la suya, y así fue por nunca se imaginó cómo iba a reaccionar al tenerlo tan cerca, ese hombre pensaba que era un Dios, por lo visto tenía demasiada imaginación en su mente. Me incliné para atar los cordones, y a los segundos, me arrojé encima de él. Uno de mis puños chocó contra su boca, sí...un puñetazo muy fijo fue directamente a sus labios y uno de sus dientes se hundió como una puñalada en mi dedo anular, dejándome una eterna cicatriz, la que cuando siempre veo, me hace recordar esos inconscientes momentos, haciendo que mi cuerpo hable por si mismo. En lo normal deben pensar que soy un loco o, definitivamente, pero mis cicatrices aunque ya estén curadas,

siguen sangrando.

Uno de ellos fue ágil y ligero, al ver como reaccioné, me apretó con un escudo plástico contra esa pared inmundada, los demás obreros se me vinieron encima; pero, el apodado Rambo, les ordenó que no me pegaran. Me clavó la mirada fija y sobrante que tenía y sonriendo me dijo: “vamos a ver si en el segundo piso sos así de loco”, yo, a pesar de cuantos palazos y patadas había recibido, en vez de sentirme un perdedor, me sentía orgulloso por lo que había ocasionado.

Esto que les digo es raro, pero yo, por el momento, sentía que había ganado la batalla, pero no tenía idea que solo era el comienzo de una guerra. Ah...me olvidaba de contarles, que mientras que a mí me ocurría todo eso mi compañero de causa, el supuestamente tumbero\*, observaba desde un rincón, como un indefenso gatito mojado, y jamás atinó a meterse. Hizo cómo que no me conocía de ninguna parte, más claro y sencillo: se hizo el reverendo pelotudo y, como quién dice acá en la cárcel: me dejó morir y quedó como un simple y cobarde traidor.

Me soltaron aquellos que me sostenían de manos y pies y, el supuesto jefe de Guardia Armada, se me acercó haciéndome gestos bondadosos y me dijo: “ya está, loco, basta, calmate que ya te entramos” y, hablando en la jerga carcelera, me decía: “ya te paraste de mano. Dale, tranquilízate, y volvió a decirme, ya está tranquilízate, abrí una manta, acomodá tus bolsos y atala, que ya te llevamos a los pisos”. Después de ese intercambio de palabras y de golpes, me hallaba más calmo, el ambiente se había tranquilizado. Decidí acomodar mis cosas, mientras tanto, a todo eso, ellos no sabían que el rengo jorobado que estaba a un costado, era mi compañero de causa, pero cuando comenzaron a tomarle los datos. Él, sin dificultad de nada se desvistió, mientras que uno de los guardias lo revisaba, otro se acercó con el legajo, y algo sorprendido, frunciendo sus anchas y canosas cejas, le dijo:

– ¿qué, este pibe es tu compañero de causa, negro? – él, sin apuro de nada, respondió que sí y, siguiendo la conversación, el guardia le preguntó: “¿vos sos reincidente? ¿y no le explicaste cómo es acá en la cárcel? –. El hombre se dio media vuelta humillándolo con dos simples preguntas. Pero antes de que se alejara, el rengo le dijo:

– yo me hice sólo, nadie me enseñó nada a mí – de la manera soberbia en la que habló, acá en la cárcel los penitenciarios al ver como se manejó compraron con él, y no le preguntaron nada más, o a lo mejor estaban apurados y prefirieron dejarla ahí nomás, por las dudas a que se rebele y siga el problema.

Fue hábil declarante, pero para mí, fue el más cobarde y traidor que conocí en mí existencia. Luego que terminaron de revisarlo, armó su mono\* y partimos juntos por un pequeño y antiguo pasillo, que nos guió hacia un portón de chapa de gran altura. En un rincón del mismo, tenía una pequeña y angosta puerta, que nos hizo ingresar a la cárcel, el sitio, que con sus cuatro gigantescos muros, nos separa de lo que el hombre llama “sociedad”, y otros lo apodan “el infierno” sin saber de que se trata, que una vez que entramos a este mundo, pasamos hacer cosas que ahora desde mi punto de vista, solo somos pura materia. Ahí fue que del otro lado, un penitenciario, nos estaba esperando. Hicimos unos pasos después de cruzar la angosta abertura que tenía el gigantesco chapón, al frenar y bajar mis cosas en el suelo, pude distinguir que por la grieta de una ventana, un muchacho vestido con uniforme azul, con una de sus manos nos señaló un lugar para que nos situemos. El sitio era detrás de una baranda de caño que impedía que nos acercáramos a su puesto de trabajo; mientras que el que nos había guiado hasta ese lugar, rápidamente, se perdió por un túnel con nuestros legajos. A todo eso, ya era medio día y desde dónde nos ubicaron, se veían una serie de edificios y ventanales decorados con oxidados y cruzados barrotes. Donde nos encontrábamos, podíamos ver gente y escuchar muchos gritos, los cuales me producían escalofrío y a su vez un temor definitivo; el que jamás en mi vida había sentido. Voces preguntando de dónde veníamos, de dónde éramos, si éramos primarios o qué, otros gritaban “¡pidan para este pabellón, que hay lugar de sobra!”, y lanzaban carcajadas irónicas a azar. Y así pasaron aproximadamente treinta minutos, hasta que del túnel, apareció el que se llevó nuestros legajos.

Ya estando frente a nosotros se lo notaba cansado, largó un suspiro y al instante retomó el aire lentamente por sus fosas nasales, inflando su pecho como un zorzal cuando canta, nos apuntó el camino con tan sólo un movimiento de cabeza, y pidió que lo siguiéramos. Ya estábamos entrando a ese pasaje subterráneo, cuando mi ex amigo, queriendo hacer las paces, me dijo que observara más y que hable menos, que de seguro nos iban a meter con un par de desconocidos. Al cruzar el oscuro y húmedo pasadizo, otra puerta de chapa, se hizo presente ante nosotros. El vígi\* apretó una perilla que estaba a la altura de nuestras cabezas, y al notar que no daban pelota, golpeó con su puño en forma de martillo, y comenzó a dar patadas con sus borceguíes, que por lo visto tenían punta de metal. La puerta resonó bastante fuerte y un civil, nos vino a dar el paso; les aseguro que la cara repleta de cicatrices que tenía el muchacho que nos abrió, contaban muchas historias, tenía tatuajes que cubrían la mayor parte de sus dedos. Bueno, no lo voy a poner en papel de tumbere, porque a pesar de ser un preso, era un ortiva más...un resentido social

que trabajaba para los penitenciarios, ahorrándoles el tiempo a sus horas de trabajo, se aprovechaba de los ingresos débiles de mente, metiendo temor en sus cabezas para asustarlos. Les hacía ver un verdadero infierno, vi a muchos de ellos caer en su juego y le seguían la corriente, pero la triste realidad, era que, vayas a donde vayas, de todas maneras, serías un preso más. El sujeto repleto de tatuajes y cicatrices les aconsejaba a todos aquellos ingresos primarios un pabellón cristiano. Les puedo asegurar que en esos lugares, había mucho más rencor, que dentro de un segundo piso de población, en donde solo te hacías traspasar facas de lado a lado y luego te ganabas el respeto como delincuente, códigos extraños, pero reales; bueno, en fin, qué habrá sido de la vida de ese preso verdugo de presos, no lo sé, por que nunca más lo volví a ver, ojalá le halla ido bien, luego de haberse portado tan humanitario con el Estado.

Al pasar la puerta tropezamos con otro portón corredizo y de barrotes oxidados, que a su costado se vislumbraba una escalera bordada de barrotes muertos, digo muertos por que para mí, así lo estaban, bañados en sangre. Un pibe puesto de cuclillas sobre uno de los escalones sucios del edificio, me llamó y me dijo: “eh, vago, ¿de dónde sos?” y, sin dejar que yo le conteste, seguidamente, preguntó de dónde veníamos. La verdad que no tenía ganas de nada, hice un esfuerzo y con la voz agitada lancé la respuesta que deseaba saber el recluso de gorra hacia un costado y equipo deportivo y le dije de comisaría. Al instante nos hicieron entrar en un lugar en el que nos encontramos con más ingresos. Me di cuenta que venían de zona sur, había caras conocidas. Escuché que pronunciaban mi nombre, me llamaban, era un pibe conocido del barrio, nos criamos juntos, hasta habíamos llegado a robar; pero sólo fuimos compañero de ocasión.

Ahí, todos ocultábamos algo y, sin dudar, les puedo asegurar que era el temor, por el lugar en donde nos hallábamos. Los gritos, el temblor, los ruidos de rejas al abrirse y cerrarse, eso producía un dolor perpetuo en el estómago, y de seguro, también era por pensar en lo que nos esperaba.

En ese lugar, éramos demasiados, estábamos encimados, era pequeño el sitio, sin ventilación y una humedad que cubría el cuadrado completo. Un aire asqueroso comenzó a entrar en mis pulmones, un repugnante aroma a orina, ya que no había baño ni botellas para orinar, no quedaba otra que utilizar los rincones para hacer nuestras necesidades. Eso era un chiquero de puercos o algo así.

Luego de una larga charla con mi conocido, al ver que todos o, la mayoría de los presos, dormían o fingían hacerlo sobre mantas en el

piso, mis oídos escucharon gritos, que rápidamente causaron curiosidad. Y esquivando a todos llegué hasta el cuadrado que permitió que viera ese tan conocido lugar de nombre, “La Redonda”. Desde ahí pude observar muchos movimientos de personas, y ver lo qué tanto me había llamado la atención e hizo asomarme con temor a encontrarme con el cuco, un fantasma o la muerte en persona. Pero solo era un joven que por lo que noté, tenía pelo rubio y una cierta cantidad de gasas ensangrentadas sobre su cabeza de las que caían hilos de sangre que se esparcían por su cara, terrible pero era lo mínimo, digamos que la sacó barata, si con el tiempo vi otros con las tripas en sus manos, pero para mí, en ese momento fue algo impresionante y temerario, era la primera vez que pisaba un penal. Llevaba puesto un pantalón corto y lo más triste, era que le faltaban sus zapatillas. El muchacho, al notar mi presencia por la pequeña cicatriz que tenía la puerta, desde “La Meona” comenzó a llamarme, repitiéndome lo que tanto ya había escuchado durante todo el tiempo que llevaba allí, me dijo:

– ¿De dónde sos? –

Al instante le respondí que era de Jagüel –. Y él me dijo:

– Ah, sos de zona sur –

Y sin que yo le pregunte, me comentó que él también era de mi zona, pero de Guernica y que le decían “Pachi”.

Empezamos una charla, pero se acercó un oficial y de mala manera me pidió que me callara, que estaban trabajando y que los gritos molestaban. El pibe, al ver como se dirigió el obrero, me expuso:

– no le des cabida, amigo, y fijate a dónde subís. Mirá, te pongo pillo, que en el segundo son unos caranchos antichorros. Vos mismo verás cómo me lastimaron, parezco una guinda, amigo, estoy completamente bañado en sangre. No te regalés, no subás ahí, ¿sabés? De rolo\*.

Lo saludé sacando mi mano por el cuadrado y volví a dónde estaba, encima de mi mono. Después de un instante, me puse a pensar todo lo que me contó Pachi, pero no me di cuenta que estaba sin nada, jamás lo imaginé. –recordándoles que simplemente era primario –. Pero reaccioné, aunque tarde pero seguro, saqué una muda de ropa y se la ofrecí. Llamo al de cicatrices para pedirle que se las alcanzara, y sin dudarle el hombre fue y se las pasó. Ya con la muda en sus manos, se vistió y me agradeció diciéndome:

– Pensé que no me ibas a dar nada amigo.

Le respondí que no entendía nada de la cárcel, que era primario, me despedí de él explicándole que me iba a descansar un poco hasta que me atendieran para subir a un pabellón, y sacando mi mano lo saludé y marché rumbo por encima de mis bolsos, quise dormir y no pude. En mi cabeza había un vacío y en mi cuerpo, mucha tensión. Estaba con miedo, pero los berretines de chorro me seguían como mi propia sombra, y eso hacía que mi inconscientes pensamientos, hagan que mi cabeza solo piense en subir donde supuestamente estaban los delincuentes, en un pabellón de Población. Ese no era yo, fue toda la basura que poco a poco se fue metiendo por las córneas de mis débiles ojos. Cerraba mis párpados y pensaba “si mis hermanos vivían bien en la cárcel, es decir, fueron unas bestias cosificadas, yo no voy a quebrar\*. Que me suban a un segundo y fue”. Luego de un largo tiempo, se escuchaba como probaban llaves en la puerta, y todos nos paramos con las caras aterradas, esperando a ser atacados por un hambriento león, hasta que por fin abrieron el chapón y se acercó un penitenciario con una planilla en sus manos. No era un león, y con perdón a la palabra, era un reverendo hijo de puta, y por apellido empezó a llamar de a tres, sonreía al ver la cara de terror de cada uno que salía del sitio. Gozaba del pánico ajeno; como lo hace una perra en celos al ser follada. El primero que fue nombrado se puso de pie y encaró, pero el gorra\* lo frenó y le dijo:

– No. Agarrá tus cosas que te atienden y vas directo a los pisos, pibe.

Lo que expresó ese hombre, me puso nervioso, varios de los que estábamos ahí dentro, nos comíamos las uñas. Dos o tres se hallaban tranquilos, uno de ellos fue mi compañero de causa que era reincidente, y lo único que repetía en voz baja, y tomando su cabellera con ambas manos, era:

– ¡La concha de su madre! de vuelta en este penal de mierda.

Después de que sacaron una tanda, volvieron a encerrarnos, y ahí comenzaron las charlas entre unos y otros, uno se me arrimó y me expuso:

– Vos, ¿Para dónde vas a subir?” –, fue un pibe morochito que era de La Plata, llamado Toni. Ese loco una vez que empezó la conversa, no paró más, me dejo los tímpanos temblando.

– Yo no conozco a nadie acá – le contesté.

– Pero vas a probar suerte – me dijo

– Porque yo voy a un segundo, amigo, ahí es donde vamos los

chorros.

– Y bueno, allá vamos – le contesté. Y en varias ocasiones me repetía:

– Parate de mano, negro, que ahí peleás y fue. No es así como escuché que te decía ese tal Pachi de Guernica. No comprés – y se reía por lo bajo, estaba loco de verdad, como yo pensaba.

Ya era la cuarta tanda y seguíamos ahí, pero llegó el momento y nuevamente abrieron la puerta. Éramos los cinco últimos, a mi compañero ya lo habían atendido. Por fin salí de ese asqueroso sitio, me guiaron por un pasillo, hasta la oficina del jefe de penal y, por la ventana enrejada de una puerta angosta de madera, oí la voz de Gabi y me asomé. Era mi compañero, y me dijo que iba para el dos once, pabellón de reincidentes. Le respondí:

– Bueno, cuando suba te llamo, o nos estamos viendo.

– ¡Dale, dale! – me dijo mientras desaparecía por una escalera caracol de metal.

Estábamos parados en fila, costeano la pared. De repente mi apellido retumbó en el pasillo, giré, y un penitenciario me hizo seña con su mano para que me acercara. Escuché que adentro hablaban de lo que había ocurrido en Guardia Armada cuando ingresé, pero me hice el boludo y entré. Un flaco de piel pálida que estaba recostado en un sillón, a un costado con las piernas sobre el mismo escritorio, en el que su compañero de trabajo se hallaba fumando un puro, me observaba con el cuello tieso hacia arriba, como queriendo imitarlo a Gardel, al instante me repuso: “sentate”. Mientras que el otro leía los papeles de mi legajo. Yo tomé asiento y con la cabeza entré agachada y los brazos cruzados incliné mi cuerpo hacia delante, esperé a que ellos comenzaran la charla. Yo no entendía un carajo de lo que estaba sucediendo. Mientras que el otro pasaba hoja a hoja, el de la esquina revoleaba una faca empuñada con goma negra. Eso me intimidaba, hasta me ponía incómodo pensando que en algún momento me daría una puñalada. El del escritorio se puso de pie y largó el asqueroso humo del habano por su boca y lo exhaló por su nariz y pegó un golpe seco sobre la mesa con mis papeles, me miró y, mientras se refregaba el mentón con la mano izquierda, me repuso:

– Estás por robo calificado, negro.

Me estaba hablando con demasiada ironía, y me dijo:

– Te voy a dar una oportunidad, no la desaprovechés, es el dos

nueve. ¡Andá nomás!

Así nomás de corta la hizo, dos palabras y un pabellón. Me paré, y saliendo de la oficina escuché que uno de ellos expuso:

– Vamos a ver si ahí es malo y se para de manos como hallá adelante este rocho\*– Fueron palabras, que horas antes había escuchado de otra boca penitenciaria.

Cuando iba por el pasillo, Toni me preguntó para qué piso me llevaban, le respondí que para el dos nueve. Seguí caminando hasta la escalera en dónde, ya estaba Juan, un pibe que según su interpretación estaba engarronado por homicidio. Lo miré a la cara y sus lágrimas caían por su rostro sin preguntar. Un penitenciario, con un manojito de llaves en su mano, nos dijo:

– Vamos yendo, alcen sus monos y alcáncenme. Ya van para los pisos.

Y salió trotando por la misma escalera caracol por donde subieron los demás, hasta que en un momento frenó y abrió una puerta. Era bastante angosta, y mi mono no pasaba, el que sí pasó, pero de largo por la escalera, fue Juan, pero para el cuarto. Aunque su destino era el dos tres, pabellón de homicidas. Al que la mayoría lo llamaban el pabellón de la muerte.

Yo, al fin y esforzándome, pude pasar, el penitenciario empezó a gritarle a Juan por su apellido, y en

ningún momento volvía. Hasta que no quedó otra y tuvo que ir a buscarlo. ¡Pobre pibe!, lo mandaron con un

moño rojo de regalo; por un momento, quedé sólo en la Redonda del segundo piso, se escuchaba música de la que uno deseaba. Me llamaban por una ventana enrejada de tamaño mediano. Me di vuelta y ahí fue que pude observar que estaba frente al pabellón a donde iba, la numeración que figuraba pintada sobre la pared me lo indicaba claramente. Arrastré mis cosas hasta llegar a la claraboya, y un pibe apodado el Gordo Víctor, me estiró su mano por entre los barrotes del cuadrado para saludarme; se la estreché, y de seguido, me preguntó:

– Qué, ¿venís para acá, flaco?

– Creo que sí – le respondí – ¿éste es el dos nueve?

– Sí – me contestó y me replanteó que él era limpieza\* del pabellón.

Los nervios se iban y volvían a mi cuerpo; pero, al fin apareció Juan, lo traían de ambos brazos entre dos penitenciaros. No sé cómo logró zafarse, pero se aferró con mucha fuerza a los marcos de la puerta y gritaba “No quiero ir al dos tres, me van a matar”, temía mucho por su vida, estaba empacado como un niño y lloraba sin parar, uno de los vígí le expuso:

– ¡Dale! ¡Entrá o te rompo el lomo a palazos!

No me quiero hacer la víctima, pero ese día vi hasta que punto llegaba la maldad de unos simples obreros, que creían ser presos. Juan terminó llegando a su destino. Cuando los vígí venían a darme paso por la puerta donde yo iba a ingresar, se reían y jugaban de manos, como que peleaban con faca, y gozando de lo que le ocurriría al pobre Juan, eran adolescentes ingenuos e irresponsables en su deber. Entré, y Víctor me agarró el mono, me pidió que lo siguiera. El pasillo del pabellón estaba deshabitado, y a medida que iba pasando por cada celda, podía notar que detrás de las rejas había caras pálidas, frías y sobradoras, que no dejaban de observarme. Eso causaba miedo para uno que no conocía nada de la cárcel, imaginen cómo estaba yo, que era sólo un primario y no entendía un carajo de nada. Cuando Víctor frenó al final del pabellón, apoyó mi mono y yo me puse frente a él; pero seguía sin entender nada y me preguntó:

– ¿De dónde sos?

– yo soy de Monte Grande – le respondí. Y con dos planchuelas cromadas, filosas y puntiagudas en sus manos, me replicó:

– ¿Y peleás con faca, vos?”

– ¡Sí! – le respondí, e interrumpiéndome, dijo:

– ¿Traés una en el mono?

– ¡Si! – y me apuré a que la saque diciéndome:

– ¡Dale, dale, o te recago a puñaladas, pendejo de mierda! – queriendo intimidarme, y lo logró.

Pero yo nunca dudé y, rápidamente, metí la mano por el borde de la manta, y en vez de sacar el puntiagudo cuchillo tramontina que había llevado, sin querer, saqué ¡un tenedor! Fue algo loco, pero yo no quería morir; entonces, uno de ellos, sentado en un banco, miró lo ocurrido y comenzó a reír, y me dijo:

– Bien ahí, guachín\* – Se acercó, y con una mano apretó mi hom-

bro, mientras que con la otra me dio una faca y, nuevamente me dijo:

– ¡Tomá, peleá. Es lo que hay, loquito!

Eso sí, antes, le golpeó la punta contra el piso y la dejó mocha, para que yo no pueda lastimar a su rancho. Era algo que jamás iba a ocurrir, yo no sabía usarla. El gordo Víctor me llamó para el pasillo a pelear y, por mi poca experiencia, sus planchuelas empezaron a hundirse como si nada en mis brazos y puños. La sangre chorreaba, pero yo seguía con mi postura y nunca, pero nunca bajé la guardia. Hasta que en un momento, el pibe de nombre Jonathan, el mismo que me había pasado la planchuela para que peleara, le expuso:

– ¡Basta, basta, Víctor! Ya fue, es un pibito y peleó – el Gordo bajó sus facas y me dijo:

– Bien ahí, guachín. Acá, en Olmos, es así, si peleás, quedás y encima vivís como chorro – y largó unas cuantas carcajadas, mientras que Jona, con una de sus manos, me agitaba mi pelo, como si nunca hubiese pasado nada, y me expresó:

– Andá, enjuagate las manos en la canilla del baño, sacate bien la sangre – y lo miró a un tal Diego y le dijo:

– Pasale una toalla, ¡gato de mierda! –. Lo habló, pero mandándolo

– Y también pasale jabón blanco, así no se le infecta. Ah...y dale lo que le sacaste mientras peleaba, ¡oportunista!, ¡gato podrido! Fíjate que se cure bien, ¿Eh?, o te echo a la mierda. ¡Andá, andá! ¡Dale, dale!

Eso me había sonado a que todavía no terminó mi bienvenida. Mientras estaba en el baño, escuche cómo le daban bifas a Diego y lo echaban de la celda en donde dormía y lo mandaron a la segunda, con los que pagaban para vivir o afilaban, lavaban y ni se asomaban afuera para tomar aire, encima algunos de ellos, entregaban a sus hermanas en visita para satisfacer a los que manejaban el pabellón.

Al salir del baño, Jonathan me llamó y me dijo:

– Ahí tenés una cama baja. Era la de Diego. Lo mandé a otra celda porque con las actitudes que tenía, en cualquier momento me rompía el lomo durmiendo. Acomodate – me dijo.

Mientras desarmaba mi mono, emprendimos una charla, me preguntó si yo era de Jagüel o él escuchó mal, le contesté que no, pero que estaba cerca de ese barrio.

- ¿Y en dónde encanaste, loco?
- En Lomas de Zamora. En la séptima de “Centenario”.
- Ah, mirá – me respondió con ironía
- Che... ¿Y ahí con vos, estaba un tal Pablo de Lomas?
- Sí, conmigo estaba un Pablo de apodo, el Termo de Lomas.
- Y qué... ¿Es tu amigo él?
- Sí – le contesté.

– ¿Sabés una cosa? Mal por vos. Porque ese antichorro\* lastimó a mi hermano cuando estaba en libertad, ¿Vos vas a pelear por él? Me dijo:

- Si no queda otra, sí – le contesté.
- Y bueno, dale, salí al pasillo – Me dijo.

Pero esta vez me dieron una de las planchuelas\* angostas, largas y puntiagudas que había usado Víctor. Salí con una manta envuelta en mi brazo izquierdo, la usé como escudo, para que no traspase la punta del metal cromado que usaba Jonathan en ese momento, y empezamos a combatir. Entre idas y venidas por ese pasillo angosto frío y nebuloso, a los ponchazos y puñaladas, me atravesó una pierna, pero solo lastimó la carne de mis glúteos, y no pasó a mayores; es decir, fue curable para la situación en la que me encontraba, tenía que bancarmela con las curaciones que brindaba el pabellón, ya que si salía a Sanidad, pasaría a ser un cobarde y gato para todos los presos presentes, y ese no era mi deseo. Siguiendo el combate, otro ágil movimiento de mano de mi rival, me atravesó la mano con la cual sostenía el poncho. Jonathan, al notar que ya me había lastimado, y que mi sangre se estaba esparciendo por todo el pasillo, se detuvo, me miró fijo y frenó la pelea; me preguntó si podía seguir, yo le respondí que sí, pero me volvió a decir:

– Ya fue, amigo. Bien ahí tu actitud, me demostraste que sos un amigo fiel: “El Termo” es mi compañero. Lo que vos hiciste, muy pocos lo hacen acá en la cárcel. Bien, ¿Eh? – Yo quedé sorprendido, paralizado y, a la vez, a pesar de mis heridas, nuevamente me sentía un ganador, pero no me daba cuenta y me estaba convirtiendo en un verdadero y auténtico preso, en el deseo que muchos quieren que seamos, preso y solo presos.

Me volví a curar y en un momento, justo cuando tomábamos mate, un tema de los Ángeles Azules retumbaba en el pabellón. Pude

ver que uno de los que vivía en la celda de adelante, se acercó hacia nosotros, para avisar que había un ingreso. Yo, en ese momento, eché una ojeada desde el fondo hacia el pasillo, y pude distinguir que el que entraba era Toni, el mismo que había conocido en La Meona, en esa inhumana e infrahumana jaula; con él hicieron lo mismo que conmigo, lo llevaron hasta el fondo del pabellón y le preguntaron de dónde era. Él, respondió que era de la zona. Yo, en un momento, intenté acercarme a él, y cuando pude, con breves palabras le recalqué, cómo en un momento, él me había dicho, que se pare de manos solo eso y quedaría en el pabellón. Era bastante curtido el negro, y como nadie le decía nada, Jonathan se acercó y le preguntó:

– ¿Vas a pelear? – él contestó que sí, pero fue raro lo sucedido, en fin peleó.

Dos gatos\* que había mandado el Gordo Víctor, se arrimaron, y comenzaron a ponerle toallas en sus manos, no se resistía, y dejó que lo preparen, y atando con tiras echas de sábanas sobre los trapos, hasta el punto de que quedaran en forma de guantes profesionales, un grito, anuncio la llegada de su rival. Lo apodaban el despiadado “Santiagueño de Ezeiza” que ya venía con su vestimenta, y lucía una brillante bata dorada con tiras amarillas. Era grandote el loco, todo fue un verdadero desastre. Toni rebotaba por todos los rincones que tenía la celda, la cual usaron como Ring, parecía un títere descaderado mi actual amigo Toni.

Cuando pararon la pelea, el negro quedó hecho un panda chino.

Pobre, siempre que tengo la oportunidad y fortuna de verlo nos reímos de los viejos y turbios tiempos nuestros, ojalá un día pueda salir de este contexto tumbero\*, y pueda ver las cosas de una buena manera, dejando el pasado y empezar un buen futuro, una vida sana y para su bien.

Luego Víctor le preguntó si iba a seguir peleando y él respondió que sí; pero, a las carcajadas Víctor y Jonathan, le dijeron:

– ¡No, ya está, basta! Peleaste, te paraste de manos.

Después de que se calmó todo, empezamos a tomar unos mates con el Rengo Jona, y le preguntó a Toni:

– ¿Hace cuánto que estás preso?

– Dos días.

– ¿Cómo que dos días, loco? – y se empezó a reír. Entre sus carca-

jadas se acercó Víctor y preguntó:

– ¿Qué onda, tantas risas, Rengo?

– Dale, contame, así nos reímos juntos.

– Lo que pasa, Gordo, que el pibe que guanteó con tu gato\*, le lleva dos días en cana, boludo y es la primera vez que veo esto. ¿O que, me vas a decir que no? – Víctor le dijo:

– ¿Cómo que es la primera vez, Rengo, si todos los días vienen ingresos acá?

– Pero este guacho es re curtido. O qué...me vas a decir que vos, cuando ingresaste, peleaste. ¡No me jodás, Gordo!

– Uh...Jona, no empecés a hacerme tomas flacas del pasado, si vos no estabas acá cuando yo ingresé.

– Ya fue, dejála ahí, Víctor. Lo único que me falta, que ahora me la quieras colgar a mí.

El Gordo pegó la vuelta enojado y sin decir nada, se dirigió a la primera celda, mientras que el Rengo susurraba:

– me muero con este quebrado. Lo único que me falta que quiera pelear con faca conmigo – y siguió riéndose, pero esta vez con ironía y mirando cómo se iba por el pasillo el gordo.

Toni, a pesar que parecía un panda, estaba contento. Ya habíamos pasado la tormenta, por lo menos eso es lo que creíamos los dos; bueno, pero en fin, a Toni lo pusieron en la rama\*. Justo, arriba de donde yo iba a descansar por esas noches perturbadoras y distantes de todos mis seres queridos.

Ya había oscurecido y estábamos a punto de comer unos fideos con tuco. En el pabellón no volaba una mosca. Al terminar de comer junto a mi rancho\*, es decir a mi nueva familia, que se formaba por los limpiezas\* y Toni.

Yo estaba desesperado por avisar a mi familia que me encontraba bien para que se quedaran tranquilos, y pregunté en dónde había un teléfono. Víctor se ofreció a acompañarme hasta donde estaba el aparato, me dijo:

– ¡Vamos, así de paso camino y bajo la comida, que mi estómago, está que explota, Miguelito!

El Rengo, al escuchar lo que el Gordo repuso sobre su panza, no aguantó y en broma dijo:

– Sí Víctor, mejor acompañalo al pibe hasta el teléfono, y larga tus pedos por allá adelante, que son muy apestosos y queman hasta los pelos de la nariz.

El Gordo tomó para bien la broma, y comenzamos a reírnos todos, fue mi primer momento relajado de mi largo y denso día. Nos levantamos de la mesa, y nos dirigimos a la parte frontal del pabellón. En ese transcurso, me cruzó su brazo por entre el mío, era una forma de expresar que estaba todo bien. Por cada celda que íbamos cruzando, sólo habitaba el silencio, eso hizo darme cuenta de que estaban todos sometidos o algo así, más claro, es decir, pagaban la prote\* para poder vivir en la cárcel. Aunque algunos, la pagaban de otra manera, gastando metales contra el piso hasta dejarlos puntiagudos, brillantes y filosos. Los parias tenían ese trabajo duro, y así pasaban a ser gatos\*, armeros\* y hasta algunos terminaban siendo putos; igual, en un determinado momento, los echaban con las mismas planchuelas que preparaban ellos, o algunos se daban a la fuga cuando pasaba la lista la policía penitenciaria por las mañanas, o directamente iban a visita y no volvían.

En fin, llegué a dónde se hallaba el teléfono, marqué el cobro revertido, y luego, el número con el que me quería comunicar. Hice cómo me había explicado el Gordo y por la hora que era, no pude comunicarme con nadie de mi casa. Seguí intentando en varias oportunidades...y nada; pero, mientras estaba insistiendo en el banquito que acompañaba el tubo, Víctor se fue nuevamente hacia el fondo. Y se me acercó un pibe y me preguntó:

– ¿qué, no te podés comunicar? – y, seguido a eso, se presentó como Mauro. Yo le contesté:

– No, no puedo comunicarme con mi familia, amigo.

– Tomá, acá tengo una tarjeta Telefónica – Se la acepté y le dije:

– Eh, Mauro me explicás cómo hago, que no entiendo – me dijo:

– Marca los números y luego el código – diciéndome, al instante agarró y le respondí:

– Ahí está, amigo.

Al fin pude comunicarme con mi novia, me atendió con llantos y desesperada, pero le dije que se calmara, que yo me encontraba bien,

que no pasaba nada, que se despreocupe.

Me pidió que anotara tres tarjetas que me había comprado, hablamos hasta que se cortó, y con sus últimas palabras, me dijo:

– El fin de semana, quedate tranquilo, que ahí estoy mi amor, te súper extraño.

Al terminar de hablar, solté un estremecedor suspiro, y me quedé pensativo por un instante. Bueno, pero por el momento todo estaba en orden. Mauro seguía ahí, estaba tomando mate en un rincón junto a una estufa. Me acerqué a él y le di las gracias por la tarjeta, le quise dar una de las que me habían pasado, pero no quiso. Charlamos unos minutos, me convidó un mate, se lo acepté, luego le estreché la mano y marché a mi celda. Estaba cansado y dolorido por esos crueles aguijonazos del metal puntiagudo del Rengo.

Se terminó el día, y por el pasillo largo y enrejado, pude distinguir que una luna blanca y reluciente comenzó a asomarse por detrás del mural envejecido de la cárcel. Cuando llegué a la cuarta, todos estaban acostados, menos el Santiagueño, que solía quedar de guardia por las noches, por si alguno de los sometidos se le ocurría hacerles un atentado, que seguro yo también caería en esa contada.

Eran aproximadamente como las seis de la mañana del día siguiente, cuando el grito de un guardacárcel interrumpió el adormecido silencio del pabellón, vociferando en voz alta repetía “¡lista!”, y por cada celda que pasaba frenaba un momento y observaba hacia adentro, para que lo vean y salgan todos al pasillo. Yo seguía sin entender, pero mis compañeros de celda me indicaron lo que estaba pasando. Sin cometer el error que solía pasar a menudo, seguí las instrucciones y pasé la lista perfectamente como era; pero al llegar nuevamente a la primera celda, volví a escuchar el mismo grito penitenciario aclamando nuevamente que todos salgan al pasillo, por lo visto, faltó uno. Todos murmuraban enfurecidos, uno se había quedado dormido, mal por él; y si digo así, es por que al instante de pasar bien la lista y se marchó el encargado, un golpe seco se apoderó del silencio que había quedado, y de seguido un gemido corto, y ahogado de sufrimiento salió de la celda del que se había quedado dormido. Les puedo asegurar que lo estaban golpeando con una faca o algo por el estilo; luego, uno empezó a reprocharle en voz baja, pero el silencio que producía la curiosidad de todos seguía permitiendo que escucháramos, lo que quizás algunos querían oír. Fue muy rudo con el muchacho diciéndole:

– ¡Hoy te vas, gato de mierda, siempre sos vos! ¿Dónde te pensás

que estás? ¿En un hotel? ¡La concha de tu madre! Ahora quedate ahí en el baño. Ni te asomés, que apenas se levantan los pibes, te vas al carajo del pabellón – y le volvió a repetir “gato” como tres o cuatro veces más.

Al instante volvió el silencio. Todo eso que había escuchado, me quitó el sueño, al momento en que todo quedó completamente en silencio, una serie de aplausos comenzaron a agitarse: eran los del tercer y cuarto piso, que cantaban alabanzas, implorándole a Dios por todos sus pecados. El sonido que producían era similar al de rock pesado, fue imposible seguir durmiendo, la cárcel temblaba a causa de que los evangelistas que saltaban y gritaban cantando sus melodías, aclamando una y mil veces “perdón por andar errado en la vida”, al igual que todos presos ahí, no aguanté más los ruidos, y salí de mi cama, me dirigí en silencio hacia el baño, enjuagué mis dientes y lavé mi cara; cuando ya estaba cambiado y abrigado, me asomé al pasillo, y pude ver que el Santiagueño estaba sentado en un rincón desayunando, y con el mate que sostenía en su mano, pude observar, que me hizo seña para que me acercara a tomar unos amargos. Ahí fue que me comentó que era de Ezeiza y que su nombre era Juan.

Emprendimos una larga charla, hasta que se hicieron como las nueve, y empezaron a levantarse todos aquellos que dormían. Yo no entendía cómo Toni, después de escuchar todo lo mismo que yo, pudo seguir contemplando su sueño como si nada, pero en fin, cuando todos se acomodaron para desayunar, Víctor le ordenó en voz baja al Santiagueño que espere un rato más, ahí fue que escuché que le comentaba que si el Guille no echaba a ese gato, iban ellos dos hasta la primera, y lo sacaban a las puñaladas a Guille y al bigotudo\* ese, que siempre se quedaba dormido cuando hacían el recuento. Enseguida me di cuenta de quien estaban hablando. Pasó una hora, pero nunca ocurrió nada, hasta que en un determinado momento, el Gordo, frunciendo la frente, apretando sus labios se acariciaba el mentón, luego se levantó enfurecido del banco en donde estaba sentado y, en silencio, con unos simples cruces de miradas, lo dijeron todo. Juan salió del baño con una tabla larga, gruesa y angosta, que en la punta, tenía empuñada una cromada y puntiaguda faca; una especie de arpón para cazar ballenas, mientras que el Gordo llevaba en sus manos dos planchuelas puntiagudas del largor de un palo de escoba, nunca se imaginaron que esos pibes, ya eran tres, y estaban esperando a que ellos se acerquen a su celda, para salir al cruce con sus armas –que eran caños de cama que se comparaban con el largor de la lanza de Juan–, claro; que ellos tenían en mayoría, por que eran tres los que esperaban ser atacados. Todo lo que habíamos escuchado por la madrugada, solo era una trampa para que mi rancho se la crea y, ellos tengan su tiempo

para poder sacar sus elementos cortantes y puntiagudos, para que no los embosquen. La cuestión, fue que se pudo todo, el Santiagueño pudo retroceder para la cuarta, Víctor se atrincheró en el comedor, a un costado de una mesa que estaba en la parte delantera del pabellón. Su salvación era el Santiagueño y nosotros, pero los contrincantes no dejaban que nadie pasara por el angosto y enrejado pasillo, no teníamos otra manera de llegar; el Rengo, al momento de ver cómo corría Juan hacia nosotros, dio vuelta la mesa en la que desayunábamos y la usamos como escudo. Como acá un rancho\* es una familia, Toni y yo nos tuvimos que sumamos a la batalla.

Fue increíble todo aquello por lo que estábamos pasando, con tan sólo dos días de cárcel, mientras que con Toni atinamos a revolverles con la pava, y todo aquello que teníamos a mano, nunca en mi vida poseí tanta adrenalina como ese día agitador y sangriento. En la actualidad, soy un afortunado, y puedo narrarles esto; que tan solo es una parte de lo que sucede a menudo en los penales de todo el mundo. Acá somos un número más, y estamos desamparados a la merced del día y la noche; en fin, en el desastre, un pibe, que la noche anterior me estrechó su mano y se fue a dormir, se encontraba internado y en coma, por lo que se decía, perdería su vida. Pero fue un afortunado, por que luego de recibir varias puñaladas en su cuerpo. Después de un largo tiempo nos volvimos a ver. Eso es algo que les contaré en unos renglones más abajo.

A Víctor lo rescataron los penitenciarios, que rápidamente entraron a los escopetazos, y arrojando agua con una manguera de bombero. Salimos ilesos del quilombo, menos uno, que creo, no hace falta volverles a explicarles quién es. La cuestión, es que cuando se calmó todo, al cabo de unos minutos, aparecimos todos de rodillas en Control, nuevamente me hallaba en el pasillo, el cual conocí al ingresar. Pasaron como dos horas. Mis rodillas estaban peladas a causa de esas duras y ásperas baldosas antiguas. No aguanté más el dolor y me incliné de costado; Ariel, un pibe con el que jamás habíamos hablado, me dijo:

– No seás boludo, quedate como nos dijeron, que sino te van a cagar a palos, amigo.

Él tenía razón, porque un oficial al verme, se acercó y con breves palabras me expresó:

– ¿Qué? ¿Estás cansadito, negro?– y antes de terminar de responder a su pregunta, me interrumpió con una fuerte patada en el estómago, que me dejó sin aire por un largo momento.

Caí tendido sobre el piso. Él irónicamente, me expuso:

– Bueno, entonces descansá tranquilito, negrito – mientras yo me retorcí del dolor, él se reía seriamente.

Al instante se acercó otro policía y lo interrumpió preguntándole sí ya nos llevaba para la leonera y mientras me dijo:

– ¡Al pedo te haces pegar!

Al momento de retomar el aire me dijeron:

– ¡Parate y andá por ahí derecho!

Yo encaré y, al final del pasillo, un penitenciario me hizo seña con la mano, para que me dirija a una jaula gigante, en la que pasamos toda la noche amontonados.

Luego de un instante, mientras dos penitenciaros conversaban, uno se arrimó a preguntarles la hora, eran las cuatro de la madrugada. A un costado en donde se hallaban, se podía divisar un túnel similar al del portón de chapa por el que había ingresado por primera vez; solo que éste tenía rejas corredizas a su paso. A lo largo de su techo, una hilera de focos iluminaba la llegada de un oficial alto, delgado y de una impecable camisa blanca. Bajo uno de sus brazos, apretaba una carpeta de tapa plástica; que por lo visto, era transparente. Al llegar a la entrada, habló unos minutos con el obrero que le dio el paso, y el mismo, con el dedo índice de su mano derecha apuntó hacia nosotros, mostrándole su camino. El de camisa clavó la mirada al objetivo y encaró. Al estar frente a nosotros, sacó un papel y comenzó a nombrar algunos de los que estábamos en la jaula. Después de llamar a dos de los presentes, en mis oídos hizo eco mi nombre y apellido. Quedé completamente paralizado de pies a cabeza. No entendía para qué lo estaba haciendo, hasta que en un instante, antes de que se marche el penitenciario, automáticamente reaccioné, y muy decidido lo encaré; pero justo en ese momento, me ganó de mano otro pibe haciéndole la pregunta que tanto causaba intriga para todos aquellos primarios en ese asqueroso sitio. El chico se hallaba demasiado nervioso, se trepó de la jaula como un desesperado y hambriento mono, y en varias ocasiones le preguntó al que sostenía la carpeta: “¿Para qué es esto, don?”, él le contestó: “todos los que nombre, estén atentos, que se van de traslado”. Quedamos con las miradas inquietas, muy tensionados por lo que nos esperaba, algo que la mayoría no sabíamos.

Al transcurso de unos minutos, empezaron a realizarse todos los movimientos, y una tropa de hombres vestidos de verde, que parecían ser de División Traslados, ingresaron a La Redonda y, junto a ellos, una cantidad de presos bastante considerable.

Los condenados venían empapados, a causa de una tormenta intensa que los había azotado la noche anterior. Arrastrando sus monos, iban dejando una serie de caminos de barro sobre los antiguos y opacos mosaicos que pintaban la añosa morada, algunos resbalaban, y otros hasta se caían de espalda. Uno de ellos, muy despistado a lo que a los demás les venía sucediendo, cayó tan fuerte, que un golpe seco y certero lo hirió profundamente en la parte derecha de la nuca. Inmediatamente, un oficial lo asistió llevándolo al sector de Sanidad.

Algunos, sólo traían bolsos cruzados sobre sus hombros. Uno del montón venía rezongado por que el agua hizo que se rasgara la manta en la que traía sus pertenencias, y algunas de sus cosas, quedaban desparramadas por el camino. El tener que volver a buscarlas, era un problema, por que en la frontera de reja que tenía que cruzar de regreso, un guardia cárcel, de mala manera lo insultaba y no los dejaba pasar. Pero el muchacho se reveló ante la presencia del uniformado, y a raíz de querer juntar sus cosas, todo terminó en un caos, por que se le tiraron encima dos de la Comisión. Terminó tendido en el piso y esposado a sus espaldas. Sus acompañantes, al ver lo sucedido, optaron por seguir callados y se fijaban en no perder nada a su paso, y si lo hacían, rápidamente lo juntaban. En un inesperado momento, de la nada se apareció un tipo petizo, calvo, de barba corta y prolija, que su uniforme lucía una hilera de jerárquicas estrellas. La presencia de ese tipo, hizo que al instante, cada obrero tome su puesto de trabajo. Todo quedó en silencio; menos el preso amotinado, que rezongaba tumbado sobre un charco de agua que avecinaba a un costado de las famosas leoneras apodadas “Meonas”. El hombre de barba prolija, luego de escuchar su manifestación, se arrimó a él para ver qué le ocurría, y le pidió que por favor se calmara; y así, podría hacer que le quitaran las esposas. El muchacho obedeció, se dio cuenta que el señor que salió de la nada, era el director del penal, y para darle una lección al encargado que lo provocó y amarró, ahora lo había mandado a liberar al joven esposado, y sin reclamo alguno, el obrero obedeció.

Por lo que oí, cada prisionero venía de distintos penales de la provincia, y uno que otro, se saludaba con abrazos y besos. Pero también, al parecer, otros llegaban de la misma zona de La Plata; pude escuchar, que uno le comentaba a otro que lo traían de la unidad número cuarenta y cinco de Melchor Romero. El guardia que los guiaba, les pidió que muevan sus pertenencias a un costado, obedeciendo su orden, terminaron en el mismo sitio, detrás del mismo portón de chapa en el que yo me hallaba cuando ingresé a esa penitenciaría, sin baño ni canilla en donde poder calmar sus necesidades.

Pasó media hora y comenzaron a quejarse; reclamando agua

y comida, o que los revisaran y los mandaran a un pabellón. Después de la charla con el penitenciario, esperaron un momento; y al no tener respuesta, nuevamente comenzaron a patear la puerta produciendo un fuerte escándalo que esta vez, hizo que se arrimara uno de los jefes de turno, a su vez, insultaban remarcando a gritos, que si no les daban lo pedido, empezaría a echar un par de giles, vociferaban que ya estaban cansados de que los boludeen. El que intervino pidió que se calmaran, que no es necesario ni sacar, o herir a nadie para recibir comida, y les pidió que tengan paciencia. Abrió el candado de la metálica y verde puerta, y les alcanzó una caja con pan y unas incomibles fetas de carne seca, que para ellos, fue todo un manjar. Ah, casi me olvidaba de contarles; que con el agua no les fallaron, pero como no tenían un bidón, o algún que otro recipiente, les pasaron agua en una palangana plástica, la que sin dificultad fue aceptada, ya que necesitaban bajar a su estómago los deliciosos sándwich carceleros.

Horas mas tarde, volvieron abrir el chapón, pidiendo que por favor vayan saliendo tranquilos, que no desesperen. A un costado, otros guardias preparados con guantes quirúrgicos, esperaban para revisarlos. Yo, al ver cómo exploraban sus cuerpos, me acordé de la paliza que me dieron cuando di mis primeros pasos en Guardia Armada, y me dije por mis adentros: “¡Qué flor de pelotudo que fui! ¿Cómo no giré en ese momento?”. Pero bueno, era algo nuevo y sea como sea, ¿Así es como se aprenden las cosas de la vida no? A veces tropezamos, para luego, poder encontrar el camino correcto. Les puedo asegurar que por lo menos yo, como quién dice, “me hice a los golpes”; y la verdad, hoy, volver hacia atrás y revivir parte de mis viejos recuerdos no me hace bien, pero lo estoy empezando a tomar como humilde y bondadosa terapia; es por eso que no pienso despegar mis dedos de estas ya transparentes teclas, “mi nueva adicción” en las que les seguiré narrando lo real de mis días de encierro. Con ellos fueron haciendo lo mismo que cuando yo llegué a Olmos. Los atendían y mecánicamente, los mandaban a los pisos por la escalera caracol. Ese día aprendí que tenía que dejarme revisar, que era rutinario en los traslados o ingresos, y no hacer machucar mi cuerpo por berretines baratos.

Al terminar de atender a todos aquellos muchachos, un penitenciario se acercó, y empezó a nombrar a todos aquellos que nos íbamos, los demás fueron unos “afortunados”, bah, afortunados... entre comillas, por que la verdad... esa cárcel, era un verdadero asco, que por lo menos yo, no se lo deseo a nadie. Al oír mi apellido, se me estremeció el alma, y con perdón a la palabra, —el culo se me llenó de preguntas — y mis nervios hicieron que mi estómago pida a gritos un baño, algo que jamás me

concedieron y tuve cagar en el baño del inhumano camión.

Bueno, en fin, después de todo lo que pasé ese día, nos abrieron la puerta, y los nombrados, encaramos juntos a buscar nuestras pertenencias al pabellón.

Al entrar donde ocurrió el quilombo, vi un verdadero desastre, parecía haber pasado un tornado, o una inundación, un acto furioso de la naturaleza. Sólo atiné a juntar mis cosas; pero los otros pibes se fueron de Shopping; es decir, arrasaron con todo lo que pudieron, y cada uno de ellos, salía arrastrando inmensos monos.

Al estar nuevamente en La Redonda, Víctor me hizo seña para que me arrimara, sin dudarle me acerqué, y en voz baja me preguntó si los demás que subieron conmigo, se metieron a la cuarta, le dije que no. Al instante, uno de la Comisión, me llamó para requisarme, aclarándome que ya nos retirábamos del penal de Olmos, mientras que los demás pibes de La Leonera, sabiendo que los otros tres arrasaron con todas sus cosas, frunciendo las cejas, irónicamente les decían: “¡Nos vemos! Miren que esto es un pañuelo y tarde o temprano nos volvemos a encontrar”.

Ya preparados para partir del sitio, uno de los empleados levantó todos los legajos, los abrazó y emprendimos la salida por el mismo túnel oscuro por el que ingresé.

Luego de un largo trayecto, agitado y sin darme cuenta, ya me encontraba junto al camión en el que viajaría a mi nuevo destino. Pude ver que a su lado, tenía una angosta y larga ventanilla con mallas metálicas color negro, y por la profundidad de ellas; se reflejaban sombras, que por lo visto eran rostros, eso hizo que me diera cuenta que ya había pasajeros a bordo. Apoyamos nuestros monos junto a una puerta horizontal en la parte baja del mismo, al momento apareció un penitenciario pidiéndonos que lo siguiéramos. Tomé todo el coraje de mi vida, con nervios y sin retobarme entré hacia la parte interior del camión. No les voy a mentir que no sentía temor, por que sí lo tenía, es más, siempre estuvo presente, y siempre lo estará, soy un ser humano, y es por eso que entré cagado en las patas.

Una vez dentro pasó algo inesperado, me llamaron de uno de los últimos asientos, y al instante, supe de quién era esa voz. Ese inconfundible tono ronco, era de una persona que con certeza, podía decir que era mi fiel amigo Juan, un pibe de mi barrio. Encaré con todas mis fuerzas para el fondo, el ruido de las esposas, ese cric...cric...cric, sonaba en las manos de cada sujeto ahí presente, en el recorrido podía ver como algunas miradas caían sobre mis lujosas zapatillas “Nike Shock”. Uno que

estaba a un costado de Juan, recibió dos fuertes bofetones en la nuca por parte de él, que hizo que cayera tendido sobre la goma podrida que tenía como piso el vehículo. De seguido le gritó: “¡La concha de tu madre! ¿No te diste cuenta que tenías que darle el lugar a mi compañero?”, y nuevamente humillándolo le dijo: “¡Desaparecé de mi vista! ¡Dale, dale, dale! Antes que te corte la cara, pordiosero” mientras le mostraba dos acerados y brillosos bisturís, eso daba miedo. Yo me di cuenta que todo era parte del juego, y pisando la espalda del pobre infeliz, pasé a sentarme a un lado de mi amigo, que con un pedazo de chapita forcejeó mis ganchos\* hasta el punto de abrirlos.

El inconsciente, de a poco, se iba adueñando de mis pensamientos, y me pedía a los gritos, que sea alguien en este mundo de la cárcel, en esta mísera mierda de lugar, y cumpla el sueño de un principiante, que era alienarme a las personas que me rodeaban en esta jungla de acero y roca.

Empezamos a conversar con Juan, recordando cada momento que pasamos juntos en comisaría, me aconsejaba que nunca me dejara pisar la cabeza por nadie. Que todo eso era verdaderamente de juguete o más bien; un jardín de infantes, que no sienta temor ante la presencia de ningún tumbero\* ni tampoco por la policía, que todos somos de carne y hueso, y repitiendo la frase agregaba que nadie es inmortal en la tierra, mejor dicho lo gritaba, buscaba quilombo, y decía que si existía alguno que se lo diga, vería que es lo que pasaría. Yo tomé sus consejos, y cada palabra que vociferaba al aire se grababa en mi memoria, como las cicatrices en mi piel. Hasta que fue interrumpido por dos muchachos, los que al escuchar a Juan, se molestaron y, a cambio, querían nuestras zapatillas. Mi amigo me pasó uno de sus bisturís, fue la primera vez que sostuve uno en mi mano, no tenía idea de cómo usarlo, pero busqué la forma, y como pude me defendí. Parado arriba de un asiento, comencé a mover mi brazo de un lado a otro en contra de mi enemigo, produciendo heridas cortantes en su cuerpo, así me mantuve a salvo, ya era parte de la verdadera ley de la jungla contra la que hoy combato. Era él o yo, ya que en una de sus manos sostenía una varilla en forma de aguja. La sangre salpicaba cada rincón del lugar, a varios asientos y sus ocupantes. Juan estaba encarnizado con su contrincante, y le produjo un tajo bastante considerable en su panza, haciendo que largue su bisturí y sostenga los intestinos que colgaban de su barriga. Mi rival, al ver de refilón tal y semejante hecho, saltó por encima de los asientos, pisoteando a todo aquel que se interponía en su marcha, hasta llegar a un lado de su compañero. El piso quedó cubierto de una espesa capa sangrienta. El muchacho malherido quedó tendido frente a la puerta, y por la pequeña

ventana de la chapa corrediza, el otro pedía a gritos que los sacaran del lugar.

Cuando uno de los guardias se asomó, ya era tarde; Juan y yo estábamos en nuestros asientos, disimulando no saber nada de lo ocurrido. Vomité por un largo tiempo. Fue algo que jamás en mi vida había visto. Ninguno de los que espectaba la escena, abrió la boca para decir algo a la policía, habrá sido por miedo a que en el camino, les pase algo similar. Al bajar a los dos heridos, los penitenciarios subieron con perros y nos pegaron palazos, piñas y patadas a todos, hasta en un instante y bien recibido me hicieron un piquete de ojos. Lo hicieron para justificar lo sucedido, ya que nunca supieron lo que pasó. Solo pegaron, y se fueron como si nada.

Quedamos varados unas cuantas horas más en ese sitio, pero al fin volvimos a emprender la marcha. Juan al ver que ya había pasado la bronca y los policías no entraron más. Desesperado, hurgaba y hurgaba con ambas manos el bordado del pantalón deportivo que traía puesto, hasta que logré obtener lo que tanto anhelaba, que era una envoltura echa con un trozo de bolsa transparente, que por lo que vi, contenían una cierta cantidad de pastillas, me miro y en su fisonomía se hizo presente una sonrisa de oreja a oreja, que achinó sus ojos, más bien parecía un niño con juguete nuevo. Se clavó unas cuantas en su boca, luego me ofreció, aclarándome que ellas calmarían mis dolores y a su vez me decía: “tomalas que son buenas, boludo, no pasa nada, dale mira que yo no le doy pastas a cualquiera” inconscientemente, me tomé cinco juntas y automáticamente, quedé tendido sobre el asiento.

Al despertarme, estábamos en la unidad número veintinueve de La Plata; en donde a cada uno, nos dirían el destino de nuestros traslados. En ese viaje, frenó muchas veces el furgón ciego, y el silencio siempre era interrumpido por algún que otro preso, que se acercaba a la ventanilla de la puerta y preguntaba: “¿Ya llegamos, don?”.

Y justo cuando me levanté para ir a orinar, frenaron de golpe y apagaron el motor, hasta el momento todos pensamos que estábamos en destino, luego de tantas horas, así fue, habíamos llegamos. Abrieron la puerta y un vigilante con una planilla en mano, se paró en la entrada y mirando hacia adentro, demostrando estar algo inquieto, en varias ocasiones pronunciaba un apellido. Todos se mostraban impacientes; como perros con rabia, y todas las miradas caían sobre el tipo uniformado, pero por lo visto el único que bajaba era yo. A pesar del barullo y todo, escuché claramente mi apellido. Me levanté del asiento, desesperado por bajar del irrespirable lugar, saludé a Juan. Él me estrechó su mano

derecha, y con la otra me apretó el codo, luego me dio un abrazo y nos despedimos. “¡Nos vemos pronto, amigo!” me repetía mientras me iba alejando. El penitenciario, al ver que era yo, meneó su cabeza de arriba hacia abajo insinuándome que me acercara. Como pude y zigzagueando a cada preso, llegué frente a él, me preguntó apellido y nombre completo, después de contestarle, tardó unos cuantos segundos en verificar mis datos. Tendió sus manos con la planilla a la altura de su nariz, y con un tono mortecino, me pidió que le diga mi número de documento, y luego el domicilio de mi casa. Lo entretuve exigiéndole una respuesta a la razón de su pedido, por que no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, por un momento llegué a pensar que me iba en libertad. El hombre, al notar que se trataba de un primario, se puso en papel de maestro y con lujo de detalles me contestó: “¡Es necesario para que no haya confusión, y poder confirmar bien que sos vos, y no cometer el error que pasa a menudo en los traslados!”. Suspiró lentamente, y por las dudas a que no haya entendido me replicó: “¡Es para no llevar uno equivocado, y tener que volver!”. Al verme completamente en silencio, siguiendo la charla algo exaltado me dijo: “¿Me lo podés decir? ¡Así partimos de una vez por todas, pibe! ¡Dale!” Les comento que ese no fue el punto de mi pregunta, pero bueno, sin más cuestiones de mi parte, antes de que haya algún malentendido y terminar cagado a palos; hice caso y descendí, en el transcurso hacia el trasbordo, me terminé dando cuenta de por qué tanta irritación en el hombre de la planilla. Por que otro penitenciario que me esperaba afuera, al ver que estaba bajando por la escalera del furgón, me apuraba y sin que yo le pregunte, me manifestaba que hacía tres horas y media me esperaban para partir hacia el penal de Junín; ese era el motivo y no querían renegar con nadie más. Pude oír a Juan, que por las rendijas de la angosta ventana del camión me gritaba: “¡Nos vemos! Nunca olvidés lo que te dije: esto es de juguete... y fue negro, no comprés con nadie,” levanté mis manos esposadas por el aire y, moviéndolas de un lado a otro, lo volví a saludar.

El encargado me pidió que lo siguiera para buscar mi mono, y pude observar a mí alrededor una serie de puertas enumeradas, y un pasillo largo y enrejado, por el que transitaban presos y algunos policías que a su vez también iban arrastrando monos, por el piso rojo y marmolazo, algunos rezongaban. Alcancé a oír como se despedían insultándose amablemente y se remarcaban: “yo voy para tal lado, nos vemos amigo, un abrazo, te quiero mucho, la concha de tu madre”, demostrando una sincera confianza entre ellos, hasta vi como algunos solían darse besos en la boca, hoy con el tiempo que llevo preso, puedo entender que no se besaban por que eran putos, sino para insinuar que eran tumberos y para que los demás, allí presentes, les teman.

Ese día, al ver la cruda verdad de cómo se manejan la mayoría, de imitados e inauténticos y cosificados presos, quedé plenamente sorprendido. Yo me hago cargo que en un tiempo me adapté a ciertas reglas carceleras, pero solo lo hice para sobrevivir, eso si tengan por seguro que nunca jamás besé a un hombre.

Al tener mis pertenencias, las subí sobre uno de mis hombros, y algo encorvado por el peso, encaré hacia el vistoso pasillo. Habré dado cinco pasos, y el penitenciario que me acompañaba me pidió que frenara indicándome que dejase mis cosas junto a una camioneta estacionada a un lado del camión en el que había llegado. Esta vez y por lo visto; viajaría a Junín en Traffic. Después de dejar mis cosas en el suelo, otro me pidió que me baje los pantalones y calzoncillos hasta los tobillos. Sin dificultad de nada, lo hice, luego que me suba la remera lo más que pudiese. Se fijó que no tenga ninguna clase de lesión en mi cuerpo, y me dijo: “¡Vestiste nomás!”. Al terminar me ordenó que lo siguiera, cuando estaba subiendo, pude oír que Juan nuevamente me gritaba, “¡Nos vemos amigo, sos vos en esa limosina!” insinuando que en donde habíamos llegado era un horno de chatarra y esta era todo un lujo.

Ya estando acomodado en uno de los asientos del vehículo, observé que éramos sólo siete, y el ambiente daba a entender que todos tenían ganas de viajar tranquilos y relajados. Uno de los muchachos a bordo me ofreció un trago de mate cocido que rotaba en una botella de gaseosa cortada en forma de jarra, me apuntó una caja en donde había pan. Yo sin pensarlo; agarré y comencé a comer, el hambre era demasiado y no hacía otra cosa más que masticar y tragar, mientras que otro me preguntaba mi nombre. Sin dudar y como pude, contesté su pregunta, pero mi boca estaba repleta de pan, y por el momento no podía dialogar. Al tomar ese delicioso y caliente desayuno las pastillas que me había convidó Juan, volvieron a hacer efecto y me mandaron a dormir como un angelito. Cuando me di cuenta, ya estaba en el portón de la cárcel de Junín y en el camino mientras me agasajaba en un profundo sueño, la mala suerte se presentó, fue triste, no me di cuenta y un preso que bajó un penal antes, me sacó las zapatillas, eso si, agradezco que le hayan gustado mientras yo descansaba, por que sino, le hubiese roto todos sus dedos con mi cara. Por suerte tenía otro par en mi mono. Después de más o menos media hora, empezaron a bajarnos de a uno, cuando fue mi turno aproveché y nuevamente me calcé, nos iban metiendo en un jaula sin techo y echa de alambre, en la que apenas entramos, la húmeda y tiesa brisa, rápidamente, se adueñó de nuestros cuerpos, las pertenencias entraban junto a nosotros y eso nos jugo a favor, por que el frío que hacía cada vez se ponía más tenso e insoportable y nos tuvimos que envolver

con mantas, al instante la mayoría se hallaban alterados, querían entrar de una ves por todas, y puteando por lo bajo caminaban de punta a la otra. Desde el lugar en donde estábamos se podía distinguir una serie de ventanas angostas y verticales parecían ser la parte trasera de los pabellones, al instante un preso que ya había estado en el penal, señalando a una ventana dijo: “yo estuve en aquel, y mientras se refregaba la cara con las dos manos en varias ocasiones repetía: la concha de su madre, de nuevo acá”. En un momento logré observar cómo se venían acercando dos uniformados, uno de ellos, al estar frente a nosotros, comenzó a llamar por apellido, la misma rutina de cuando ingresás a una cárcel.

Quería estar seguro a que podamos ingresar sin dificultad de nada, ya que muchos presos iban a comparecer al juzgado y denunciaban por maltratos físicos, psicológicos, o malas atenciones médicas, que algunas de ellas eran falsas y, otras tantas verdaderas.

Esa mañana los ingresaron a todos, menos a mí. Ahora era yo, el que durante unas cuantas horas rebotaba en la jaula de una punta a la otra, mirando como la niebla se iba aplacando entre los parejos pastizales que costean el sitio. Un joven penitenciario que se hallaba a una distancia de medio metro, dentro de una garita de vigilancia, se arrimó y; paso a paso, empezó a explicarme el motivo de mi demora. Creo que el hombre, al verme envuelto en dos mantas, esperó el momento y se acercó preguntándome si en mi mono traía un termo, así él podría pasarme agua caliente para tomarme unos mates, y aliviar un poco el frío que me acudía. Le contesté que si, y automáticamente, metiendo la mano por el borde de uno de los nudos de la manta, logré sacarlo. Me acerqué hasta él y se lo di por el angosto espacio que tenía entre el portón y el piso, y al momento, me lo trajo con unos pedazos de pan recalentados. A raíz de eso, y sin que yo le preguntara, él comenzó a relatarme que días antes, un muchacho con el mismo apellido que yo, salió apuñalado de uno de los pabellones de la unidad, y estaban confirmando que no tenga parentesco conmigo para evitar un problema. Sin que yo lo interrogue me dijo el nombre completo del herido, y al ver la cara que puse por la noticia, de seguido me preguntó: “¿Qué? ¿Él es tu hermano?” Le contesté que si, y el hombre me dijo que no me preocupara, que ya estaba fuera de peligro y ubicado en el sector de Sanidad del penal número tres de San Nicolás, el obrero al tener esa certera respuesta de parte mía, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció como el humo de un cigarrillo al viento. Ahí logré ver por el cristal de la ventana de la garita, que el canoso y gentil muchacho, tomó el teléfono y seguramente les estaba confirmando a sus colegas, que yo era su hermano. Eso apuró los trámites de partida, por que aquellos que tuvieron el quilombo con él, seguían alojados en el

mismo pabellón donde había ocurrido la sangrienta reyerta, y a raíz de todo eso; no podían dejarme alojado en la unidad. Ellos sí que fueron unos afortunados, ya que el juez que ese día se hallaba de turno en el tribunal más cercano a la cárcel, amablemente les concedió la orden de inmovilidad a los inocentes e ilesos internos, —por las dudas, a que no les vaya a ocurrir algo similar a lo que ellos le causaron a mí hermano—. Por tan solo un par de zapatillas y algunas mudas de ropa berreta.

En estos pocos renglones, les resumí una pizca de lo que crea discordia, envidia y superioridad entre los presos, quienes se terminan matando por lo material, por un simple pedazo de tela con etiqueta, un televisor, o un centro musical; solo para querer aparentar ser algo que no son, y sin darse cuenta, se hacen parte de esta estructura de tierra fértil, donde; en vez de crecer flores bonitas, cosechan violados, inválidos, muertos o ladrones.

Volviendo a mi tan despreciada demora, dentro de la gigantesca jaula de alambre, observé que desde la parte interior del lugar, un penitenciario venía remolcando a un muchacho en una silla de ruedas, mientras que otro, traía sus pertenencias. Una vez que los tres estaban a mi lado, me di cuenta que el de la silla de ruedas era Caio, un pibe de Pergamino con el que delinquimos cuando éramos menores de edad. Quedé sorprendido al verlo en tan buen estado luego de que una puñalada le atravesara el torso y la paleta. También parecía a ver recibido un escopetazo en sus piernas que no le permitió caminar por un largo tiempo, igual digamos que fue un afortunado; ya que las municiones eran tan solo de goma y sus muslos seguían en sus lugares. Lo saludé con un suave apretón de mano por miedo a hacerle doler sus heridas, y el mismo oficial que lo traía interrumpió pidiéndome que tomara mis cosas y lo siguiera, le hice caso y encaré junto a mi amigo. Al estar frente a la puerta del camión, uno de los policías, amablemente me pidió que dejara mis cosas y lo ayudara a subir a Caio. No lo dudé y encaramos por la escalera con mi amigo, y mientras nos acomodamos, escuché que ellos cargaron lo nuestro y subieron a las apuradas. Sus actitudes demostraron claramente, que también querían regresar, y una vez que todos estábamos abordo, pusieron el motor en marcha y emprendimos el viaje de regreso.

En el camino nos hablamos la vida entera con mi amigo. Me contó un poco de lo que era su actual familia, después con todos los detalles, me fue poniendo al tanto de lo que le sucedió en el pabellón uno con los mismos pibes que, días antes, tuvo problemas mi hermano. Ahí fue que clavé la mirada fija a su ojos y, mientras me narraba lo ocurrido, sus cejas se encorvaban y su perfil, en un instante, ya era otro. Se hallaba completamente enfurecido, lo interrumpí diciéndole que algo sabía, y que por

eso mismo no me pudieron recibir. Me repetía que no sabía nada de que ahí mismo, lastimaron a mi hermano, pero que apenas se enteró, quiso hacer justicia y le fue mal. Sentí mucha impotencia por lo que les había sucedido a ambos, y lo peor, es que fue por un radio grabador que solamente funcionaba la casetera. Le cambié la charla por que el solo pensar en ello, me daba rabia e impotencia. Lo más triste, era que no estaba enterado de cómo se hallaba mi hermano. Mantuve en privado mi vida familiar, ya que sentía vergüenza por lo que les estaba haciendo pasar, y le relaté algunas de mis historias con pendejas del barrio porteño, en donde estaba viviendo antes de caer preso. En ese transcurso, pude notar que se refregaba su panza y, apretando sus dientes y labios; insinuaba sentir dolores incalmables en su herida, y como los de la Comisión no daban asistencia médica, comencé a recordarle algunos de los momentos de nuestra inmadura adolescencia, pensando que eso le haría olvidar el constante sufrimiento que acudía su estómago. Pero no quedó otra que cerrar un poco la boca para que pueda recostarse y descansar tranquilo, aunque, al fin y al cabo, a mí me ganó de mano el cansancio y sin darme cuenta, creo que me dormí antes que él.

Les comento que luego de varias horas desperté y, al abrir mis ojos, vi como Caio se esforzaba para caminar, sosteniéndose de los respaldos de los asientos del camión. Al notar que desperté me dijo: “oí cuando los de División Traslado, decían que vos ibas para la veintitrés de Florencio Varela, y yo hacia la cinco de Mercedes”. Entonces, sacando cuenta, él bajaría antes. Después de esa noticia, al fin pude conocer lo que era alegría en una persona que está privada de su libertad, o sea, en Diego y en mí. Aunque para él, con el tiempo que llevaba en cana, con breves palabras me dio a entender que le daba igual ir a donde sea.

Al fin el camión se detuvo, estábamos junto a un portón gigante y completamente oxidado donde decía unidad cinco de Mercedes, era el destino de Caio. A los segundos de frenar, abrieron la puerta y gritaron: “¿Quién de ustedes es Escobar Morales?”, él se paró como pudo, y lo ayudé hasta llegar a la puerta. Nos despedimos con un abrazo, y después ellos lo ayudaron a bajar por la escalera y hasta la silla, lo fui viendo por la ranura de las rejillas de la ventana como se alejaba hasta que lo perdí de vista, pasaron veinte minutos y esta vez, no subió nadie. Nuevamente emprendimos la marcha y me recosté en lo largo de los últimos asientos y me volví a dormir.

Desperté cuando estábamos en la entrada de la unidad número nueve de La Plata, al margen de que uno se haya mandado las cagadas, es duro viajar metido en una caja; y es por eso, que a cada momento que arrancaba el camión, yo me esforzaba a dormirme. Me paré sobre una de

las butacas para mirar y ya era de noche. Abrieron el portón y aceleraron hacia al interior de la cárcel. En el trayecto que hicimos, me llamó la atención una fila de ventanas enrejadas de más o menos, un metro cuadrado. Parecían ser parte de las celdas de un pabellón, pero eso sí, no vi circular ni un preso. En uno de los avances lentos que hacía el vehículo, alcancé a escuchar música evangélica y uno que otro grito pausado alabando al señor. Estaban incorporados y bramaban en conjunto, hasta que al fin apagaron el fastidioso motor y al mismo momento, los evangelistas terminaron la celebración y todo quedó completamente en silencio.

Después de unas cuantas horas, di oídos a voces y el camión empezó a moverse, el motivo era que estaban amontonando monos dentro del baúl. En un relámpago, se llenó más de la mitad del furgón con presos. Un flaco y petiso muchacho que subía encapuchado, demostraba mucha inquietud; y eso me llamó la atención y no le quité la vista de encima. No le erré, algo estaba pasando, se arrimó a otro que estaba descuidado, y con un bisturí; le rebanó desde la cien al cuello. Fue un corte profundo, que por suerte no lo decapitó, pero tengan por seguro que lo arruinó para toda su vida. En segundos esparció sangre por cada rincón, y desesperado, como si hubiese visto el diablo en persona, corrió hacia la puerta pasando por encima a todo al que se interponía en su camino hasta que llegó a la salida. El encargado que esperaba la escena, al ver la desesperación que traía el muchacho, se hizo a un lado y el herido sin pensar, se arrojó por la escalera sosteniéndose la cara y pidiendo a gritos que lo ayuden. Los demás policías, al darse cuenta de lo ocurrido y sabiendo quién había sido, subieron y lo bajaron a los palazos, piñas y patadas. Cobró como los dioses el agresor, les aseguro que sus quejidos, retumbaron por cada rincón de la cárcel. Vaya a saber uno por qué lo habrá lastimado de esa manera, según decía uno, fue por unas minas, otro, por que le robó a la madre. Hubo muchas otras versiones, y yo ya no sabía a quién creerle.

Una vez que todo volvió a la normalidad, abrieron la puerta, y un preso subió con un balde de veinte litros de agua y nos exigió que por favor, levantáramos los pies; así podría remover la sangre esparcida en el camión. Todos hicimos caso, y justo cuando estaba pasando el secador apareció el jefe de Comisión, ordenándole de mala manera a que se bajara, se colocó en el centro de la entrada con una planilla en una de sus manos y pasó la lista. Al terminar, tapó su boca con la palma de su mano y largó un corto e inestable suspiro, pidiendo que por favor; viajáramos tranquilos, que no quería más problemas, y antes que alguien haga la gran pregunta, nos aclaró que nos dirigíamos directamente al Complejo de Florencio Varela, y sin dar más explicaciones desapareció cerrando

la puerta. Aunque ya no estaba, un preso respondió a su aclaración, gritando que sí, pero que antes de arrancar nos pasara agua. Desde afuera, una voz femenina contestó que eso no era un problema, y a los minutos; entró una atractiva y morocha uniformada, que era la hermana del jefe de la Comisión, nos pasó un bidón de cinco litros, y para completarla una bolsa con pan fresco.

Ya casi estábamos en destino, cuando empecé una charla con un muchacho de Quilmes que no me dijo ni su nombre y a los segundos se paró para ir al baño. Otro que se creía audaz y temerario, le quitó la campera que llevaba puesta a punta de faca; que sin dudar y por miedo, él se la entregó y nunca más volvimos hablar, no por que yo no quise, sino por que se quedó en un asiento frente al vistoso e indecente retrete, esperando a que se asomara un policía para pedirle que por favor lo sacara. Uno que se hallaba junto al saqueador, sabiendo lo que sucedería a propósito fue y golpeó la puerta para pedir que le encendieran un cigarrillo. Antes que el penitenciario, brusco y creído, que entró a dar fuego se marchara, el joven asaltado se paró, y se aferro a él; exigiéndole que por favor lo sacara del sitio. No dudó y lo sacó, pero a los tortazos en la nuca. Por boca de un preso que estaba en un asiento frente al mío, me enteré que el que salía de esa manera y no decía nada al respecto, si estaba ocupado el pequeño calabozo de chapa de adelante en donde viajaban las mujeres detenidas, lo esposarían en uno de los pasamanos de la escalera del vehículo. Los de la Comisión no dijeron nada, si el pibe no estaba lastimado, esta clase de hechos sucedía a menudo en las cabinas, en donde todos somos desconocidos y muchos, están al asecho. Pero también corren peligro de ser presas. A raíz de lo ocurrido, dejaron abierta la mirilla de la puerta y todo siguió tranquilo. En un momento del trayecto, me puse hablar con el que se quedó con la campera, y luego de una larga charla al final del viaje me dijo: “¡esto es así, negro, al que le cabe le cabe, estamos en cana!”.

Al llegar a Varela, al bandido y oportunista saqueador lo bajaron en la unidad número cuarenta y dos, junto a todos los otros pasajeros, y en minutos, estaría en mi tan deseada llegada.

Al fin salí de esa ahogadora caja de metal, y pude observar que frente a mis ojos había un gigantesco portón de alambre, que tenía amarrado un cartel en que decía “Unidad número veintitrés”, eso fue lo mejor que me sucedió en mis días de cárcel, más atrás pude divisar otro portón, pero de chapa y casi de la misma altura del muro. Me metieron en una de las leoneras de Guardia Armada, nuevamente estaba pasando por la rutina de siempre, me revisaron para ver si tenía alguna lesión en el cuerpo. Una vez que vieron mi cuerpo libre de hematomas y puñala-

das, el enfermero mientras rascaba su cabeza y bostezaba, me pidió que me vistiera. Un jefe de la unidad se arrimó ordenando a que nos hagan pasar y otro nos acompaña. Abrieron una pequeña puerta que estaba acoplada a la gigante, y pasamos a un extendido y desocupado espacio que en su centro, tenía un parque pequeño que lo avicinaba un volquete rebalsado de basura. Ese sitio en el penal, todos lo llaman el playón. Uno de los penitenciarios pidió que lo siguiéramos y encaré junto a él. Después de cruzar por el descampado de hormigón, caminamos por un pasillo de loza, bordeado de columnas pintadas de blanco y alguna que otra maseta abandonada y con flores muertas. Lo único que pude ver, fue el arco de una cancha, y postes alambrados que lo rodeaban. Esa noche era bastante oscura y no podía distinguir casi nada de lo que cercaba a cada paso que iba arrastrando mi mono. Le hice algunas preguntas al obrero que nos guió, pero jamás obtuve alguna respuesta a mis sinceras interrogaciones, me miraba demostrando un aspecto jadeante, muy serio y como un disco rayado me repetía con palabras lentas: “¡Apurate que ya falta poco para que lleguemos a Control!”, mientras que el otro policía me expuso: “Si no te molesta, agarro de uno de los nudos del mono, así nos apresuramos y puedo irme a mi casa con mi familia.” Y así fue que llegamos mucho más rápido. Luego entregó mi legajo, me miró y me dijo: “Hasta luego”. Yo lo quedé mirando como se perdió al final del pasillo, y después me recosté encima de mi mono acomodando mi espalda contra el alambrado que hacía de muralla al sector de vigilancia, el que hoy en día lo llaman honguito o Control, y en realidad es un panóptico, de ahí es de donde somos vigilados día y noche. Luego de que revisaron mis papeles, y vieron que todo estaba en orden, uno se acercó pidiendo que aguantara un rato, que ya me llevaría a un pabellón de depósito hasta el día siguiente para que me atendiera el jefe del penal, y él vería que hacía conmigo.

Me hallaba nervioso y a la vez contento, tenía muchas ganas de ver a mi familia, o hablar para avisarles en donde estaba. Por lo visto, iba a pasar otra noche bajo la intemperie. Esta vez no hacía tanto frío, y solo me abrigué con una manta. El tiempo pasó como el viento, y empecé a ver como el cielo comenzaba a ponerse rojizo, y por el horizonte; se venía asomando lentamente el sol.

Se hizo de día, y el que horas antes me expuso que me llevaría a un pabellón, apareció por un pasillo con los pelos parados, supuestamente se durmió y se disculpó diciéndome que estaba cansadísimo. Le pedí que me llevara a una celda, y sin pensarlo me pidió que agarrara mis cosas y lo siguiera. Arrastré mis pertenencias por uno de los tantos pasillos, y aparecí frente al pabellón número ocho; que en ese momen-

to y hasta ahora, es depósito. Al entrar, lo primero que capté, fue que el mutismo era rotundo, pero el chillido de las oxidadas bisagras cuando el encargado abrió el portón, se ve que hizo despertar la curiosidad de algunos de los presos allí presentes, y al instante, por algunos de los pasaplatos de las puertas del pabellón, comenzaron asomarse trozos de espejos, pero fueron segundos, porque entré en una de las celdas más cercanas a la entrada. Se habrán quedado con la intriga de saber quién era y volvieron a guardarlos.

Ya estando dentro pensé encontrarme con alguien, pero eran calabozos individuales. Desaté mi mono y no dudé en armar la cama para poder descansar un poco y con decencia. No lograba pegar un ojo, a las pocas horas volvieron abrir las rejas y entró un preso empujando un carro por el medio del pabellón ofreciendo agua o mate cocido caliente. Me arrimé al pasaplatos y se acercó a ofrecerme. Le pedí si podía llenar mi termo con agua, y lo más triste, fue que no salía por que era grande, y la abertura de la puerta chica. El muchacho me dijo que no era problema, que lo destapara, y él, desde afuera con una jarra lo llenaría. Así fue que gracias a la gentileza del pibe, pude desayunar. La intriga de querer saber dónde estaba parado, me tenía inquieto, en un momento oía que me hablaban, pero no veía a nadie. Me paré de la cama, y comencé a rotar en el mismo lugar, hasta que me di cuenta, que el que me estaba saludando; era el de la siguiente celda, y lo estaba haciendo por un agujero que tenía la pared. Me acerqué, y las primeras palabras que me dijo fueron: “¿De dónde sos? ¿Cómo te llamás?”. Siempre contesté a sus preguntas, pero él nunca se presentó, solo me dijo que era de Mar del Plata. Me parecían extrañas sus actitudes, fue amable al decirme que lo que precisara, no dude en pedírselo. Solo le dije gracias, me alejé, y seguí con mis mates amargos. Seguro que al ver que yo ya no estaba, también se retiró del lugar. Justo en el momento que terminaba de desayunar, todos comenzaron a golpear las puertas y gritaban como unos desesperados. Al asomarme para ver que era lo que ocurría, solo vi una capa de humo; todo se hallaba completamente oscuro, lo único que distinguí en medio de la negrura, fueron bomberos arrojándole agua a mi vecino. Automáticamente como me asomé, me retiré de la puerta y me acerqué por el agujero por el que minutos antes, me llamaba, pero lo había tapado con un trapo. El loquito de mi vecino ocasionó un incendio en su calabozo para poder salir de traslado, ya que hacía meses que estaba esperando un acercamiento familiar a la cárcel número quince de Batán.

Les cuento que acá, como suele pasar afuera, en los barrios de clase baja o alta, muchas promesas burocráticas son efectivas, y otras causan estos tipos de problemas, como incendiarse, coserse la boca con

alambre de un cuadernillo, los parpados con hilo de coser, darse puñaladas a uno mismo, o hasta el punto de ahorcarse para poder obtener el objetivo que uno desea. Por suerte, de esta salimos todos bien, solo que casi la mayoría nos morimos asfixiados. Le dije, loco sin discriminación, es que eso de prenderse fuego no es de una persona normal. El humo se filtró en mi celda, eso me dejó sin aire y caí tendido al piso. Cuando desperté, tenía una máscara de oxígeno en mi cara, y me encontraba en una camilla del sector de Sanidad. Lo sucedido me favoreció demasiado en lo que es el ámbito carcelario, y la buena suerte se afirmó a la par mía como una fiel compañera, ya que después de que me dieron el alta, me atendió el jefe de la unidad para que yo no vaya al juzgado, y cuente lo que ocurrió ese día. Me ofreció subir al pabellón número cuatro de máxima seguridad, pero me comentó con lujos y detalles, que era el mejor de la cárcel. Yo le creí todo, y acepté su propuesta.

No me juzguen por haberle sacado fruto a lo sucedido, es que en la vida, a veces, hay que transar, y uno hace lo que puede para sobrevivir en este lugar al que yo lo apodé la jungla de acero. El hombre nunca me mintió en nada de lo que pactamos ese día; y es por eso, que hoy puedo contarles en resumidas partes como es mi vida en este lugar. Aunque él ya no esté más como jefe en esta penitenciaría, igualmente se lo agradezco. Y si el día de mañana me sacan de traslado, espero nuevamente encontrarlo, así recordamos viejos momentos, y por ahí; quien dice, me brinda otro pabellón como este.

Hoy me encuentro sentado frente a una de las tantas computadoras que tenemos, pero esta es especial; por que es la misma en la que aprendí computación sin necesidad de un curso. Claro, que poniéndole ganas y con ayuda de mis compañeros de la editorial de la cual formo parte y tiene como nombre Cuenteros Verseros y Poetas.

La cultura a mí me ayudó demasiado, y pienso que es necesaria, es decir; importante en todas las cárceles del mundo. Ojalá un día, así sea el menos esperado; se esparza y se acabe de una vez por toda la delincuencia. Me estaba olvidando de contarles lo que para mí es trascendental en esta historia y, forma parte de mis noches solitarias bajo la flama bailarina de las velas. Masticando hoja a hoja de los libros que me ofrece nuestra fiel biblioteca bautizada por todos los primeros integrantes del taller literario con el nombre del famoso escritor Rodolfo Walsh.

Gracias a su gentileza por estas noches de encierro, conocí a muchos escritores, y de ellos obtuve cultura y arte. También con uno de mis compañeros, coordinamos una escuela de boxeo; la cual tenemos la esperanza de sacar un campeón argentino y no otro ladrón abatido.

Me voy despidiendo y como se habrán dado cuenta, estoy preso, pero libre de mis pensamientos, y eso me convierte en la persona más feliz del universo, ya que encontrar mis dones ocultos y de a poco me desarrollo mental y físicamente, para que cuando me llegue la tan deseada libertad pueda comenzar a vivir una vida normal, llevando a cabo mis proyectos, haciendo lo que me gusta y no lo que los demás quieren. Lo bueno es que voy a poder cumplir mi principal deseo: Poder disfrutar a pleno mi familia, y recuperar todo aquello perdido y más,

Después de vivir todo esto, agradezco el haber podido conocer tantas personas buenas; las cuales en mi viejo mundo, yo creía que no existían y sin embargo, estoy completamente rodeado de fieles amigos, y mis agradecimientos son exclusivamente dedicados a mi maestro y compañero Alberto Sarlo, que no falla un miércoles, aunque se le pinche la rueda del auto, a nuestro querido y otro camarada Cristian Moores, que es un capellán único y copadísimo. Ellos son la esperanza, los que hacen posibles sus proyectos. Ojala hubieran más como Alberto y Cristian en las cárceles, y que de una vez por todas, se termine la delincuencia.

## DECISIONES

Por *Fabián Miculán*

En esta madrugada, de lo que espero no sea un día tan frío, estoy en mi celda, y el motivo de mi desvelo es, como tantas otras veces, estoy esperando visita. Se preguntarán porqué me quita el sueño saber que en escasas horas veré a mis seres queridos. Es difícil de explicar, pero siempre me pasa; debe ser que me siento culpable de todo lo que tienen que sufrir por mi culpa.

En fin, esto no impulsó que tome la decisión de contarles un poco de lo que se padece en las cárceles de la provincia de Buenos Aires. Cuando digo “padece”, no hablo si no de todas las penas, las alegrías, lo nuevo, lo feo, lo no tan feo, cosas buenas y malas. Porque en este mundo hay de todo y, a lo largo de mi narración, les voy a ir contando todo... pero sin tapujos. Espero no se malinterprete, por que no es mi intención hacer apología a la delincuencia y, menos que menos, a la vida perdida en las cárceles... ¿Qué lo impulsó? Si, ahí les cuento:

Son las 5.15 AM y escuché la reja por la que entra el encargado del pabellón y, al abrirse, pensé: “es seguro que vienen a buscar a algún preso para llevarlo de comparendo, espero no sea a mí”, ya que mi mujer está en viaje. En menos de cinco segundos, me hice toda la película: que si era yo no iba. Pero si es para algo bueno, o, si era obligatorio, que vaya...el viaje de mi mujer sería en vano; pero bueno, no era yo, era Caín, el pibe de la celda 7, que también está esperando visita, y por suerte se pudo negar a ir. Eso, removió en mi memoria, la mayoría de los relatos que voy a compartir con ustedes, espero no los aburra ni sientan pena por mí, porque como ya les dije antes, no es la intención, simplemente quiero contarles la realidad tan aberrante que nos toca vivir en estos lugares, donde nos encierran para que, entre comillas, nos rehabilitemos.

Por todo eso me remonté otra etapa de mi vida, más precisamente, a mi adolescencia. La vez que, junto al gordo Pepete, me robé la primera bicicleta. Ahí arrancó esta vida llena de aventuras y padecimientos; a veces, pienso si fui con Pepete por no saber decir que no, porque quería o, simplemente, porque vivía en una villa, y como todo villero, era lo que tenía que hacer. No sé, pero muchas veces, siendo un muchacho, que ni sombra de barba tenía, tuve que afrontar situaciones muy difíciles. Ustedes dirán qué tiene de difícil robarle las cosas a la gente que se desloma de sol a sol para poder tener la mínima comodidad; viéndolo del lado del damnificado: ninguna. Nada es más, es lo más fácil. Pero no, no es así. Cada vez que tenía que agarrar un arma para robar, sabía que toda

la responsabilidad quedaba en mis manos. Nunca salí con intención de lastimar a nadie, aunque en algún momento lo hice, por más que suene duro, es así; cuando salía de mi casa con intenciones de robo, no sólo exponía la vida de los demás, principalmente, ponía en riesgo la de los que iban conmigo y la mía.

Siendo menor tuve enfrentamientos con la policía, tiroteos. Los policías muchas veces me corrieron a tiros, sin saber que todavía no tenía la mayoría de edad. Ellos respondían a lo que yo les proponía, aunque las veces que me agarraron, me molían a palos, sin importarle si era menor o mayor. Eso hacía que me encarnizara más. Nunca me trataron de dar una mano: una vez detenido, me denigraban como no se lo merece nadie, física y verbalmente; capaz, los golpes, no eran tan duros como los insultos, la forma que dejaban cicatrices en mí. A quién le gusta que le digan “negro rata”, “hijo de puta”. Siendo menor de edad, me tiraban en el mismo calabozo donde ponían a presos que tenían tres o cuatro condenas. Al principio, como era un pibito, me trataban bien, me enseñaban códigos, por ejemplo, que no se delata a tus compañeros; que jamás debía quedarme con algo a espaldas de mis cómplices y, principalmente, que la familia de un ladrón se respeta. Hoy, la mayoría de esos códigos, se perdieron, o muy pocos los respetan. Así eran las primeras veces.

Hasta que empecé a conocer las cárceles para menores, eso lugares que ustedes conocen como Institutos de Menores o Colegios Correccionales de Menores, que de correctores no tienen nada. En esos lugares te enseñan que no tenés la mínima esperanza de ser alguien en tu vida. Sino, es de una sola forma que te marcan el final, el que todo delincuente, conciente o inconcientemente, anhela: llenarse de plata o quedar tendido en una vereda con la pistola vacía y una bolsa llena de plata en la otra mano. En los Institutos seguí aprendiendo distintas formas de delinquir, y agarré más berretines. Todo el tiempo tenía que hacer cosas a los demás para que no me las hagan a mí; someter para no ser sometido; destacarme entre los más destacados para no terminar siendo alguien sin dignidad. No se crean que delinquiendo no se pierde la dignidad; pero, estando preso, quedás expuesto a todo tipo de degradación por parte de los pibes y los policías, que se ríen mientras, te ven pelear. La única manera de no terminar lavando la ropa de los demás, limpiando lo que otros ensucian, pagar la prote, o peor... siendo un buche de la policía. Para vivir tranquilo y que te respeten, es que te parés da manos. Eso te lleva a estar rodeado de pibes que ni por descuido piensan en un cambio, debido a que toda su vida la vivieron así y no conocen otra. Ahí conocí muchos pibes chorros, aprendí distintas formas de robar. Como ya sabrán, el ser humano es un bicho raro y se adapta a toda adversidad,

así como les cuento los problemas que tuve cuando era un muchacho, también les puedo decir que en la calle. Tenía, muchas de las cosas, que quería: momentos muy lindos, pero siempre, rodeado de lo mismo. Nunca me pude rodear de otro tipo de personas. Una vez que torcé la dirección del camino, son muchas las trabas con las que te encontrás para enderezarlo. Muchas, las ponemos nosotros mismos, pero las más duras son impuestas por un ojo acusador invisible, que siempre está ahí... en esto que les estoy contando, van a poder encontrar mucho sufrimiento.

Bueno, sigamos, la primera vez que fui a una cárcel de mayores, fui a Olmos. Olmos es lo peor que le puede pasar a una persona. No voy a decir que es un infierno, porque al infierno no lo conozco, pero sí es como esa cárcel, espero, Dios, sea benevolente y perdone todos mis pecados; porque al infierno no quiero volver. Una vez ahí, pude conocer lo qué era la verdadera sobrevivencia. Les cuento como fueron las primeras horas en ese penal: llegué sólo, en un patrullero de la comisaría. Cuando estaba esperando para que revisen mis cosas, para ver si no tenían ninguna faja o algo que no esté permitido en el ingreso, llegaron dos muchachos más: uno primario, como yo; el otro, reincidente. El miedo se podía ver en sus rostros, de seguro... en el mío también, pero el reincidente estaba perplejo, atónito y con razón, él ya conocía ese lugar y sabía lo qué nos esperaba. Una vez dentro del penal, luego de pasar por la Guardia Armada, vi un túnel que nos llevó justo debajo de la mole de hiezo y concreto. Ahí estaban las oficinas de los jefes del penal. El que me atendió fue muy soberbio y repulsivo. Todo el tiempo me habló mal. Cuando saludé, como es debido al estar ante otra persona, respondió con un: “¿Qué hacés? Pasá, ¿y vos por qué esás acá?”. Haciéndome el desentendido, le respondí que el oficial que estaba afuera, me dijo que podía pasar: “eso ya lo sé. Te estoy preguntando qué hacés preso, ¿por qué caíste? Me preguntó mientras miraba mi legajo. El legajo es donde están todos los datos personales y el motivo por el que estás detenido. Con mi mano le señalé la carpeta, y le dije: “por robo calificado”, antes que termine la frase, me cortó en seco y me dijo: “eso dice acá. Ya sé. ¿Qué, no ves que lo estoy leyendo? ¿Qué te robaste? Te estoy preguntando. ¿Qué sos: chorro, una rata, un gil? Porque acá, los giles, la pasan mal...muy mal”. Eso me hizo sentir incómodo y reaccioné como él esperaba, y le dije: “yo soy chorro, estoy por robo”, “bueno, ¿cómo querés vivir, con los chorros o como una foca?, haciendo mención a los pibes que viven en los pabellones de evangelistas —o como la mayoría los conocen: pabellones de hermanitos. “Yo quiero vivir bien tranquilo, pero no soy evangelio”, “bueno, ahora vamos a ver cuánto vivís en la población. Andá, andá, retirate de mi vista”. No dio lugar a qué le pida un sitio tranquilo. No me entrevistó para ver si era bueno o malo, si merecía la oportunidad un pabellón de Conducta; en

fin, un reverendo hijo de puta. Después del mal gusto de conocer a ese mal parido que no voy decir como le decían al subjefe de tratamiento, para no quedar expuesto a represaría, tuve que subir al pabellón que me derivó. Mientras subía las escaleras, los dos encargados que me llevaban, iban hablando entre ellos de un pibe que echaron del mismo lugar; a donde, en unos cuantos escalones más, tendría que entrar yo, y hacían apuestas de cuánto estaría allí. Obvio que la conversación era en un código desconocido para mí hasta ese momento, porque en la cárcel, todo es diferente a todo lo que conocía: era como volver a nacer.

Cuando entré al pabellón, todos me miraban, pero ninguno me hablaba. Hasta que vino un gordo con cara de tarado, a ese le decían Mongo. Yo pensé que era uno de los que dirigían el pabellón, pero no: era un gato del limpieza. En eso vino corriendo el que si dirigía la batuta, me saludó y me agarró el mono, me acomodó en la tercera celda, hablamos y me preguntó de dónde era; le dije: “de Lomas de Zamora”, “qué bien. Acá, la mayoría, somos de Moreno o zona Norte”. Eso terminó con la esperanza de encontrar algún conocido. Ya me sentía como un pollo. Por dos días, tuve el culo en la mano, y no es una metáfora: me moría de miedo y la incertidumbre de no saber cuándo me iba a pasar lo que veía que le pasó a casi todos los que estaban ahí. Al que no lo tenían de gato, soldado, o le hacían pagar la prote, algo le pasaba, y si se resistía —o, como le dicen en estos lugares, se paraba de manos—, lo carancheaban entre todos o le daban sin nada. No tenían oportunidad de defenderse.

En fin, pude salir de la incertidumbre al tercer día, cuando, por un poco de yerba, discutí con uno de los soldados del Pequinés: el sujeto encargado de la limpieza del pabellón. Ahí se me vinieron todos al humo; pensé que me iban a matar, pero el limpieza, cuando me estaban corriendo en el comedor, alrededor de las mesas les dijo que me dejen, que si peleaba, no me iba a echar. Yo, lo único que quería, era que no me lastimaran. Hacía lo posible por defendedme...si de pelear con puñaladas, no sabía nada. Todo ese día estuve nervioso, a la espera de que decidan qué iban a ser conmigo. Ellos me superaban en número y en armas, lo único que sabía era que antes que me agarren de mujer o de sirviente, me iba hacer matar. Es aberrante y contradictorio; les cuento, porque, al mismo momento, tenía ganas que pase algo, así, la policía penitenciaria entrase y me saque con alguna excusa, pero eso era algo imposible, ya que los penitenciarios que estaban, se repartían las cosas sustraídas de los ingresos... En ese pabellón estuve compartiendo mi estadía con unos cuantos pibes primarios como yo, que llevaban poco tiempo, pero rodeado de todo tipo de sujetos a los que poco les importaba su vida, así que imaginen en dónde quedaba la mía: junto al tacho de la basura. Pero luego de

un tiempo, vi pibes traicionar a sus propios compañeros, con tal de que no los lastimen, aunque eso era en vano, porque por traidor también les hacían problema.

Un viernes, día en que se realizaban la mayor parte de los ingresos, llegaron siete u ocho pibes, todos de distintas comisarías pero, entre ellos, había dos compañeros de causa. Uno sé que se llamaba Martín, el otro, no recuerdo. No duró ni tres horas. Primero les sacaron las cosas y echaron a los otros que no se habían parado de mano. Pero el compañero de Martín se defendió; por eso lo lastimaron todo y se terminó yendo.

Lo loco de este caso fue, que mientras pasaba esto que les acabo de contar, Martín estaba en la celda, y el miedo lo paralizó. Se le notaba en el rostro que estaba aterrado. Luego que echaron a su compañero, le tocó el turno a él. En ese momento, no hubo golpes, fue el mismo interrogatorio de siempre. Que si conocía a alguien, de dónde era y todo lo demás. Él tenía un hermano preso que era bastante conocido, igual que los compañeros, eso evitó que intenten robarlo, pero no que le hagan cosas para buscar su reacción. A los días, Martín andaba entre ellos, y se sentía uno más. Hasta que molestó a uno de los pibes que vino el mismo día que él, y sabía que tenía un compañero y no hizo nada cuando le estaban haciendo problema. Por la forma que Martín lo trataba, él se encargó de que nos enteremos del secreto que el sinvergüenza guardaba tan cautelosamente. Ya sabía lo que le esperaba. Anduvo dando vueltas por varios días, pero como saben, los secretos nunca son secretos. Esa mañana de diciembre, yo esperaba visita, era un sábado, siempre me pasa lo mismo cuando estoy en la víspera de ver a mi familia, no puedo dormir en toda la noche. Y mientras caminaba en el comedor, escuché a Martín decir que yo era un gil para él, por eso le salí al cruce y le dije:

– Si yo para vos soy gil... vos ¿qué sos, aparte de ruchi, traidor?– Él se puso nervioso y me dijo que me callara, a lo que le respondí:

– Ah, te duele la verdad.

– ¿Qué verdad? – balbuceó no muy seguro.

– Si estás pillo que de acá te echaron a tu compañero. Y vos temblabas en la celda y estás acá por tu hermano; que sino, el mismo día te ibas sin nada y ni por tus cosas te ibas a parar de mano.

Por lo que la discusión tomaba un tono más denso, me reclamaron para visita.

Fui a ver a mi familia, sabiendo que cuando volviese, tendría que pelear con ese gato, porque se iba a querer blanquear. Una vez termina-

da la visita, ya en la escalera, el Pequinés me preguntó qué había pasado con su rancho, le dije que nada, que me había dicho una gilada y yo le dije la verdad. Con una cara calculadora me respondió:

– “Mal ahí, enano, mal ahí” – Pero no hizo ningún comentario.

Eso me puso más nervioso. Pensaba que cuando entre al pabellón me iba a pasar lo que venía gambeteando hacía unos meses. Una vez en mi celda, pude ver como todos, de uno en uno, se reunían en el fondo. Luego de un rato escuché el silbido del Pequinés, señal de que estaba llamando a todo el rancho para algo, y en seguida apareció en mi celda.

– ¿Qué onda, enano? ¿Ya acomodaste tus cosas de visita? – Preguntó.

– Sí, en eso estoy. ¿Por qué, negro? ¿Pasó algo? – Respondí.

– Sí, vos hoy discutiste con mi rancho otra vez.

– No, no discutí. Le dije que yo no era gil y le dije la verdad, nada más. Pero todo bien, ¿Qué pasó?

– Nada, el guacho quiere pelear, dice que vos te hiciste el piola, vos sabés, él es mi rancho. Pero vos peleá tranquilo que nadie se va a meter.

– Dale, negro, ahí salgo. Yo tengo un veintidós – refiriéndome a la faca con la que pelearía- Pero que pelee con lo que quiera.

– Dale, no te hagás el cuchillero, él tiene un arpón, ármate uno, o sino te va a echar a la mierda...

Todo lo bien que la pase en visita, ya no existía. Como se dice acá: me re cortaron el mambo. La pelea no fue muy difícil, él tampoco sabía mucho del tema, pero eso lo hizo mas peligroso, porque los que no saben pelear con facas, no miden donde tiran las puñaladas, por eso se lastiman mal, pero no fue este caso, tampoco no faltó el figón que me digiera que por haber peleado con su rancho, también tendría que pelear con él. Yo ya estaba en el baile, no le dije que no, pero el Pequinés les dijo a todos: que si alguien quería pelear, pelearía con él, por que me dijo que no se iba a meter nadie, todo quedo ahí nomás ese sábado, todos en pedo y drogados escuchaban música, yo con el pibe que comía conmigo, jugábamos al dominó en el comedor.

El domingo temprano empezó el calvario para Martín, ya no lo dejaron tranquilo, le hicieron de todo, le mojaron la cama, le pasaron todas sus cosas para la cama de arriba de la que dormía el encargado de

mantener la rompa limpia y la comida del limpieza, luego le practicaron muchas cosas mas, entre ellas, le pusieron puré de tomate en la raya del orto y en quince días se escapó. Cada vez que miro mi antebrazo, me acuerdo de ese día, pero como ese sábado día de visita hubo muchos. Siempre por una u otra cosa te cortaban el mambo. Luego de tres meses me llegó el cambio de piso y de pabellón, fui al primero cinco, ahí, hacía una semana atrás, mataron a un pibe de mi barrio. Pero así y todo, era mejor lugar, por que la política de los primeros es: no se carancha a los pibes que están por robo, no dejaba de ser peligroso, pero si tenías conducta, como había gente grande, se sobrellevaba la situación de una manera mas light. Lo jodido era los fines de semana, cuando todos tomaban pastillas y pajarito, una bebida fermentada que los ponía en pedo al punto de desconocerse entre ellos, o mejor dicho, entre nosotros. Por que no solo los que tomaban terminaban envueltos en esas reyertas, que la mayoría de las veces dejaban como saldo, un muerto, o varios heridos de gravedad. Por quince días, hice un curso acelerado, todo era distinto a lo que había visto en el segundo piso. La política la hacían entre varios presos, a mi me había recibido Santiago, un pibe de mi barrio, compañero de mi cuñado, por eso no renegué casi nada. Me brindaron un rancho en el que había todos pibes de zona sur, en total, éramos diecisiete. Ocupábamos una celda y media, de las cuatro que hay en el pabellón. Santiago y la mayoría vivían en la cuarta, a mi me acomodó en la tercera con un amigo suyo, el gordo Miguel, era un buen tipo, pero tumbero, llevaba mucho tiempo metido en la cárcel. Durante esos quince días, hice un tipo de amistad, pero el comía con otros pibes. Yo pasaba todo el día escuchando y tratando de aprender cosas necesarias para sobrellevar mi situación.

Santiago todos los días, me hablaba de una forma, trataba de enseñarme, pero ante los ojos de todos, hacía cosas para demostrar que él llevaba el pabellón. No había un día sin que anduviera gritando, preguntando si alguien quería lo que él tenía. Una tarde escondió un vaso e hizo un embrollo en el que se pelearon dos pibes, el Sandro y el Kiko. Este par de trastornados, luego de dos o tres palabras, se invitaron a pelear, se armaron dos arpones, como para cazar ballenas. Con unas tablas de unos dos metros y medio y en cada punta le pusieron dos pedazos de planchuela de hierro con mucha punta. Se tiraban lanzazos Sin fijarse donde harían puntería. Kiko lo lastimó en el hombro, y pude ver en la cara de Sandro, que no podía seguir peleando. Luego de eso, Santiago junto al rengó, se metieron y pararon la pelea, sin desaprovechar la oportunidad de dejar en claro, que los que decidían las cosas, eran ellos. Para mi era todo nuevo, después de esa pelea nos sentamos todos a la mesa y nos pusimos a comer, en ese momento entendí el motivo de aquella

pelea. Por que entre ellos se reían y decían que los quebraron, era todo un circo para lograr sacarle la oportunidad de opinar en las decisiones del pabellón. A los dos o tres días, le llegó el traslado a Santiago y todo volvió a comenzar. Había quedado un lugar vacío y con eso empezaron las discusiones, de quien merecía ocuparlo, el Rengo no quería ceder lo que junto a su amigo, habían conseguido, Kiko se sentía en todo su derecho de ocuparlo, ya que él había peleado unos días atrás para terminar de tomar el pabellón, el gordo Miguel también quería el lugar de Santiago, ya que era su amigo, y se lo había prometido. Durante unos días, nadie le decía nada a nadie, pero conversaciones, había por doquier. El Rengo, víbora, le decía a todos que Kiko era muy gil para ser limpieza, y que el gordo Miguel, no era del rancho, que a él no le iba a dar nada. Ese día martes, antes de ir a la cancha, hubo un cruce de palabras entre cuatro o cinco pibes de mi rancho, y cuando volvimos del recreo, Kiko se había cambiado de celda, se paso con todas sus cosas para la tercera donde vivíamos con el gordo Miguel, eso lo puso de mal genio al gordo y junto a otros pibes tomó la decisión de hablar con el Rengo, y le dijo que él no estaba conforme con lo que hizo Kiko, se sentía invadido, sabía que no podía dejar pasar eso, sino lo terminarían sometiendo a lo que los demás quisieran. El Rengo no dejó pasar la oportunidad y le preguntó que tenía pensado hacer, por que Kiko ya no comía más con nosotros, no era más de nuestro rancho, o sea, estaba solo y no teníamos por que meternos si le pasaba algo. Cuando el gordo dijo que lo iba a echar, vi en la cara del Rengo, un gesto de satisfacción, en ese momento me di cuenta que todo estaba armado para hacer que el problema del lugar, que había dejado Santiago, lo solucionen los demás y así, el Rengo se quedaría con todo para él. El resto de la tarde, estuvo muy tensa, en un momento entré a mi celda y vi como el gordo Miguel, se estaba armando un arpón con un palo de escoba y una varilla. No le dije nada, me metí al baño y empuñe una varilla, le retoque un poco la punta, puse mi veintidós en mi cintura, salí, le di la mano al gordo y le dije:

– Gordo, entre nosotros la mejor, pero yo estoy con mi rancho.

El me respondió moviendo su cabeza junto con sus hombros, y sin soltar mi mano, me dijo que estaba todo bien. La tarde se hizo noche y una vez que estábamos todos en la mesa, menos el Kiko, se desató algo que no quisiera tener que volver a ver. A mitad de la cena se escuchó la voz de Kiko que decía:

– Dale Rengo, dale Rengo, vamos a pelear.

El Rengo no perdió tiempo y le salió al cruce con una planchuela en la mano de aproximadamente un metro, varios nos metimos en el

medio para tratar de evitar que se peleen. En ese momento vi el arpón que estaba en las manos del gordo Miguel unas horas atrás, pero en esta ocasión, en las manos de Kiko. Al instante me di cuenta de la intención del gordo tumbero, quería que se terminen peleando entre mi rancho, así se podía quedar con todo, dejando a un lado las dudas y el temor de terminar involucrado en todo este embrollo, le dije al Kiko que lo estaban usando de coche bomba, por que el mismo que le pasó el arpón para pelear, había dicho cuando vinimos de cancha que no estaba conforme con él, por haberse pasado para su celda sin decirle nada y que lo iba a echar del pabellón. El Rengo no dejó pasar la oportunidad, y rectificó lo dicho por mí y agregó textuales palabras.

– Kiko, vos sos mi amigo desde hace mucho tiempo, y ahora... ¿te prestás a la tumbeada por un carnet? Yo con vos no voy a pelear, antes de chocar con vos, voy a echar a la mierda a la víbora esta que te comió la oreja y te pasó eso para que vos pelees conmigo.

Kiko sin contestar nada, se dio vuelta en dirección a Miguel, diciendo reiteradas veces “¿Ah sí?” y le empezó a dar puñaladas con su misma arma, a esa acción se le sumó el Rengo y dos pibes más, Ángel y el Dani. El gordo corría por todo el pabellón, y pedía que alguien le pase algo con que defenderse. Primero corrió para el comedor, tratando de salir de ese estrecho pasillo, pero en el comedor le fue peor, lo corrían sin dejar de darle puñaladas. En su desesperación, volvió a correr para su celda en busca de ayuda, pero los pibes que ranchaban con él, estaban paralizados. Dentro de la celda, pensé que lo mataban, lo arrinconaron entre dos camas, ellos encarnizados y él, lo único que podía hacer era atajar las puñaladas con sus manos desnudas. Al verlo atrapado, corrí una de las camas que formaban parte de esa trampa mortal en la que se encontraba, sin dudar salió corriendo entre la reja y la cama, con dirección otra vez hacia el comedor y la puerta de salida del pabellón. A todo esto, en ese rincón, ya se hallaba otro sujeto que no reparó en nombrarlo, por que para mí, él fue el mas cobarde de todos, pues era la mano derecha del gordo Miguel, y cuando todos estaban dándole puñaladas a su rancho, no hizo nada. El Gordo pedía a gritos una faca por que él no se iba a ir del pabellón y menos, patear la puerta para que lo saquen. Yo trataba de separar, pero no podía, estos cuatro sujetos se habían encarnizado como una jauría de perros salvajes en contra de su presa. El otro sujeto ya había recibido una puñalada en sus nalgas y un fierrazo en la cabeza, motivo suficiente, para que a gritos pelados llamara a los encargados para que lo saquen del pabellón, yo me metía adelante y les pedía a mi rancho que dejaran de lastimar al gordo por que lo iban a matar, pero era en vano, cuando podía sacar a uno, los otros seguían encarnizados. Kiko

era alto y fornido, en cambio yo, un pigmeo, no podía sacarlo. Él le decía al gordo que se saque la zapatillas y pateara la reja, pero Miguel gritaba que antes muerto. En mi desesperación, saqué el fierro de mi cintura y me paré entre ellos, por eso casi recibí una puñalada. Pero no hallaba forma de parar con eso, el Rengo, me dijo:

– Eh enano, ¿Qué onda, te vas a dar vuelta?

– No, no, ni ahí, pero lo están matando – les dije.

En eso ya estaba el encargado mirando por la ventana, por eso el Rengo, Ángel y el Dani, dejaron de lastimar a este par de sujetos. Pero el Kiko quería las zapatillas y no desistía. En ese momento con mi faca en la mano, me dirigí hacia el Gordo y le dije:

– Dale gordo, dale las zapatillas, ¿O querés que te rompan la panza?

Él, bañado en sangre, me contestó que la panza ya se la habían roto, y que las zapatillas no las iba a dejar, en eso entró el Servicio a los escopetazos y cortaron la luz del pabellón, lo sacaron al gordo, el otro sujeto ya había salido solo, pero al Gordo lo tuvieron que sacar, encima le dieron un par de tiros.

Esa noche, el Kiko se quedó con todas las cosas del Gordo, pero no le duraron mucho; ya que al día siguiente bien temprano, entró la requisita y nos llevaron a todos a la leonera. Media mañana sin saber nada, hasta que empezaron a llamar por nombre y celda, en ese momento, todos nos miramos. Ya sabíamos lo que estaba pasando, los dueños del circo decidieron romper el pabellón. Cuando digo romper el pabellón, me refiero, a que nos desparramaban por todo el penal, para que no sigamos los problemas. Algunos a los lugares de dónde venían, segundo piso o cuarto, en el mejor de los casos, a otro primero. Pero esta vez quedamos todos en el primer piso. Kiko con tres más, fueron al primero doce, el Rengo, con siete u ocho pibes más: al primero ocho, y todos los demás al primero diez, que estaba casi vacío. Ahí estuve diez días, y de nuevo para el primero cinco, con la mitad de los pibes que estaban cuando pasó lo del gordo Miguel, el Rengo en esos días junto a otros, tratando de solucionar un problema más de la calle, mataron a un pibe que no tenía nada que ver, le hicieron una causa de puto, y por eso lo mataron.

Los penitenciarios, nos dejaban dando vueltas en el primer piso, así solucionábamos los problemas de una vez, pero era todo lo contrario, seguían las peleas y a los que salían lastimados, los devolvían a los pabellones de origen, o sea; a donde habían ingresado al llegar al penal.

La cuestión era que terminen lastimados. Todos los días era lo mismo, un día problemas en un lado y al siguiente en otro. ¿Por qué le duraron una noche nomás las pertenencias del Gordo a Kiko? Cuando rompieron el pabellón, los pibes que eran rancho de Miguel, se llevaron no solo sus cosas, arrasaron con casi todo, yo perdí el bolso con las cosas que usaba para atender a mi visita, plato, cubiertos, equipo de mate, y esas cosas. Pero el que las había agarrado, fue al mismo lugar que yo, y me las tuvo que devolver.

En Olmos, estuve bastante, y siempre de la misma manera, conociendo gente todo el tiempo. Entre tantos ir y venir, me hice amigo del Pitu de Lanús, que en realidad no era el Pitu, sino el Poto, así le decían de chico en la calle. Pero preso, se hacia decir Pitu, no sé por qué, en fin, digo que hice una amistad, por que nos demostramos mutuamente la fidelidad, que requiere una amistad en la cárcel. Que par de pájaros, los dos, si el Paz Martínez era un poroto al lado nuestro. Cuando lo conocí, lo estaban queriendo echar de un pabellón, por no compartir las pastillas, era una rata, y eso en estos lugares es bastante complicado, les digo la verdad: pensé que lo echaban, no daba ni dos pesos por él, pero no, se peleó con dos pibes, y cuando se estaba por pelear con el tercero, me metí diciendo que yo era chorro y no iba a dejar que lo caranchen. Por eso tuve que pelear. Resultado: Contrincantes dos, Fabián cero. Pero se metieron otros pibes, y en ese entretiempp, cambié mi arma por una mas larga y empaté el tablero, mi rancho se enojó conmigo por meterme. El Pitu al otro día, ni me saludó, eso me hizo aprender, que no me tenía que meter por nadie, pero cuando por una mandada en cana me cambiaron del pabellón, terminé en el primero nueve, como les dije antes, eso pasaba todo el tiempo.

Cuando ingresé conocí a la mayoría, pero no me hablaba nadie por ser amigo de un pibe que días atrás había pasado por ese lugar y no se portó muy bien. El Pitu ya estaba ahí hacia dos horas más o menos. También lo habían sacado por los mismos motivos que a mí y a otros más. La cuestión es que otra vez el Pitu con problemas, y yo y mi bocota, de nuevo haciéndome el Petrocceli. La discusión no terminó por que si, yo me quedé callado cuando vi que en la ventanita de al lado de la puerta de entrada al pabellón, estaba el jefe de penal y dos o tres oficiales más. Esa manga de ortivas, ya habían mandado en cana y la policía estaba esperando que nos peleemos, por eso decidí callarme y hacer de cuenta que no pasaba nada. Yo sabía que ahí no me querían, el mismo día, alrededor de las veintidós treinta, empecé a ver un par de movimientos raros, me di cuenta enseguida que me iban a hacer problema. Por eso decidí salir de mi celda, y ponerme a caminar en el comedor, iba y venía, la segunda

vez que realizaba la vuelta, el Tano me pidió de hablar para solucionar el altercado que horas atrás había tenido en el comedor. Ya estaba sabiendo lo que pasaría, así que me acerqué a él y al resto con mucha cautela y sobretodo con el miedo que jamás; en todos los años que llevo preso me dejó ni por un instante. El que esa noche tampoco me dejó solo, fue el Pitu, aunque por momentos parecía que lo iba a hacer. Mientras yo hablaba con el Tano, a su lado se plantó un viejo al que le decían el Indio de no se dónde y otro soldado que yo lo conocía de cuando el Pequines le cobraba el techo, la comida, la protección y lo tenía encargado de las armas. Yo en un momento de la discusión, empecé a mover las manos, gesticulándolas para un lado y el otro, acompañando mí movimiento con un tono de voz más elevado. El Indio que no había abierto la boca en toda la disputa, me dijo que dejara de mover las manos por que se sentía zarpado, le pregunté de que se sentía zarpado, y le dije que movía las manos por que bancaba y en todos lados las movía. Sin decirme nada, del interior de su campera sacó una planchuela y de uno de sus bolsillos una baleadora echa con un pedazo de plomo y dos medias de futbol.

Si lo que les vengo contando es lo bastante claro, se podrán imaginar mi cara, me agarró una tristeza. El miedo, fiel compañero, se adueño de todo mi cuerpo, envolviéndolo con un manto invisible, pero tan pesado, que no me dejaba mover, eso pasó en una fracción de segundo, pero dos o tres pibes se metieron en el medio y no desaproveché la oportunidad, casi sin pensar, agarré el arponcito que tenía sobre mi cama y afronté la situación.

Parado en la punta del pasillo con mi espalda apuntando a la puerta de salida, pude ver, que del resto de las celdas, salían todos con facas, arpones y otros tipos de objetos contundentes en sus manos. Vociferaban ferozmente enardecidos que me vaya del pabellón o me iban a dar una banda de puñaladas y me iban a robar todas mis pertenencias. No sé si era de miedo o por estúpido, pero les gritaba que yo no me iba, que antes, me iban a tener que matar, que de uno en uno los peleaba a todos. Pobre de mí, tenía mas ganas de llorar, lo único que separaba esa multitud enardecida de mi esquelético y minucioso cuerpecito, era una mesa y el Pitu, que fue el mismo el que cruzó la mesa a lo ancho del angosto corredor, para evitar el paso de ese grupo de desaforados sedientos de revancha y llenos de dolor por todo el sometimiento recibido por otras personas que nada tenían que ver conmigo. Entre insultos y amenazas por ambas partes, la discusión se prolongó lo bastante como para que el Pitu ponga paños fríos y haga un acuerdo que nos favoreciera a todos, a mí me pedían que no peleara por que me iban a lastimar todo, y por lo tanto a él también por que no me iba a dejar solo. Al mismo tiempo

les prometía a los demás, que no me iban a tener que hacer nada para echarme, por que él se encargaría de que al otro día bien temprano, con el recuento yo dejara el pabellón. Lo escuchaba y seguía con la postura de no entregar las armas, les decía con una sonrisa de venida a mueca que se perdía en mi rostro, que del pabellón me iban a tener que sacar envuelto en una manta. Hoy sé bien que lo hacía de miedo y nada tenía que ver con la valentía lo que sentía. En un momento mi amigo me dijo:

– Tranquilízate, enano, porque estos nos matan, dejá que piensen que te vas a ir, que cuando se van a dormir le hacemos un atentado, lastimamos a los que podamos y que nos saquen con un re bondi de acá. Estos no se la van a llevar de arriba.

Eso me dejó un poco mas tranquilo, la idea de no ser el único perjudicado en ese quilombo me calmó, pero ahora faltaba planear como íbamos a perpetuar el atentado si teníamos a todos en contra, y como les dije antes, éramos un par de pájaros.

Mientras yo rebotaba de un lado para otro en mi celda, el Pitu les juraba lealtad a mis enemigos, y les prometía que no pasaría un día más con ellos; por que a él también le falté el respeto. Mientras de uno en uno fueron guardando las distintas armas, el Pitu ganaba tiempo y espacio. Alrededor de la una de la mañana, me contó el plan y los riesgos que corríamos si salía mal y desde luego, lo pusimos en marcha. Antes de las dos de la mañana, pusimos los colchones de goma espuma y todas nuestras pertenencias en una cama cucheta de caños de hierro, encendimos los colchones y antes de que se puedan dar cuenta atravesamos la cama entre la puerta de la segunda celda y el estrecho pasillo. El fuego rápidamente se hizo dueño de la escena, trepándose por las mantas que colgaban de las rejas. En un abrir y cerrar de ojos, todo era un caos, gritos, corridas. Parece que todavía escucho los gritos de esos, que horas atrás, me insultaban y me amenazaban, pero, en ese momento pedían ayuda, decían que se estaban quemando y se iban a morir. Por mi parte gritaba, pero gritaba con todo el dolor del ser:

– Ah, vieron manga de hijos de puta, me querían echar, por que soy un pibito me querían echar, muéranse hijos de puta.

Algunos trataban de apagar el fuego, pero no podían, otros trataban de correr la cama de la puerta para poder cruzar para el comedor, pero junto al Pitu, le tirábamos con todo lo que teníamos a nuestro alcance. Luego de algunos minutos, entró la policía penitenciaria con una manguera de bomberos y a los escopetazos, cortaron la luz para que no nos electrifiquemos con el agua y los cables pelados por las llamas. Si,

ustedes piensan “Qué locura y que momento”, todavía no se imaginan lo que pasó cuando al fin pudieron apagar el fuego. Una vez extinguido el siniestro, comenzaron a pasar a la parte de adelante donde el Pitu y yo nos habíamos atrincherado, en una oscuridad que apenas era interrumpida por los reflectores portátiles de los penitenciarios y los fogonazos de las escopetas, que en sus estampidas, le sumaban un olor a pólvora al espeso humo de los colchones ya extintos pero aun humeantes. La oscuridad nos salvaguardó por un instante, pero una vez reunidos todos en el comedor, retorno la luz y con ella, la ira de los ahora, chamuscados patoteros, que con palos en sus manos y todo tipo de insultos, arremetieron contra mi fiel amigo, por que había quedado en un rincón sin poder salir, al ver eso entré nuevamente en la batalla. Contarlo hoy me causa risa, y al mismo tiempo vergüenza. Éramos dos contra todos, fueron tantos los golpes recibidos que no me daba cuenta de las lesiones, casi me sacaron un ojo. Digan que tengo una nariz prominente, en la cabeza recibí varios golpes, tenía los brazos repletos de moretones, en un momento de tanto recibir y repartir, pude sentir que uno me tomó de un brazo y sin pensar le di con una pata de mesa en la cabeza. Para mi suerte perra, era el viejo Velásquez, un encargado del pabellón. Sin darme cuenta, ya había salido de ese galpón lleno de humo, me tenían a las patadas y trompadas en un descanso de la famosa escalera numero tres. Velásquez me decía, mientras me arrastraba de los pelos:

– Encima que te quise rescatar para que no te maten, me pegás a mi, te hubiese dejado ahí que te maten negro de mierda.

Una vez en sanidad, lo volví a ver al Pitu. Estaba lleno de moños en la cabeza y algunos parches en brazos, manos, espalda y en una de sus piernas. Yo por mi parte, con una herida en un costado de la nariz y lleno de moretones, apenas me movía por la paliza que me dieron los penitenciarios.

En una leonera nos encerraron hasta que nos atendió el jefe de penal. No se bien la hora, pero alrededor de las seis de la mañana, entré en la misma oficina en que cuando llegué al penal. Un sujeto prepotente, arrogante y soberbio, vestido de penitenciario, jugaba a ser Dios, tomando decisiones, sobre mi vida y como la pasaría en ese penal, sin siquiera mirarme a la cara; pero en esta oportunidad, no fue el mismo personaje el que me entrevisto, sino, dos fetiches que al no estar el todopoderoso, momentáneamente estaban a cargo del destino de todos los integrantes, de eso que no era un mundo, sino una estrella, “La estrella de la muerte” que es como muchos llaman a la unidad numero uno “Lisandro Olmos” . La entrevista no fue para nada larga, más bien fue un simple cambio de palabras. Todo dolorido y con movimientos lentos, me paré frente a

estos dos tipos, que a mí entender ni se preocupaban por el motivo del problema que habíamos tenido. Lo único que me preguntó uno, fue si sabía que con el fuego los presos se morían, sin dudarlo le respondí que sí, si por eso los prendí fuego, si a ellos yo no les importaba, por que yo debía o tenía que preocuparme por ellos.

– ¡Mirá vos! ¿Así que te hacés el machito? No vas a vivir en ningún lado por prender fuego.

– ¿No sabés lo que pasó en Magdalena la semana pasada? – dijo el otro oficial.

Con mis hombros, mis manos, y un gesto en mi cara, le insinué que no me importaba.

– ¡Ah! ¿No te importa? ¡Qué bien! Mirá que de acá te sacó de traslado

– Bueno, está bien, la cárcel es suya, yo tampoco quiero estar más acá – Respondí sin mirar, enfilando para la puerta.

– Dale, dale retiráte, y decíle a tu amigo que pase.

Antes de salir, le pregunté si ya me llevaban para los buzones por que tenía sueño, se miraron entre ellos y se rieron;

– Si, andá, andá, a la veintinueve vas a ir a dormir, ¡machito, negro de mierda!

En ese momento salí y le dije al Pitu, que estaba esperando afuera:

– Pasá, dicen que me sacan para la veintinueve.

La cara de Pitu, cambió rotundamente, la unidad veintinueve era de máxima seguridad, no tenías contacto con nadie, te ponían en una celda solo, y la mayor parte del tiempo estabas expuesto a todo tipo de maltrato por parte del servicio penitenciario.

Una vez en la celda de los buzones, miraba el techo y pensaba, que sería de mi, yo sabía que una vez que saliera de traslado, iba a ser muy difícil acomodarme. Luego de pensar en mil situaciones y un sin fin de posibilidades, el sueño venció mis morados parpados. Cuando me desperté, un pibe, parado en la puerta de la celda me estaba mirando, y con un plato de lata en su mano izquierda y dos panes en la otra me preguntó si iba a comer, de un salto, me levanté, el hambre pudo más que todos los golpes que tenía, de tal manera, que me acordé del dolor

cuando terminé de comer. El Pitu me gritaba que no me quería ni ver, que me odiaba y al mismo tiempo, me decía que la próxima vez que nos crucemos, quería verme con los mismos berretines que tenía y si no era así, él me iba a dar una patada en el culo.

Todo ese día, escuché historias contadas por varios pibes que venían de otros penales y de distintos pabellones; pero lo complicado fue cuando a las veintidós horas, un oficial me dijo que firme el parte y que me prepare, que ya estaba la comisión para llevarme a mi nuevo destino. Miré a mí alrededor y mi fiel amigo el miedo, otra vez bien pegadito a mí, en ese momento era lo único que tenía. Todas mis pertenencias las había quemado, total sabía que no me iban a hacer llegar nada. A los diez minutos se abrió nuevamente la puerta, era hora de conocer otra cárcel. Le avisé al Pitu que me sacaban, y lo único que me dijo fue:

– ¡Cuidate y portate mal, vos sabés: “más vale la sangre de la derrota antes que no haber participado” y otras cosas que no recuerdo, del miedo escuche eso solo, y carcajadas de ese amigo que estaba dejando en esos fríos buzones.

Cuando me identificó el jefe de la comisión de traslado, le pregunté para dónde iba y me dijo: “Para la treinta y cinco Magdalena” y me preguntó por mi mono. Le contesté que no tenía pertenencias. Movié sus hombros, y con un gesto en su cara me dijo: “no te hagas problema, de esta cárcel la mayoría se van sin nada” la forma en que lo dijo lejos estaba de parecer una burla.

Aunque yo solo agradecía que no era la veintinueve, donde tendría que ir. Una vez que llegué a Magdalena, el oficial que me recibió, me dijo que en un rato me atendería el jefe del penal, pero más que seguro, mi destino serían los buzones, porque tenía que terminar el parte.

Quince días en una celda sin nada estuve. No conocía a nadie, y muy pocos pibes te pasan una manta o una muda de ropa sino te conocen. De a poco me conseguí lo necesario, y de esa manera, así sin conocer a nadie, subí al pabellón que me mandó el jefe del penal. ¿Cómo les digo? El jefe del penal, esta vez me dio tres opciones: Un pabellón de población transito, uno de evangelio, o sino uno de conducta. Pero como no tenía puntos, de la única manera que podría subir a ese pabellón de trabajadores con conducta, era pagándole mil pesos. Yo, por berretines decidí subir al de transito. Mejor no les cuento de qué manera viví ni que pasó, porque no es mi intención hacer apología al prototipo del súper preso. Solamente quiero, de a poco, contarles todas las cagadas que nos mandamos por hacernos los piolas, las que hacemos por defender

nuestras vidas, las que el servicio te obliga a hacer; pues ellos tienen sus propios negocios, que funcionan gracias al mal trato que recibimos cuando quedamos a disposición de esta fuerza de seguridad, que es mas pericida a una mafia que a una institución pública.

Miren que yo soy responsable de cada decisión que tomé, muchas veces me lastimaron por estar en pabellones, que todos y cada uno de los que convivíamos éramos presos alienados al sistema impuesto. Leyes creadas para que nos matemos entre nosotros. Un simple cambio de palabras, era suficiente para iniciar una pelea. Los motivos: los más ridículos que puedan pensar, problemas que empiezan en un lugar y no terminan en ningún lado. Siempre te cruzas con un primo, amigo, compañero o simplemente, un preso que por que no le gusta tu cara, reaviva viejas discusiones para quedarse con tus cosas. Las peleas eran la forma con la que solucionábamos “o pensábamos que lo hacíamos” los distintos problemas. Yo muchas noches cierro mis ojos, y veo cada uno de los problemas que tuve en las distintas cárceles, y pienso... –que si hubiese tenido la oportunidad que tengo hoy, los hubiera solucionado de otra forma –

A lo largo del tiempo, conocí mucha gente, la mayor parte hombres y por más que estén del otro lado de las rejas, delante de la mayoría de ellos, siempre surgía el machismo, todo el tiempo con la guardia en alto. Pero de los que más aprendí, fue de la minoría, de esos pocos pero que ante todo, anteponian la inteligencia, sensibilidad, humildad y principalmente, dejaban todos los códigos carcelarios, estas pocas personas, no solo eran presos, también eran penitenciarios, asistentes sociales, defensores y algún secretario de juez, que al momento de atenderme en una entrevista, me hacían sentir una persona y me informaban de todos los derechos, que como ser humano, me correspondían. También me advertían que la solución estaba en mis manos, que la única forma que tenía de reinsertarme a la sociedad, de rehabilitarme, estaba en mí, por que sino nunca podría dejar esto.

Bueno, la digresión que hice, fue solo para que puedan saber que dentro de todo lo malo que les voy contando, también, en algún momento, me cruce con algunas personas que teniendo que ver con este sistema de ignorar y castigar, se esfuerzan por cumplir con lo que prometen; a la hora que se hacen cargo de la responsabilidad que implica ejercer un cargo, y no solo usarlo para aplicar su autoridad.

Luego de algunos meses en la unidad treinta y cinco, me trasladaron nuevamente, no les voy a nombrar más los números ni las localidades de los penales por los que pasé; pues fueron muchos. Ahora me

voy a dedicar a explicar, por que antes les dije que esto se parecía mas a una mafia que a una institución pública. En todos los penales hay tres o cuatro tipos de pabellones, en los que al llegar a cada unidad, te derivan: Los de transito, que son esos que a lo largo de mi relato, les conté, los de conducta, en donde la mayoría de los que viven en ellos, son trabajadores que sortean muchos obstáculos para llegar ahí, o simplemente pagaron mil o dos mil pesos a un oficial de alto rango y así y todo, tienen que trabajar todos los días por un peculio mensual que ni les alcanza para sus cosas de higiene personal. Pero no es por ese peculio por lo que día a día y a modo de rutina, realizan trabajos insalubres sin ninguna cobertura medica o social. También es para no ser despojados de un lugar tranquilo, en donde tratan por sus propios medios, emprender el camino de reinserción social que en un noventa por ciento de los casos son callejones sin salida, o grandes rotondas que los arrastran al mismo punto de partida; la delincuencia, y obligadamente terminan reincidiendo como sucede la mayoría de las veces, como les he dicho algunas líneas atrás.

Entre estos distintos pabellones, se encuentran los que al amparo de una religión se expande la amplia red de esta mafia encubierta. En los pabellones de evangelistas, les ofrecen a los internos en su mayoría primarios, una seguridad y tranquilidad por la que tienen que pagar un precio mucho más elevado que los mil o dos mil pesos que antes mencioné; ya que ahí existe el muy reconocido y famoso diezmo. De esa forma lo llaman: “diezmo” ¿En qué consiste? En que cada interno debe colaborar con una parte de los alimentos y productos de higiene personal que les traen sus familiares semanalmente, para que el siervo. “Siervo: persona encargada de dirigir el pabellón” los reparta entre los que no tienen; cosa que rara vez sucede. Pues las pilas de mercadería tienen otro destino, y terminan en el fondo de los bolsillos de unos cuantos. Es mucho más complejo y largo de explicar, pero en pocas palabras, en esos pabellones es en donde más se los somete y maltratan psicológicamente a los internos, creándoles daños mentales irreversibles, ¿Por qué digo esto, y utilizo palabras tan duras? Por el hecho de que les lavan el cerebro utilizando el nuevo testamento, uno de los libros de historia y religión más malinterpretado y manipulado para beneficio propio ¿En qué me baso para afirmar esto sin haber vivido en esos pabellones? En las experiencias de muchos de mis amigos, que sí tuvieron la desgracia de vivir allí, he visto en todo este tiempo, infinidades de veces; a muchos de ellos justificar sus errores y macanas, diciendo que si las cosas malas le sucedieron a las personas, es porque era voluntad de Dios que es Sabio Todopoderoso y nos creó a su semejanza. Yo no soy quien para decir lo que está bien o mal, cual o tal religión es verdadera o no, lo que si les puedo afirmar es que en las cárceles, la religión se utiliza para someter y

sujetar a los internos privándolos de todo tipo de oportunidad de cultivar su mente, impidiendo así que se forjen un nuevo camino en dirección hacia un destino incierto, pero mas prometedor y llevadero.

Desde luego que cada historia en las que fui protagonista, expresé o traté de expresar mis dudas, miedos, angustias y fundamentalmente, el porqué de cada decisión. Pero como he repetido varias veces, desde que comencé a narrar mis vivencias dentro de este mundo para la gran mayoría de ustedes desconocidos, no es mi intención hacer apología a la forma equívoca con la que gran parte de los presos vivimos. Ponerme en el papel del chivo expiatorio de una clase burguesa, Ni nada que nos haga quedar ante la opinión pública como mártires, simplemente contarles un poco de estos lugares para que sepan, en que condiciones y de que forma nos toca pagar nuestros errores.

De tanto dar vueltas de un lado hacia otro, de penal en penal, siempre rodeado de lo mismo: Hambre, frío, y todo tipo de necesidades, padeciendo traiciones. Conociendo distintos tipo de personas, siempre tratando de evitar los problemas para no llegar a ser uno mas de tantos presos, que ingresan a una cárcel para pagar un delito por el que todavía, no se lo ha hallado penalmente responsable, y sus familias lo tienen que venir a retirar en una bolsa negra. Nunca me voy a cansar de decir, que en la cárcel, no te dan oportunidad de nada, te miden con la misma vara con la que miden a todos; te entreveran con homicidas, violadores, drogadictos, "homosexuales". Lejos queda la intención de discriminar a nadie, pero en estos lugares el machismo está presente a cada segundo. Cualquier señal de debilidad te deja expuesto a que otro preso trate de abusar de vos, sin darse cuenta que al cometer ese abuso no solo se está convirtiendo en un violador, sino también en homosexual; siendo que ellos hipócritamente dicen aborrecer a los homosexuales. Pero lo que quiero dejar en claro es; que en las cárceles de la Provincia de Bs. As. Son muy precarios los controles de convivencia y, fundamentalmente los de salubridad. Personalmente me ha tocado compartir la celda con pibes portadores de H.I.V, Hepatitis "C", Tuberculosis. Enfermedades por las que tendrían que ser hospitalizados por su propia salud y para evitar contagios. Es muy crudo lo que les cuento y la forma en que lo hago, pero la situación es esta.

Por eso hoy, junto a un grupo de detenidos, y la ayuda de unas cuantas personas, de las que varias de ellas nada tienen que ver con la institución penitenciaria; estamos luchando dentro de nuestras limitaciones para erradicar de nuestro retorno a la sociedad todas las complicaciones de las que les vengo hablando hasta este momento.

Ahora voy a empezar a despedirme, pero antes de culminar quiero compartir con todos ustedes; como tengo hoy la oportunidad de volcar mis vivencias en una hoja y que no queden en un simple borrador del que en poco tiempo, ni yo mismo me acordaré. Como tantos otros proyectos impulsados por presos, que trataron por todos los medios de buscar un cambio, y solo encontraron un “no” por respuesta.

Hace ya un año y seis meses, formo parte de la cooperativa “Cuenteros, Verseros y Poetas” la misma que comenzó con la voluntad de un burguesito que se interesó por conocer mas a fondo la cruda realidad que envuelve de discriminación y desprecio a cada privado de su libertad ambulatoria; sea cual fuere el delito del que se lo acuse,

culpable o inocente, acompañado de la fuerza y el empuje de uno de nuestros coordinadores, que en aquel comienzo, no sabía bien como, ni de que forma llegaría a concretar lo que tanto buscaba; un cambio, dejar atrás todo lo que era hasta ese momento, para formar parte de la sociedad. Solo tenía claro que la formula era con arte, literatura, interesándose por los libros de historia, revisando su pasado, para dejar de cometer los mismos errores. De la mano de otros muchachos que compartían su forma de pensar, emprendieron la cuesta hacia arriba con muchos trapiés, esquivando las distintas dificultades; obstáculos que ponían los mismos presos y parte del servicio penitenciario. Desbordados de tanta necesidad, pero llenos de fe, emprendieron el camino.

Con esto que les cuento, lo único que quiero es dejar claro, que esta cooperativa que comenzó como una editorial y mutó en lo que es hoy, un sitio que alberga a muchos detenidos; en su mayoría reincidentes, los cuales intentan expresarse de distintas formas: nutriéndose de cultura y filosofía, para dejar de ser ignorantes y poder dejar de ser marginados para no volver a reincidir y terminar formando parte de las estadísticas delictivas. Depende de la constancia de cada uno de sus integrantes, pero también tiene las puertas abiertas a todos aquellos que se quieran acercar y conocernos. Fundamentalmente para todos los que tengan ganas de ayudar y participar.

Al llegar a la unidad número veintitrés, tuve la oportunidad de seguir con todo lo que era hasta ese momento, y que aun hoy, sigo luchando por dejar de ser. Pero cansado de todo lo que conocía, y al ver que en los pabellones de transito los internos se estaban matando entre ellos sin ningún motivo, tomé conciencia: “Que era hora de dejar de lado todos los perjuicios, y volver a pedir ayuda a todo el que me la pudiera ofrecer.”

Desde los buzones, le escribí a varios pibes que conocía para que

intercedan por mí ante las autoridades; si no tendría que seguir rene-gando. Luego de varios días en los buzones, me entrevistó el subjefe de penal, y me dijo que no había lugar en el pabellón donde estaban mis amigos, que me iba a mandar al “A 3”, un pabellón de mediana, así no tendría que estar en los buzones hasta que me pueda acomodar. Esa noche, antes de subir al “A 3” pasé a saludar a mis amigos para decirles que me vayan a pedir ni bien haya un lugar. Cuando llegué al pabellón, ingresé a la celda en que vivía Joaco; así le decían al chico con el que en pocos días, hice una amistad. Él estaba por tenencia de mariguana, un delito excarcelable, pero con todas las falencias que tiene el sistema judicial, terminó entreverado en todo lo que les cuento. Los días pasaban, y yo seguía con mi postura, todas las mañanas pedía una entrevista con el jefe de penal, con intención de poder conseguir un trabajo para que no me saquen del pabellón, pero no lo conseguí. La cuestión es que en unos meses, tras una disputa, terminé nuevamente en los buzones. Tratar de explicar el motivo de esa infame discusión es en vano y, más que nada vergonzoso contarles que casi me peleo por una botella de agua es exponer crudamente las costumbres cavernarias con las que lidiamos diariamente.

Una vez alojado en los buzones, les escribí a los coordinadores del taller literario y a un amigo que ya se encontraba en este pabellón, pero él se dedicaba al boxeo, una de tantas opciones que hay en este lugar. Y fueron ellos, los que se encargaron de facilitarme la oportunidad de encontrar la veta que hacía tiempo no podía hallar; de esa manera, y luego de darle mi palabra al jefe del penal de que me portaría bien, tiré el ancla en el pabellón cuatro; sitio donde llevo un año y seis meses haciendo todo lo que esté a mi alcance para ayudar al resto los integrantes del mismo. Sé bien que somos una minoría, y que la gran mayoría ignoran los derechos por los que luchamos incesantemente. Nuestro apoyo consiste en pocas personas que creen que no somos escoria, pero fundamentalmente en nuestra voluntad, la fuerza de querer ser alguien; la sed y la necesidad de dejar de formar parte de una estadística que solo favorece a todos aquellos que les quieren hacer creer que este país está como está solamente por la delincuencia. No niego que la delincuencia existe, eso sería como querer tapar el sol con un dedo, la inseguridad esta latente día a día en las calles, se convive con ella, tengo treinta y cuatro años y nací en un barrio lindero a una villa de emergencia. Crecí rodeado de chorros, prostitutas, y todo tipo de personas que para ganarse la vida están acostumbrados a infringir las leyes. Lo más alarmante, es que nos criamos creyendo que eso es normal ¿Pero qué hacen los medios de comunicación? ¿Las entidades públicas? ¿Los distintos movimientos políticos? Que piden a gritos penas más altas, mano dura piden, “el exter-

minio” sin siquiera intentar meterse de lleno en el problema, solo tocan el tema cuando necesitan votos, o utilizan la inseguridad para desviar la atención de otros temas.

Las leyes constitucionales no son ambiguas, ni se hicieron para ser aplicadas en favor de nadie; yo de eso estoy bien seguro y soy conciente, pero también quisiera que lo sepan todos.

En fin, ya no quiero quitarles más el tiempo con mis pesares, lo último que les voy a pedir, y con esto me despido; es que “No olviden que lo que acaban de leer, fue escrito por una persona que está privada de su libertad ambulatoria, por un delito que si cometió, pero está pidiendo a gritos, y por todos los medios posibles que lo ayuden”.

Los invito a que nos visiten cuando quieran, estamos alojados en la unidad numero veintitrés de Florencio Varela; o bien, pueden acceder a nuestra pagina de Internet...

[www.cuenterosyverseros.com.ar](http://www.cuenterosyverseros.com.ar)

## EL SOL OLVIDADO

Por: *Maximiliano Dante Palorma*

La vida de este adolescente se encontraba marcada por el mismo destino que su padre y sus hermanos mayores. Pasaron situaciones tan complicadas, y la vida de él; sería muy parecida a la de su progenitor, pasando lo peor de lo peor, llegando a convertirse en lo más despreciado por la sociedad.

Con dieciocho años recién cumplidos, junto a sus hermanos mayores que, según ellos, seguían un buen camino y el más fácil, pero a la larga o a la corta, el precio que se paga es muy caro. Su padre hacía un par de meses se encontraba disfrutando de su nueva vida, y su libertad. Daniel tenía noción de todo, ya que no era ningún boludo, solamente tenía un defecto: se le pegaban las cosas ajenas. Ya siendo mayor de edad para la justicia, empezó a manejarse distinto siendo mas precavido, pero la buena suerte no dura para siempre.

Llegado el mes de marzo, aun quedaban rasgos del verano. Él, junto a su hermano mayor, Claudio, y su compañero Rubén; salieron a cometer un ilícito. Sin saber que ese día sería el último en que volvería a respirar ese aire a libertad.

En la ciudad de Claypole, justo un día sábado, a eso de las nueve de la mañana, Daniel, su hermano y su compañero cayeron detenidos tras cometer un robo en el distrito de esa localidad. No fue mucho lo sustraído, tampoco tanto el daño causado a la sociedad, pero eso si a él todo eso le salió muy caro, sin saber por todo lo que tendría que pasar cada día y a partir de ese entonces.

En el momento que los detuvieron, recibieron una gran cantidad de golpes. Los tres fueron llevados a la Departamental de Burzaco, quedando detenidos por robo y en manos de la Justicia a cargo del Juzgado de Lomas de Zamora.

Ese día quedaron totalmente aislados de todo, completamente... todo; de sus familias, de sus seres queridos. Pasó el día sábado y, recién el domingo, recibieron noticias de sus allegados, tan solo unas pequeñas esquelas escritas por ellos y unos sándwiches, nada más. Al llegar el día lunes, los tres fueron llevados a declarar en una camioneta mas parecida a una lata de sardinas que otra cosa, con un impresionante olor a meo, con pequeñas dimensiones que solamente se podía viajar de pie, o sea parado y esposado. Para completar, tenía solamente unas pequeñas rendijas por donde apenas se podía distinguir la calle y la claridad del sol.

El viaje no fue nada confortante y se hizo muy largo.

Llegaron al juzgado con las manos esposadas, juntos a otros detenidos. Los uniformados los llevaron a un subsuelo, donde se encontraban las celdas con las mismas características a jaulas para animales, y en esos lugares, son utilizadas para depositar personas. A los tres les pidieron sus apellidos, sus nombres, y los dejaron en una de esas “leonerías”. Daniel dijo: “¡Más que seguro que yo quedo en cana!”. Y su hermano le retrucó: “¡Nada que ver! ¿Qué te pensás, logi? Los tres estamos en esto, no hablés boludeces”, “¿Qué estás diciendo, Dani? Ya está. Vamos a ver que pasa ahora, espero que tengamos suerte y no sea mucho.” Interrumpió Rubén “¡No sean pelotudos ustedes dos! Se los digo porque yo sé que es así, ustedes saben que yo tengo antecedentes de menores por eso me persigo”

En medio de la charla, ingresaron en distintos calabozos detenidos de otras seccionales, unos hablando, otros gritando y discutiendo. A todo eso, Daniel miraba todo: cada movimiento de cada individuo y encargados de aquellas leonerías.

Ya eran cerca de las diez de la mañana, y entre medio del humo, agua, y gritos; todo parecía salido de una película de terror, pero nada que ver, era la vida misma, no tenía noción de nada, y menos de lo que tendría que luchar para sobrevivir.

Esa tarde del día lunes, Claudio y Rubén recuperaron la libertad, ya que Daniel decidió declarar y hacerse cargo de todo, porque para él no serviría de nada que los tres quedaran detenidos, y el fiscal más que nada, se llevó por los antecedentes que tenía de menores.

Inmediatamente, al volver del juzgado, se despidió de su hermano y de su compañero: “Ustedes saben lo que tienen que hacer, no hace falta que yo les diga nada, solo que se cuiden”. Claudio rompió el silencio, quebrando con lágrimas y le dio un fuerte abrazo. “¡Quedate tranquilo que voy a hacer todo lo posible para que pronto estés en la calle con nosotros”. Seguido a eso, Rubén le dio un fuerte abrazo diciéndole: “¡Cuidate mucho, amigo!”, “¡Bueno, ya está!”, les dijo Daniel y, en medio de esa conversación, entró un policía en la celda diciéndole que lo acompañara, que lo tenía que llevar a los calabozos junto a los otros detenidos.

A partir de ese momento, sabía que se encontraba solo, solo contra el mundo y lo desconocido; ya que no tenía noción de que tipo de personas podría encontrarse. Tenía mucho miedo, pero sabía que no podía flaquear. Igualmente no duró mucho tiempo su alojamiento en esa seccional. La forma de vivir allí era totalmente inhumana, y en una

recorrida del juzgado, rompieron esa comisaría, y quedó intervenida a cargo de un juez de tribunales. Hubo distintas denuncias realizadas por familiares, por torturas recibidas hacia los detenidos por parte del personal policial. Todos los detenidos, a raíz de esas denuncias, salieron de traslado a distintas unidades penitenciarias. Daniel llevaba solo un mes privado de su libertad, y fue a parar a la madre cárcel: la unidad número uno “Lisandro Olmos”, muy conocida como La Estrella de la Muerte. En el viaje pensaba en todo, por qué no prestó atención a los consejos de su padre, pero para arrepentirse ya era demasiado tarde. Llegando a la unidad, uno de los policías le preguntó si era la primera vez que estaba preso. Él jamás contestó, prefirió callar, y en su silencio, pudo ver a lo lejos un inmenso tanque de agua. No pudo divisar nada más que eso, es que no quería saber nada, su mente estaba en blanco, su cuerpo le pesaba tanto, eso se llamaba miedo, el mismo miedo en carne propia.

El patrullero se detuvo y, uno de esos policías bajó de la camioneta con unos papeles en mano y lo hizo descender a Daniel. “¡Dale pipe! ¡Bajá que ya llegamos a tu nueva casa!”

Él bajó y se dirigió hacia la parte de atrás de la camioneta, agarró sus pertenencias y fue llevado a una celda con barrotes; que a simple vista, se daba cuenta por el óxido, los años de antigüedad –vaya a saber cuantas personas estuvieron de paso por este lugar – pensaba. El uniformado le dijo al encargado que allí estaba el detenido con sus papeles y pertenencias y preguntó si tenía que firmar algo. “¡No es necesario! Si estos mugrientos todos los días ingresan, se va uno y caen diez”. Es lo último que escuchó, se saludaron y el uniformado pasó por delante de Daniel mirándolo con mucho desprecio y arrogancia. Pero él por dentro decía: “¡Gil hijo de puta! ¡Algún día voy a revanchar, algún día!”. Se acercó el encargado, lo miró unos segundos, abrió las rejas del calabozo y le pidió que lo acompañe. “¡Vení, seguime que te va a mirar un doctor para saber si tenés algún tipo de contusión, o golpes!”

Llegó a una oficina, o mejor dicho una pieza, que en su interior lo único que tenía era una mesa, dos sillas y un equipo de mate. Le hicieron sacar la ropa, quedó completamente desnudo; y a simple vista, se podían ver todos los moretones que tenía en los brazos, la espalda, y un pequeño corte en la ceja derecha. El supuesto doctor, a nada de eso le dio interés, solamente atinó a decir: “¡Está todo en orden, muchachito! ¡Tenés unos pequeños raspones, nada serio!”

Qué momento, agarró sus pertenencias, su mono, por así llamarlo en ese lugar, un mono ¿Quién diría? Empezó a caminar mirando el piso, nada más que el piso, no quería ver nada más. Llegó a un portón inmen-

so, mismo que fue abierto por otro encargado que se encontraba en la parte de ingreso del penal, por así denominarla a la cárcel. Un penal es un lugar de alojamiento para culpables, por delitos realizados a los ciudadanos y a la sociedad, o también muchos inocentes; que por tener antecedentes, como se dice en estos lugares: están de “onda”, por que nada tienen que ver, solo por sus antecedentes y por la ley, ya que con la presunción te condena.

Al abrirse aquel portón de par en par, se encontró con una impresionante vista de un edificio muy grande, el más grande que jamás vio en su corta vida. No entendía nada, se preguntaba como, cuando, y en que momento se le había escapado la tortuga para terminar en ese lugar.

Estuvo unos cuantos minutos de pie, observando lo que muchos denominan su hogar, y vio que un encargado se acercaba. Lo miró unos instantes, y le ordenó que lo acompañe. Sin mediar palabras lo acompañó directo a ese túnel, lo que llamaba la atención de Daniel, era la presencia de aquel sujeto, ya bastante viejo y con muchos rasgos de llevar años de rejas y de cárcel. Su color de piel era bastante inusual por la falta de sol, mientras caminaban por ese túnel, él se dio vuelta y vio como la claridad del sol desaparecía. Así como así, de la noche a la mañana todo desapareció de su vida, es que sabía muy bien que ya nada tenía, Daniel había sido despojado de todo. Al final del túnel llegaron a otra puerta de reja, y aquel encargado tocó un timbre y le dieron paso. Lo primero que divisó fue una leonera bastante grande que en su interior, tenía una escalera por la que subían y bajaban muchos presos. A él lo pusieron en la meona, una celda con forma de triángulo, y la llaman así por el insoportable olor a meo, pero lo más llamativo de aquel lugar, estaba en las paredes, todas estaban escritas con las mismas palabras “Olmos antichorro”, que palabras tan cortas para describir aquel sitio. No sabía si reír o llorar, no quedó más que seguir esperando. Estuvo casi todo el día en aquel baño junto a otros personajes. Todos hablaban de sus andanzas, de puñaladas, de tiros, mujeres y de robos, y la gran mayoría de estos desconocidos, traían puestos en sus cuellos pañuelos de distintos colores. Era como si aquello marcaba algún tipo de jerarquía entre los demás, tenían las cejas depiladas o algunos directamente no tenían. A medida que el día se iba despidiendo, todos eran atendidos y subían a distintos pisos. Llegó el momento de Daniel, lo llamaron por su apellido. Él se puso de pie, y un encargado con una insignia con forma de raviol, le pidió que lo acompañe porque lo iban a atender. A medida que se acercaba a esas oficinas, pudo ver como otros detenidos que minutos atrás habían estado hablando, se encontraban limpiando el centro de ese lugar, que era conocido por Control; un centro de mando que cada penal tiene para realizar cualquier

tipo de movimientos de distintos detenidos, de ingresos o traslados.

Justo en la puerta de la oficina, escuchó una voz diciendo: “¿No querés subir y encima querés estar tranquilo? ¡Andá! Pedí una escoba, barré todo el control y las oficinas. Después vemos que hago con vos, tranquilo querés estar... Estás en cana ¿Dónde te pensás que estás?”

Escuchando todo, empezó a darse cuenta que era el mismo ser humano que le sacaba sentido a la vida en este sitio. Mandando a los demás creyendo ser alguien y a la vez nada, tratando a las personas como animales, o tal vez peor. Ese era el supuesto jefe de penal, se detuvo un minuto y pantallazos de toda su vida se hicieron presentes, su madre, aquel padre olvidado por tantos errores, cada ser querido, aquellos amigos de la infancia, todos recuerdos borrosos y opacados por el presente. Se preguntó una vez más “¿Qué hago yo acá? Si todo lo que hice solo fue por necesidad, tan solo por necesidad”.

Desde el interior de aquella oficina se escuchó que el hombre dijo: “¡Hacelo pasar! ¡Dale, que pase, así la hago corta con todos estos mugrientos!”. Daniel pasó a la oficina y vio a aquel hombre en un sillón y lo primero que este le preguntó fue: “¿Por qué estás, pibe?”, “¡Por robo!”, “¡Ah! ¿Por robo? Todos dicen lo mismo, entonces tenés berretines y orgullo, por que sos chorro ¡Vos vas a un pabellón de ingreso de comisaría! ¿Sabés?”. Fueron dos minutos, solamente dos minutos lo que Daniel estuvo en esa oficina. Al salir volvió a agarrar su mono, y con un encargado que caminaba y lo llevaba a su nuevo destino, subieron unas escaleras hasta llegar a dicho piso. Él bastante nervioso, le preguntó a este sujeto si habían llegado sabiendo que así era, pero igual se atrevió a preguntar: “¿A dónde voy, don? ¿Este es el segundo piso?”, “¡Si, sabés para donde vas! ¿Para qué preguntas? Vas al dos ocho, un pabellón de ingreso ¡Acá es, llegamos!” Murmuró el encargado, abrió la última puerta y se encontró con otro mundo; con un montón de personas encerradas como animales, en una jaula bastante grande, o mejor conocido por su nombre: un pabellón. Ese piso, como otros tantos de ese penal, contaban con doce pabellones en cada planta, uno al lado del otro en forma de círculo, y en el centro, una escalera. Lo infaltable de aquel sitio eran los gritos, y el interminable sonido a rejas y candados. El encargado pegó un grito haciendo saber a los fajineros o limpiezas, que había un nuevo ingreso.

Al momento de entrar, otros salían todos lastimados y solamente con sus ropas interiores puestas, despojados de todas sus pertenencias. El piso estaba repleto de sangre que perdían aquellos desconocidos. Al ver tanta sangre, a él se le llenó el culo de preguntas, y pensaba que estos hijos de puta, tratarían de hacer lo mismo con él si en algo llegara

a pestañear. Guardó silencio y suspiró sin que nadie lo notara, tenía miedo, y como no ha de tenerlo; si la impresión, el ambiente, y las caras lo producían, estaban todos condimentos para hacer del lugar lo que era, y mas allá de no entender nada, sabía donde se encontraba. Hizo un rápido pantallazo de todo el panorama, y la verdad, los zapatitos esta vez si que le apretaban y de qué forma. Todos aquellos rostros tan pálidos, sin vida, sin aquel brillo en sus ojos, todos atrapados por ese lugar, muchos de aquellos olvidados por muchos, en un sitio sin salida.

Se le acercó uno, le recibió el mono y le preguntó de dónde era, Daniel le contestó que era de zona sur. “¡Ah, está bien! Yo soy de La Mantanza, me llamo Carlitos ¿Cuál es tu nombre, amigo?”, “¡Yo me llamo Daniel! ¿Todo bien vos, Carlitos?”, “¡Si todo bien por ahora! Vamos para el fondo donde está todo mi rancho, mi familia, así hablamos tranquilos”.

Al llegar al último calabozo, pusieron una cortina de color roja, y desde el interior salió otro sujeto, con un fierro bastante grande igual a los machetes que se utilizan en la calle, pero esto era una espada y, a simple vista, bien afilado. Lo miró a Carlitos y le preguntó: “¿Qué onda, rancho?”, “¡Nada! Este recién ingresó!”, “¡Ah! ¿Ya hablaste con él? ¿Le dijiste como son las cosas acá?”, “¡No, la verdad que no!”, “¡Bueno esto es así de corta amigo! ¿Esas son tus cosas?”, “¡Si! Es todo lo que tengo ¿Por qué?”. Pero en ese momento se dio cuenta del porqué de aquella pregunta, y se acordó de aquellos que momentos antes, salían del pabellón todos lastimados por varias puñaladas recibidas. “¡Está bien amigo! ¿Conocés a alguien acá para que te pase un fierro? Porque te la hago corta, tenés que pelear por tus cosas, me imagino que vas a pelear... ¿O no?”, “¡Si lo tengo que hacer por mis cosas si!”, “¡Bueno no se habla más! ¡Pásenle un fierro al guachín! ¡Dale, pásenle un fierro que este quiere pelear!”.

Lo único que le pasaron fue una pequeña varilla con un poco de punta, que en el mismo instante le arrojaron a sus pies. Aquel sujeto más conocido en ese sitio como “El Chuky” inmediatamente le dijo: “¡Dale, levántalo que no te voy hacer nada!” Se rió, y se puso en una posición de combate bastante rara, con un brazo adelante y con un poncho en el mismo y, en el otro sostenía aquella espada.

Cuando Daniel intentó levantar esa varilla para defenderse, recibió

un golpe en su oreja y cayó al instante perdiendo por unos minutos el conocimiento. Tirado en aquel piso lleno de sangre, escuchó una voz que decía y gritaba en medio del pabellón: “¡No es así, el pibe iba a levantar el fierro para pelear, así no son las cosas, están bardeando,

porque la mayoría de los pibes que ingresan, en la calle roban y ustedes no le dan la oportunidad de nada, no es así, Chuky con vos me siento zarpado, vamos a pelear!”. En medio de aquella discusión, Daniel se puso de pie, bastante aturdido por el fuerte golpe y logró agarrar la varilla y le dio varias puñaladas por el cuello y parte de las costillas. Él se defendió lastimado, todo lleno de sangre y bastante asustado. Fueron minutos nada más, pero esos minutos fueron los más largos de su vida. “¡Bueno, ya está! El guachín se paró de mano lastimado y todo, y merece quedarse en el pabellón”.

Fue en ese momento, que Daniel se encontró con la cruda realidad de la vida en la cárcel. Si no hubiese reaccionado, sin duda la situación para él sería muy distinta en un futuro no tan lejano. Al terminar la pelea, se le acercó el Chuky y mirándolo a los ojos, le dijo: “¡Ya fue, guachín! De mi parte la mejor ¿Sabés? ¡No te persigás conmigo! Eso si, casi me volás, ahora te van a curar porque la oreja te sangra mucho”, “¡Está bien, gracias!”, “¡No! Nada de gracias, así son las cosas en este lugar ¿Cómo te llamas?”, “¡Daniel me llamo!”, “¡Ahora vení! Seguime así te curan, te pegás un baño y comés algo, después hablamos ¿Dale?”

Eso fue lo sucedido el primer día a partir de su ingreso a su nuevo sitio de convivencia, todo en un par de minutos, tal vez segundos. Al terminar de acomodarse, saludó a un par de pibes que también compartían la misma celda. Igualmente no les dio mucha importancia ya que no conocía a nadie. Al llegar la noche, no sabía que le depararía el siguiente día, fue una noche eterna, cada minuto en esa celda con desconocidos fueron horas, y cada hora se hizo una interminable agonía en vida en la boca del infierno. Se preguntaba que mierda había hecho tan mal, por qué estaba en ese extremo de la vida, y por qué Dios permitía el sufrimiento de tantos. En ese momento, entre todo el horrendo silencio, su mente se escapó de aquel sitio dejando su cuerpo inerte. Su corazón latía tan fuerte, y su alma volaba, volaba mas allá de cualquier reja, muro, o candados, él, esa noche recuperó su libertad permitiéndose soñar, entre tantos sueños fracasados. Igualmente, una vez más, el dolor físico se hizo presente cortando aquel descanso.

A las seis de la mañana, acostado en su cama escuchó un grito diciendo “recuento” y observó que todos empezaron a levantarse y salieron hacia el pasillo, se formaron uno al lado del otro, numerándose del uno al treinta. Un encargado al pasar frente de Daniel, se percató que se encontraba lastimado pero no le dio importancia alguna, solamente lo miró y agachó la cabeza. Aquellos encargados de mantener el orden siguieron su camino sin hacer ni decir nada. El famoso recuento dejó mucho para pensar, se preguntó si en realidad eran números para los

fiscales, jueces, la justicia y el Estado. Sin poder conciliar el sueño, optó por quedarse despierto mirando como el sol se asomaba, tomó aliento y murmuró: “¡La puta madre, la puta madre!”. Empezó a caminar para el fondo del pabellón y, escuchó ruidos de metal chocándose, la cortina roja estaba puesta otra vez. Ya sabía lo que estaba pasando en ese lugar, no quería estar en los zapatos de aquel pibe. Su curiosidad era mucha, y trataba de no darle tanta importancia a todo lo sucedido, pero tendrían que aprender que la realidad era esa; que no había nada más, solo todo aquello que lo rodeaba en ese sitio, un hacinamiento total, viviendo con lo peor y lo más despreciado por la gente, por la sociedad, en tierra de nadie controlada por la ley de la selva, donde el más fuerte es el que domina y sobrevive, siempre con un poco de ayuda de alguna autoridad del complejo, bastante ambicioso y corrupto. Es así, al que se le escapa, es “cartera”!.

Daniel terminó de ver todo el panorama y, lo que más le llamó la atención, fue ver como un grupo de esas personas limpiaban y hacían todo tipo de quehaceres. Como una nena en su casa, como cualquier mujer lo hace en su casa. En ese instante se le acercó Carlitos y lo saludó. “¡Hola, buen día amigo! ¿Vos en qué andás que tanto mirás a esa manga de gatos? ¿Ves a todos esos? Ellos se encargan de hacer todo acá, y te aviso, con el más mononito ni se te ocurra tomar mate. No da para que la chupés de refilón, yo te aviso y te pongo pillo, amigo”. Igualmente no le preguntó nada, porque sabía que no era su amigo, que no era nada de él, mucho menos su amigo.

Así los días fueron pasando, hasta llegar el primer fin de semana, lejos de casa, muy lejos de su madre Nilda, que ese día viajo hasta aquel lugar para ver a su hijo en esas condiciones, lastimado.

“¡No llores, mami, quedate tranquila que estoy bien!”, “¡No digás eso hijo! ¡No me mientas que yo te conozco! ¿Sabés que feo todo esto, la verdugueada y la vergüenza que pasé para entrar? No tenía ni idea de nada, Daniel. Tampoco me importó que otra mujer me hiciera desvestir y me revise toda, como si fuera cualquier cosa, nada de eso me importó. Porque vos sos todo para mí, sos todo hijo, y donde te lleven yo voy a estar, siempre voy a estar”.

Al terminar la visita, se despidió de su madre con un fuerte abrazo, y sintió como desde su mejilla, brotaba una lágrima de ella. Quedó totalmente shockeado, al ver como de a poco desaparecía su imagen y, sin saber que ese día, sería la última vez que sentiría sus abrazos y su beso maternal, su ángel ya no estaría para cuidarlo.

Agarró su bolso y subió la escalera. Al llegar al segundo piso, vio como varios de los pibes que se encontraban en el pabellón, eran llevados por los encargados en una posición bastante fea; con los brazos torcidos y muchos de ellos llenos de sangre a causa de las puñaladas recibidas. Empezó a preguntar que pasó en el pabellón a los gritos, y en eso pasó Carlitos llevado a las trompadas y patadas, “El Chuky salió al hospital de la calle, le dieron sin nada, estos giles bardearon”. Muchos de los que escuchaban respondían: “¡Cerrá el orto, no mandés en cana! ¡Cerrá el orto, gorra, morí callado!” fue nada, una nada en el infierno del hombre, sangre y más sangre, muchos gritos de dolor se escuchaban en aquel segundo piso.

Jamás llegó al pabellón, todos fueron llevados a una leonera de planta baja, la misma que lo había recibido en su ingreso. Muchos subieron a diferentes pisos, y otros como Daniel, no. Él, como otros tantos, decidieron ir hacia los buzones; un lugar de alojamiento a la espera de ser trasladado a otro penal, a otro destino, cerca o lejos de la familia, pero si o si, en ese lugar todos son llevados a otro destino, a otra cárcel. Entre que subía las escaleras con lo poco de sus pertenencias pensaba mucho en su madre. Por dentro se decía: “¡Perdoname! Perdoname por hacerte renegar, y por hacerte sufrir tanto, Dios me ayude para estar pronto a tu lado”, y sin darse cuenta, llegó al último piso; un lugar que no conocía, que jamás pensó conocer, el quinto uno, y otra vez dio cuenta dónde se encontraba, y la imagen de su madre llegó, pero esta vez con mas fuerzas. No entendía el porqué, optó por ser duro, por dejar de pensar en ella, o aunque sea fingir, su pesar y su dolor, pero también sabía que tenía que ser fuerte, porque estaba conciente de lo que aquellos hijos de su madre podrían hacerle si mostraba debilidad, si demostraba que era débil de mente.

Llegó a su nueva celda, y desde ese sitio podía ver gran parte de ese penal y también parte del afuera, de la calle. Solamente un muro lo separaba de todos sus sueños y de su vida real, de la vida misma. Quién podría decir como, cuándo y dónde a una persona, un ser humano, o mejor dicho; un gil hijo de puta, se le ocurrió crear estos lugares, supuestamente, para salir curados. “¡Ja!” se reía por dentro. “¡Si supieran todo lo que se sufre en este lugar!, y que realmente los verdaderos criminales siguen robando a cara descubierta y para colmo, siguen en libertad, por simples migajas dejamos parte de la vida, cada día morimos un poco más”.

Con la imagen de la tarde noche, del ocaso, Daniel no pudo más y entre el inmenso silencio, de su rostro desprendió sus primeras lágrimas derramadas, lágrimas de sangre y desconsuelo por tanta impotencia e

injusticia, su madre, la sangre y la inmensa soledad. Lo habían quebrado por primera vez, y su primer grito se escuchó en ese frío y solitario lugar “¡La concha de la gorra, la concha de la gorra!”. Ese grito de desahogo se hizo escuchar en un par de pisos, pero más que nada lo escuchó una persona que se encontraba en ese mismo lugar, “¡Eh, amigo, fíjate, y no te vas ahorcar! ¿Para qué salís a robar si no bancás la toma después? ¿Cómo te llamás, guachín?”, “¡Daniel, me llamo! ¿Y vos?”, “¡Yo soy el Fede, y se quien sos vos! Vos el otro día tuviste un problema apenas ingresaste al pabellón Estabas en el dos ocho ¿no? Bah, no peleaste te dieron sin nada”, “¿Y vos cómo sabés todo eso amigo?”, “Porque yo fui el que me metí en medio del bondi cuando te dieron sin nada ¡Ponele onda que estás en la cárcel, ya no estás más en la calle, y eso lo tenés que aprender de ahora en más! Capaz que nadie te habló de nada, y no se porque lo hago yo, pero bueno todo bien. El bondi que hubo en el pabellón, fue porque a ese gato ortiva del Chuky le di sin nada. Pestañearon sus soldados, todos esos estaban cagando la verga con una banda de pibes que en la calle andan robando, y esta manga de carreros, ya me sentían re zarpado, y hoy a ese gato lo levanté para arriba. Si a ese lo pago con quince días, se los mato durmiendo, si total yo estoy para nunca más, ja, ja. Y te doy un consejo, despertate que estás en la cárcel, no es un jardín de infantes, ahora me voy a descansar. Vos tomate unos mates, y pensá que vas ha hacer de tu vida. Ahí te hago llegar una pastilla, así no cajeteas tanto y descansás un poco, que mañana es otro día y tenés que estar en punga ¡Ah! y si de última querés estar tranquilo, cuando te atiendan; pedí un pabellón evangelio ¡Vos fíjate, nos vemos, hasta mañana!”. Esa fue la primera y última vez que hablé con el Fede, ya que esa misma noche, Daniel fue trasladado hacia el penal de Junín; la unidad número trece. El primer traslado y, la primera vez que viajaría en el camión llamado “el tribunero”, con esposas en forma de grilletes, y viajando con muchos desconocidos, varios personajes, con mucha maldad, lo que la cárcel hace con cada persona, y lo que la sociedad tal vez quiere; que cada detenido, se muera en ese lugar, que deje su vida en esas cuatro paredes.

El viaje duró cerca de ocho horas, y fue bastante denso por distintas secuencias, rastreadas de zapatillas, sometimientos a los mas débiles, y una en particular: un hombre que podía hasta ser mi papá, era usado como un objeto sexual para calmar las necesidades de varios detenidos, como una buena perra, “Buena puta”, así fue apodada en ese momento.

Pero lo más loco, fue ver a ese sujeto, que hasta se podría decir que le gustaba el maltrato y lo que le hicieron en todo el viaje, y por así llamarlo, era un puto tumbero.

Una vez llegado a su nuevo sitio de alojamiento, Daniel estaba un poco más avivado por un par de situaciones que pasó. Los tramites fueron mucho mas rápidos, el jefe de penal de esa unidad lo atendió antes de lo esperado, y lo subió al pabellón de Mediana Seguridad número siete, un pabellón católico por así denominarlo, por el solo hecho que solo hacían una simple oración a la Virgen María y un Padre Nuestro. Supuestamente era un pabellón de Conducta, siendo todo lo contrario. Pero muchas veces, la forma de vivir después de un par de tormentas, la hace uno mismo, o mejor dicho; después de ganarse el respeto, y la única forma de ganarse todo eso, es derramando sangre ajena de muchos. A que punto se llega a vivir, en las peores condiciones, nadie se merece tanto castigo, absolutamente nadie se lo merece.

Y por contarles distintas elocuencias de vida, en esta vida de tanto encierro y marginación por parte de tantos, hasta a veces de los seres queridos de uno sin esperarlo. Nadie se encuentra exento a este tipo de vida, pero hay muchas formas de poder evitarlo y seguir dando detalles tal vez está de más.

En Junín, Daniel estuvo cerca de dos años y medio, también le tocó pasar por distintas cárceles del Gran Buenos Aires como: Sierra Chica, Barker, San Nicolás, Alvear, Magdalena, y el último destino fue Florencio Varela, donde hasta el día de hoy, llegando a una década de vida perdida, digo perdida por el tiempo que transcurrió sin nada qué hacer en estas condiciones, sin poder utilizar la mente, atrapado por el mismo sistema, por las drogas, las pastillas, y un sin fin de problemas. El que mal anda, mal acaba, como tal vez, muchos de aquellos conocidos, o algún amigo a la distancia que alguna ves tuve, que ya no están, dejaron su vida acá en el lugar menos indicado. Mi historia no es distinta a todas las demás, pero el final si que lo es. Vuelvo a repetir, en el lugar menos indicado, trato cada día de cambiar todo lo dicho por muchos, como por ejemplo: jueces, fiscales, y la misma sociedad, hoy por hoy desde acá, de una cárcel de Máxima Seguridad. La palabra lo dice todo, Máxima, y con el amargo sabor de saber que mi madre no está presente. Hoy hago de mi vida todo lo que está a mi alcance, o mejor dicho, todo lo bueno. Es que aprendí en todos estos años, que los malos momentos vienen sin buscarlos, lo que realmente cuesta, es hacer las cosas bien. Hoy lo hago cada día en su memoria, y por todo lo que hizo por mí, por tantas lágrimas derramadas en mi ausencia y, porque me debo una oportunidad. Mas allá que a veces, los estados de ánimos son cambiantes, me mantengo siempre con la guardia en alto, proyectando para el futuro desde del lugar menos pensado, tomando la iniciativa de querer cambiar todo lo dicho por muchos, que este sujeto que hoy les escribe no cambiaría jamás, eso es pura

mentira. Uno ciertamente aprende, y desde acá, del pabellón número cuatro; cada día me preparo para lo que me espera el día de mañana, cuando me toque recuperar la libertad. Con un grupo de compañeros del pabellón, formamos parte de una editorial. Queremos difundir que todo es posible y que se puede. Con mucha voluntad y determinación, somos partícipes de diversas actividades, literatura, filosofía, dibujo artístico, boxeo, un estudio de grabación, y todo hecho pulmón. Pero más que nada, por una persona que creyó y cree, que es posible revertir la situación de cada uno, y rebelarse sin ningún tipo de violencia, solamente abriendo la mente, es un amigo que nos visita todos los miércoles. Desde antes de llegar a este lugar, él, ya sabía de las condiciones de cada uno de mis compañeros, y gracias a ellos, y a él, acá estamos para todos aquellos que quieran visitarnos en nuestra página de Internet.

Tal vez, hice muy extenso lo que quiero dejar en claro, somos personas, y como tales; tenemos sentimientos. Los errores pasados ya están, nada se puede hacer para volver el tiempo atrás. Hacernos responsables de cada uno si que es para valorar y tener en cuenta, tal vez, una vez más, esté equivocado, está en todas las posibilidades. Si es de esta manera, sus comentarios y críticas serán leídas y bien recibidas en nuestra página. Agradezco cada momento y porque todavía continúo en pie, por todo lo que creo que vale la pena, si uno cree que es así, todo lo bueno vale la pena.



## OTRO MUNDO

Por *Natalio Damian Aguilar*

BOOM BOOM!!! Alto, policía. ¡Entregate, hijo de puta! Esos disparos y palabras fueron las últimas escuchadas de la calle.

Era cinco de Noviembre. Día espectacular, sol radiante, aproximadamente doce de mediodía, después de un fuerte enfrentamiento con la policía, fui atrapado en otro mundo diferente de donde venía. Era todo sombra y frialdad. Las caras transformadas de muchos de esos muchachos que me reciben en esa celda que parecía una tumba decorada con imágenes de santos de distintas religiones, puedo asegurar que tuve miedo. Al momento de entrar, pude sentir lo mismo que habrán sentido las personas que he robado, cuando en mis manos tenía una pistola y tenía el dominio de todo, pero sabía que ya estaba en otro mundo, que las armas de estos pibes, no son las que yo estaba acostumbrado a usar. Eran armas fabricadas por ellos mismos, llamadas, facas.

Acomodándome, y ellos, haciéndome lugar. Cansado y muy dolorido por los impactos recibidos en mi cuerpo, se acercó uno de ellos, pude diferenciar que él era quien tenía la última palabra, en ese lugar llamado tumba. Se presentó y ayudándome a sanar las heridas de mi cuerpo, me dijo: “mi nombre es David y con los chorros, la mejor. Sino, mirá”, señalándome con su cabeza, mirando hacia el costado, vi como uno se encontraba fabricando un arma para él y otro le hacía masajes, mientras otros lo llamaban por su apodo: El Sicario. Me dijo que debía prepararme y curarme rápido, porque pronto vendría el otro boleto con destino a Casa Grande. Por un momento me tranquilicé, suspiré fuerte sintiendo que mi alma entraba nuevamente a mi cuerpo herido, como queriendo conocer el nuevo mundo que debo recorrer.

Llegó la noche y el miedo me dejó descansar, como sabiendo que recién es el comienzo de mi nueva vida y, qué aún, no he vivido mi segundo día en ésta fría tumba. Me levanté muy temprano por movimientos de personas que eran llamadas con apodos de animales, cumplían órdenes de su dueño y sabían que tenían que tener todo terminado para cuando su dueño se levante. Me fui lentamente hacia el baño, mis heridas supuraban pus de mi amarillo cuerpo, pálido como papel de calcar. Sentí que mi rostro se estaba desfigurando, al igual que los habitantes de éste lugar.

Saliendo de ahí empecé a ver la realidad que me toca vivir en este mundo diferente, en donde el que domina a otro, es fuerte y el que se

domina a sí mismo, es poderoso. Trataba de entender que son pocas las opciones que tengo en este lugar, las heridas ya no dolían tanto y sabía que me tenía que hacer, porque “cocodrilo dormido, cartera es”. Saludé a un par de ellos, mientras, El Sicario, agradecía a san la muerte por cuidarlo y darle lo que le pide. Llamó a uno de sus gatos, agarrándolo de la mano y cortándole varios dedos para ofrendárselos como sacrificio vivo a su devoto señor de la muerte. Ya, las cosas no son como ayer: empieza... la cruda realidad.

Día Viernes, 13:00Hs., hora del bagayo. Todos esperamos una esquila de nuestros seres queridos. Hay movimientos raros, bolsas con mercadería pasando de mano en mano y, algunas, terminan en las manos del Sicario. Muchos rostros entristecidos después de leer las cartas de sus familias. Pasan las horas y el clima se pone distinto, música fuerte al ritmo de Mario Luis, porro, pastillas y alcohol fino con jugo. Es la manera de tapar la realidad detrás de nosotros. ¡Palmas, palmas, palmas! y gritos, vacilando por otro que bailaba arriba de una mesa. Era la nena de la noche. Entre tantas drogas, el Sicario y el Boli se desconocieron. Puñaladas para todos lados y la gorra empieza a reprimir con balas de goma y gas lacrimógeno, sin saber que era mi último día en ese lugar.

Camión de culata y lista en mano...marche con fritas. Nuevo boleto para La Estrella de la Muerte. Agarré mis cosas que envolví con una frazada, conocida en la jerga como mono. Subí al camión de traslado y me encontré con los rostros más desencajados que vi en mi vida. De sus bocas salían palabras que jamás pensé escuchar. El portador de una de las caras más siniestras y conocida en las cárceles, abrió su bocota y de ella salió las clásicas preguntas de camión: “¿de dónde sos?”, sin titubear respondí con firmeza: “en este momento soy de acá”. Lo tomó como una buena respuesta, me contesta: “bien ahí, guachín. ¿Para dónde vas?”, “no sé, me dijeron que para la 1”. “Vas para Olmos, entonces. Esa es mi casa. Allá está mi familia. En el 2/7. Si subís ahí, no te asustés, que si sos chorro...te van a tirar un fierro”. Recordando palabras del Sicario, esas que advertían que, “Olmos es antichorro...”; yo, no le creí nada de nada a este conocido viajero carcelario, apodado El Tornica. Siendo que él tenía otro destino anhelando volver pronto, justo, a donde yo ingresaría. Mi cabeza no dejaba de pensar un segundo en cómo desenvolverme, según la situación que me toque vivir en este nuevo mundo, tengo bien en claro, que soy un novato en todo esto. El culo se me llenó de preguntas cuando vi cómo dos personajes se abalanzan sobre un pibe que no tuvo ni tiempo de reaccionar, por culpa estos hombres, hábiles como hienas al acecho. “Quedate quieto. Callate la boca y dame las zapatillas, sino te corto el cuello con este bisturí”, le sacan el calzado intimidándolo. Mien-

tras los encargados de la comisión, circulan como si nada hubiera pasado; fue un hecho perfecto en sí en este mundo diferente.

Me parecía interminable mi llegada a aquel famoso y peligroso lugar, mi cuerpo sudaba, no de calor, sino por todo lo que estaba viendo, pero estoy bien pilló que las cosas son de verdad y que acá no le dan las pasadas a nada ni a nadie. Después de varios recorridos por distintas cárceles del radio La Plata, llegó mi turno, y junto conmigo bajan varios pibes que, al igual que yo en ese tiempo, éramos todos inexpertos sobre la materia carcelaria. Cada uno de nosotros agarró sus pertenencias y traspasamos aquel portón grande; trato de explicar la sensación que sentí al ingresar en ese horrendo lugar de cautiverio. En ese momento vienen dos encargados muy malos. Recuerdo el modo en qué se dirigieron, mirándonos y haciéndonos saber que ellos mandan y que no nos olvidemos, que ya estábamos en Olmos. Uno de ellos le dijo a un muchacho, que en todo el viaje, en aquel camión, no dijo ni una sola palabra: “Mirá contra la pared”, y él le respondió: “¿Qué te pensás, que soy un pibito? ¿Qué, vos, pedazo de ropa prestada, me vas a decir qué tengo que hacer?”, mientras yo escuchaba y, a la vez, aprendía el manejo de aquel hombre; no obstante, el otro guardiacárcel, me dice lo mismo, y pude percibir que era una manera de probar nuestra reacción, le dije que no miraría contra ese paredón manchado de resentimiento e impotencia de hombres y marcas de historias pasadas.

Los pabellones explotaban de gritos de todas clases y, entre los gritos mezclados, presos proclamando a DIOS; y no voy a negar que en mi interior también le pedía que me cuide, porque no entendía nada sobre esta nueva vida, mientras los celadores se miran entre ellos y dicen: “mirá, tienen berretines. Los quiero ver en un rato cuando ingresen a los pisos”. Sus rostros, de burlas, como insinuando que nada somos para aquellos leones hambrientos que están a la espera de algún ser vivo para devorarlo... Como dice el conocido filósofo THOMAS HOBBS: “el hombre es el lobo del hombre...”.

Yendo camino hacia Control, nos dejan en un lugar mugriento y oloroso, enjaulados como chanchos entre la mugre esperando que el capitán del barco nos atienda. Un par de pibes mandan a avisar a los pabellones, a través de una esquelas a sus conocidos, que llegaron y muchos pidiendo un fierro\* para defenderse para cuando suban a los pisos. Pasaron las horas, empezó a atender el Jefe de penal, él decidirá a qué llompa\* subiremos. Llegó mi turno. Me atendió sin mirarme y me preguntó por qué estoy en cana, “¡por robo!”, le dije, y sin titubear me dijo: “Al 2/7, subís”. Mi destino lo resolvió en tan sólo 45 segundos. Saliendo de esa oficina, levanté mi mono al hombro, seguí al encargado que me llevó al

lugar indicado por su superior. Subiendo la escalera hacia ese temeroso segundo piso de peleadores. Apoyé mi mono y, por un instante, hice una vista panorámica: era toda una redonda\* y muchos pibes trepados en las ventanas de los pabellones y sólo gritaban con aire de maldad y voces estratégicas. Preguntaban de distintas maneras: “¿De dónde sos, vago?”, por un lado y por otro escuchaba: “Vení para acá, que estamos haciendo las cosas bien”. Mi mono, al arrastrarlo, era cada vez más pesado. Los nervios me jugaban en contra, e infinidades de pensamientos pasaban por mi turbada cabeza. Detengo mi marcha y vi cómo de un pabellón salió un apuñalado, envuelto en una frazada camino a Sanidad; por lo visto, fue el último día de vida para ese muchacho en aquel pabellón. Me hacen a un costado para arrastrar un cuerpo sin vida, cómo si fuese un papel llevado por el viento y dentro mio pensaba: “en qué carajo me meto, estoy re cagado, si yo de esto no entiendo nada. Ma si!!!”, dije, “si me dio para agarrarme a tiros con la policía, que la voy a cajetear\* en entrar”.

El encargado abrió esa reja con un chapón que cubre la mitad de la puerta. Alcé mi mono en mi hombro y entré al 2/7, dónde había indicado el Jefe de penal, aquel que sólo valía su jerarquía porque, como ser humano, no demostró absolutamente nada y en mi pensamiento personal, esta clase de gente –con tal rango y poder capaz de dominar y tener la última palabra sobre nosotros–, es la verdadera creadora de monstruos, que a través de verdugueadas y torturas, te hacen malo y resentido socialmente, no dan oportunidades, sólo somos unos números más para estos estrelludos\*.

Continuando el relato y con tan sólo recordar ese momento...me tiembla la mano y un escalofrío recorre por mi cuerpo. Eran aproximadamente las 19:30 hs de un viernes de 2002, al ingresar a ese pabellón oscuro, sólo se veían unos foquitos que alumbraban en algunas celdas y muchos hombres parados en las puertas de las mismas, mientras tanto se acercaron dos pibes; a recibirme, agarraron mi mono y juntos me hablaban y me llevaron para el fondo, ahí es dónde vivía quién llevaba la política en el famoso 2/7 de Olmos.

Ingresé a la celda “cuatro”, mejor dicho, a la “cuarta” y empezó la interrogación del cacique con una planchuela\* muy puntiaguda y podría asegurar que estaba echa para atravesar y matar a quien ellos consideren que sea necesario; agitando aquel elemento punzante frente a mí junto a otros sujetos en forma de círculo. En sí, estaba atrapado y sin salida. Mi agitada respiración me delató y me preguntaron: “¿Por qué respirás así?” a lo cual respondí: “Por que vengo coheteado\* y la yuta me voló un pulmón” y le mostré las heridas que aún estaban abiertas. Me miró, se sonrió y dijo una palabra que siempre la llevo presente dentro de mí:

“Mirá guacho, a mí no me conmovieron las lágrimas de mi madre cuando lloraba por mí y me vas a conmover vos con un par de corchazos\*, esto es Olmos, papi, ¿qué vas a hacer?, ¿vas a pelear por tus cosas y por tu lugar?”, “¡más vale!!”, le contesté, “si en la calle robo. Zarpado\* de apretar cobanis\* y no me voy a dejar zarpar con nadie” y me dijo: “¿ah sí?, entonces vas a pelear”. Llamó a uno de sus soldados, lo digitó, le pasó una faca\* muy considerable para combatir y a mí me tiraron una rebarba\* de unos 20 centímetros de largo, nada comparable con la que el soldado tenía. Se puso en posición de pelea y me dijo: “¡Dale, dale porque te doy un par de puñaladas!!!” y me encaró. Tomé valentía y me posicioné para pelearlo, mientras otros desarmaban mi gigante mono, donde tenía todas mis pertenencias. Mi cuerpo herido, sin fuerza...sólo mi orgullo me alentaba a seguir.

Después de un rato el limpieza\* del pabellón, El Cepillo, el que me dijo que nada lo conmovía, se metió en el medio, diciendo: “Se paró de manos el guacho, júntenle todas sus cosas de nuevo que se va a quedar a ranchar\* con nosotros. El corazón se me salía por la boca y ya no confiaba en nada ni en nadie. “Acomodate y andá a pegarte un baño, que ya está todo bien. Te paraste de manos y trasca\* estás baleado por la yuta\*. Yo sólo quería ver tu reacción, rocho\*!!!”.

Después de haber terminado de hablar con El Cepillo, escuchamos unos guitarrazos\* que hacían temblar la redonda del segundo y gritaban: “¡Cepillo!!! Cepillo!!! Mirá que recién ingresó un pibe y es mi compañero, no van a querer bardear!!!”. Se acercó Cepillo y le respondió: “Eh, Pelado, vos sabés como es. Vos piloteás\* el 2/11 con tu política y yo hago lo mío acá”. Me acerqué a la reja y le grité: “¡Qué onda Pelado!”, “¿cómo estás, compañero?”, me preguntó, “Bien, recién llego. Todo dolorido”. “Si, ya sé. Me contó la Yamila en la visita, que casi te matan...y ahí...¿qué onda, peleaste?”, “Si!!, pero todo bien, Pelado”, le contesté. El me miró, me saludó y me hizo unas señas con las manos, empuñando una faca\* por si la precisaba y volvió a gritar: “¡Eh 2/7!...Eh, Cepillo! Vos sos mi amigo y el guacho es mi compañero; no bardeen\* con el pibe, yo mañana lo voy a ver y a hablar con él, ¿sabés?”. Después de haber pasado por esa sensación de pelea con una faca\*, no lo niego, pensé que me iba a llenar de canutos\*. Aquel muchacho, entrenado especialmente para combatir con el que ingrese y, si es necesario, apuñalar sin preguntar nada; esa es la ley de esta cárcel. “La vida en este mundo, es como moneda corriente, pasamos de en mano en mano, por distintos penales. Y a veces, la moneda cae por el lado de la muerte, y pasamos a ser tan solo un recuerdo un alma mas que divaga dentro de una cárcel con espíritus de venganza y tribuneando en la reja alentando distintos espectáculos organizado por

hombres, mientras que otros trata de defenderse para no ser parte de la tribuna y el diablo que asecha, no se lleve sus almas”

Durante mi tiempo en “Olmos” pude ver como echaban pibes sin que se resistieran, llenos de puñaladas; y algunos, salían casi sin vida, envueltos en frazadas, con las tripas reventadas, después de ser atravesados con facas de treinta centímetros. Así era el segundo piso de la Estrella de la Muerte, pelea, sangre, e injusticias. Los encargados de turno ya saben como es, hasta que no agonicen, no se deben preocupar por nada. Por mucho tiempo mis ojos vieron cosas que ya no quisieran volver a ver, por que despertaría crueles recuerdos, por ejemplo: Sometimiento, amenazas, y encargos por teléfono, para cuando llegasen sus visitas, traigan todo lo que le había pedido su propietario, adueñándose de la vida de los más débiles, con amenazas y violencia física. Mientras, otros pibes, esperaban su visita para huir de ese pabellón; e ir al cuarto piso de evangelios.

Durante mi estadía en ese penal, fue como un curso acelerado para mí, sabía que debía aprender rápido la manera de vivir en este maldito sistema opresor carcelario.

Busco la manera de poder explicar, como es la vida en este mundo. Les puedo asegurar que no es fácil, con tan solo contarles, mi mano derecha está humedeciendo la hoja en la que estoy escribiendo, estos relatos que traen recuerdos a mi mente, que mientras tenga existencia, vivirán conmigo.

Después de haber pasado por el lugar que ya les comenté, me trasladaron a la unidad nueve de La Plata, mas conocida como “La Nueva”, llegando a ese lugar, los encargados y oficiales requisaron todas mis pertenencias. Al finalizar su trabajo, uno de ellos me dijo: “prepará el mono”, nuevamente volví a guardar todas mis pertenencias, dejándolas envueltas en esa frazada polvorienta de tanto arrastrar por varios suelos carcelarios. Uní las cuatro puntas de mi manta y vi, que junto a mí, había varios muchachos con carita de sabandijas; que con sus miradas, no disimulaban que deseaban de lo que llevábamos puesto. El centro de atención eran las zapatillas; para cualquier preso, según mi subjetividad por ver más de una vez, como le despojaban el calzado a otro interno o así sea débil, eran víctima de chamuyo, o sino, a punta de faca, por si atinaban a resistirse, pero el delito debía concretarse como sea. No quedan dudas, que es así, en esta selva donde nuestras vidas se cruzan con la muerte, que convive junto con nosotros todos los días, y es ella; quien se ocupa de elegir, quien se queda o se va, hacia otro destino.

Mientras continuábamos en esa leonera, podía ver como descendían de los camiones de traslado varios pibes que venían viajando de distintos penales: Bahía, Junín, Sierra Chica, muchos de ellos venían sin nada, solo con los puesto y re cagados a palos.

El encargado de turno con la lista en la mano, empezó a nombrarnos por nombre y apellido, y nos notificó si el penal nos recibía o no. El fiche\* al nombrarme, indicó que figuraba como población; es decir, que el penal me recibió. Mientras que a otros les avisaba que estaban sin destino; mejor dicho, el penal no los recibía, solo los tendrían unos días en los depósitos, hasta que el camión fantasma de traslados, los lleve a nuevos destinos.

Al finalizar de nombrarnos, el encargado nos llevó al pabellón cinco de deposito, era sábado por la madrugada, solo tenía ganas de llegar a la celda que el encargado me designaría para tirarme a descansar un rato, y así, levantarme temprano para conocer esa nueva tierra que es muy distinta a la Estrella de la Muerte. Pero estaba pillo que eso recién comenzaba, y que me quedaba mucho por conocer a esa legendaria cárcel llamada La Nueva de La Plata.

Al entrar a la celda, desarmé el mono e hice la cama, y al terminar de armarla me acosté. Mientras apoyaba mi cabeza sobre la almohada, pensaba infinidades de cosas, y entre las tantas; pude notar cierta tranquilidad en mi interior. Tenía ciertas cosas claras y aprendidas que son muy, pero muy importantes saber y conocer para ponerlas en práctica según la ocasión. Porque en si, las tumbadas son desde siempre en las cárceles, solo el que las hace sabe porque las hace y de que manera las hace, algunas con mucha inteligencia, y otras, están a la vista del que las quiera ver. Pero todo tiene un porqué, la supervivencia en esta cruda realidad, que cueste lo que cueste, según nuestra filosofía de vida, de una manera u otra, hay que ser sabio para salir con vida de este mundo diferente.

Después de haber estado casi tres días en aquel frío depósito, me llamaron a audiencia con el jefe de penal; para conocerme y darme piso. Al llegar a la oficina, el hombre, educadamente, me preguntó si yo tenía algún conocido en los pabellones. Le respondí que si, que en el doce estaba mi cuñado, “¿Quién es?”, me preguntó. “Pérez Almada” contesté y él replicó: “ese pibe no está en condiciones de pedir a nadie, ni conducta tiene, pero andá a preparar tus cosas que hoy a la tarde, te subo al pabellón doce; lo único que te digo: es que no quiero escuchar ni un solo ruido tuyo, porque el primer camión que llegue es para vos ¿Sabés?”. Después de salir de ahí, encaré con fuerza por el pasoducto\* y llegando

al patio del doce, me encontré con mi cuñado y compañero desde pibitos. Pasamos las mil y una con el Flaco, nos pusimos a chamuyar detrás de un ventanal y le conté: “¡Eh, Diego ahí me atendió el gorra, y me dijo que a la tarde subo ahí donde estás vos, en el doce” “bien ahí, gordo, olvidate que ya subo para el pabellón y le digo al que está conmigo en la celda que se cambie a otra, así vos te venís conmigo”. Después de hablar esa secuencia con mi compa\*, el encargado me llamó y me dijo: “¡Dale vamos de nuevo al pabellón cinco!” conocido como depósito, saludé a mi cuñado y me fui. Una vez llegado a mi celda me encontraba contento, dentro de todo del entusiasmo que tenía por estar junto con el flaco Diego, me puse a acomodar los bolsos, así para cuando venga el cambio de yompa\* a la tarde no perdía tiempo. Tiré todas mis cosas en el mono y encaré con fuerza a mi nuevo destino.

Pasaban las horas, se me hacía eterno aquel momento esperado por mí, pero lo que yo no sabía, era que me iban a subir después del engome, mejor dicho; cuando todos los internos estuviesen en sus respectivas celdas.

Llegada la tarde noche empezaron los movimientos, y aquel ansiado momento había llegado para los pibes que estábamos esperando subir a los pisos. Junté todas mis cosas, y salí junto al encargado; el mismo que me llevaría al pabellón doce. Mientras entraba al mismo, vi como sacaban por el pasaplatos pedazos de espejos, que en el léxico carcelario, lo llaman mira\* es para espejear, y ver los movimientos que suceden en el pabellón. Al cruzar las rejas escuché que me preguntaron “¿De dónde sos, de dónde venís, vago?” y entre las voces, escuché la de mi cuñado que le dijo al cobani: “¡Tráigalo acá, a la celda dos diecinueve que es mi compañero!”, él ya tenía la coreo\* armada; me estaba esperando en la mazmorra, listo para recibirme en mi nueva casa “provisoria” por que nunca se sabe en una cárcel cuanto dura nuestra estadía.

Me recibió mi amigo del alma, que después de la amistad pasamos a ser familia; pues su bellísima hermana era mi señora, la que estaba a mi lado en ese duro momento. Nos abrazamos fuerte, y a pesar de la situación estábamos contentos, porque ya éramos dos para cuidarnos. Los pensamientos seguían siendo lo mismos de siempre, fieles hasta la muerte.

Después de abrazarnos, mi cuñado, el Diego, me dijo: “ahí puse la pava en el fuelle así tomamos unos mates y te cuento como es la movida en el pabellón” “¡Dale! ¡Bien ahí flaco! hace mucho que no nos vemos ¿Qué loco no? Pensar que hace unos años atrás, estábamos en la calle disfrutando de nuestra libertad; vacilando de nuestro mejor momento

¿No, compañero?” Fue entonces que él me preguntó “¿Cómo está el barrio, gordo? ¿Y las chicas?” haciendo una sonrisa pude notar, que a través de mí, él podía saber que era de la vida de su novia, la misma que lo abandonó dejándolo a puro dolor, dentro de este mundo diferente entre barrotes oxidados por el odio de almas presidiarias, y que solo aquel frío hierro es testigo del sufrimiento.

Luego de esa pregunta de mi compa, le conté lo que él tanto quería saber, y la charla se fue extendiendo hasta llegar a la verdadera realidad en la que nuestra vida debe enfrentar. Él, entonces, sacó de debajo de la almohada un ángulo con una punta capaz de atravesar todo tipo de chaleco, poncho, o escudo, y ni hablar de un cuerpo humano porque como todas armas, son fabricadas con intención de defensa, y a la vez son armas letales, despiadadas y sanguinarias ...

Y pasándomela, me dijo: “ésta es tuya, yo tengo ésta” y me mostró otra faca, que era una planchuela muy bien hecha, con mucho filo en ambos costados de la misma, “mañana, si no viene la requisa, hay un par de combates tempranito, tienen que pelear dos ranchos y por las dudas, tenemos que estar enferrados por si salpica hacia nosotros”. Así estuvimos hasta altas horas de la noche, hasta que nos fuimos a dormir.

Llegada la mañana, vino el recuento. Después del listado penitenciario desengomaron a todos los pibes que tenían carnet de trabajadores, por ejemplo: Limpieza de pabellón, limpieza de patio, limpieza de visita, mantenimiento. Todos esos carnets son tumberos, y se pelean por esos puestos, para figurar que son pibes buenos y ser conocidos en la cárcel. Estaba pillo que mi compañero horas antes, me dijo que estaríamos con la puerta abierta. Nos higienizamos y salimos a ver lo que acontecería en esa mañana tensionada por los rumores que había de pelea. No pasaron ni siquiera cinco minutos, y vi salir al Caballo enfurecido, con su mente envenenada por tantas mezclas de pastillas que había tomado durante todo el fin de semana. Gritó agitando un poncho en una de sus manos y una faca en la otra, diciendo “¡Dale, salí a pelear! Que a pesar que no sos piola, te voy a dar la oportunidad de combatir y te voy a echar a la mierda. Por que vos no podés estar afuera ¡Gil!” subestimando a su contrincante, el que no dudó en salir a su encuentro, contestándole “¡Ahora vamos a ver quién se va la concha de tu madre, te voy a matar!”. El Caballo ya era un reconocido peleador en su prontuario carcelero, ya cargaba con una muerte en riña. Se posicionaron y pelearon un largo rato, sin poder lastimarse ninguno, eran dos buenos peleadores. Uno de los muchachos se metió tirando un par de ponchazos para cortar la pelea, era rancho del Caballo. A raíz de eso, el conflicto se agravó, por que otro pibe perteneciente a la contra del Caballo, saltó enojado y

dijo: “¡Ahora vamos a pelear nosotros!” Fueron al encuentro con faca en mano, y así pelearon. El mismo que tiró el ponchazo para cortar la pelea, salió perdiendo con una lastimadura profunda en un brazo, y al ver que la reyerta estaba empeorando, un par de pibes se metieron para parar el Bondi\* o sea; la riña, para que la gorra no se rescate, y así poder seguir solucionando los problemas que aun seguirían pendientes. Porque lo que se empieza se termina como sea en este lugar de sometimiento, en esta tumba que solo alberga almas que divagan necesitadas, dejando su último haz de suspiro en el pabellón o celda antes de morir; pidiendo que la vean o la oigan. Aquellos muertos vivos solo buscan saciar sus broncas, matando espíritus que tal vez; sus desgastadas vidas ya no soportan. El sufrimiento dentro de este infierno, mata lentamente al débil de mente, como dice el filósofo Friedrich Nietzsche “Al débil no hay que matarlo, sino ayudarlo a morir”, y esa, es la triste realidad: Si sos un hombre débil, terminás siendo pollo muerto por manos de crueles y despiadados de corazón, porque todo es parte del sistema, el mismo que silencia a muchos para seguir vendiendo que la cárcel ayuda y reinsertar a los pibes a la sociedad, y lo único que hacen es que nos matemos entre nosotros y salir resentidos por este maldito sistema opresor carcelario. La verdad, es que terminan creando monstruos a través de verdegueadas y daños psicológicos, no tengo la palabra exacta para expresar todas las injusticias que viví. Pude ver como dejaban morir a pibes que ya no aguantaban la feroz paliza ocasionada por el Servicio hasta dejarlo agonizando. Estos hijos de puta para que no se dieran cuenta de los golpes que proporcionaban a los internos, los manguereaban con muchas presión de agua bien fría para no dejar rastros de golpes en los cuerpos, por temor a que le hagan una denuncia. Les puedo asegurar que te dejan desfigurado el rostro y el cuerpo tan destrozado, que ni nuestras madres nos reconocerían. Estos verdugos con puño y botas, dejaron los golpes por siempre en nuestra memoria.

Mientras estuve en ese pabellón, aprendí como manejarme. El doce estaba en las contadas de los pabellones de peleadores, y la política era que dos que ya habían peleado no podían vivir bajo el mismo techo, por lo cual uno debía irse. Eso generaba muchas discordias y continuas contiendas.

Una mañana de domingo el pabellón no era el mismo que solía ser, se podía percibir tensión, miradas endemoniadas y había pibes que estaban esperando visita como corresponde los fines de semana. Eso era algo que siempre se respetó; la familia, de última, los problemas se solucionaban después de visita, como debe ser, siempre y cuando la riña era grave y no se le podía dar la pasada, se tenía que pinchar... “¡Dale!

Que vayan para el fondo que armo la coreo, así pelean la mitad del yompa". Estaban todos empastillados y enfierrados, tomando pajarito, que es una bebida hecha con papas, arroz, azúcar y levadura. Se deja fermentar unos días y se hace un vino tumbero que te vuela el cerebro. Sumado a las Rivotrill despierta lo peor de uno, dándole vida al instinto violento que te hace un animal salvaje, despiadado y con la cabeza envenenada de psicofármacos, que solo insita pelear y nada mas, otras cosas no importan en esas situaciones de riesgo. Porque nadie sabe que puede pasar.

Las situación era muy tensa, el Loquillo, fue para el fondo, súper drogado, no estaba en sus cabales, solo gritaba que se había levantado con ganas de morir y que quería combatir e ir al cruce con la muerte con quien sea. Saltó otro guacho que estaba esperando visita; El Jona, y le dijo: "¡Vos me tenés zarpado! ¡Ya estoy cansado de estar escuchando tus locuras y bocadillos todos los putos días, vos le tenés que poner nombre a las cosas, decir con quién es y fue! ¿Tanto vas a ladrar? Y ahora me siento zarpado yo con vos Loquillo, te voy a enseñar que tenés que respetar a los chorros ¡Te voy a matar a fierrasos porque ya me cortaste el mambo de la visita, la concha de tu madre!", "¡Mas vale que vamos a pelear, hijo de re mil puta, mal parido te voy a sacar los ojos!". Se pusieron a pelear tirándose puñaladas con furia, porque ellos sabían que tenían que revolver el poncho y tirar puñaladas. En un momento, el Loquillo hizo un mal movimiento y el Jona se la clavó en el pulmón derecho, dejándolo fuera de combate, al instante llegó el reclamo de la visita del Jona. Mientras el encargado subía las escaleras, se armó un filipino... Acá en la jerga lo llamamos así cuando por ejemplo se arma una batalla campal, o mejor dicho; se pudrió todo contra todos. Se pusieron a pelear los ranchos de los dos pibes, la gorra se percató que había problemas, y dentro del pabellón ya había pibes apuñalados peleando algunos como gaucho con poncho y faca, y otros como indios cazadores con arpones, que son de palos largos con puntas de treinta centímetros de largo como para matar a un jabalí. Imagínense mi situación, solo como loco malo en plena reyerta. Si mi cuñado trabajaba en visita, lo único que atiné a tener es un fierro, por si las dudas que quisieran atentar contra mi vida.

La gorra abrió la reja he intentó ingresar y, gritando: "¡A las celdas! ¡A las celdas!". El pabellón explotó, estaban todos contra la policía, y los escopeteros empezaron a tirar contra nosotros, y nos defendimos con lo que teníamos en mano: bancos, Mesas, mientras que otros pibes encaraban con los arpones queriendo echar a los policías del pabellón. Y la yuta reprimió con muchos tiros hasta que algunos pibes se cubrían con sus ponchos por los perdigonzazos, y otros se refugiaban en donde podían; por ejemplo: sus celdas, por miedo a que la bala de goma lasti-

mara su cuerpo, otros siguieron peleando hasta que la policía logró descomprimir la reyerta, y los que quedaron hasta lo último los agarraron y los llevaron directo a los buzones de castigo. Mientras los encargados cerraban las puertas con algunos presos adentro de las celdas, pero lo que yo no sabía, era que el Servicio iba a abrir calabozo por calabozo, haciendo requisa de cuerpo. Te sacaban de la misma y si no tenías ninguna herida te quedabas, y si estabas lastimado cobrabas como en un banco, por haberte parado de manos contra ellos. Doblándote los brazos te llevaban a los buzones, donde la soledad reina y ella es testigo de varios muertos, como de los suicidios, o lo que la misma policía mata, colgando de una soga para después decir que se suicidó. Así escriben y los mandan a los juzgados; esa es otra impunidad que queda en la nada, aunque la justicia sabe la verdad de lo que sucede en las cárceles. Maldita burocracia, y nos quieren hablar de derechos humanos y ni siquiera evalúan tus esfuerzos y tus cambios personales. Porque nosotros pagamos el precio con condenas por habernos equivocado; y es por eso, que deseamos la oportunidad y no castigos que no nos dejan sumar puntos para cuando estemos en tiempo y forma para irnos con los beneficios que nos corresponde por ley.

Después de haber pasado esa tormenta, fue más de la mitad del pabellón castigado y otros llevados a Sanidad. Al terminar la hora de la visita, llegó mi compañero, y se encontró con todo el estandarte castigado por la pelea que hubo. Me empezó a preguntar que había pasado y le comenté. Fue así que estuve una semana más, y me sacaron de traslado para Magdalena. Conocí las tres cárceles de esa localidad y llevándole para ese tiempo varios años encarcelado, cuidándome y pasando las mil y una. Como también reconozco que me he mandado mis macanas, por razones de necesidad que no justifico, pero en cada penal que estuve, sobrevivía como podía. Hoy tengo la posibilidad de dejar de pensar en violencia y usar faca, por leer libros y escribir lo que siento. Por que durante mucho tiempo, he sido un cigarro en manos del sistema, el mismo que consumía mis deseos y mis ganas de vivir. Mientras el humo de mis engaños se desvanecía en el aire, expandiéndose, contaminando dolor, resentimientos, e impotencia acumulada en mi corazón. Que ironía la mía, cada vez tengo más preguntas, a las que encuentro respuesta.

El opio está adormeciendo mis ilusiones, sin poder ver mi real situación. Conciente o inconcientemente, estoy siendo utilizado por un monstruo que engaña, que devora nuestros sueños y esperanzas.

¡¡¡Me Pregunto!!! ¿Seré yo un esclavo y el Sistema mi amo?

¿Y si presento batalla en estas luchas de ricos contra pobres?

Donde muchos tienen poco, y pocos tienen mucho, malditas burocracias, si lo único que saben, es decretar leyes, endurecer las penas, matándonos lentamente, y dejándonos desangrar por dentro, sin poder expresar nuestro dolor o evolución personal. Basta de violencia, ya no más armas, que solo matan los sueños de muchos, derramando sangre inocente que solo pide justicia, por no haber tenido la misma suerte que otros.

La venda se cae de mis ojos, y mi cuerpo retoma fuerza para enfrentar al Sistema, que por mucho tiempo gobernó mi ser, y hoy, reclamo lo que alguna vez, arrebataron de mis manos.

Libertad guíame por tu senda, ya no dejes que el engaño juegue con mi mente, ya que por mucho tiempo, tuve sus botas sobre mi cabeza.

Hoy es el momento, ya no miraré hacia atrás, ni traeré a mi mente recuerdos que me hagan mal... Porque tan solo quiero elegir lo que quiero ser, porque ya no soy un esclavo, solo pido justicia y nada más, basta de oídos sordos que no quieren oír el clamor y el llanto de su pueblo, necesitado, desangrando de dolor, pidiendo a gritos recuperar su anhelada libertad...

Y si mi deseo por la libertad, es motivo de rebelión, prepárense, por que esto, está por comenzar. Por que hoy somos muchos, los que leemos y aprendemos día a día, en el pabellón número cuatro de población de máxima seguridad de la unidad número veintitrés de Florencio Varela. Formamos parte de una editorial llamada "Cuenteros, Verseros, y poetas" que gracias al apoyo incondicional de Alberto Sarlo; el fundador de la misma, y al Capellán Cristian Moores; que a pesar de nuestras circunstancias personales, ellos nos apoyan y nos enseñan los valores de la vida, a comprender que podemos ser alguien y elegir lo que deseamos ser y, por sobre todas las cosas a pensar por que existimos. Gracias le doy a Dios, a los nombrados, y a mi familia por confiar en mí, por que sin el apoyo de ellos no podría hacer esto posible, simplemente Gracias...

## UN MUNDO APARTE

Por *Sergio Omar Preste*

Me encontraba sentado y esposado en el asiento trasero de un vehículo de la policía. Yendo en el viaje me enteré que me trasladaban a la unidad número uno de La Plata, conocida como “Lisandro Olmos”. Iba mirando por la ventanilla del patrullero, pensando en millones de cosas, lo primero que se me cruzaba por la mente era lo que me esperaba en ese lugar. Escuchaba hablar de la cárcel y sabía que no era nada lindo, por las cosas que pasan ahí adentro; era la primera vez que me alojaban en una unidad penitenciaria.

Al llegar, descendí de la patrulla con los efectivos que me llevaron hasta dentro del establecimiento, cuando levanté la mirada, vi varios tipos uniformados del Servicio Penitenciario. Se me acercó uno:

– ¡Pibe, acá estás en la cárcel y mandamos nosotros! En donde te hacés el loquito...te vamos a romper los huesos.

En ese momento me quedé mudo y me di cuenta que éste tipo hablaba en serio. Me tomaron los datos de mala manera mientras revisaban mis pertenencias, que estaban envueltas en una manta, lo que acá llaman mono, al ver que revisaban mis efectos personales, observé que me sacaban varias cosas, eran paquetes de cigarrillos, galletitas, algunas prendas de vestir que, supuestamente, para ellos, no pasaban, yo sabía que lo que me estaban haciendo, era todo de maldad, el maltrato y el desprecio que me reflejaron esas personas, me dieron a entender que para ellos...yo era uno más del montón.

Cuando agarré lo mío había menos de la mitad de las cosas, mucho no me importó, ya qué me dirigía hacia un enorme portón y, tras de él, se escuchaban muchos ruidos producidos por la población que se encontraba en ese momento. Al abrirse, me agarró un escalofrío en mi cuerpo y sentí muchas sensaciones, mi preocupación era siempre la misma, qué me esperaba en ese lugar. Mientras atravesaba la puerta un guardia cárcel me iba hablando, y todo lo que me transmitía era mala onda y desprecio, me decía que me iban a tirar en la jaula de los leones, y yo iba a ser su presa, dándome a entender que era carne de cañón.

Llegamos hasta el subsuelo de la cárcel y la persona que me llevaba me metió en un lugar llamado leonera –es una jaula donde meten a los internos–. Al entrar en ese lugar me encontré con varios detenidos que estaban como ingreso, se encontraban en las mismas circunstancias que yo.

Cuando entré en ese lugar, sentí un enorme olor a excremento, humedad, había varias botellas repletas de orina, el olor era inaguantable. Quedé pensando unos minutos, sin dirigir palabra alguna con los otros sujetos. Yo los escuchaba hablar entre ellos y todo lo que conversaban, era sobre la cárcel. Éramos veinte en ese lugar, algunos ya reincidentes y otros, como yo...primarios. Los más grandes nos daban consejos. Me acuerdo muy bien de varios, me decían: “¡Pibe sos un pendejo! No te conviene ir a los pabellones de población, no te conoce nadie y ahí te van a robar todo o te pueden romper el orto date cuenta que acá estas en una cárcel y a nadie le importa lo que sos, sino lo que te pueden sacar o hacer” Todo lo que me decían me daba mucho miedo, es una sensación muy fuerte que en ese momento me hizo pensar, si saldría vivo de ahí o me matarían.

Pasaron unas horas, seguía pensativo; en un momento, un guardia abrió la puerta y nos informó que íbamos a ser atendidos por el jefe del penal. Al cabo de unos minutos nos empezaron a llamar de a cinco. Yo fui uno de los primeros que llamó el jefe. Nos pusieron a un costado de una oficina. Estando ahí, uno de los pibes me preguntó de qué parte era, yo le respondí y le hice la misma pregunta, luego de contestarme, averigüé a qué pabellón iba a subir, “a población”, me dijo, “yo soy chorro, y voy a ir dónde viven ellos”. Al pensar igual, le comenté lo mismo, y así me puse a conversar con él, su nombre era Martín; entre los dos sabíamos que teníamos miedo, pero lo nuestro era, aunque sea, probar suerte.

Llegó el momento en qué tenía frente a mí, al jefe: su mirada era de una persona mala y arrogante, yo al verlo me quede mirándolo y observe que este se reía de mí, no se que era lo que le causaba gracia, yo chistes no le estaba haciendo. De repente el jefe se dirigió a mi, con un tono mandón: “lo que tengo para vos, es un pabellón de hermanitos, o uno de población, ¿A cuál querés ir pendejo?”, esas fueron las palabras que me transmitió. Por lo qué había escuchado en la leonera, los pabellones de hermanitos son de evangelistas, en los códigos de la cárcel, es un lugar de refugiados, no tienen derecho a muchas cosas de los malditos códigos carcelarios.

Al despacharme esa persona, me alojaron en otra jaula, para subir a mi próximo destino, en el lugar se encontraba un amigo mio llamado Martín. Le comenté que iba al pabellón 2/7 y me respondió: “voy al 2/6”. En el medio de la conversación, al mirar por una puerta, observamos cómo cuatro personas traían un herido en una manta. Se estaba muriendo, le habían dado varias puñaladas, vimos como los del Servicio traían a otros dos, pegándoles, y los presos también estaban apuñalados. Le preguntamos a uno lo qué pasó, nos respondió que se estaban pelean-

do en un pabellón, yo le pregunté en cuál...eso fue lo peor que le pude haber preguntado: “en el 2/7”, me respondió; en ese momento. Quedé paralizado, un gran temor se adueñó de mí, no sabía qué hacer, ese era el pabellón al que yo tenía que ingresar. Martín me dijo: “mal ahí, amigo, cuidate”, esas fueron mis últimas palabras con él y quedamos con que nos íbamos a hablar. Nos deseamos suerte.

Vino el encargado a llevarme a mi nuevo lugar de vida, nos dirigimos hacia una escalera para llegar al segundo piso de esa cárcel, la escalera era muy sucia, me acuerdo que hasta manchas de sangre se notaban en las paredes. El sujeto que me acompañaba me iba transmitiendo miedo, me decía:

– Pibe, me haces subir al pedo, dentro de un rato te voy a ir a sacar todo robado. Vos ni te imaginás dónde vas. Lo único que te digo ahora, es, que hasta que no pateés la reja... no te saco.

Todo lo que me pasó en tan pocas horas de ese día fue eterno. La angustia y el temor se adueñaron de mí. Por el momento, no me daba cuenta de muchas cosas. Los códigos internos, entre los presos y los encargados, no eran nada sociables —de ambas partes—. El deseo hacia el otro, coincidía en lo peor.

Al llegar al piso de mi nuevo mundo, entré en un lugar donde se apoderaban los gritos y preguntas que salían de las pequeñas ventanas de ese sitio. Todos te hacían la misma pregunta: “¿De dónde sos?”, o si tenías cigarros para convidarle. Al no hablarle a ninguno, escuché algunos insultos, a los que no les daba importancia. Mi mente seguía en lo mismo...lo que me esperaba.

Observé que el 2º piso, donde se encontraban los pabellones, tenía varias puertas ubicadas circularmente y en donde se podían leer sus respectivos nombres, con dos pequeñas ventanas a los costados; la misma, tenía de nombre: La Redonda.

Llegando a la entrada del pabellón siete, no me animé a mirar por las ventanas. El del Servicio abrió la puerta y en su interior lo separaba otra reja para entrar. En ese momento, se me había nublado la vista, no tanto así como mi mente, “entrá”, me dijo el hombre que me acompañó. Arrastrando mi mono lentamente, pisé por primera vez aquel sitio donde me tocaba vivir. Me acuerdo que, todavía estaba cagado de miedo, yo sabía que el que me mirase a los ojos se daría cuenta de lo que me estaba pasando. Levanté la vista para observar quién estaba en ese lugar, lo primero que vi fue una especie de cocina y piletos que se ubicaban en su entrada, y varios tipos mirándome, ninguno me habló. Las miradas de

esos individuos eran de lobos sedientos de sangre. Al escuchar el portazo que dio el del Servicio, sabía que estaba sólo y dependía de mí la supervivencia en ese lugar.

Aunque igual mucho no podía hacer ese hombre, más que abrir las puertas como me había dicho antes, la tenía que patear. A los días me di cuenta que entre ellos tenían ese código aberrante que lo crearon para humillar al preso.

Las rejas que separaban la entrada de la puerta principal, eran de enormes barrotes, que separaban un pasillo, a lo largo del pabellón. Como esas personas no me dirigieron la palabra, me quedé parado, sólo miraba el pabellón y los pibes esos; al observar el fondo del sitio, vi una pequeña luz que apenas alumbraba. En un momento escuché que desde el fondo, venía una persona haciendo mucho ruido y sacando chispas por los barrotes de aquella separación que, después, supe que la llamaban “pasarela”. Tenía en sus manos dos enormes espadas caseras, echas por los presos, llamadas “facas”. Cuando llegó a donde estaba yo, vi la cara de ese pibe: me miraba y se reía. Yo no sacaba la vista de lo que tenía en la mano. Ese momento marcó un antes y un después de mi entrada a la cárcel, primero porque nunca vi a nadie así, y segundo, era la realidad que estaba viviendo y mi vida corría peligro. Se me cruzó por la cabeza que podría morir, el pibe me dijo:

– Vos acá tenés compañero en otro pabellón. Mandá a pedir una faca, sino te re cago a puñaladas y te echo a la mierda.

Era verdad lo que me decía. En ese momento, habían dos compañeros míos en esa cárcel. Pensé y dije por dentro que tenía que conseguir urgente una faca, porque mi vida estaba en riesgo, eso me hizo agarrar coraje y sólo pensaba en que me tenía que defender para que no me lastimaran. Se me acercó uno por suerte y me preguntó de dónde era, yo le dije que era de Ciudadela y él me comentó que se llamaba Marcos, y me dijo:

– Yo soy de ahí también. Te explico guachín, yo conozco a tu compañero, es mi amigo ¿Es el Gustavo?

– Si – respondí desconfiado.

– ¡Vení que lo voy a llamar con vos así te hace llegar un fierro para que te puedas defender! Acá es así, amigo, estamos en una cárcel, si no peleás sos un gil. Este es un pabellón de chorros y si sos ladrón, tenés que pelear con faca y vivir como chorro; es la ley de acá amigo.

Me mentalicé en lo que me dijo esa persona, y sabía que otra no

me quedaba, más de lo que me había dicho muy fuerte.

Pegué un grito llamando a mi compañero de nombre Gustavo, tal como me había dicho Marcos. El pabellón donde se encontraba Gustavo era el 12. Él, al escuchar mi grito me respondió, y sin decirle lo que necesitaba me hizo llegar dos facas y me dijo:

– Acomodate y después hablamos compañero.

Me la pasaron los redonderos, que son los presos que trabajan en la redonda y están continuamente haciendo pases de diferentes cosas, de lo que vos te puedas imaginar. Al agarrar bien esos cuchillos, no sabía cómo hacer para defenderme. Miré al otro que estaba en posición de combate. Yo sólo querían que no me lastimen...nada más y me defendí como pude.

Mi primera experiencia con una faca fue mala, ya que recibí tres puñaladas. Mi adversario me dejó fuera de combate. Al ver que ya me había lastimado, el pibe me dijo:

– Ya fue, guachín, ya peleaste. Yo, esto, se lo hago a todos, y el que no pelea lo echo, o es gato. Este es un pabellón de población y acá vivimos los chorros y los buenos.

Para los códigos de la cárcel, un pibe bueno, es uno que pelea con faca, y es respetado por los demás, aunque el respeto, a veces, se va de las manos, y es como me dijo el pibe: “estás en una cárcel y son los códigos que los hicieron los mismos presos”.

Luego de que me lastimó, el mismo pibe me llevó al fondo del pabellón, yo no soltaba mis armas y él se reía, atrás mío iba diciendo: “mirá el pibito éste, va a salir bueno, eh”. Me recosté en una silla y unos pibes me curaron las heridas. Me di cuenta que eran mandados por los demás, obedecían órdenes, eran los gatos, presos esclavizados por el más fuerte.

Y así pasaron mis primeros días en ese sitio, dónde a medida que pasaba el tiempo, iba dándome cuenta de muchas cosas, de cómo es la convivencia en la prisión, y el consejo que me había dado mi compañero Gustavo cuando me vino a ver fue muy claro:

– Vos, escuchá, mirá y aprendé, y sobre todo...peleá y no dejés que te falten el respeto. Cuidáte, que acá, es todo maldad, no duermas mucho, lo poco y necesario, amigo, ¿sabés?, cualquier cosa llamame; yo, igual, voy a venir a verte todos los días.

Así me mentalicé en lo que me transmitió Gustavo, aparte de ver

las cosas que pasaban, tuve que hacer un curso acelerado de supervivencia en la cárcel.

Pasaron unos días desde que yo había ingresado en ese pabellón, mis heridas, todavía estaban sin curar. Me acuerdo que una mañana me levanté y quería ir al baño, cuando miré el piso, no estaban mis ojotas, eran unas de marca, y a los presos, le encantan lo bueno y tener las mejores cosas. Me puse las zapatillas y salí a ver dónde estaban, cuando llegué al comedor, vi que las tenía puesta un pibe, le dije que las necesitaba y que no me las había pedido, al desgraciado no le importó que yo estuviese lastimado y me invito a pelear por lo mío; yo me dije “¿cómo puede ser? a éste no le interesa como estoy” y ahí también me di cuenta de lo que me había dicho mi compañero: que acá era todo maldad. No me quedó otra de defenderme de vuelta y otra vez me lastimaron, pero recuperé lo mío; ya, los demás, me miraban de otra manera, pero no faltó otro que quería probar mi hombría y de vuelta tuve otra pelea por la cama de abajo. En Olmos, la cama de abajo, es dónde descansan los buenos, es una cucheta y en la de arriba duermen los gatos.

Después de curar mis heridas y de pasar varios días, me fui adaptando a mi nuevo lugar de vida. Había visto varias peleas y observaba, así aprendía; como me lo habían aconsejado. Empecé a hablar con los pibes, a hacerme más sociable y, así, iba aprendiendo por comentarios, o por lo que mis propios ojos observaban.

Una mañana de un sábado, me desperté y estaba cepillándome los dientes, cuando en un momento escuché mi apellido; era el encargado. Cuando me acerqué, me dijo que tenía visita. Me puse contento y a la vez nervioso. Era mi primera visita en la cárcel. Agarré las cosas para pasar un momento con mi familia, mi madre y mi querida señora. Fue tan lindo ese día, que me acuerdo que de lo feliz que estaba, bajé todo despeinado y corriendo. Fui hasta planta baja, pregunté dónde podría estar mi familia; me habían comentado que no todos tienen visita en el mismo lugar. Los hermanitos\* atienden su visita separados de los pibes que están en población\*. Llegué hasta una mesa en donde se encontraban varios encargados, pregunté dónde podía estar mi familia y me preguntaron en qué piso me encontraba. Yo le respondí, y me señaló una puerta que te llevaba al llamado “Patio 6”. Atravesé ese espacio que separaba la entrada del patio. Lo primero que vi fue a mi mamá y mi señora, en ese momento me agarró una angustia terrible al verlas cómo lloraban. Ese día no me lo olvido nunca más. Mi primera visita en la cárcel fue toda tristeza y llanto. Trate de tranquilizarlas, cómo para que no estén mal. Compartimos unos mates y unas charlas. ¡Se hizo tan corto todo! que cuando me di cuenta, había varios del Servicio, diciendo: “terminó la vi-

sita”, fue la peor parte de ese momento. Ver cómo se retiraba mi madre y mi señora fue muy angustiante.

Agarré las cosas que me habían traído. Me estaba retirando al pabellón, cuando de repente se me acercó uno de los pibes que se encontraban conmigo en el mismo sitio y me dijo:

– ¡Amigo, vamos juntos! que ahora tenemos que subir la escalera y hay un par ahí que están robando.

Yo, en ese momento, tenía mucha tristeza dentro mío, por ver cómo se retiró mi familia y mucha importancia no le di. Nos acercamos a la entrada de la reja donde se encontraba la escalera, cuando estaba subiendo con mi acompañante, levanté la mirada y vi un grupo de pibes reunidos en un rincón de la escalera. Me di cuenta que esos eran los que estaban robando. Cuando pasé a sus costados, uno de los pibes preguntó si yo era compañero de Gustavo, le respondí que sí y le pregunté su nombre, me contesto que se llamaba Javier, quedé hablando con el un rato; Javier estaba en el mismo pabellón que Gustavo, me decía que era su amigo y mi compañero le había comentado que yo estaba en la cárcel. Observé cómo me hablaba esa persona, y me reflejaba, que le faltaban algunos jugadores en su cabeza, todo lo que me decía era que no tenía visita y que estaba robando para poder sobrevivir y tener sus cosas. En un momento vi a otro pibe que subía la escalera, en ese momento Javier me corto la conversación, miró a unos de los pibes que estaba con el y con la mirada se dijeron todo. Yo me quede ahí mirando lo que estos estaban por hacer, vi como primero le hablaron y entre todos le hicieron un patoteo psicológico, el muchacho estaba acorralado, le arrancaron varias facas y lo empezaron a robar, el sujeto estaba dando batalla; no les quería dar sus cosas, yo agarre mis cosas y me fui para el pabellón.

Llegamos hasta el segundo piso y entramos a La Redonda. Ya nos encontrábamos en el pabellón. Al ratito vi como todos los encargados corrían hacia la escalera, no entendía lo qué pasaba. Pasó el redondero\* y le pregunté qué pasaba que todos corrían hacia la escalera, me respondió: “mataron a uno”.

Al cabo de unos minutos me enteré que el fallecido había sido el pibe que le fue a robar Javier y sus amigos. Fue herido de varias puñaladas y eso le produjo la muerte.

“Qué cosa de locos todo esto”, dije por dentro mío, un par de zapatillas, unas prendas de vestir o mercadería...solo eso para quitarle la vida a una persona; pero bueno, yo me encontraba en ese sitio y tenía que pensar igual que los otros presos. Me podría pasar lo mismo si no

pienso como los demás, eso era lo que yo decía y no le erraba, era así lamentablemente, la autoridad de la cárcel no ponía medidas de vigilancia, era como la calle, ellos sabían lo que hacían en la escalera los presos y liberaban la zona, ese lugar siempre fue tierra de nadie.

He vivido muchas cosas feas en la cárcel. He visto cosas horribles hechas por presos y también por personal del Servicio Penitenciario. Si este lugar hablara, cuántas cosas saldrían a la luz y muchos de esas cosas recaerían sobre las responsabilidades de los jefes o funcionarios. Acá se roban todo lo que supuestamente es para nosotros. Lo que yo tengo entendido, es que el Estado pasa un presupuesto para cada interno, eso nunca lo ve ninguno de la población carcelaria, ¿y dónde va eso?

Bueno por el momento les voy a seguir contando la experiencia y convivencia de este lugar al que yo llamo: "Otro Mundo".

Mi estadía en la primera cárcel que pisé fue de diez meses. Ya estaba metido en ese lugar, otra no me quedaba y lo sabía y así empecé a meterme en este lugar de mierda dónde aprendí cosas buenas y muchas mas malas. Lo bueno que te hace ver esto, es a quién tenés al lado tuyo, mamá nunca falta y amigos son pocos. El momento que pasás acá es eterno y lo primero que perdés son a tus supuestos amigos.

Una de esas tantas noches en la sombra, me encontraba hablando por teléfono con mi familia, en un momento escuché mi apellido por la ventana, era el encargado; cuando me acerqué, me dijo: "Te vas de traslado". Era mi primera experiencia en un camión de traslado del Servicio, escuché que dentro de ese lugar pasaba de todo. Mientras armaba mis cosas, se acercaron los pibes que se encontraban conmigo y me dijeron que me cuide, y uno de ellos, me dio un bisturí casero que lo había echo con sus manos, estaba hecho para matar, el filo de eso era similar al que usan los cirujanos. Me lo guardé para que no me lo encontraran y asi salí de Olmos.

En el trayecto me comentaron los de División Traslado que iba para la unidad 9 de La Plata, mi segundo lugar en de donde me tendría que adaptar. Cada cárcel es diferente a las demás. Estando preso, ya vas escuchando cómo están las cosas en los demás penales, pero los códigos son todos los mismos; yo digo "diferente", por el ritmo de vida al que uno tiene que adaptarse después, los del Servicio, son igual en todos lados... ¡hijos de mil puta!, corruptos y compiten entre ellos jugando con la vida de un preso.

Al llegar a mi nuevo destino yo ya estaba más canchero de cómo era el trato con los encargados y sabía ya, lo que podían hacer y lo que

no con mis cosas, pero por suerte no tuve que renegar con ellos. Me alojaron en un pabellón que se llama “depósito”, hasta que me atiende el dueño del circo; así me dijo el oficial que me acompañó.

En la entrada de ese lugar vi mucho movimiento y algo me olía mal, pero bueno, como siempre es dónde me alojaba la policía y tenía que estar ahí arrastrando mi mono. Pasé por varias puertas que en el medio tienen un hueco cuadrado, que acá la llamamos “pasaplatos”. Vi de cerca los rostros de quienes estaban fuera de las celdas, que son los “limpieza del pabellón”. Entré a una celda vacía. El encargado abrió la puerta y me metí en ella poniendo en práctica mi aprendizaje para que nada me pasase: lo primero que hice fue sacar una pequeña faca que llevaba escondida en la manta de mi mono. Al darme vuelta se acercó uno a preguntarme de dónde venía, le respondí que venía de Olmos, me preguntó en qué pabellón me encontraba, en el 2/7, le respondí. El sujeto tenía malas intenciones, su mirada me decía todo; yo, no dejaba de mirarlo a los ojos. Me preguntó si tenía faca y esa pregunta fue con la doble –como decimos acá–, para sacar verdad o mentira. No titubeé al responderle que sí. Yo sabía que su intención era sacarme mis cosas y si yo no tenía ningún elemento punzante, se le facilitaría la tarea. Sabía que iba a dar batalla si me declaraba la guerra, ya había pasado por eso, tuve las agallas de superarlo y en peor momento que éste, que me quería robar por un pasaplatos. El muchacho, muy tonto; como yo dije, ese día se fue sin tener muy claro su objetivo. Mi mente todavía decía que algo mal había. Traté de tranquilizarme y así poder descansar, de repente escuché unos gritos y golpes en el candado de la puerta de la celda de otro interno que se encontraba en frente mío, me acerqué para observar y vi cómo se metieron adentro de su celda. Ya estaba reducido. Los pibes que estaban ahí, apoyaron la puerta y se quedaron adentro con el preso. Yo escuchaba como gritaba ese pibe, pero no sabía lo que le estaban haciendo, no me moví del pasaplatos hasta que esos salieran del lugar. Cuando se retiraron fueron saliendo de a uno, con su respectivo botín, pero el precio no sólo fueron sus pertenencias sino también su trasero...sí, así cómo les comento, “pobre pibe”, decía yo y ese era mi presentimiento; pero bueno, acá, el débil...es juguete del más fuerte.

Al otro día, al despertarme, luego de poder dormir un rato, me asomé al pasaplatos para mirar el ambiente del pabellón, ya que lo que había pasado un día antes, era algo feo. Pero observé el panorama y noté que estaba calmo. Los limpieza, afuera, caminando por el pasillo, otro asomado a un pasaplatos, tratando siempre de lograr lo mismo: sacarle algo al gato que estaba engomado.

Tuve unos días en ese lugar estudiando, analizando como siem-

pre, escuchando todo lo que mis oídos podían oír, yo sabía que tenía para un tiempo largo en la cárcel, y algo nuevo todos los días tenía que aprender. Acostado en la cama me ponía a pensar en muchas cosas, mi familia, mi mujer, mi vida perdida en este maldito lugar, el tiempo corría afuera y yo estaba perdido en el pasado, en mi mente pasaba sólo aquellos últimos recuerdos de mis tiempos de libertad. Era triste para mí; y pienso que para cualquier persona, nadie está preparado para esto, pero por haber cometido un error o no, estaba preso y tenía que aceptar la realidad.

Entre dormido escuché el ruido de unas llaves, salté de la cama y era el encargado que estaba abriendo mi celda, me dijo: “pibe, ahí te va a atender el dueño del circo” Salí del pabellón, a mi costado habían otros internos que también iban a ser atendidos por el jefe. Caminando por esos pasillos miré para adelante y vi como un pibe me saludaba, debe ser un conocido, dije por dentro mío, al mirarlo bien, me di cuenta que sí, en ese momento sentí una enorme alegría. Sabía que ya podía contar con alguien.

– Hola amigo soy Sergio, ¿cómo estás? – me dijo

– Me enteré que estabas ahí, pibe, ¿por qué no me contestaste? Yo te mandé una esquila diciéndote que te quedés tranquilo, y que te estamos esperando con los pibes del barrio, amigo, ya te fuimos a pedir, cuando te atienda el jefe del penal decile que te suba para el pabellón once, igual él ya sabe que te tiene que subir para ahí.

– Bueno, amigo, bien ahí Sergio – le respondí.

La esquila nunca había llegado a mí, pero no le dije nada, quedamos en lo que hablamos con mi amigo, después me dirigí a una oficina donde estaba el dueño del circo, al entrar, observé en su despacho, que se encontraba un interno haciéndole mate, y éste le daba órdenes, yo me reía al mirar lo que ese preso estaba haciendo, era el gato del jefe, también pensé “qué maldita persona, no puede ser así”, éste se piensa que es un preso, tiene gato, ¿estará bien de la mente?, dije por dentro mío.

– Tomá asiento – me dijo.

Su mirada me daba la imagen de la clase de persona que era para mí: una basura humana que no le importa la vida de ninguno del ganado, como yo pensaba lo que éramos para ellos, animales, no personas. Mis palabras fueron muy directas, le dije que me estaban pidiendo del pabellón once, y que me suba para ahí, el hombre también no gastó saliva, me dijo que era lo que tenía para mí, ese mismo pabellón.

Salí de ese maldito despacho y me dirigí al lugar donde me encontraba depositado, acompañado de los demás internos que habían salido conmigo, mientras un oficial nos decía que preparemos nuestros monos, que nos iban a subir a los pabellones correspondientes, al que nos mandó el dueño del circo. Preparé mis cosas y salí de aquel lugar donde había visto y oído cómo violaban a un pibe. Caminé arrastrando mi mono por un largo pasillo donde se observaban muchas rejas y barrotes de hierros oxidados, un lugar húmedo, internos que iban y venían. En el camino, al que te cruzabas, te preguntaba: “¿De dónde venís?” “¿A qué pabellón subís?” o “¿De dónde sos?” Siempre las mismas preguntas que cuando ingresas a cualquier cárcel de la provincia de Buenos Aires.

Llegué a mi destino. Se encontraba en el primer piso. Hasta ese entonces yo no sabía que los pabellones estaban uno arriba del otro, subí hasta allí y me encontré con mi nuevo hogar. Cuando miré el pabellón me di cuenta que era un lugar donde habían presos, que tenían mentalidad de cárcel. A simple vista te das cuenta observando los ponchos colgados en las puertas, las mantas en el medio del pasillo o los rostros que surgen de los grupitos de presos.

Al entrar levanté la vista y vi a Sergio que venía hacia mí, me dio un abrazo y sin darme cuenta de atrás uno me tocó la espalda. Era mi compañero Leonardo. Me dio un abrazo y un fuerte apretón de manos. Nos fuimos con Leo arrastrando mi mono. Yo miraba a mi alrededor y veía a los demás pibes que estaban ahí. Algunos me saludaron y otros no. Era un lugar donde había sesenta presos. El pabellón media menos de cien metros.

Llegando al medio del pabellón vi a otros pibes del barrio que vinieron a saludarme, besos y abrazos, todo muy buena onda, yo estaba contento y tranquilo al ver a todos mis amigos que en algún momento nos encontrábamos juntos en la calle, llegamos hasta la celda de mi compa, metió mi mono adentro de la celda, y me dijo:

- Vas a vivir conmigo.
- Bueno, amigo – le contesté.
- Me pongo contento de verte – le dije.

Él, con una mirada de felicidad, me respondió lo mismo y nos dimos un fuerte abrazo.

– Vamos a tomar unos mates con los pibes, y de paso mirá el pabellón. Acá tenemos esto. – miré lo que me decía y vi unas espadas y barrotes con punta como para matar a varias personas juntas.

– Acá peleamos con estos calibres – me dijo. - Mano a mano y a medir los fierros. Legal, amigo. –

Yo lo miré y le dije:

– Bien ahí, amigo. Me gusta así. – y nos empezamos a reír entre los dos.

Salimos de la celda y fuimos a una mesa donde estaban mis otros amigos y algunos pibes que yo nunca había visto. Nos sentamos a hablar entre todos y de paso me presentaron a los que yo no conocía, que eran del rancho. Hablaba con los otros pibes del rancho para conocerlos y tratar de ser unidos, como tiene que ser acá en la cárcel un rancho, una familia que está en las buenas y en las malas en todo momento.

Leonardo me dijo que vayamos a caminar por el pabellón para conocer el ambiente y las caras. Empezamos a caminar por el pasillo del pabellón, mientras yo observaba todo, y saludaba a los que me saludaban, algunos tenían las miradas de: “te perdono la vida” y por dentro de mí pensaba: “este no me dura un minuto”. Tenía que pensar así, como lo dije en un principio, hay que ser fuerte y defenderse, nunca dejar que te falten el respeto, sino sos hombre muerto.

Los dos teníamos una faca en la cintura, recorrimos algunas celdas y él me presentaba a sus amigos, ellos me saludaban y la mayoría me decía que mi compa, les hablaba de mí. Él era un pibe más grande que yo, tenía treinta y dos años. Era un reincidente con varios años de preso. En ese momento estaba cumpliendo su tercera condena. Observé que en todas las celdas que entraba, había facas de distintos tamaños, era como me dijo mi amigo: todos con calibres largos. Después de recorrer todo el pabellón, nos fuimos a donde estaban los otros pibes. Ellos también me llevaron a sus celdas y me mostraron sus fierros, había facas como golosinas en un kiosco, de todos los tamaños y de cualquier tipo de hierro que se le pueda hacer una punta para matar.

Al venir el encierro general, nos pusimos a charlar y recordar cosas. Era un buen momento para hablar con Leo. Mi vida en ese momento pertenecía a un lugar donde acechaba la maldad, el egoísmo, la traición y muchas cosas que, solamente uno las puede contemplar, viviendo en ese infierno.

Al otro día me despertaron los ruidos de los candados al abrirse. Ese ruido no se te va más de la cabeza. Siempre al escucharlo, a la hora que sea, te despierta. Me levanté y Leo también, estando higienizándonos, escuchamos unos gritos, salimos a mirar que pasaba y estaban dis-

cutiendo dos grupitos de pibes para utilizar el teléfono del pabellón. Acá, en la cárcel, hay siempre problemas por la línea para comunicarse con la familia y nunca falta uno que se quiere hacer el vivo. Al ver el tumulto supe como iba a terminar todo.

Entré a mi celda para ponerme las zapatillas. Vi Leonardo que entró detrás de mí, “se pudrió” me dijo, y así fue, no era mano a mano la pelea, era todos contra todos y para el que pasaba también, salimos los dos y empezamos a repartir puñaladas. Yo solo recuerdo a los pibes que estaban conmigo, después, al que pasaba le daba y también recibí un pequeño puntazo en el hombro derecho. Ese día vi a una persona matar a otra en frente mío, la puñalada le traspasó de lado a lado. Quedo tirado en el suelo escupiendo sangre negra. Al rato entró la policía a los escopetazos, con perros preparados para reprimir, algunos internos también quisieron lastimar a la policía, pero por los tiros que tiraban no llegaban a tocarlos.

Al terminar de reprimir los del servicio empezaron hacer requisa de cuerpo. Era para ver quien estaba lastimado, para llevarlo a los buzones (calabozos de castigo de dos por dos en donde podemos pasar semanas sin ver la luz del sol), donde se cumplía el castigo. Yo ya sabía que me tocaba los buzones, mi herida era pequeña, pero sangraba y no podía esconderla. Y así fue; al requisarme se dieron cuenta de mi lesión y fui castigado, acompañado de una paliza que me daban los uniformados. Todo esto pasó de un momento para otro, un muerto, varios apuñalados, otros al Hospital de la calle con heridas graves, yo envuelto en un quilombo que no era mío, ni de mi rancho, pero la cárcel es así; de un momento a otro, pueden pasar muchas cosas, siempre hay que estar preparado. En la cárcel tenés que esperar lo inesperable todo el tiempo. Es lamentable lo que les estoy contando, pero eso es la cárcel. Es otro mundo, un mundo horrible que conocemos los que vivimos y salimos vivos. Con esa pelea se terminó mi estadía en la nueve.

Tuve que partir para otro rumbo, procesado por una causa de homicidio en riña sólo por tener una lesión en el hombro. Yo vi quien le había sido el asesino pero, en circunstancias así, el silencio lo es todo.

Mi destino fue la unidad numero trece de Junín, donde tuve que volver a vivir el proceso de aclimatación y supervivencia. Y los traslados continuaron de la mano de la violencia propia de la vida carcelaria...

He conocido a muchos pibes que entraron y no volvieron a salir dentro de un cajón. Yo tengo la suerte de poder volcar mi experiencia en estas hojas, se muchas cosas y vi otras tantas. Todas experiencias inhu-

manas que sólo nosotros conocemos. La corrupción es muy frecuente por parte del servicio, la plata mueve montañas, y acá con dinero se hace y se deshace todo lo que te puedas imaginar, hasta fraguar una libertad equivocada. Yo vi como desde el Servicio se gestó esa maniobra con dinero contante y sonante. Nombres no puedo dar por miedo a que algo me pase ya que todavía me encuentro en poder del servicio.

Lo único que siempre deseo, es que cada persona que se encuentra manejando una cárcel, cumpla con su trabajo en forma honesta y profesional. Nada más, eso solo pido.

Tengo muchas cosas que contar sobre la convivencia en condiciones extremas e indignas. Me sobran experiencias. Recorrí la mayoría de las cárceles de la provincia de Buenos Aires, llevo once años y meses en este lugar, toda una vida, y luego de haber pasado por muchas tomé conciencia de que me gustaría lograr algo en lo que me queda por vivir. Necesito que la gente sepa que es lo que verdaderamente pasa en estos lugares, el manejo del personal, los funcionarios que se hacen ricos, la ignorancia de la sociedad sobre el trato carcelario. No tengo palabras que expresen todo lo que quiero que sepan pero si alguien pudiese escucharme o leer simplemente esto, puede tener una pequeña idea de lo que es este infierno, infierno creado por el mismo hombre y los mismos diablos que son los dueños de estos lugares y yo me siento corresponsable de este infierno.

“Jefe del penal”. Que gran palabra decir jefe a una persona que juega a cazar las vidas que se encuentran en su poder. Es así ¿Donde va todo lo que el gobierno gasta para que un preso tenga un encierro inhumano? Eso y muchas cosas más. Las medicaciones, si estás enfermo es siempre la misma, por cualquier dolor es la misma pastilla, nosotros la llamamos la pastilla milagrosa, que para ellos debe ser así. De más está decir que nadie se cura con esa pastillita.

Siempre quise grabar algunas cosas que he visto, como matan periódicamente internos. Como se ha perdido el aprecio al valor de la vida, o como mueven plata por diferentes cosas como droga, celulares y hasta pabellones que se los dan a los que pagan. Siempre pienso y digo que esto nunca saldrá del otro lado del muro, todo queda acá y nadie sabe la realidad. El poder que les dan a personas que no cumplen con su responsabilidad sino que lo toman como un juego. Para ellos si morimos o vivimos es lo mismo.

Yo les he contado un poco de lo que mis ojos vieron durante este largo tiempo que llevo encerrado. Por distintas razones me tengo que

callar casi todo, pero no por eso no dejo de preguntarme ¿Habr  alguien que se fije como se manejan las carcelas de la provincia de Buenos Aires?

Vos que est s ley ndome en este momento  Est s dispuesto a ayudarnos?



Tal como profetizaba “El Oráculo de Delfos” el ente deviene y todo se transforma en un proceso de continuo nacimiento y destrucción del que nada escapa. Heráclito afirmaba que el fundamento de todo está en el cambio incesante.

En esta línea de pensamiento, que solo lleva 2500 años sostenemos el espíritu y la voluntad de grupo humano que encontró en las letras su expresión.

Podrá verse en su obra cierto paralelismo con novelas de ficción y también notará el lector la reiteración de la temática que descripta refleja la imperiosa necesidad de exteriorizar lo que padecen los autores y “protagonistas” de esta desgraciada realidad.

Debemos procurar la manera humana de la privación de libertad, que de por sí misma es muy dura. El encierro, el castigo y la pena no deben victimizar al sancionado.

### **Sebastián Vinagre**

Defensor del Pueblo de Avellaneda.  
Presidente de la Asociación de Defensores  
Del Pueblo de la República Argentina.

Alberto Sarlo (1972). Es abogado. En 2009 publicó la novela "Pura vida. Noticia de un viaje" (Ed. Eloisa Cartonera"). En 2014 la novela "Cómo quedarse a veinte metros de la cima del Aconcagua" (Ed. Garrincha Club). En 2010 fundó la Cooperativa Cartonera "Cuenteros, verseros y poetas" en el pabellón 4 de la Unidad de Máxima Seguridad N° 23 de Florencia Varela ([cuenterosyverseros.com.ar](http://cuenterosyverseros.com.ar)). Como editor publicó más de dos mil libros - todos donados a comedores de barrios carenciados del conurbano bonaerense-, por medio de tres antologías de internos privados de la libertad de temáticas infantiles y filosóficas: "Antología de Cuentos Infantiles 1" (2010 Ed. Cuenteros, verseros y poetas) "Antología de Cuentos Infantiles 2" (2011 Ed. Cuenteros, verseros y poetas) y "La filosofía no se mancha" (2012 Ed. Cuenteros, verseros y poetas).

Desde su editorial creó, organizó y financia el "Concurso nacional carcelario de literatura Cuenteros, Verseros y Poetas", primer evento literario que desde el año 2010 en adelante ha otorgado premios en cuento y poesía tanto a internos de unidades carcelarias como a miembros del servicio penitenciario de todo el país y que a la fecha lleva cuatro ediciones.

#### **EDITORIAL "CUENTEROS, VERSEROS Y POETAS"**

Pabellón N° 4 Unidad de Máxima Seguridad  
N° 23 de Florencia Varela



**Defensor del Pueblo  
de Avellaneda**